



Embrión Dorado

Jorge Harmodio



colección **ficción**

Universidad Veracruzana

Esta obra se encuentra disponible en Acceso Abierto para copiarse, distribuirse y transmitirse con propósitos no comerciales. Todas las formas de reproducción, adaptación y/o traducción por medios mecánicos o electrónicos deberán indicar como fuente de origen a la obra y su(s) autor(es).

Se debe obtener autorización de la Universidad Veracruzana para cualquier uso comercial.

La persona o institución que distorsione, mutile o modifique el contenido de la obra será responsable por las acciones legales que genere e indemnizará a la Universidad Veracruzana por cualquier obligación que surja conforme a la legislación aplicable.

EMBRIÓN DORADO



colección ficción

UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Sara Ladrón de Guevara	RECTORA
María Magdalena Hernández Alarcón	SECRETARIA ACADÉMICA
Salvador Tapia Spinoso	SECRETARIO DE ADMINISTRACIÓN Y FINANZAS
Octavio Ochoa Contreras	SECRETARIO DE DESARROLLO INSTITUCIONAL
Édgar García Valencia	DIRECTOR EDITORIAL

EMBRIÓN

DORADO

JORGE HARMODIO

75

ANIVERSARIO
Universidad Veracruzana
1944-2019


Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

Diseño de colección: Aída Pozos Villanueva
Ilustración digital: Jorge Cerón Ruiz

Clasificación LC: PQ7298.418 A75 E4 2019
Clasif. Dewey: M863.5
Autor: Harmodio, Jorge, 1972-
Título: Embrión Dorado / Jorge Harmodio.
Edición: Primera edición.
Pie de imprenta: Xalapa, Veracruz, México : Universidad Veracruzana, Dirección Editorial, 2019.
Descripción física: 336 páginas ; 21 cm.
Serie: (Colección Ficción)
ISBN: 9786075027937
Materia: Novela mexicana--Siglo XXI.

DGBUV 2019/38

Primera edición, 15 de noviembre de 2019

Universidad Veracruzana
Dirección Editorial
Nogueira núm. 7, Centro, CP 91000
Xalapa, Veracruz, México
Tels. 228 818 59 80; 228 818 13 88
direccioneditorial@uv.mx
<https://www.uv.mx/editorial>

ISBN: 978-607-502-793-7

<texto>

<dedicatoria fecha="2019">
 para Haydée
amor_motor de mi cardiogénesis
 ::
 profesora de embriología
 ::
y asesora científico_estilística
 del presente documento
</dedicatoria>

<dedicatoria fecha="2019">
 para Lucio
 ::
embrión_pillo de nuestras vidas
</dedicatoria>

<dedicatoria fecha="1995">
 para Cecilia
 ::
cuando era un embrión
</dedicatoria>

<epígrafe fecha="2018">

<lang="fr">

"Personne n'est à l'intérieur de rien"

</lang>

<lang="es">

"No hay nadie dentro de la nada"

</lang>

<autor_a>

Valère Novarina

</autor_a>

</epígrafe>

<epígrafe fecha="1995">

<lang="en">

"Yes"

</lang>

<lang="es">

"Sí"

</lang>

<autor_a>

James Joyce

</autor_a>

</epígrafe>

<Prólogo>

Cuando tenía 23 años empecé a escribir una novela sobre la clonación de un revolucionario mexicano. Era 1995 y yo financiaba mi naciente vocación literaria programando sistemas para un banco. Tenía dos ambiciones: ganarme la vida escribiendo y darle la vuelta al mundo. Había empezado a escribir aquella (esta) novela motivado (entre comillas) por una proposición implícita en el manifiesto de cierta vanguardia literaria de cuyo no nombre no quiero acordarme, que prescribía que los temas literarios mexicanos se habían agotado: la renovación formal consistía en escribir novelas ideológicas ubicadas en Centroeuropa (no sé si en verdad aquel manifiesto decía eso, pero yo así lo pasé a interpretar allá entonces).

Tras tres años de inflación salarial bancaria, la primera burbuja internet reventó justo cuando yo llegaba al ahorro objetivo que me había fijado para decirle adiós a los sistemas computacionales y partir catorce meses de mochila a darle la vuelta al mundo. Me llevé por supuesta la novela: la escribía a mano, sobre un altero de papel revolución tamaño oficio, en

el albergue, en el templo, en el tren o donde me agarrara. Viajaba con una tienda de campaña a la que apodaba la Raíz Cuadrada: medía un metro por un metro: yo dormía sobre su hipotenusa. Una noche, en un camping griego, cayó un aguacero homérico que me empapó por completo el manuscrito. Lo tuve que secar al sol hoja por hoja, bajo una hilera de piedritas para que el viento no se lo llevara.

Regresé a México como era de esperarse: sin un centavo. Envié el Embrión Dorado a varios concursos, seguro de su arrasador impacto, mientras con la otra mano escribía curriculum vitae y cartas de motivación para trabajar como programador en las aseguradoras. Cuando me contrataron, me dije: serán seis meses: luego renuncio para irme a la feria de Fráncfort a presentar la traducción al alemán del Embrión Dorado.

Hoy tengo 46 años. Buscando las aventuras he llegado a una infinidad de lugares, pero ninguno de ellos se acerca ni remotamente a la feria de Fráncfort. He incluso conocido en persona a una muestra estadísticamente significativa de autores que suelen promocionar sus libros en la feria de Fráncfort, de donde he aprendido que la fama y la fortuna literarias no consisten únicamente en batirse a diario contra el ingrato oficio de las letras hasta alcanzar eso que (según Bolaño) “acoquina y encacha”, sino sobre

todo en: [1] contar con una enorme voluntad de autopromoción; [2] hacer Maquiavelos en el trampolín político-literario; [3] emparejarse con un cónyuge dispuesto a mudarse a la otra orilla del privilegio biológico, para desde ahí criar, alimentar y educar a la descendencia genética mientras se escribe (y se autopromociona y se enfiesta y se llega por fin al multipremio, la multibeca, el alto funcionariado cultural o la academia gringa); [4] desperdiciar tiempo y talento redactando tres tristes columnas de opinión en el medio de comunicación global sin ética de su preferencia; [5] bajo cualquiera de las anteriores circunstancias, adquirir el superpoder de terminar lo que se empieza: en las últimas dos décadas he empezado cuatro prometedoras novelas, de las cuales solo *Musofobia* (2008) ha llegado a buen término, mientras que las otras tres (<i>1:BalSac, 2: Ejercicios de español para actriz porno y 3: Retrato.de.dorita.garay.wilde.harmodio.wiki</i>) siguen aumentando su potencial prometedor conforme duermen en el cajón electrónico¹ en donde las medio escribo, guardo y sucesivamente abandono.

Entretanto, el Embrión Dorado permaneció 23 años virginalmente inédito. Hace unos meses, cuando mi amiga Florence Olivier publicó <i>Poesía + Novela = Poesía</i>. *La apuesta de Roberto Bolaño* en esta

1 <http://www.malversando.wordpress.com>

misma casa editorial, el Embrión Dorado salió a cuento en una conversación suya con Édgar García Valencia, su (hoy nuestro) editor. En improbable coincidencia, resultó que Édgar recordaba el manuscrito del Embrión Dorado por haberlo dictaminado hace 20 años para Joaquín Mortiz, con un dictamen positivo que no llegó (entonces) a ningún lado. Édgar procedió a enviarme un mensaje por féisbus en donde proponía que lo publicáramos aquí, en la Universidad Veracruzana, pero el mensaje durmió seis meses porque yo vivo en tuíter y rara vez me meto al féisbus, hasta el día en que instalé en mi teléfono una aplicación que resucitó el dicho mensaje. Al leerlo, fui impaciente a abrir mi cuenta archivo.vivo@riseup.net donde hacía dos periodos geológicos que no entraba, para desenterrar la última reescritura de 1998. Luego le di *<i>send</i>* al mensaje (novela adjunta), no con las ilusiones perdidas de aquel yo de 23 años que se autocreía mucho, sino lleno de gratitud existencial y también sabedor de que, cuando algo pasa por Florence, Bolaño, Veracruz y un camping griego, seguramente viene con buena (y distante) estrella, aunque tarde 23 años en llegar.

</prólogo>

<Capítulo número="1bis" título="Fecundación">

Tambor subterráneo. Tambor dentro del cuerpo. Tambor soterrado. Tambor adentro. Tambor nonato. Tambor revolución. Tambor estadio. Tambor desierto. Tambor plegaria. Tambor maricón. Tambor útero. Tambor abierto. Tambor aborto. Tambor temblor. Tambor gallina. Tambor tambor.

Todo el polvo de Celaya se hizo bolita en torno a sí mismo sobre la punta de ese dedo artrópodo que reptaba en lo profundo de su nariz. Parapetados al final del horizonte, los cañones carrancistas retumbaban con la cadencia de una catedral tocando a muerto. El teniente Donaciano Flores se sacó un moco salobre de pólvora y batallas y se lo llevó a la boca para masticarlo con ese miedo granular que dejan tras de sí las cargas de caballería. Junto a él, toda su humanidad encorvada sobre el suelo, el sargento Urbina le cosía una virgencita a su sombrero de soyate.

¿Ahora a quién perjudicaste, Perfecto?

—A la soldadera de mi teniente Medina, que en paz descanse.

—¿Y no te remuerde andar perjudicando así a la soldadera del difunto?

—Masque me remuerda; total, al rato nos van a dejar tan secos como al teniente Medina. ¿Qué no oye usted todo ese fuego de artillería? Grande yerro es este de mi general Villa al echarnos a morir así desnudos de cañones frente a tanta metralla.

El teniente Donaciano Flores no tenía más remedio que rascarse las corvas y comerse los mocos y soñar que detrás de Celaya, a espaldas de Obregón y sus cañones, estaría ella, la niña Malena. ¿Pues qué no eran para eso las revoluciones, qué no era por ella que volteábamos la tierra de cabeza, para no dejar ni un solo rincón de polvo sin buscarla? ¿Verdad, Perfecto, que estos veinte mil hombres de la División del Norte prohicaron mi muy grande inquietud por encontrarla? Perfecto Urbina asentía bajo la amplitud de su sombrero y pensaba: ¿pues qué tendrá esa tal niña Malena que le ha nublado sus luces de inteligencia a mi teniente Flores?

Porque Donaciano Flores parecía ignorar los acontecimientos recientes de la revolución: no recordaba la Decena Trágica ni el asesinato de Francisco I. Madero ni la posterior traición de Victoriano Huerta: en la obnubilada percepción del teniente Flores, esta revolución era otra Troya, pero aquí la Helena de la historia se llamaba niña Malena, y el objetivo estratégico del general Francisco Villa

no era otro que el de acallar los cañones enemigos con la única finalidad de hallarla.

El sargento Urbina rumiaba el extravío del teniente Flores y las cuarenta y siete vírgenes de su cabeza desaprobaban girando sobre su eje. Cada estampa de la virgencita cosida a su sombrero correspondía al recuerdo de una soldadera amarrada al cuerpo y a la memoria en cualquier noche diáfana de tropa, noche de guitarras y de pulques pendencieros. Perfecto Urbina las tomaba por el talle y les hablaba sus mentiras y así flotando sobre lisonjas las tendía entre los huizachales. Bien escondida había de estar la luna para que las manchas del mal del pinto no resplandecieran blancas sobre su piel, casi noche cerrada de tan morena. ¿Cuál sería la locura del sargento Urbina?

¿Qué andaría él buscando entre las piernas de esas cuarenta y siete soldaderas que lucían transfiguradas en vírgenes sobre su mollera?

Con la cadencia de una catedral tocando a muerto descarnaban los cañones una a una las cargas de caballería de Villa. El ritmo de los mocos en el masticar del teniente se aceleraba al son del miedo. En su única oreja palpitaban el humo de las detonaciones y el relinchar agónico de los caballos. Las orejas son las alas del entendimiento, pensaba el sargento, y a lo mejor por eso, por hallarse falto de una de ellas, es que a mi teniente Flores se le han nublado sus luces de inteligencia.

Los gritos de mando del coronel Cervantes alborotaron al regimiento. Se ensillaron las bestias, se municionó la tropa, se terciaron las carabinas y se apretaron los miedos entre los dientes. ¿No oye usted todo ese fuego de artillería, no siente usted la muy grande mortandad que nos va dejando tan difuntos como al teniente Medina? Bien dispuestas a morir estaban las hordas villistas cuando un dorado de la escolta personal del Centauro del Norte llegó gritando ¡alto a la caballería, alto a las armas! y le habló así sus palabras al coronel Cervantes:

—Nos cortaron la vía los carrancistas y las tropas se nos están quedando sin bastimento; son menester dos voluntarios del regimiento para traer gallinas de las rancherías vecinas.

—¡Teniente Flores, sargento Urbina! —gritó el coronel Cervantes.

Donaciano Flores y Perfecto Urbina echaron pie a tierra sin soltar el caballo de la brida. El coronel dio instrucciones precisas y se separaron, el regimiento por un lado en busca de la muerte, los dos soldados por el otro en busca de gallinas.

<emb/>

Tu madre es gordita, morena y chaparrita, estudió un doctorado en Edimburgo y se muere por parirte. A tu madre la volvieron a secuestrar cuando ya estaba secuestrada y la trajeron por fuerza a esta clínica. Pero tu madre no quería y por no querer le amarraron la voluntad a una camilla y le ahogaron las protes-

tas en el ojo inyectado de pólvora de una pistola. El doctor Marzio la miró y quiso no reconocerla. El doctor palideció y se negó a practicar la operación pero los mismos argumentos inyectados de pólvora lo convencieron. El doctor tragó un hilo muy largo de saliva y detrás de la saliva se quiso tragar uno a uno los ladrillos de su clínica de abortos clandestinos. No se quitaron los lentes los judiciales cuando el doctor le hizo a un lado la falda y le bajó el encaje de los calzones y le ahorcó los tobillos con unas correas amansalocas que colgaban del techo como las sogas de un patíbulo. Los cuatro judiciales embarraron su mirar genital entre las piernas abiertas de tu madre. El doctor no quería pero había practicado tantas veces la misma operación que su mano parecía mandarse sola y sola inyectar en las venas de tu madre (que se conectan con tus incipientes venas) quinientas unidades de pentopol que navegaron en su sangre (y después en la tuya) y la hicieron recordar entre alucinaciones a quien, de haber tú nacido, hubieras conocido como tu bisabuela.

<emb/>

Mi mamá me mima. Mi mamá me despierta con juguito de naranja. Mi mamá se desvela lavando mi piyama. Mi mamá me mima mucho. Mi mamá no se duerme hasta que llego. Mi mamá espera mi llamada a toda hora. Mi mamá cocina para mí durante el día. Mi mamá piensa en mí mucho y todo el día porque mi mamá me mima. Mi mamá le presume a sus amigas: mi hijo es Inge-

niero. Mi mamá me da la vida. Mi mamá me llama cuando mi llamada desespera: mi mamá me llama todo el día. Mi mamá me mima y cuando me mima me recuerda todo lo guapo que yo soy. Mi mamá me mira largo rato mientras duermo y me repite, para que ni en sueños se me olvide: yo te di la vida, yo te di la vida. Mi mamá no tiene otra ocupación que yo. Yo soy su profesión, de fe, de carrera, yo soy su profesión.

Mi mamá me mima y al mimarme va tramando mi destino. Mi mamá es inquebrantable. Mi mamá entra al baño mientras me baño y le recuerda a mi desnudez ruborizada y treintañera: tállate bien los codos, Mauricito. Hasta cuando me masturbo mi mamá me mima y abre la puerta de mi cuarto y entromete su nariz en mis orgasmos. Mi mamá corta mis fantasías y las tetas se vuelven culpas y las nalgas reproches y las vaginas se disuelven dejándome entre las piernas un aborto de orgasmo flácido y avergonzado. Mi mamá se llama Máxima pero los futbolistas de equipo la apodan doña M. Mi mamá me habla de Dios mientras registra mis calzones. Mi mamá le hace reproches al buen Dios porque encontró un rastro de semen fosilizado en mis calzones. Mi mamá me deja de mimar y solloza amarga: ¿acaso yo te he enseñado esto? ¿Tan mala madre he sido? ¿En qué fallé, Dios mío, en qué fallé? Mi mamá llora por todo eso que yo soy y por todo eso que ella se inventa que yo soy y por todo eso que indefectiblemente voy a ser porque ella ya se lo inventó, pongo un ejemplo: mi mamá se inventa que soy puto. Yo no era

puto, yo jamás he sido puto, pero en cuanto mi mamá me deja de mimar y se inventa que soy puto empiezo yo a sentirme un poco puto y me pregunto ¿verdaderamente seré puto? ¿Qué estoy sintiendo ahora que el delantero brasileño me pone sus dedos duros un poquito arriba de los hombros, un poquito abajo del cuello y me soba suavemente? ¿Me está gustando? Mi mamá vuelve a sollozar amarga: ¿Tan mala madre he sido? ¿En qué fallé, Dios mío, si yo te di una educación y unos principios y te enseñé a ser hombrecito y te escogí una novia que recorté de las secciones de sociales, de las revistas de moda, de los anuncios de perfume? Mi mamá se inventa que soy puto porque cuando salgo con mi novia le digo que ando con unos amigos. A mi mamá no le puedo confesar que salgo con mi novia porque a sus ojos mi novia solo es gordita, morena y chaparrita y esto anula no solo nuestro amor, sino también el doctorado en Edimburgo y la persona de Malenita entera. Para mi madre, la novia de Mauricio se supone alta, rubia, de ojos claros y <i>raza</i> inmejorable. A mi mamá, que tanto me ha mimado, tengo miedo de enseñarle <i>esto racial</i> que es mi novia. Mi mamá me ha mimado, mi mamá me mimó, mi mamá me mimó mucho muchos años, mi mamá me mimó largo y apretado, mi mamá me mimó y esto es pasado porque mi mamá ya no me mima más, mi mamá me edipa, mi mamá me edipa largo y apretado, mucho y muchos años, mi mamá me edipa y porque me edipa cae gravemente enferma el día en que El Sol de Durango anuncia que el ingeniero Mauricio

Perfecto Buentello Meza asume el cargo de segundo entrenador de los Constructores de Gómezpalacio, oscuro equipo de la tercera división. Mi mamá me edipa y porque me edipa es internada en un hospital cuando se entera de mis labios que su Mauricito, su ingeniero (tanto que mi mamá me presumía) mandó la ingeniería al carajo y decidió entregar su vida y su talento a su verdadera pasión: el noble arte del fútbol. Mi mamá me edipa y porque me edipa sus primeras palabras al salir del hospital son: Hijo, *maricón* y encima futbolista, estás jodido.

<emb/>

Joaquín Mortiz, Édgar, Bolaño, Florence, Veracruz: así le cuento a mi compañera de vida la improbable cadena de vicisitudes que condujeron a la publicación de la novela. Su sentido de la realidad planta inmediatamente los pies sobre la tierra:

-¿cuándo la tienes qué entregar?

-18 de noviembre

-está a la vuelta

-en efecto

-¿y si me la vas leyendo camino a Querétaro?

-órale, la imprimo

-piensa en el medio ambiente

-¿cuál medio ambiente?

-ya no estamos en 1995: los árboles no tienen la culpa de tu novela: léemela en la tablet

-va

<emb/>

Declinaba la tarde. El cacarear de unas gallinas entrometió la cresta en el repiqueteo lejano de los cañones. Donaciano Flores y Perfecto Urbina se enfilaron rumbo a la ranchería que cacareaba. Con tardía altivez, una leyenda coronaba la entrada en azulejos de Talavera: Rancho La Gallina Degollada. Apenas cruzando el umbral, un latigazo de aire despegó del suelo y amenazó con volarles los sombreros.

—Mucho frío anda haciendo en este rancho.

—Ha de ser tanto abandono —respondió el sargento Urbina sujetando una virgencita que le había quedado mal cosida—: se me anda queriendo volar la Fidela.

—A mí se me afigura que esa no es la Fidela, esa es la Felipa porque se parece a las estampas que venden en la catedral de Zacatecas.

—No mi teniente, se anda usted confundiendo: la Felipa era la viuda de aquel español de ciudad Juárez, el que coleccionaba yelmos, ¿se acuerda?

Pero el teniente Flores ya no lo escuchaba. Tenía en la punta del dedo un moco suave, jugoso, de formas gentiles, y en el hilo transparente que lo unía con su nariz veía caminar la sombra del general Villa, el fin triunfador de la batalla de Celaya, la hora de la victoria. Pronto, quizá mañana, esos ojos color carbón de azabache de Pancho Villa, todo él uniforme dorado, lo verían de frente y le entregarían a la niña. Para eso son las revoluciones, mi teniente. Nomás por eso hemos luchado.

El sargento Urbina echó pie a tierra y sujetó el caballo entre las junturas de dos tablas. Descorrió las trancas del corral y sacó de sus arreos un par de costales. A punto estuvo de llamar al teniente Flores, que se alejaba ensimismado, cuando posó su mirada sobre la quieta figura de una gallina. Inmaculada, carnosa, contoneaba sus plumas sobre el brocal de un pozo.

Perfecto esperó en silencio a que el teniente se alejara y, como si la presencia de la gallina encajara a pelo en sus reflexiones, sin cambiar de postura ni de gesto, se sacó la verga lentamente. El cañón de su miembro, largo y pulido, se transformó en un dedo de rosa a la luz poniente del sol. Poco a poco el gran dedo fue enderezándose en dirección de la gallina. Una orgía de plumas y pescezcos revoloteó en los anhelos de Perfecto, que cerró los ojos y se saboreó la lengua sobre los labios antes de abrirlos de nuevo para ver solo la sombra de un gatillo y la boca de un revólver Smith & Wesson. El disparo sonó seco y diminuto en la inmensidad de la tarde. La gallina cayó, también seca, al suelo.

-Nabor Nolasco, oficial constitucionalista a la caza de gallinas: ¿hay licencia? -dijo alguien ataviado con el uniforme carrancista, sin dejar de apuntar-. Al sargento Urbina se le atragantó el gerundio entre los dedos. Avergonzado, se guardó su flacidez humillada en los calzones.

—¿Es usted villista? —enhiesta la cabeza, arrogante el busto, bien puestos los pies sobre la tierra y elegantemente dobladas las piernas entre los arreos de campaña, el carrancista preguntaba lo que ya sabía. Nadie los miraba, salvo la desolación del rancho y un batallón de gallinas. Las cuarenta y siete virgencitas respondieron con un balanceo, negando en el aire.

—Usted es villista, ¿pa qué lo niega? Ora lo voy a tener que acostar de un tiro en la barriga, como hago yo con los villistas —el ojo de la Smith & Wesson lo miraba inyectado de silencio.

Un cañón de artillería reverberó en el horizonte recordándoles que a lo lejos se libraba, magnificada, la misma batalla.

—Treinta y siete —murmuró Nolasco apenas entre dientes. Se escuchó otro estallido breve—: ¡treinta y ocho! —agregó y sus ojos revolotearon detrás de las montañas—: ya van treinta y ocho: no van a aguantar más de cincuenta —concluyó triunfante.

—Pues entonces vámonos regresando a la batalla y ya deje usted de apuntarle así a mi sargento; mejor allá en la bola averiguamos —apareciendo por sorpresa, Donaciano Flores apoyó la carabina sobre la espalda ciega del carrancista.

—Ta bueno, pues. Pa qué nos matamos de oquis —asintió Nolasco sin dejar de apuntar.

—Pues ta bueno —repitió el sargento Urbina sin dejar de ser apuntado.

—Pues órale, muévanle —ordenó el teniente Flores, ya no tan convencido.

Los tres guardaron un solo silencio. Los dos que se podían mirar porque estaban frente a frente, se miraron. Un viento frío, en extremo improbable para ese mes de abril en Celaya, les alborotó los cabellos. Los tres recordaron, no sin cierta vergüenza, que algo dentro de ellos se había apaciguado al conocer la misión encomendada por sus respectivos bandos. Robar gallinas siempre era más fácil que morir allá, tan a raíz, tan de frente a la metralla.

—¿Pero... y las gallinas? —preguntó Perfecto.

—Nos las podemos jugar al juego de la tapia salvadora, y que cada quien se lleve las que su puntería le procure —resolvió Nabor Nolasco sin traicionar a su macho intrínseco revolucionario. Como puestas ya de acuerdo, la carabina y la Smith & Wesson dejaron de apuntar al mismo tiempo. Nabor Nolasco y Donaciano Flores caminaron hacia el centro del corral. El carrancista fue señalando diversos puntos del corral contiguo. Después describió, moviendo la mano, una serie de evoluciones que repitió el villista con ánimo de entenderle. Donaciano dispararía sobre las gallinas blancas. Nabor Nolasco sobre las coloradas.

Aquel corral era el más amplio. Tenía en dos de sus lados sendas puertas hacia el campo. El lado del fondo no era una simple cerca de tablas, sino una tapia de adobes. Nolasco se acercó al corral de las gallinas. Sus piernas formaban un compás hercúleo y

destellaban. Se quitó el sombrero, las amenazó con la mirada y les habló así sus palabras:

—En cuanto asomen por la puerta, estos señores villistas y yo empezaremos a dispararles. Las que lleguen a la tapia y la salten quedan libres. Si alguna no le quiere entrar, aquí el sargento Urbina les meterá un tiro en la barriga.

—¿Entendido? —preguntó Nabor Nolasco.

Las gallinas respondieron con un revoloteo desordenado.

<emb/>

De aquí salimos con el embrión en la mano o no salimos, amenazó el judicial blandiendo la pistola cuando el doctor Marzio, con el sudor escarchándole la frente, les advirtió que sin luz no iba a operar a nadie. El apagón llegó de pronto, como llega un parpadeo, y dejó sin luz la operación de dejarte a ti sin vida, de no darte a luz, de darte a sombras, de quitarte. El doctor dijo espátula y algo en tu naturaleza elemental se removió al saber que la batalla sería embrión a cuerpo, sin ventajas para nadie, pues sin corriente eléctrica la máquina de hacer abortos no era más que un manojito inerte de tentáculos, metal y plástico enmarañados. La enfermera era guapa, gorda, generosa desde su escote sin fin. Pero sobre todo, y si tuvieras una pizca de memoria lo recordarías, su piel era negra como la oscuridad amniótica que te envuelve. La enfermera trajo un par de velas y encendió una en cada flanco de tu madre con

un silencio de parafina derritiéndose sobre el cuerpo presente. Ese danzar perpetuo que llevan las llamas dentro revoloteó naranja sobre los lentes oscuros de los judiciales. La enfermera degustaba con fruición un tarugo de tamarindo azucarado, pero quién sabe qué viento de azar pasó por ahí postergando su premura y electrizando por error un radiodespertador de baterías que decidió encenderse solo y solo aparecer sintonizado en cierta cumbia de tambores que retumbó en el quirófano con la cadencia de una catedral tocando a muerto y removi6 esa quietud tuya tan primera. La enfermera corri6 a apagarlo conforme el doctor se puso los guantes y t6, embri6n dorado, te dispusiste a librar tu 6ltima batalla.

<emb/>

M6xico D.F. 9/julio/2000. Estadio del Atlante. Gran final de torneo de verano de la segunda divisi6n: por el ascenso a segunda, Atlante vs. Constructores de G6mezpalacio. El cotejo se ver6 engalanado con el enlace matrimonial de la pareja ganadora del concurso C6sate con la Tropi Pi, tres punto catorce dieciseis de tu cuadrante, quienes unir6n sus destinos durante el medio tiempo. El multibillonagenario exl6der sindical, presidente vitalicio de la HTML²

2 Uni6n de Trabajadores Telefonistas Mexicanos que Languidecen. La H en la palabra uni6n fue institucionalizada por Donaciano Flores, hist6rico l6der sindical telefonista, en el XLIX Congreso Nacional Extraordinario del sindicato, quien ah6 expres6 que s6lo las cosas importantes se escriben con h.

y hoy magnate de las telecomunicaciones³, además de flamante y nuevo y recién propietario del Atlante Fútbol Club, abrirá generosamente su palco privado (también recién remodelado el mejor estilo VHP⁴) a la feliz pareja.

<emb/>

Para llegar de Coyoacán a Querétaro hay que tomar el segundo piso del Anillo Periférico Sur, pasar eso que antes era el Toreo de Cuatro Caminos y que el porvenir de hoy transformó en un faraónico centro comercial. Sobre las ruinas imaginarias de aquel toreo (en donde, según recuerdo, había de todo, box, conciertos, ferias: todo menos toros) mi compañera de carretera y vida y yo recordamos una discoteca hoy desaparecida, en donde se organizaban tardeadas sin alcohol, aptas para que los adolescentes que éramos bailaran y se prefrotaran mutuamente las hormonas dentro de un contexto relativamente inocente: el News. Ambos conocimos el News, ella viviendo en el Ajusco, extremo sur de la ciudad, y yo en el extremo norte de Ecatepec.

—¿habremos coincidido?

3 En 1990, durante una época de intensa privatización de empresas públicas, el presidente Carlos Salinas de Gortari le vendió, en una falsa subasta, Teléfonos de México a Donaciano Flores, amigo cercano del padre del presidente, muy por debajo de su precio de mercado. En menos de diez años, el excombatiente revolucionario y exlíder sindical de los trabajadores telefonistas ya aparecía en la revista Forbes, formando parte del selecto club de hombres más adinerados del planeta.

4 *Very Himportant Person.*

-capaz que sí
-¿te imaginas si nos hubiéramos conocido en aquel entonces adolescente?
-ya no te hagas y empiézame a leer tu novela
-estaba esperando que el tráfico se pusiera denso
torres de Satélite: tráfico denso, dictamina la voz artificial del navegador guía
-voy pues
*se pone a leer
-está muy confuso todo
-¿a qué no le entiendes?
-¿qué le pasa a ese teniente?
-¿a Donaciano?, pues le pasa que se le oscurecen sus luces de inteligencia y cree que la revolución es nada más para encontrar a...
-¿su hija?
-¡no, nada qué ver! A la niña Malena, de quien está enamorado
-¿y dónde la conoció?
-ya no me acuerdo, tengo que seguir leyendo
-¿cómo de que no te acuerdas? ¡eres El Autor!
-la escribí hace mucho: quién sabe quién era yo por allá entonces
-¿y ese aborto?
-la que aborta también se llama Malena, y de algún modo es pariente de la Malena de...
-de la revolución: previsible: seguro va a ser su nieta o algo así
-en efecto

-pero hay judiciales ahí, ¿no?
-la están obligando a abortar: ella no quiere
-¿y por qué?
-pfff... tampoco me acuerdo...
-oye, pero el pentopol no existe
-Según yo es un anestésico general que se administra a las pacientes que van a abortar
-¿no estás hablando del propofol?
-mierda... quizá sí... pero me suena mejor pentopol...
-pues si no te interesa la precisión científica, ni la ciencia ni yo podemos hacer ya nada por ti
-no es que no me importe, pero en este caso voy a preferir el principio poético
-¡con que no anestesies al lector!
-ya llegamos a las torres de Satélite
-sigue leyendo pues
-¿estás lista?: ya regresa el personaje inspirado en mi mamá
-¡¿tu mamá?!

<emb/>

El sargento Urbina las manoseaba un poco antes de soltarlas. Las gallinas salían lentas, caminando con ese garbo cauteloso y simplón con que caminan, estirando el cuello a cada paso como si un único nervio las surcara. El primer disparo les reventó el garbo y las abalanzó sobre la tapia. Unas daban brinco entre charcos de tripas y de sangre. Otras bailaban danza grotesca al abrigo del brocal de un pozo hasta que una bala las curaba de su frenesí o las

hacía caer de bruces por el agujero del pozo. Casi todas se precipitaban sobre la pared de adobes y trataban de escalarla trepando sobre cadáveres entrelazados, calientes, húmedos. Algunas lograban clavar sus patas en la barda de tierra pero sus plumas, agitadas por intensa ansiedad de vida, se transformaban pronto en plumas moribundas.

No conforme con dejar sus estertores muertos sobre el suelo, Nabor Nolasco les disparaba varias veces hasta hacer explotar el nido de intestinos en una pirotecnia de vesículas y glándulas. ¡Qué colores tan bonitos esconden las gallinas en sus adentros! pensaba el carrancista mientras contaba de cuántos balazos desaparece una gallina de la faz de la tierra. Unodós trescuatrocinco, enunciaba en voz alta el carrancista, aunque ocasionalmente un cuarenta y siete o un cincuenta y uno se intrincaban en su otra cuenta, haciendo eco a algún disparo lejano en el horizonte, pues en su obsesión enumerativa Nolasco también quería memorizar cuánto fuego de artillería era necesario para desaparecer al general Villa de la faz de la tierra. Junto a él, Donaciano disparaba ensimismado. Por hallarse falto de una oreja, le era imposible atrapar la cuenta del carrancista, que pasaba de largo sin detenerse en sus oídos.

El angustioso huir de las gallinas, fuga de una sinfonía en donde la pasión de matar y el ansia de vivir lucharon como temas, duró cerca de dos horas. Las gallinas se acabaron. Un silencio sideral calló

sobre los corrales. De la batalla ya nada se escuchaba. Corrían esos minutos postreros del ocaso en que se confunden los comienzos con los fines. Un ejército de moscas profanó el silencio y se ocupó de los intestinos, desparramados por lo ancho de la tierra.

—Vayámonos repartiendo las gallinas antes de que anochezca —propuso Donaciano. Cada quien fue abriendo su costal y levantando del suelo aquello que le correspondía. La selección no fue difícil, pues mientras las blancas estaban enteras, con apenas un balazo en cualquier sitio, las coloradas eran un amasijo de sangre, plumas y entrañas que el carrancista echaba a puños en su costal.

De pronto, de algún rincón, saltó una gallina viva. Perfecto corrió hacia ella y con una mano la agarró del pescuezo mientras con la otra luchaba por sacar de sus calzones una repentina y violenta erección. Una vez más la Smith & Wesson se le adelantó.

—¡Uno dostrés cuatro! —cantó Nolasco, pero al pregón del cinco ya no hubo bala que acompañara la cuenta. Con el puro pescuezo en la mano, el sargento desenfundó su pistola y encañonó al carrancista. Coléricos, los lamparones del mal del pinto se erizaron de luz.

—Cinco —repitió Nolasco y presionó el gatillo, pero la garganta de la Smith & Wesson no contestó.

—Sosiega esas armas, Perfecto, que de este hombre no hemos recibido afrenta alguna, salvo la de portar en su uniforme los galones enemigos

—Bien que se ganó la inquina de mis rencores, mi teniente. Me ha matado ya dos gallinitas que tenía yo apalabradas

—No es razón suficiente para quitarle así la vida, pues mientras él tuvo parque respetó bien las nuestras.

—Masque así sea

—Si tal es tu rencor quédate con sus gallinas, pero respétale la vida. Y usted, córrale al monte antes de que aquí mi sargento se arrepienta, que luego tiene sus arrebatos —Nabor Nolasco caminó sobre la inmundicia, hacia la tapia de adobes.

—¡Órale, pa que sientas lo que sienten las gallinas! —un primer disparo le reventó el garbo y lo abalanzó sobre la tapia. Sus pasos hacían splash splash confundidos entre tanta víscera. Con cada balazo la noche iba cayendo, como si a balazos fuera que cayera. El carrancista saltó la barda y se fue haciendo lejos. Un punto móvil. Un cuerpo que corría. Tanto se doblaba el cuerpo al correr que se le hubiera confundido con algo rastreado a flor de suelo. Se abrieron los costales. Se enfundaron las gallinas. Ya montado en el caballo, Perfecto vislumbró una última viva. Solitaria, apacible, empoollaba un huevo al fondo del corral. El sargento Urbina echó pie a tierra, la levantó con maternal

ternura y pisó el huevo, que crujió con esa tristeza embrionaria de quien se sabe no nacido.

Y se alejaron. Sobre el caballo negro se añoraba a Malenita. Sobre el tordillo se iba acariciando una gallina.

<emb/>

Retumbaron los tambores en el quirófano y retumbó el tarugo de tamarindo en la digestión de la enfermera y retumbó tu tumba madre y retumbó tu útero tumba y retumbó tu tambor tumba y retumbó también el reflejo de las velas en el techo: Radio Universidad presenta su programa: Ritmos del África, retumbó la voz del locutor y retumbaron también las galaxias ultradifusas cuando las caderas de la enfermera se bambolearon rumbo al radiodespertador autodeterminándose a apagarlo y retumbaron tum tum tum las sienes de tu madre y se agitaron los ríos de pentopol en su cabeza cuando la balsa obnubilada de sus alucinaciones anestésicas encalló en un litoral de la memoria: tu madre está cumpliendo siete años y retumbaron ahí entonces la aritmética de los meses que le faltaban al año de mil novecientos setenta y nueve para encallar en su cumpleaños y retumbó el pastel de Hello Kitty sobre cuya nariz elíptica yace enterrada una vela con forma de número 7 mientras que una enredadera de niños globos payasos serpentinas se enreda que te enreda en el pasado remoto de tu madre que con su faringe niña sopla que te sopla pero la flama aniversaria no se agita por

el contrario permanece y tu madre sopla que te sopla en sus pulmones exigidos estas son las mañanitas que cantaba el rey David mas ni con las mañanitas la flama se inmuta o se extingue hoy por ser día de tu cumple te las cantamos aquí obstinada en reencenderse a pesar de los embates céfiros del aliento infantil de tu mamá drogada para abortar entre risas del payaso y globos abscesos de color conteniendo su mutismo aéreo mientras que tu madre se ahoga desde la tráquea en ese esfuerzo sobrehumano soplando un aire ávido y por cumplir siete años desesperado y cuando parece que se apagó se enciende de nuevo y tu madre quisiera robarle una ventisca de aire a los globos de las paredes pero estos tan calladitos tan contenidos en su atmósfera nada responden despierta mi bien despierta mira que ya amaneció ¡mor di da mor di da! canta el coro de risas endodonciadas de azúcar tan impacientes como siempre por ir a reventar a palos la piñata hasta que tu mamá en un berrinche lírico se enoja porque qué se cree esta mugre vela para venirme a arruinar y desesperar y emberrinchar mi cumple con su flama necia y retumbó de pronto en eso así súbitamente es decir como suelen sobrevenir sin más las tragedias en las novelas el silencio y el cambio de ánimo y el entristecimiento general del decorado porque a nadie ya le importa tu madre ni su berrinche ni la flama empecinada y las mañanitas se silencian y ninguna mano adulta viene a abstraerle a tu mamá su nuca

niña contra el pastel para que sumerja su semblante en la mordida mordida mordida ni la van tampoco a consolar en su merecido berrinche ni a venir a explicarle tampoco que esa clase de velas fueron químicamente concebidas para generar un impacto de desesperación en la percepción fenomenológico temporal de las niñas fingiendo reencenderse en un ciclo cuasi_infinito que brutalmente se rompió con una embolia: ¿qué pasa mamá? ¿por qué todos mis amigos se van de mi cumpleaños? pero la pregunta se queda suspendida de sí misma o de la combustión mentirosa de la vela hasta que un par de dedos ensalivados de adulto la apagan absolutamente junto con el aniversario entero: se nos apagó la abuela en vez de la vela ¿me entendiste? ¿cuál abuela? ¿pues cuál abuela va a ser? ¡la única que te queda: la abuela Malena! ¿qué le pasó? ¡le dio una embolia, qué no estás viendo? pero si era mi fiesta de cumpleaños ¡que te calles, niña pendeja, las embolias no avisan, hay que llamar a una ambulancia! y retumbaron la prisa del apuro quítenme ese pastel de en medio para recostar a la abuelita aquí encima del aborto de una fiesta de cumpleaños acompañada por el riguroso desfile de remedios caseros para la embolia: déngle un ajo o no mejor un té de jengibre o no mejor traigan rápido una rama de gíngko ¡abran paso, abran paso! retumbaron las botas de los paramédicos abriendo la compuerta del escepticismo científico en este teatro de la herbolaria popular para así llevarse en cami-

lla la agonía de la abuela Malena y rechinaron las ruedas de la ambulancia en el árbol combinatorio de las posibilidades existenciales no realizadas porque nunca a partir de entonces la abuela Malena llegará jamás a ser tu bisabuela embrión dorado a excepción de esta proyección platónica que retumba vaga tras la anestésica fogata de pentopol con que la anestesia del doctor Marzio vino a nublar la caverna memoriosa de tu madre quien en sus apenas siete inteligentes si bien breves años ya puede pensar por sí misma: se la llevaron en camilla blanca unos hombres de blanco envuelta en sábana blanca y siendo transportada en ambulancia blanca y a la mañana siguiente la trajeron de regreso unos señores de negro en una carroza negra envuelta ella en una bolsa negra: ándale Malenita ayúdame a quitar los globos que esto pasó de ser tu fiesta de cumpleaños a volverse el velorio de tu abuelita Malena mira por acá a los invitados que llegaron con regalos y se van dejando un pésame: asómate embrión dorado al traumático recuerdo alteranestésico de tu madre niña el día en que su fiesta de cumpleaños número siete desembocó final de los años de tu jamás para nunca bisabuela: (retúmbate ahora, embrión dorado, en un megamix de japibérdey con rosario:) Santa María, madre de Dios, ruega por ella. Nadie le cambió el vestido por uno menos festivo, a prueba de tragedias. Santa virgen de las vírgenes, ruega por ella. Pide un deseo. Santa madre del tambor, ruega por ella. Ahora

cierra los ojos, piensa fuerte en tu deseo y apaga la vela. Madre amable, ruega por ella. Pero la vela no se apaga y justo cuando pido mi deseo se desmaya mi abuela. Madre purísima, ruega por ella. No se desmayó: le dio una embolia, le dieron un té de gengibre, llegó la ambulancia, se la llevaron al hospital 20 de Noviembre en donde la ciencia médica diagnosticó que falleció durante el trayecto debido a una tromboembolia pulmonar. Madre de la divina gracia, ruega por ella. Tromboembolia a su vez causada por una hipercoagulabilidad congénita factor V de Leiden: es un milagro que con tal cuadro haya alcanzado la edad que alcanzó. Virgen laudable, ruega por ella. ¿Pediste tu deseo cuando estabas apagando la vela? Virgen inimaginable, ruega por ella. No pude apagar la vela: se prendía y se prendía y se volvía a prender. Virgen prudentísima, ruega por ella. Pues pídelo ahora, ven, apaga aquí este cirio. Virgen poderosa, ruega por ella. ¿Qué deseo pediste? Madre inallanable, ruega por ella. Que mi abuelita reviva. Madre del pentopol, ruega por ella. ¿Para qué la meten en esa caja? Madre invisible, ruega por ella. No es una caja: se llama ataúd. Madre perversa, ruega por ella. La vamos a velar aquí en la sala. Madre del creador, ruega por ella. ¿Qué significa velarla? Madre revolucionaria, ruega por ella. Que vamos a estar con ella toda la noche, despidiéndola para su viaje al cielo con diosito, y que mañana por la mañana la llevaremos al panteón para

enterrarla. Salud de los enfermos, ruega por ella. ¿Bajo la tierra? ¿Para que no se pudra? Sí, bajo la tierra para que no se pudra y suba al cielo enterita, tal y como la recuerdas: ya ponte la pijama: ya te tienes que dormir. Auxilio de los cristianos, ruega por ella. Ya se iba a dormir empiyamada cuando una sorpresiva tormenta de diarrea le nubló los intestinos. Madre del millonario, ruega por ella. Con la furia de una resurrección de crucifijo, sus intestinos lloraron un llanto de espagueti con jamón y pastel de cumpleaños, agua de jamaica y papas sabritas atrabancadas. Auxilio de los cristianos, ruega por ella. Durante ese momentáneo lapso de diarrea, un pelotón de guardaespaldas (traje, corbata, lentes oscuros, complexión musculosa: tal y como te imaginas a los guardaespaldas) irrumpió en tromba en el velorio. Torre de David, ruega por ella. Los guardaespaldas gravitaban en torno a un viejo alto y robusto y canoso, también de lentes oscuros, con un bigotito patético sobre los labios y la visibilísima y sonora carencia de una oreja: ¿de dónde se agarran las gafas cuando te falta una oreja? Torre de marfil, ruega por ella. Lo feo que se veía el viejo priísta telefonista sindicalista y multi-billonario de corrupción y crápula con ese agujero a raíz en vez de una oreja. Rosa mística, ruega por ella. Te juro que no se le enchuecaban ni se le caían ni le bailaban siquiera los lentes: se me hace que los tenía clavados en la cabeza. Consuelo de los

afligidos, ruega por ella. Se ven tan ridículos los políticos con lentes oscuros a la media noche: ¿quién los va a andar deslumbrando a estas horas, armados como andan hasta los tenientes? Gólgota de la abortante, ruega por ella. El viejo se quitó las gafas con mano temblorosa y se asomó hacia la boca abierta del ataúd: las lágrimas anegaron sus ojos en pretérito pluscuamperfecto. Arca de la alianza, ruega por ella. Como si las lágrimas escondieran una orden sobreentendida, los guaruras apuntaron sus cañones sobre los deudos. Arca del embrión, ruega por ella. Ya estuvo, ya nos masacraron. Espejo de pentopol, ruega por ella. Nada de eso: nadie nos disparó: todo lo contrario: entre cuatro guardaespaldas se echaron el ataúd en hombros, lo metieron dentro de una suburban negra y nos dejaron un cheque equivalente a un año de salario conglomerado de todos los aquí presentes. Casa del oro, ruega por ella. ¿Qué hacemos ahora? Qué quieres hacer, pendejo: ni modo que llamemos a la policía, si ellos mismos son la policía. Estrella de la mañana, ruega por ella. Vamos a seguirla velando en ausencia entonces: quién iba decir que la abuela valiera tanto varo. Trono de la eterna sabiduría, ruega por ella. Tu madre salió del baño tras media hora de diarrea líquida: ya no vio el ataúd: ¿dónde está mi abuelita? Puerta del cielo, ruega por ella. Ni modo de explicarle que el multibillonario magnate sindical se robó su cadáver a la media noche y como repara-

ción nos dejó a cambio un chingo de dinero, por eso nadie va a ir a reclamarle nada, ¿o sí? Causa de nuestra alegría, ruega por ella. ¿Díganme dónde está mi abuelita? Se desmayó ayer, durante tu fiesta de cumpleaños, ¿te acuerdas? Y la tuvimos que llevar al hospital y de ahí se fue al cielo. Dintel de la mentira, ruega por ella. ¿Ves aquella estrella?: es tu abuelita Malena. Puerta del mal, ruega por ella. ¿No que la íbamos a llevar mañana al panteón para enterrarla? Reina de los ángeles, ruega por ella. Se estima que el olfato de una niña es cien mil veces más potente que el de un adulto detectando falsedades o mentiras. Reina de la animadversión, ruega por ella. No es cierto mamá, mira mamá, te voy a decir lo que pasó: yo apagué al fin la vela y cerré los ojos y pedí que mi abuelita reviviera y como es mi cumpleaños mi deseo se cumplió y mi abuelita ya revivió. Reina del santísimo rosario, ruega por ella. Tu madre niña se pone el abrigo. Puerta portal, ruega por ella. Y se echa, previsoras como es, un rollo de papel antidiarrea en el bolsillo. Reina de los profetas, ruega por ella. ¿A dónde vas, Malenita? Reina del santísimo rosario, ruega por ella. Al parque a donde me lleva a jugar siempre mi abuelita: ahí ha de estar escondida. Reina inmortal, ruega por ella.

<emb/>

—Puedo meter los goles más tristes esta noche —dijo con su acento portugués y el cabrón me mandó un beso. Mi mamá, que hasta entonces se había manteni-

do discreta y profesional en el palco VHP, de pie tras la silla de ruedas de Donaciano, como era su costumbre, se disculpa un minuto, penetra en la tribuna preferente y se acerca lo más posible a la cancha para venir a observarme con esos ojos de basilisco encabronado, capaces de emitir escupitajos visuales de esclerótica agria: yo lo vi: ese beso que te mandó el <i>negro</i> lo explica todo: eres <i>puto</i>, yo lo sabía, piensa para sí misma (y para mí) y aprieta los labios contra las encías: en cada arruga del mentón hay un reproche.

-¡Ya siéntese, señora!

-¡Ahí va el agua! -previenen a mi madre pero un cometa de meados cerveceros temporalmente contenidos en un vaso de Corona rompe la quietud del firmamento y le arruina su peinado.

-¡A mí nadie me viene a lanzar aguas! -exclama y se dirige hacia la tribuna general en donde pretende vengar la suma que invirtió en el salón de belleza contra el supuesto agresor. Y de pronto se detiene y me mira con el peinado perlado de amarillo: ¿para eso te di una educación, Mauricito, para que nos vengas a sumergir tres clases sociales abajo de lo que esperábamos de ti?

-¡Despiértate, cabrón! -me increpa Beta, nuestra directora técnica, regresándome de súbito al presente. El presente es esto: el estadio del Atlante, la multitud hostil, el multibillononagenario contemplándonos desde su majestuosa burbuja VHP. Nuestros ju-

gadores reconocen el terreno. Beta les propina a nuestros Constructores una última arenga motivacional. Los árbitros revisan los trazos rectilíneos de cal que delimitan la cancha. La multitud ruge en un cántico que inunda de lírica el estadio:

<p align="center">

Les guste o no les guste
les cuadre o no les cuadre
el Atlante es su madre
y si no... ¡chinguen a sus paaaadreeeeeees!

</p>

—Los goles más tristes, me murmura ahora al oído y esta vez sí me planta el beso en el cachete: ¿lo habrán captado las cámaras? El Negro Epaminondas es el máximo goleador de los Constructores de Gómezpalacio. Roberta Carranza (alias Beta) viajó en persona a Brasil en busca de un talento emergente y barato y regresó con el contrato de transferencia de Epaminondas Gonçalves Conselheiro, joven goleador de Salvador de Bahía. Llegado el momento, Beta me obligó a ir por él al aeropuerto, acompañarlo al examen médico y enseñarle las tres tristes atracciones turísticas de Gómezpalacio. Desde nuestro primer encuentro, Beta se dio cuenta y me advirtió: ese muchacho te está echando el ojo. Después me encargó llevarlo a bailar todos los martes al Salón Bar Mi Delirio para evitar que se deprimiera (Beta se puso de acuerdo con el dueño del bar para que no le vendiera una sola gota de alcohol a nuestro deportista de alto rendi-

miento). Sin embargo Epaminondas no necesitaba alcohol para inflamar todos los martes la rocoloa del Salón Bar Mi Delirio con las baladas portuguesas de Roberto Carlos y sacarme a bailar y sobarme las nalgas durante la canción para luego organizar monumentales dramas de celos cuando Malenita viajaba desde la Ciudad de México para que pasáramos el fin de semana juntos en este páramo llamado Gómezpalacio. Te estás ocupando maravillosamente bien de la parte motivacional, Mauricio, me felicitaba Beta cuando, tras las primeras cuatro jornadas del torneo, los Constructores de Gómezpalacio dominaban la parte alta de la tabla gracias a los goles infalibles de Epaminondas Gonçalves. ¿Y hasta dónde hay que llegar en la parte motivacional?, me habría gustado preguntarle: no sé si te has fijado, Beta, que cada que este cabrón marca un gol corre hasta la línea lateral y salta y me abraza y se abalanza sobre el cuerpo técnico junto con el resto de los jugadores y aprovecha el festejo para lanzar sus infalibles dedos contra mis nalgas, quién sabe cómo le hace para localizarlas bajo la masa de cuerpos festivos hasta florear con sus dedos ese territorio inexplorado, ese Gómezpalacio del deseo masculino que se localiza entre los testículos y el orificio que remata nuestros respectivos conductos digestivos y que, cual causa legal unívoca, despierta una erección voluntariosa, motivada, necia como un salmón contracorriente deseando realizar ese deseo que no lleva ni cinco segundos en

mi hipotálamo cuando ya se ve acompañado de las advocaciones morales de mi madre: tú no eres <i>puto</i>, Mauricito, recompón la postura, siéntate derecho, piensa en las glándulas mamarias abiertas como flores altas de maguey de tu Malenita cuando se levanta la playera guinda número 10 de los Constructores de Gómezpalacio en un hotel sin aire acondicionado de la avenida Morelos, colonia Centro: ¿y qué me dices del sudor de sus axilas, o del firmes ya de su clitoris al primer contacto de tu lengua?: ¿verdad que no eres <i>puto</i>, verdad que eso sí te excita? Pero es que ambos me calientan por igual, mamá: ¿qué hago ahora? ¿nos juntamos los tres para coger? ¡No seas estúpido, Mauricito! Si un futbolista te calienta igual que tu novia, quiere decir que de todas formas eres <i>puto</i>: mírate al espejo: mira nada más ese desastre de corte de pelo: ¿comparten estilista tú y tu depravado brasileño?

Suena mi teléfono. Beta me mira con ojos de te_he_dicho_1000_veces_que_apagues_esa_chingadera_durante_el_partido. Yo sé que es mi Puerquita que llama para darme ánimos, así que elijo hacerme pen-dejo con cara de no_me_tardo.

-Ánimo mi Marranito.

-¿Ya llegaste mi Puerquita, en qué tribuna te pusieron?

-Dos tribunas a la izquierda del palco del multi-billononagenario, donde están todos los de Gómezpalacio -Beta redobla la mirada de a_ver_a_qué_horas.

-No te veo -Malenita agita los brazos, en efecto a la izquierda del palco reservado para los personajes importantes y me manda besitos. Sus ocho y medio meses de embarazo resplandecen bajo la casaca guinda claro de los Constructores de Gómezpalacio. Sus glándulas mamarias listas para el amamantamiento se me antojan: adrenalina: erección: que Epaminondas anote.

-Ya te vi. ¿Cómo te sientes? No te emociones mucho con nuestros goles. ¿Te imaginas si te empezaran aquí las contracciones?

-Me niego a dar a luz a nuestro Lechoncito en el estadio enemigo. Esperaremos a Gómezpalacio.

Beta me toma por el brazo y con esa autoridad empática que la caracteriza me ordena: saludamela y cuelga.

-Te manda saludar Beta.

-¡Salúdame de vuelta... es más... me la podrías comunicar dos segundos?

-Quiere hablar contigo -le digo con el brazo extendido al final del teléfono.

-¿Conmigo, ahorita? -Beta no lo puede creer. Su brazo levemente velludo, sus manos de uñas guindas que combinan con el color de nuestra casaca, sus labios pintados, firmes, responden:

-¡Hola Malenita! ¿Cómo va esa gestación?

-¡Hola Beta! Muy bien, ahí la llevo: acaso no sea la mejor idea venir embarazada al estadio, pero aquí estamos, apoyando. No te quiero interrumpir mucho,

pero te quería recomendar que desplazaras ligeramente al Ampollas Sandoval hacia la contención izquierda, porque sospecho que el Atlante va a insistir mucho por esa banda.

—Buena idea, Malenita: la voy a considerar: te paso de regreso a Mauricio —Beta me regresa el auricular con expresión de tiene_razón_tu_novia y de inmediato le pega un grito al Ampollas Sandoval para que se acerque a la banda a hablar con ella.

—¿Bueno, mi Puerquita? vamos a ganar una final: nos hablamos al ratito.

—Te mando un beso, mi Marranito: ojalá Epaminondas se inspire.

—Ojalá. Te quiero, mi Puerquita. Dale un besito a mi Lechoncito en gestación.

—Ya se puso a dar patadas: quiere ver goles de los Constructores.

—Suerte: nos llamamos en un rato.

Cuelgo. El Negro Epaminondas, quien debería estar concentrado en su calentamiento frente al marco, me ve teléfono en mano y se pone invisiblemente celoso porque sabe que estoy con Malenita. Me saca la lengua. Estoy a punto de ser padre y el delantero centro me monta un ataque de celos: esto parece una mala telenovela.

Foto de ambos equipos. Sorteo. Nuestros Constructores ocupan sus posiciones en el terreno de juego. La rechifla no se hace esperar. Llueven insultos, rollos de papel azul y grana, vasos de cerveza, orines, re-

cuadros de papel revolución con la leyenda: Aquí Bas A Baler Berta, Beta. Pinches atlantistas machos, debe estar pensando mi Puerquita. Nuestros jugadores no se inmutan. El árbitro pita el inicio del encuentro. Beta se come las uñas.

-No te las comas, Beta: están pintadas -el Nonoxinol Vázquez desborda por la banda derecha. Barrida artera de Atlantista Siqueiros. El árbitro no marca la falta. Beta se levanta cual espantasuegras para reclamarle a gritos:

-¡Estás viendo y no ves, pendejo!

-Cálmate Beta: no queremos que te expulsen: ese pinche árbitro no solo es localista: también muy quisquilloso -vuelve a sonar mi teléfono. Apenas lo escucho bajo el griterío. Beta no me ve. Contesto.

-¿Que pasó mi Puerquita?

-Puerquita tu puta madre: mira al pie de los reflectores.

-Estoy mirando el pie de los reflectores.

-Dime qué ves.

-A un granadero.

-¿Un granadero... estás seguro? A mí me parece más bien un francotirador, ¿no?

-Tengo vista distante defectuosa y no traje mis lentes.

-Qué lástima... bueno, ¿y a qué crees tú que se deba la presencia de un francotirador ahí?

-Mmmhh... no sé... ¿vino a francotirar?

-Hazte pendejo...

-¡Te juro que no lo sé!

-Pues a apuntarte, güey: el francotirador te está apuntando para que tú te cagues de miedo y me obedezcas: ¿comprendes?

-Más o menos... ¿y qué es lo que tengo que hacer para que el francotirador se vaya de ahí? ¿quieres dinero?

-No seas estúpido.

-Mira... si no es mucha molestia... estoy un poco ocupado... déjanos nada más subir a los Constructores a la segunda división y con todo gusto te atendemos... ¡bye bye!

Cuelgo. La delgada franja de hinchas de los Constructores agita las banderas y entona los cánticos con gran emoción desde la sección del estadio que les ha sido asignada. Dicen que el multibillo quiere hacer obras en este estadio de los Potros de Hierro del Atlante para cubrir el terreno de juego con un domo, como en el estadio de los Astros de Houston. El Potro Dome. No mamar. El Tiliche Mendoza rechaza un peligroso centro con la cabeza.

-¡Qué grande eres, Tiliche! -lo arenga Beta desde la banda. Qué bien se le ve a Beta ese pantalón azul. Le sobresalen lindas las nalgas. Nunca me había fijado en la bonita parábola de las nalgas de Beta. Nunca es tarde. Suena de nuevo mi teléfono. Cómo chingan.

-¿Puerquita?

-Te juro que esta no es la hora de hacerse el valiente: no cuando tienes un francotirador en el pecho.

-¡Qué insistencia! ¿En qué te puedo ayudar?

-Te tienes que ayudar tú mismo -el Tiliche Mendoza se barre por la banda izquierda para impedir el desborde de Atlantista Pellicer. Este lo encara. Hay conato de bronca. Beta pide calma a gritos. Los gritos no son un buen vehículo de calma.

-¡Cerdo, agresor, tarjeta! -yo tampoco estoy calmado.

-Escúcheme bien -insiste la voz amenazante del teléfono-, quiero que antes del minuto quince del segundo tiempo los Constructores vayan abajo mínimo por dos goles. De otro modo, esos dos francotiradores que siguen apuntando hacia ti y hacia tu bella damita entrenadora los van a dejar a ambos en calidad de coladera, por no hablar de tu novio el goleador brasileño... ¿entendido? -tiro directo, cobra el Chocorrol García: el balón se estrella contra el travesaño, el Chinchampú Lugo contrarremata de cabeza, pero los reflejos felinos de Atlantista Vasconcelos mandan nuestras esperanzas a tiro de esquina.

-¡Cerca la bala, ese es nuestro Chinchampú, mucho por ese cabezazo! -vocifera Beta despejándose el fleco de la frente con la mano, conforme Atlantista Reyes despeja un tiro de esquina mal cobrado.

-Te estás haciendo pendejo: no me crees -insiste con tono autoritario desde la bocina del teléfono celular conforme el Norsuiza Jiménez filtra un balón con ventaja para el Alquitrán Martínez, que peina

de cabeza. Epaminondas Gonçalves Conselheiro remata sin vergüenza ni apodo en espectacular tijera, venciendo a Atlantista Vasconcelos: el balón está al fondo de la red. Constructores de Gómezpalacio 1: Atlante 0. El Negro Epaminondas está celoso porque me vio hablando con mi novia embarazada de ocho meses y medio: no me busca para celebrar el gol.

—¡Arriba, Constructores, pero no se me distraigan: nada está dicho aún! —Beta evita que el regocijo disperse la concentración de los jugadores. Una depresión glacial congela la garganta del estadio. El bullicio corre por cuenta de la minúscula porra visitante de los Constructores: mi Puerquita se agita entre las banderas: la victoria es afrodisiaca: sus senos reventones de leche: deseo acariciarla.

Es tanta la felicidad que he olvidado que olvidé mi teléfono en la banca. La voz del chantaje se ha desvanecido. Mejor así. Marco el número de Malenita.

—¡Felicidades, mi Puerquito! —Atlantista Orozco dispara desviado.

—¿Empezamos bien, verdad? —despeje de meta del Moco López.

—Sí, nuestro Lechoncito está pateando de gusto en mi panza.

—Ya siéntate: no te vayas a cansar de más.

—Estoy bien, no te preocupes por mí. Oye, creo que el Ampollas Sandoval está muy suelto en la contención... ¿por qué no le recomiendas a Beta que baje al Ampollas a la defensa central y meta al Buches

Galarraga, que es más correoso y tiene mejor salida hacia el frente? primera -Atlantista Gorostiza se adorna, baja de pecho y sirve con el talón. La porra de los Constructores comienza a corear oles.

-Tienes razón mi Puerquita, ahorita le digo eso a Beta -servicio largo para Atlantista Echeverría. El árbitro marca fuera de lugar. Echeverría protesta, escupe, marrullerea: el nazareno le propina la amarilla. El estadio rechifla al unísono.

-Bueno, ya no te distraigo más, mi Cochinito. Besos -Atlantista Ibarguengoitia se hace pendejo con el balón.

Cuelgo. Me acerco a Beta. Me dispongo a ilustrar la idea de Malenita en la pizarra de estrategia cuando el punto rojo láser de la mira de un fusil réflex comienza a danzar en torno a mi vientre, acaricia mi pelvis y se posa sobre mi esternón. Concentrada en las acciones de juego, Beta no se da cuenta de nada. El punto rojo proviene de uno de los francotiradores: cuando nuestras miradas se cruzan me saluda con una mano abierta en cinco dedos. Me levanto. El punto rojo me sigue. Conforme mis pasos se acercan hacia el cuarto árbitro, el punto rojo desaparece.

-Me están apuntando con un láser -me quejo.

-Y a mí qué me dice -el cuarto árbitro tiene cosas más importantes que hacer.

-Me están apuntando con la mira réflex de un rifle: me están amenazando.

—¿Fusil? ¿Cuál Fusil? Usted está paranoico: seguro es un cábula que logró meter al estadio su apuntador láser: relájese y concéntrese en el juego: van ganando.

Vuelve a sonar mi celular. El cuarto árbitro me mira con cara de apague_eso.

—¿Bueno?

—¿Y bien?

—¿Tú crees que me voy a someter a tus tretas intimidatorias? Vamos a subir a la segunda división: esos francotiradores son pura faramalla.

—El trato es muy sencillo: queremos dos goles del Atlante antes del minuto quince del segundo tiempo. De otro modo... —el francotirador me saluda de nuevo: el punto rojo reaparece y se centra sobre mis testículos. Por favor: en el pene no, piensa mi miedo. ¿Y si hablara sólo con nuestro portero, el Moco López? Moco: me están amenazando: te tienes que dejar meter dos goles. Inconscientemente comienzo a caminar rumbo a la portería del Moco. Regreso a la banca. Vuelvo rumbo al Moco. Es un arquero experimentado: alguna vez jugó en primera división: ¿cómo lo tomaría? No sé qué hacer. ¿Y si le llamo a mi mamá para que alerte a los guaruras de Donaciano sobre la inminencia de un atentado? Vuelve a sonar mi teléfono. Me refundo en la banca, lejos de Beta y de los suplentes. Que ya se calle mi celular. ¿Y si lo apago?

—¿Bueno?

-Tiene una llamada de larga distancia por cobrar:
¿la acepta?

-¿Por cobrar? ¿quién me llama y de dónde?

-Le llama el señor Francisco I. Madero, desde el
más allá.

-¿Quién?

-Está bien, lo comunico -marrullero, Atlantista
Portillo le pega un codazo en la mandíbula al Frijol
Manríquez. Desde la porra de los Constructores re-
tumba el bumbúm de un bombo.

<emb/>

Lechería. Perinorte. Centros comerciales que no exis-
tían. Centros comerciales más grandes y majestuosos
que las pirámides de Giza.

-¿y si nos detenemos al baño?

-¿aguantas hasta la caseta de Tepozotlán?

-yo creo que sí: además aquí no hay ni dónde pa-
rarse: puro pinche centro comercial

-ojalá que la siguiente extinción masiva empiece
por los centros comerciales

-Darwin te oiga

-volviendo al tema: los nombres propios están muy
confusos (Perfecto, Donaciano y Nabor se me confun-
den) pero supongo que, como voy manejando, no los
logro fijar bien

-va

-y el otro problema es que hay Malenitas por todos
lados

—pues sí: hay una en la revolución, que es la Malena original de la que Donaciano se enamora, y quien setenta u ochenta años después fallece en el cumpleaños de su nieta, que también se llama Malenita

—y luego otra que está abortando, y otra que está en el estadio embarazada

—es la misma

—¿cómo puede ser la misma la que aborta y la que está embarazada?

—son dos tiempos distintos

—me caga rebasar tráileres: el viento les mueve el doble remolque y siento que nos aplastan

—como aplastaron los carrancistas a Villa en la batalla de Celaya

—el lenguaje de esa parte está muy raro

—porque huiquifiqué un cuento de Martín Luis Guzmán

—¿qué cuento?

—La Fiesta de las Balas

—¡wiki!

—huiqui

—¿y la Malena que está abortando quién es?

—la misma que cumple siete años, pero a los veintinueve o treinta

—¿y la del estadio?

—es la misma, pero antes (o después) del aborto, ya no lo recuerdo

—es que ahí hay una contradicción: no puede tener ocho meses de embarazo si ya abortó... ¿o son dos fetos distintos?

-ya no me acuerdo

-¿no se supone que tú eres el autor?

-pues sí, pero no me acuerdo... mejor cuéntame cómo se gestan en detalle los embriones, profesora de embriología

-déjame rebaso a este tráiler

<emb/>

La luna se hunde en el año de 1915 y se detiene sobre Celaya, en una noche del mes de abril. No es una noche cualquiera. La luna no está acostumbrada a velar con su reflejo los cuatro mil cuerpos tendidos en el campo de batalla. Huele a sangre achicharrada, a fosas comunes, a derrota.

Pero no todo es desolación bajo la duermevela blanca de sus brillos. No muy lejos, en una vereda que lleva a las trincheras, unos cuantos copos plateados se enredan entre los huizachales, que de pronto adquieren un confuso aspecto navideño. Son plumas de gallina salpicadas por el color de la sangre y el humo de los disparos que aún no se dispersa en la atmósfera podrida de la vereda.

Las huellas de unas botas de campaña van a dar a un costal que por su apariencia intestinal bien podría contener vísceras y, por qué no, algunas plumas.

Pero el rastro no se detiene, huye hacia el monte, se pierde entre las nopaleras.

Sus angustiosos vaivenes lo delatan, es un rastro que escapa lejos de Celaya.

Los ecos de algunos gritos vagan por ahí, medio perdidos. Quizás eran para algún desorejado que no tuvo pabellón auricular con qué sujetarlos y las palabras pasaron de largo sin quién las escuchara. Son órdenes confusas, amenazas, quizás alguna advertencia.

Un reguero de casquillos quemados a unos pasos de las plumas quieren parecer desesperados. A alguien se le acabó el parque y corrió unos cuantos pasos, pero el costal de gallinas pesaba y no llegó muy lejos. Quizás el jinete, despojado de su montura, se defendió valiente hasta agotar el parque y hacerse atrapar entre los huizachales sin soltar nunca su costal de gallinas.

La luna cierra sus ojos, se cubre con su antifaz de nubes. A lo lejos se escuchan redobles de tambor.

<emb/>

Este es el elenco de tu última y fatal consecuencia. Esos son los judiciales. Para ellos las órdenes son claras: regresar con tus incipientes restos sepultados en un frasco de formol. Esta es la enfermera, es mulata, gorda, guapa, abismal y cubana. Está hambrienta porque tiene antojo. Tiene antojo porque está embarazada. Está embarazada porque el doctor Marzio se tomó unas vacaciones en La Habana y cuando miró esas tetas hiperbólicas se infatuó por partida doble de ellas y cogieron repetidamente sin protección y entonces el óvulo, el esperma, etcétera. Esa es una espátula que va a partir tu gestación en pedacitos.

Estas son un par de velas porque hubo un apagón y no se te puede matar a oscuras. Estas son cuatro pistolas que aceleran el pulso del doctor. Esta es una última mordida marcada sobre la esfera imperfecta de un tarugo de tamarindo azucarado. Aquella es la máquina de hacer abortos y si hubiera luz todo esto sería más suave, más aséptico. Esta es Malena Marzio, tu madre. Es gordita, morena y chaparrita. Está anestesiada. El pentopol le ha llenado la cabeza de rosarios y cumpleaños malogrados. Esa es una cubeta en donde vas a ir parar como una tripa, ese es un radio-despertador de baterías que con sus percusiones imprevisibles los tiene a todos muy nerviosos, estos son un par de guantes quirúrgicos, este es un tapabocas, aquel un falso diploma de médico cirujano, esta de acá es una bata, y aquel un reloj de pared en donde se te está acabando el tiempo.

<emb/>

—Dibújeme un cordero.

—¿Qué?

—Dibújeme un cordero.

—¿Un cordero? ¡No mames!

—Por favor, dibújeme un cordero.

—¡De qué se trata! ¿Me quieren volver loco?

—No se exalte, señor entrenador auxiliar, por favor no se exalte. Habla Francisco I. Madero, y lo único que...

—Yo sé quién es usted. El pinche payaso que me amenazó con un láser hace rato.

-No, señor entrenador auxiliar, se equivoca usted. Si tan solo me diera la oportunidad de explicarle.

-Ni madre. Usted quiere que nos dejemos meter dos goles, pero está pendejo.

-Si solo me diera la oportunidad de explicarle. Ando recolectando corderos para...

-Usted se me va a ir a la chingada con todo y sus corderos.

-No, no, por favor no me...

-Adiós -y cuelgo. El árbitro pita el final del primer tiempo.

<p align="center">

Les guste o no les guste
les cuadre o no les cuadre
el Atlante es su padre
y si no...

</p>

-¿Bueno?

-Quince minutos.

-¿Qué?

-Que faltan quince minutos.

-¿Para qué?

-Para que, como dice nuestra porra, chingues a tu padre. Te lo advertí: antes del minuto quince.

-Pero...

Cuelgan. Estoy desorientado. ¿Y si fuera solo un chantaje de la porra del Atlante? Vuelve a sonar mi teléfono.

—¿Qué quieres ahora?

—¿Cómo que qué quiero?

—¡Mamá!

Erguida y digna, de nuevo en el palco del multimillonario, mi madre me observa elegante desde su teléfono de alta funcionaria de Télmex. Los daños a su peinado han desaparecido.

—¿Qué pasó, mamá?

—Pero el día en que me muera te vas a acordar, Mauricio. Tanto que te dimos, tanto que invertimos en tu educación para que no fueras un paria ni un delincuente y mira cómo me hundes socialmente mandándole besos a ese *pinche puto* brasileño delante de todo el mundo. ¡Qué no te das cuenta de que estás a punto de ser papá! Tienes una responsabilidad enorme y sigues ahí, insistiendo en la *jotería*. Deberías ya mejor salir del clóset y dejar que la *naca* de tu novia le busque un padre responsable a ese bebé que está en camino.

—¡Pero mamá!

—No Mauricio, a los hijos no se les quiere nada más porque son hijos. Yo te lo advertí, evita las malas compañías, pero nunca me hiciste caso, tú crees que lo sabes todo, crees que tu madre es una ignorante. Es mi culpa, fui demasiado manga ancha contigo, demasiado consentidora. Mira a Ramoncito, a él sus papás no le pagaron colegios privados ni juguetes importados ni clases de karate. Míralo ahora, bien casado, con una buena mujer, un trabajo de-

cente, hijos bien educados. En cambio tú embarazas primero a una *india*

—Mamá, ¿cómo va a ser una *india* si tiene un doctorado en Edimburgo?

—Lo *indio* no se quita con estudios, se trae en la sangre, y tú lo sabes bien, Mauricio Perfecto. Y no conforme con ser un padre irresponsable que prefiere el *futbol* sobre todas las cosas, ahora nos sales con que le mandas besos a un delantero *hidrocanónico* en público.

Un punto rojo de láser se pasea entre mis piernas.

—Mamá, ¿te puedo llamar después?

—Me vas a escuchar, Mauricio Perfecto. Entérate que no te necesito. Si crees que con tus rebeldías de adolescente me haces daño estás equivocado, solo te dañas a ti mismo. Quédate con tu *naca* esa. Explícale que eres *puto*. Yo ya estoy cansada, y sé también que estoy sola en el mundo. Si no fuera por mi trabajo con Donaciano...

—Mamá, te tengo que colgar...

—Cuelga, cuelga. Si por lo menos hubieras aceptado la oferta de trabajo en Télmex que te conseguí gracias a Donaciano, al menos...

Cuelgo. Fin del suplicio. Desde las tribunas, Malenita también me observa. Solo ella sabe reconocer el lamentable semblante que se apropia de mis facciones cada que hablo con mi mamá. Se sienta. Se lleva las manos al vientre voluminoso. ¿Qué estamos haciendo? El punto rojo insiste. Marco el número de mi Puerquita:

-Ya te está chingando tu mamá, ¿verdad?

-Puerquita: creo que va a haber un atentado en el estadio. Discretamente toma el túnel, di que te sientes mal y sal del estadio.

-¿Qué te hace pensar eso?

-No te lo puedo contar por teléfono, pero por favor hazme caso: es urgente que tú y nuestro Lechoncito se pongan a salvo.

-Me estás preocupando, Mauricio

-Por favor hazme caso. Te quiero. Ponte a salvo.

<emb/>

-están asquerosos los baños

-ni esperanzas de que haya papel higiénico en los baños de la carretera

-capitalismo, que le llaman

-cuando la sexta extinción masiva nos alcance, que empiece por los que privatizaron la autopista México-Querétaro

-Darwin te oiga

-bueno, ¿me explicas?

-el qué

-cómo se gestan los embriones

-empecemos por los gametos

-óvulo y espermatozoide

-ovocito

-células sexuales haploides

-no sé qué significa haploide

-¿no sabes?

-no

—¿no te da pena?

—un poco

—eres un indigno marido de bióloga

se sonroja

—haploide significa que contiene un solo juego de cromosomas, es decir la mitad del número de cromosomas especie_específico de las células somáticas

—¿qué significa somáticas?

—todas las células que no son gametos

—entonces dos células haploides, es decir dos gametos, es decir un ovocito y un espermatozoide, se encuentran

—no se encuentran: se fecundan, combinando sus cromosomas para dar lugar a una nueva célula con 46 cromosomas, es decir el cigoto. El cigoto se divide por mitosis en dos, cuatro, ocho células hasta formar un blastocisto, aproximadamente 5 días después de la fertilización. Este blastocisto está compuesto de masa celular interna y rodeado de unas células diferenciadas a las que denominamos trofoblasto. Estas últimas formarán posteriormente la placenta, mientras que las primeras darán lugar al embrión.

—que complicado mijita

—complicado pero comprensible (a diferencia, por ejemplo, de ciertas novelas)

<emb/>

Les guste o no les guste, les cuadre o no les cuadre, el general Álvaro Obregón, el <i>Manco de Celaya</i>, perdió la mano el 3 de junio de 1915 por

lesiones de granada en la Hacienda de Santa Ana. Un último delirio recorrió su cuerpo, una intensa descarga de dolor que lo llevó a tomar su arma y dispararse un tiro en la sien que, para gloria y fortuna de la patria, se encasquilló y le permitió aplastar a Francisco Villa, llegar a presidente y muchos años después morir, manco y asesinado. Pero algo de aquel delirio se quedó en la mano mocha, por eso estoy tan loca y por eso a veces me pongo historiadora, otras veces puta y otras tantas soñadora. Soy una mano sebosa, rolliza, verborreica. Soy la mano crustáceo en un acuario de formol. Soy una mano torpe para los tiempos y las historias, que no sabe contar, que confunde las anécdotas. Soy una mano gorda de adjetivos, desquiciada por los muertos y los desaparecidos, vuelta loca de revoluciones. Soy la mano derecha, la mano vuelapluma, la mano sola, la mano desprendida. Dispéñeme la concurrencia si mi historia tropieza, si cae en una trinchera o se le atasca la carabina. Soy una mano sin brazo que le infunda cordura. Borracha por el formol que me anestesia, salgo del frasco y camino o sueño que camino y algunas veces, como ahora, sueño que escribo. Escribo que ando andando apenas en dos dedos, sin hacer casi ruido. Invento que al estrechar las manos de los soldados ellas me cuentan sus historias. Unas me cuentan cómo prendieron a un desorejado, otras me platican cómo huyó su amigo el pinto. Pero ya nadie más me cuenta nada, por eso no

sé si sueño, invento o escribo que el desorejado aullaba como un marrano ¡Malenita, Malenita, déjenme nomás ver a Malenita! y no se me pregunte por qué escribo ese nombre si nadie me lo ha dicho, porque soy la loca de la casa, les respondería, pero ni siquiera tengo casa y no quiero responder que soy apenas una loca de frasco de formol, por eso no se me pregunte, por eso no se me interrumpa. Escribo Malenita y sueño que lo meten a una celda y cuando lo van a pasar por las armas llega un providencial soborno que no sé si invento, sueño o escribo y salva al desorejado: es Nabor Nolasco gritando no me lo toquen, no me lo maltraten, no me le quiten el costal de gallinas. Ora sí vas a ver lo que es bueno, le dijo y Donaciano, tan ensimismado, creyó que ver lo que era bueno era ver a Malenita y se le abrazó a las rodillas llorando agradecido. ¡Te voy a matar, no seas pendejo! dijo el otro y de un culatazo en los dientes lo echó al suelo. Máteme pero aunque sea una vez déjeme verla. La vas a ver al ratito, allá en el cielo con diosito, ahora vamos a jugar el juego de la tapia salvadora y adivina quién es la gallina, advirtió Nabor Nolasco y juntos se alejaron de esto que no sé si sueño, invento o escribo; el carrancista explicándole cómo iba a ser su muerte, el villista cargando un costal de gallinas.

<emb/>

En el principio fue el ritmo. Dos deseos consonantes abrazados a una rima. En tu concepción no. En tu con-

cepción se acallaron los tambores, se descarnaron los versos, se violentaron las rimas. Por eso la espátula, por eso el doctor, por eso el alboroto y por eso el radiodespertador que la enfermera, carajo, no logra apagar. Chingada madre, dijeron los judiciales y cortaron tres cartuchos impacientes, uno de frente al doctor, otro en la sien de tu madre y el último hacia ti, directo al vientre. Atrinchérate, embrión dorado, porque ahí te va el instrumental. Enfermera, tráigame las velas. Sí, encendidas y ya deje de tragar y póngase los guantes, que ahora sí vamos en serio. Trinchera seca, trinchera anestesiada, trinchera que espera espátula, trinchera tan inminentemente muerta como las trincheras de Celaya. El árbitro pitó el final del primer tiempo. Los Culpables del Ritmo la emprendieron a golpe de bombo, guitarras y trompetas en contra de la marcha nupcial, tropicalizándola. Un cura esperaba a los novios bajo el reloj, por todo lo alto del estadio. Un maestro de ceremonias saturaba los altoparlantes: cástate en el estadio con la Tropi Pi, tres punto catorce dieciséis de tu cuadrante. Del palco VHP salieron los afortunados, el novio todo smoking, la novia toda encaje y holanes blancos. Detrás de ellos, el multibillononagenario magnate de las telecomunicaciones contemplaba el cortejo, lentes oscuros, bigotito eterno, silla de ruedas, puro en los labios, empujada su escoltada ancianidad por la distinguida señora María Máxima Meza Marañón y protegida su in-

dispensable persona por una coraza de guaruras. Tras él venían los padres, los parientes y detrás de ellos los miles de ojos del estadio. El reloj monumental del estadio sonó las 12 en punto y el cura resumió la ceremonia en un María Etcétera, aceptas a Juan Etcétera como tu esposo en las buenas, las terribles y las malas. Acepto, alcanzó a responder la novia y tronó tan fuerte la cumbia y cayeron tan de pronto los aplausos que ya no se escuchó el resto. Se agitaron las banderas, fraternizaron las porras en efímera tregua, se cruzaron las cervezas ya borrachas en brindis desechables y buenos deseos. Cásate en el estadio con la Tropi Pi, tres punto catorce dieciséis de tu cuadrante. Una vez consumado el enlace, el multibillo volvió a su palco, el novio a su smoking, el cura a su parroquia y la novia a sus holanes de encaje blanco porque ya los gladiadores del balón regresaban a la cancha. Todos en el estadio parecían contentos, todos entusiastas. Excepto los francotiradores que al caer el segundo gol tienen por misión matar a Donaciano. Para distraer a los guaruras el cura va a fingir un desmayo. El Moco López se va a abrir para dejar pasar el gol, la porra va a enloquecer con el empate, el grupo salsero la va a emprender contra el silencio a punta de tambores y trompetas, Atlantista Echeverría va a provocar una bronca que enardezca las tribunas, la policía va a entrar a detener la pelea, el cuarto árbitro y los dos jueces de línea se van a amontonar para

hacer creíble el caos. Entonces nos vamos a chingar al multibillononagenario. Pero qué tamaña pendejada es esa de que hacemos la revolución por una vieja, le pregunta Nolasco mientras le ata las manos. Dónde se ha visto que estalle una revolución nomás porque un pendejo busca una vieja, vuelve a preguntar mientras le amarra a la espalda el costal de gallinas. ¡Por favor déjame verla, aunque sea una sola vez, déjame verla! ruega Donaciano. Un estallido instrumental revienta en lo más intrauterino de tu madre y el árbitro pita el inicio del segundo tiempo. Atlantista Echeverría le aplica barrida arterial al Bananasplit Rebolledo, y como agarre a tu amiguito el pinto no me voy a tentar el corazón, a ese lo voy a matar más feo. A ti no, contigo voy a ser bueno. Este es el juego de la tapia salvadora, ya conoces las reglas. Primero te voy a amarrar el costal al lomo para que, si te escapas, no te quedes sin bastimento. Después te voy a atar de manos, no sea que te me quieras echar encima, y luego te voy a dar un machetazo en el tendón de Aquiles para que te arrastres despacito y así pueda, con estas dos pistolas, meterte cuarenta o cincuenta tiros, que según alcanzo a columbrar son los que te caben en el cuerpo. Como siempre, si llegas a aquella tapia quedas libre, pero no lo creo. ¿Dónde está la tapia salvadora en tu madriguera de pliegues y secreciones íntimas? ¿Hacia dónde escapan los embriones? Apenas eres algo, apenas eres casi nada, apenas soportas esta

segunda persona con que te llamo y ya el machete hunde su filo helado justo en la u de la palabra Aquiles, disloca la tensión de sus facciones, su espalda pierde verticalidad, sus rodillas vacilan, su semblante se descompone, su sotana se desgaja, y como una res mal interpretada el sacerdote se desvanece exactamente en el regazo de los guaruras. Con las uñas que nunca te crecieron, con los brazos apenas sugeridos en el esbozo de tu cuerpo, te arrastras hacia la tapia entre sombras y huizachales negros. Vas de rodillas, como los penitentes, con el espinazo roto bajo un costal de gallinas. Es inútil, no hay tapia salvadora en los adentros creadores de una madre, sus balas numeradas te van a alcanzar, te van a reventar el garbo, te van a derrumbar de la silla de ruedas y te van a resquebrajar cada una de las sílabas del adjetivo multibillononagenario. ¡Uno! Cuenta Nabor Nolasco. La bala retumba sobre la oreja que perdiste y desgarrar la garganta del útero despertando tambores que se dejan conjugar en todas las manos y todos los tiempos: en presente abortante, desde las arterias henchidas de pentopol de una todavía madre; en futuro atentando desde el palco de una porra en el estadio; y en pretérito perfectamente derrotado desde el corazón de los cerros de Celaya. ¡Dos! disparó el carrancista y una nevada de plumas brotó del costal como un eco blanco. Enfermera, bisturí, que me anda fallando la mira, solicitó el doctor Marzio y cambió el Máuser por un Smith

& Wesson. Donaciano Flores, apenas un teniente en ese entonces, se arrastraba tripa abajo como un caracol bajo el fardo de gallinas. Soy la mano molusco en el acuario de formol, la mano espejista, la mentirosa, la verborreica, la gorda de adjetivos, lo sé. Pero esta vez me tienen que creer, esta vez estoy segura, esta vez no invento ni sueño ni escribo, hoy digo la verdad. Ahí en Celaya, a medio monte, cerca de donde Donaciano se moría, se encontró un ritual espírita. No me lo van a creer, pero había negros tocando tambores, sacudiendo sus cuerpos epilépticos en torno al fuego. Sus carnes pintarrajeadas formaban un círculo con una mujer al centro. Era ella: la primera mujer, la negra mayor, la del hueso de mamut colgado al cuello. Soy tu diosa, le dijo a Donaciano con la voz más grave y femenina y vital de toda la vía láctea y galaxias difusas circunvecinas: soy la diosa de todos estos pendejos de por aquí: los que me quieren me dicen Diosota, pero para ti soy Bigbanga: te vas a acordar mucho de mí a partir de ahora, y ya quita esa cara de pendejo: sí, Dios es mujer, negra, gorda y tetona. Aunque el día de hoy no solo soy Dios, es decir tu Bigbanga, hoy soy también tu muerte, cabroncito, y figúrate que estás en tus diez segundos de suerte porque estoy borracha y de buenas. Tú te arrastraste hacia ella. Su cuerpo era un tejido de cadencias. En su aliento las cenizas que dejó la combustión del tiempo. Sus ojos dos relojes. Su clítoris un péndulo. Olvidaste la tapia.

Olvidaste la cuenta. Olvidaste el dolor abierto en el tendón de Aquiles. Ella te miró y en una lengua anterior (que inmediatamente comprendiste) te dijo: acércate, te estoy esperando. Con el delirio de una catedral en la República Democrática del Congo retumbaron los tambores cuando te aprisionaron con dos pinzas metálicas el esternón. Tus brazos cayeron hacia los lados, como desmayándose sobre el costal de gallinas, Nabor Nolasco puso el dedo en el gatillo y el tres en la punta de la lengua, Atlantista Gorostiza hace pared con Atlantista Pellicer por el lado izquierdo, el doctor ordena emprender una maniobra envolvente por los flancos para desgarrar la retaguardia enemiga y cortar de tajo tu embrionaria huida, Bigbanga te baja los pantalones y te agarra la verga con sus dedos fríos, esa verga recluida en el santuario de tu castidad a la espera de Malenita, Atlantista Pellicer centra flotado, Bigbanga te ahorca el prepucio con un hilo, ¡tres! escupe Nolasco y la bala transcurre lenta en el eco de su grito, Atlantista Villaurrutia se levanta como sostenido por los ángeles negros y de un testarazo te arranca esa parte del prepucio que somete a los machos multibillonarios a la esclavitud del tiempo. Un estruendo de maderas rotas rompe el ritmo del telar en que tejían tu carne, una grieta se abre en la sincronía de tus engranes: los relojes de tu gestación se derrumban. Vencido, el Moco López se desgaja como un vínculo.

<emb/>

Alaridaba tanto de dolor el teniente Flores que no escuchó que había sido iniciado en una saga eterna, perdiendo para siempre la facultad de morir.

<emb/>

Certera, la bala penetra en la única oreja del multibillo, quien lo agradece porque así deja de escuchar la cuenta asesina. Cuatro, cinco, seis cantan las balas con voz de Nabor Nolasco conforme van siendo francotiradas a distancia desde el techo: la cuarta se aloja en el pulmón izquierdo de Donaciano, la quinta penetra en la sien de María Máxima, mientras que la sexta sale perdida hacia la cancha y da en la médula espinal al negro Epaminondas. Lo poco que hasta hoy fuiste, lo poco que eras, abandona la vagina de tu madre como un escupitajo lento. Yo me cierro dentro de mis uñas, no quiero verte, no quiero verme en tu reflejo. Entonces amaso una bolita de formol entre mis dedos y te voy rezando un rosario sordomudo.

</capítulo>

<Capítulo número="2" título="Implantación">

Cuando tenía 23 años leí un libro sobre la revolución mexicana. El libro se llamaba Historias verdaderas y en él se narraba la epopeya de unos generales mexicanos que se traicionaban sucesivamente hasta aniquilarse entre ellos. Inspirado por las aventuras de estos generales, escribí el Capítulo Número Uno de una novela acerca de un general revolucionario que pierde para siempre la facultad de morir. Le mostré mi obra a un escritor y le pregunté si le sorprendía. ¿A quién va a sorprender un cuento de vampiros revolucionarios? me dijo. La revolución es un tema agotado. Busca cosas más nuevas.

Entonces escribí mi Capítulo Número 1bis. Para evitar toda confusión con vampiros, se me ocurrió un ritual africano en la batalla de Celaya. Para que pareciera post_neo_estructuralista, metí gallinas, homosexuales y balazos. Cuando les mostré mi Capítulo Número 1bis, los escritores me aconsejaron desistir en mi afán por las novelas de vampiros y mejor dedicarme a las cosas de la tecnología. Fue así como, a la edad de 23 años, abandoné una prometedora ca-

rrera literaria y me convertí en un flamante ingeniero en sistemas computacionales.

El pilotear computadoras me ha sido útil. Conozco las diferencias entre los bits y los bytes, y en las fiestas logro incluso mantener el interés de ciertos comensales vulgarizando rudimentos de inteligencia artificial. Si por casualidad me encuentro con algún escritor razonablemente interesado en la literatura, le doy a leer mi Capítulo Número 1bis, el cual conservé a manera de experimento. El escritor me felicita por mi talento para las historias de vampiros, olvida el borrador entre la cerveza y las papas fritas, frunce el ceño y procede a preguntarme si algún día las inteligencias artificiales tendrán la capacidad de escribir literatura natural tan buena como la que actualmente escriben los escritores.

Como era de esperarse, yo también acabé por olvidarme del Capítulo Número 1bis. Hasta una madrugada, hace algún tiempo. Yo dormía. Un mensaje me levantó de la cama: ERROR EN EL PROCESO NOCTURNO. URGE TU PRESENCIA. Me puse un abrigo, unos tenis y me fui sin quitarme la pijama. Llegué al Banco Unión. Los vigilantes dormían. El operador me puso al tanto del problema y también se fue a dormir, ahí me despiertas cuando lo arregles. Solo en un desierto de ronquidos, me quité el abrigo, encendí la computadora y puse manos a la obra. Eran las dos con cinco de la madrugada.

Pasaron varias horas. Embebido a la caza del error en el código fuente, escuché una voz que me decía:

–Por favor, dibújeme un cordero.

–¿Qué?

–Por favor, dibújeme un cordero.

–No, vuélvete a dormir, todavía no lo arreglo.

–Por favor, dibújeme un cordero –insistía la voz.

Me levanté. Busqué al solicitante del cordero, pero tanto el operador como los vigilantes seguían dormidos. Cuando regresé a mi computadora todas mis aplicaciones habían abortado. Desde una ventana, en una esquina del monitor, un hombre con barba de canchales y ojos generosos repetía, dibújeme un cordero, dibújeme un cordero.

Como hago siempre que las cosas se ponen serias, apagué la computadora, la volví a encender y seguí trabajando. Minutos más tarde mis aplicaciones abortaron de nuevo y apareció en la misma ventana el mismo personaje.

President Madero asking for a sheep rezaba una leyenda sobre la ventana. Cerré los ojos y respiré hondo. Un chingado virus. Me cambié de máquina pero los resultados fueron los mismos. Probé en todas las computadoras del área de sistemas, tiré el servidor, volví a levantar la red. Nada. Francisco I. Madero pidiéndome un cordero. No logré reparar el error durante esa madrugada. Muchas cosas han pasado desde entonces. La primera de ellas al día siguiente, a las puertas de las sucursales

del Banco Unión porque se suspendió el pago de intereses por falta de sistema y los clientes tuvieron que esperar hasta después del mediodía para realizar sus trámites. La segunda fue que no solo me despidieron por sospecha de sabotaje, sino que también me boletinaron para no volver a trabajar nunca más en bancos e instituciones financieras. Y la última está sucediendo ahora, es esta novela. Si Madero o su espíritu o su virus no se hubiera cruzado en mi vida Donaciano no hubiera llegado nunca a nonagenario y multibillonario magnate, y el embrión dorado se hubiera quedado para siempre enterrado en un frasco de formol. Pero no todos están contentos con la irrupción de Madero en la red del Banco Unión. Por ejemplo, Perfecto Urbina, que hubiera podido permanecer al fondo del cajón, orgulloso de sus cuarenta y siete estampas de la virgencita, en vez de irse a exponer en Ciudad Camargo con la erección de fuera, bajo un fuego de fusilería que iba a matar a noventa soldaderas. O yo mismo, quien por haber cambiado de rumbo demasiado tarde escribí esta novela con el talento literario de quien programa una tediosa nómina. Si Madero hubiera llegado unos años antes a mi vida yo sería un hombre de letras, no me harían falta tantas lecturas. Contaría yo historias en vez de enumerarlas. Escribiría capítulos en vez de catálogos. Luego entonces, dejo el Capítulo Número 1bis como una osadía de juventud y me concentro en lo que de verdad sé hacer: catálo-

gos. Del catálogo de miembros desprendidos, o de cómo se va deshaciendo Donaciano, el primer órgano:

<h1 align="center">

LA OREJA DERECHA

</h1>

En el barco que los trajo a México, los Azcárraga soñaron con hacer fortuna, tener muchas hijas y a todas llamarlas Mercedes. Por eso bautizaron su hacienda como Hacienda de las Mercedes, por las Amalia Mercedes, Mercedes Angustias y Reyes Mercedes que nunca vinieron al mundo. La Hacienda de las Mercedes sería lo primero y lo último que los Azcárraga bautizarían juntos.

El barco que los trajo a México se llamaba Buenaventura y bajo el influjo de su nombre la fortuna de los Azcárraga no paró de crecer. Pero, a espaldas de ese influjo, la familia Azcárraga nunca mereció tal título pues nunca creció más allá de dos: un padre que no era padre y una madre que no era madre.

En el camarote número tres del barco que los trajo a México, aún con el puerto de La Coruña en la ventana, los Azcárraga hicieron el amor por última vez.

Unos minutos más tarde el puerto se hundió en el horizonte y con él se hundieron los deseos carnales del doctor. El hambre por su mujer tardaría quince años en cruzar el mar.

Llegó a la Hacienda de las Mercedes una mañana de domingo. Los Azcárraga dormían de espaldas. Llegó y se le entrometió en los sueños, le calentó el pecho,

bajó por la curva de su vientre y se le estacionó en la entrepierna despertando esas articulaciones íntimas que por tanto tiempo habían dormido.

—Mujer, mujer. Despierta, mujer. ¡Mira!

Lo miraron. Luego se miraron y enmudecieron. Un gallo cantó y su canto atravesó el cristal de la ventana. La Hacienda. Las Mercedes. Las niñas. Con la torpeza de un recién casado, el doctor Azcárraga despojó a doña Mercedes de las capas de lana, fra-nela y algodón que cebollescamente la envolvían. El gallo seguía parado en la ventana mientras doña Mercedes entendía en un grito que la virginidad no es cosa de membranas sino de costumbres. Esa niña que estaban concibiendo le dolía, le dolía más que todo lo no concebido en aquella virginal noche de bodas, y le dolería más que el parto porque en el parto doña Mercedes va decidir morirse antes de que el dolor la mate.

No muy lejos, en el establo, un niño ordeña una vaca. El niño es un indígena hijo de la cocinera, y la vaca, la más caprichosa del establo. El niño tiene dos orejas, la vaca detesta que la ordeñen. Nadie la pudo ordeñar nunca hasta el día en que llegó el niño y con su inexperiencia hizo de Federica la mejor de las vacas lecheras.

—Buenos días patrón.

—Buenos días, hijo. ¿Cómo va la ordeña?

—Bien patrón.

—Mira nada más qué tetas tiene esta Federica.

—Sí patrón.

—A ver, déjame intentarlo. ¡Ah, malvada vaca, no hay dios que te ordeñe! Ni una gota. Explícame. ¿Cómo lo haces?

—No sé patrón, igual que usted.

—Primero la coges de aquí ¿no?

—Sí patrón.

—Luego tiras así ¿no?

—Sí patrón.

—Una y dos, una y dos.

—Sí patrón.

—¿Entonces por qué no...? ¡Ah, malvada Federica! —el patrón estaba esa mañana de excelente humor.

—Donaciano, hijo, ¿por qué no vas a ayudarle a tu madre en la cocina? Quiero ver si esta vaca entiende de una vez por todas quién manda en esta hacienda ¿vale?

—Sí patrón.

El niño se da la vuelta y sus orejas, todavía dos, salen del establo. El patrón le mete las manos a Federica y siente de nuevo eso que lo inunda con la rosa eólica de la palabra lascivia y le lleva a hervor el pecho, bajando por la curva gorda de su vientre para venir a desazolvar articulaciones íntimas. Federica no suelta gota, el patrón la sigue ordeñando cada vez más rápido, más rápido, más rápido hasta que ya no aguanta y sale corriendo del establo. Va buscando a doña Mercedes, ¡mujer, mujer! grita por la hacienda pero doña Mercedes no

aparece porque se ha ido a misa. El patrón sigue buscando y en algún momento pasa frente a la cocina en donde Donaciano y su madre pelan cebollas y le dice Donaciano, hijo, ve a seguir ordeñando a Federica para poder forzarme encima de tu madre y malacariciarle las ubres como si fueran tetas y abrimme paso a sangre y semen en su delantal sin darle tiempo siquiera de soltar la cebolla.

<emb/>

(Así, en una violación entre cebollas, concibieron a Juanita.)

<emb/>

No hay mucho qué decir sobre el tiempo de las gestaciones. Dos vientres crecen al unísono. Una cocinera odia. Una esposa sospecha. Un doctor disimula. Una vaca da leche. Un niño la ordeña. Y llega el tiempo de los partos.

Pero antes algo. El hambre de mujer se regresó a La Coruña o se perdió quién sabe en dónde porque el doctor no volvería a hacer en años eso que hizo con dos mujeres en un mismo día.

Para explicar la muerte de doña Mercedes hay varias opciones:

a) Se muere de parto, porque a la ciencia médica de principios del siglo XX no le alcanza aún para salvar parturientas de más de cuarenta años.

b) Se muere en el parto por culpa de unos cálculos. Los cálculos tienen que ver con cierta cocinera y cierto embarazo que le crece bajo el de-

lantal de cocina. Los cálculos cuadran tanto en tamaño como en tiempo, y si a esto le agregamos ese rumor que vayviene por la hacienda (que si se confesó dos horas durante con el cura, que si el cura le dijo que los designios del patrón eran designios del Señor, que si ella le gritó horrible, como nunca nadie habíale gritado así a un cura, que si a partir de entonces miraba con odio y veneno al mundo, que si deseaba en silencio envenenar los guisos aunque nunca lo haya dicho) ya tenemos un cálculo que duda. Los cálculos se revientan en odio durante el parto porque, en su inconmensurable perversidad y a falta de enfermera o comadrona que le ayude, el doctor obliga a la cocinera, con todo y sus respectivos nueve meses de embarazo, a dar a luz a su primera Merceditas. Y durante el alumbramiento (la cocinera, embarazada también, apenas ayuda), los ojos de ambas mujeres, esos ojos que durante meses se han rehuido, por fin chocan y la savia de ese choque sabe amarga: ojalá te mueras aquí y ahora, junto a tu violador de marido. Entonces Doña Mercedes decide morirse. Antes de que el dolor de la verdad la mate.

c Se muere poquito después del parto. Se muere porque tiene que morirse para que esta historia siga. Se muere porque en este inciso concluye su papel, una vez pronunciado el nombre. Ande doña Mercedes, llame a su esposo, mírelo con odio, tosa un poco y deje que las palabras se escapen de su agonía:

—Lo sé todo. Eres un violador hijo de puto. Te prohíbo que le pongas mi nombre. Te prohíbo que la llames Mercedes. La llamarás Mal. Mal. Malena.

¡Ya está, ya pronunció el nombre, ya trajo al mundo a la niña Malena! Que corra la novela. Que siga la historia. Que cierre los ojos y se muera de un suspiro, como en las películas. Se va pero deja la venganza porque ese nombre esconde un castigo. No fornicarás. No desearás la mujer de tu prójimo. No meterás las manos en las ubres de las vacas. No violentarás el delantal de las cocineras. No tendrás nunca más Mercedes. Tu hija se llamara mal... Mal... Malena, será una puta, por ella cortarás orejas y cometerás incesto, por ella tendrás que huir y por ella arderá tu hacienda, que en tu retorcida cabeza era como una hija: la última de tus Mercedes. Por ella te van a matar y ella no va a hacer más que esconderse en un barril y dejar que tu cuerpo se sacuda al son (tambor, campana) de las balas.

(Juanita nace entre paréntesis, cuatro días después, con esa discreción con la que vienen al mundo los sordomudos.)

Al funeral de doña Mercedes llegó gente de toda la comarca. El señor obispo ofició la misa de cuerpo presente en la capilla de la hacienda. De ahí partió el cortejo hacia el sitio elegido para la construcción del mausoleo, un apacible claro entre los nogales. Porfirio Díaz envió un propio con sus felicitaciones por el feliz advenimiento. Enterado de la

situación, el emisario se disculpó en privado con el Dr. Azcárraga. Un malentendido había hecho creer al dictador que se trataba de un bautizo. Incluso había mandado como regalo un libro. El título garigoleaba sus trazos dorados sobre el empastado en cuero: Historias verdaderas.

Ecuánime en sus formas, medurado en sus volúmenes, el mausoleo se abría como una flor de mármol entre los nogales. Ahí se refugiaba Azcárraga para rumiar en calma las decisiones importantes. Ahí lo enfrentó la cocinera un día, vestida con su delantal rojo ira y con Juanita en brazos, sin trenza que contuviera la sed de venganza de sus cabellos:

—¿Cuándo vamos a bautizar a esta hija tuya que me metiste en la tripa por la fuerza?

Rojo de ira, con aquel acento peninsular que acostumbraba cuando era rico, Azcárraga le entregó dos fajos de dinero.

—Esto es para que bautice usted a su hija y esto para que le traiga flores a mi santa mujer todos los días, a ver si así aprende a respetar su memoria.

<irrupción tiempo="presente" modo="carretera">

—ese Azcárraga es todo un hijo de la chingada

—en efecto

—oye, pero... ¿no me habías dicho que querías cambiarle el título al capítulo primero?

—capítulo número 1bis

—¡como sea, me refiero al primer capítulo del libro!

-capítulo número 1bis
-cómo eres necio
-acepto el adjetivo... ¿qué tiene el primer capítulo?
-¿no le querías cambiar el título a Fecundación?
-así es
-¿y a este cómo le quieres poner?
-Organogénesis
-¿y con qué osadía te brincas de la fecundación a la organogénesis, ignorando procesos cruciales como la implantación o la gastrulación?
-mi respuesta oficial es que considero aquí conveniente acudir a la figura retórica de la elipsis; aunque la razón real sea que mi sitio de referencia en lo que se refiere a cuestiones embriológicas me jugó una mala pasada
-¿de qué sitio estás sacando todo esto?
-de este
-¡viviendo con una profesora de embriología en casa tu referencia es el sitio web de mercaderes de la reproducción!
-era solo para ir adelantando el trabajo
-esos sitios rara vez están bien documentados
-mi mejor documentación embriológica ERES TÚ
-¡narrativa eres tú!
-ese meme de Neruda ya es muy viejo, y además lo estás usando para burlarte

-no me burlo, amor mío, o bueno, sí, un poquito: es que tu novela ya es por demás críptica y difícil de leer (y no creo que estos fragmentos de embriología que estás agregando vayan a facilitarle la tarea a los lectores)

-yo creo que no estás entendiendo porque vas concentrada en la carretera

-creo que estás sobrestimando la legibilidad de tu texto

-¿cuál era tu duda?

-"más que una duda, tengo un comentario"

-Teoloyucan, Coyotepec, Santa Teresa: si sigues respondiéndome con memes nos va a caer Querétaro sin acabar de leer

-está bien: he aquí mi pregunta: ¿serías capaz de describir, así de memoria, clara y concisamente, el árbol genealógico de tus personajes?

-¡ni que fuera Carlos Fuentes!

-o García Márquez

-o... ¿quién más pone árboles genealógicos? ¿Vasili Grossman?

-ya no recuerdo más novelas con organigrama: lo único que me interesa entender aquí es quién cogió con quién y quién engendró a quién

-no estoy seguro de poder hacerte así en caliente un árbol genealógico de toda la novela, pero al menos el de esta parte de la revolución creo que sí te lo puedo explicar

-a ver, dale:

-mira, Donaciano es hijo de..
-¿no me lo puedes mejor dibujar?
-pero vas manejando
-tú échale arte: mira, ahí, sobre esa servilleta
-va
dibuja:

Doña Mercedes----Dr. Azcárraga----La cocinera----Soldado desconocido

Malena	Juanita	Donaciano

-o sea que la niña Malena y Juanita son medias hermanas, y Juanita y Donaciano son medios hermanos, pero entre Donaciano y Malena no hay vínculo sanguíneo

-nop... solo un vínculo... ¿cómo llamarlo? ¿romántico? ¿político?

-¿y quién es el papá de Donaciano?

-la verdad es que no me acuerdo

-¡pero si tú eres el autor! No tienes derecho al "no me acuerdo".

-hace veintitrés años fui el autor, ahorita ya no sé

-sigue leyendo, pues...

</irrupción>

<emb/>

En 1970 hubo un cambio de sexenio en México. Es decir que el presidente en funciones, el licenciado Gustavo Díaz Ordaz, le entregó la banda presidencial a la persona que había elegido para sustituirlo por los próximos seis años en el cargo, el licen-

ciado Luis Echeverría Álvarez. Al asumir funciones, este nombró al general Hermenegildo Cuenca Díaz como secretario de la Defensa Nacional. Al tomar posesión en el cargo, este nombró al general Luis Rodolfo Chávez Aldate como director general de Fábricas de Vestuario y Equipo, quien a su vez nombró al general Perfecto Urbina Prieto a la cabeza de la subdirección de Uniformes, Calzado, Botonería y Preseas. Al entrar en funciones, el nuevo director otorgó al general Donaciano Flores la subsubdirección de Botonería, un área a la que según el organigrama de ese entonces solo estaban adscritos dos servidores públicos: el subdirector y una secretaria.

La primera tarea del nuevo subsubdirector de Botonería consistió en la contratación de una secretaria. La del sexenio pasado había seguido a su jefe en su nueva adscripción. Como era la primera vez que el general Flores desempeñaba un cargo administrativo, no conocía a nadie que pudiera desempeñar las funciones de secretaria, por lo que decidió solicitar una a la Oficialía Mayor. Sin embargo, para llevar a cabo la solicitud había que girar un oficio, sellado y firmado por el subdirector. Si bien en el departamento había una máquina de escribir, el general Flores no tenía conocimientos de mecanografía. La falta de secretaria volvía imposible la redacción de tal oficio, así que decidió solicitar audiencia con el subdirector para tratar la cuestión. Como el general Urbina tenía

una agenda muy cargada, le dio cita hasta las nueve de la noche.

El general Flores llegó puntual. La subdirección estaba vacía. Los empleados de la subdirección ya habían salido. La puerta de la subdirección estaba cerrada, pero al otro lado se escuchaba una discusión. Donaciano entró a la sala de espera, se sentó en un sillón de cuero negro, localizó el cenicero en la mesa de centro y encendió un puro. En un escritorio aledaño alguien había olvidado un diario deportivo. Pensó en ir por él, pero ello implicaba levantar su revolucionaria humanidad de un sillón tan cómodo, así que prefirió permanecer sentado. Además, Perfecto no debería tardar. Ya eran casi las nueve y veinte. Nueve cuarenta. Diez para las diez. Agenda cargada: mis huevos.

Cuando al fin se levantó por el diario, el volumen de las voces dentro de la oficina empezó a subir. Terminó de leer el reporte de los partidos de fútbol cuando ya las voces habían alcanzado el tono de una discusión acalorada, con llanto claramente audible en mitad de los resultados del beisbol. Al llegar a la crónica taurina, la puerta se abrió subrepticamente. De la oficina del director salió una mujer en minifalda. Lloraba. Sus botas de tacón alto caminaron indignadas hacia el elevador. Donaciano le dio las buenas noches pero la mujer no contestó.

O sea que tu pinche agenda está muy cargada, pero de viejas. Su amigo solo atinó a esbozar la sonrisa

lascivo_inocente de siempre y a invitarlo a pasar. Donaciano se preguntó cómo era posible que el viejo Perfecto Urbina tuviera aún la energía para seducir. Porque los años habían caído ya sobre su amigo. El pelo había despoblado su cráneo, y si bien lo poco que persistía se había teñido de blanco, su complexión recordaba todavía la nervuda tenacidad del revolucionario raso. Perfecto lo invitó a sentarse y le ofreció un puro. Donaciano lo aceptó a regañadientes, aclarando que acababa justo de fumarse uno mientras lo esperaba. El general Urbina cerró la puerta y Donaciano le explicó con todo detalle que necesitaba una secretaria porque él mismo era incapaz de redactar por sí solo un oficio, dada la extraordinaria complejidad de las máquinas de escribir modernas.

Al día siguiente, al llegar a la oficina, Donaciano encontró a la mujer que lloraba ayer en minifalda, sentada frente a la máquina de escribir. Ahora vestía un traje sastre color pistache. Donaciano le dio los buenos días. La mujer respondió malhumorada. Usted es la nueva secretaria: ¿cómo se llama? María Máxima. Bueno, mi nombre completo es María Máxima Meza Marañón.

Su fortaleza de carácter lo impresionó favorablemente. Para hacer eso que Donaciano tenía en mente se necesitaba precisamente a alguien con esas características.

<emb/>

Érase una vez tres infancias en una hacienda: Malenita, Chanito y Juanita. Chanito es el más grande: le tocó ese nombre de cariño porque ni modo que a un bebé se le sobrenombre Donacianito. Malenita y Juanita tienen la misma edad: todavía están niñas. Chanito les lleva unos años, no tantos como para haber abandonado aún el perímetro encantado de la seguridad infantil, pero no le queda mucho tiempo ahí: el bigote ya le azulea de adolescencias.

Algún día, la varita mágica del tiempo romperá diminutivos y encantos y hará de Malenita una prostituta profesional, de Juanita una sordomuda mártir y de Chanito un desorejado. Pero con calma, Chanito aún tiene sus dos orejas y un último relente de infancia escondido en su colección de canicas, en el croar temprano de las ranas, en la arquitectura de las resorteras.

Érase una vez, también, una sordomuda. Mira Chanito, hermano grande mío, no porque no exprese palabra vayas tú a creer que no traigo yo los verbos en las mientes. Yo lo entiendo todo porque dice mi mamá que Diosito a mí me dio menos palabras pero más entendimiento. Aunque no lo hable, yo lo entiendo todo. Entiendo cuando me mandan a enredarle la trenza a la niña. O cuando tengo que tallarle la mancha a su enagua porque se la llenó de fideo. Y a veces, cuando no estoy haciendo mandados, la niña me pide que juguemos a la princesa y su sirvienta y hasta me presta sus muñecas para que las vista y las peine.

Es muy berrinchuda la niña, se pone a llorar mucho cuando jugamos, pero cuando anda de buenas, me presta sus vestidos blancos con holanes y me los pongo y me los veo en el espejo y me quedan retebonitos y ella a su vez se pone mi ropa de siempre, mugrosa, trabajada, salada de sudor de india, y así cambiamos un ratito y ella me hace la trenza y juega a cocer los frijoles y yo le doy órdenes de mentiras. Pero el juego nunca dura mucho porque tarde que temprano llega la institutriz a enseñarle lenguas o su papá a leerle un libro y yo regreso a la cocina con mi mamá para ayudarle a fregar los platos, desmanchar las enaguas y hervir la leche. Y cuando me canso, cierro los ojos y escucho mi reflejo con vestido y holanes y brillos en el espejo y sé que nomás me faltan las palabras para ser yo misma una princesa. ¿A poco no?

Los niños están cansados. Se han dejado escribir y describir por mí durante el día. Ahora piden una fábula que los tome de la mano y los conduzca al sueño. No es fácil para un ingeniero. Yo fui un niño muy distinto a ellos. Ellos pueden abandonar su atención en una historia y así conciliar el sueño. Yo me hice amigo del insomnio gracias a los juegos de video. Pero no los puedo defraudar, así que les voy a contar la fábula de los baobabs. Acérquense niños. Pongan atención. Había una vez un planeta, a muchas millas de distancia. En este planeta hay plantas que dañan y plantas que prosperan. Las semillas

vienen de las plantas, pero se esconden tanto en su tamaño que mientras son semillas es imposible saber si dañan o prosperan. Es mejor dejarlas dormir en lo profundo de la tierra, aguardar el despertar de alguna de ellas. No hay peligro en el brote de una rosa o en el principio de las hierbabuenas. Pero cuidado si nace un tallo de algo que crece con premura, hay que acabar con él, hay que cortarlo, es un árbol que daña, es una espiral para los labios. Baobab. En las varias bes del nombre se ve la verdadera vocación del árbol: volar. Pero los baobabs no pueden, están atados a la tierra y al fondo de sus copas guardan un rencor que es casi un sueño: comerse la tierra, engullirla en una panza de raíces y flotar libres por el cielo. En tal planeta hubo una vez un baobab que se disfrazó de hierbabuena y todos lo creyeron planta que prospera. Se llamaba Porfirio Díaz: la raíz se hundía en su bigote. Ese baobab gobernó por treinta años hasta el día en que nació un príncipe llamado Francisco I. Madero quien, guiado por voces del más allá, recorrió el planeta pregonando la verdad: eso no era una hierbabuena, era un baobab y había que cortarlo cuanto antes porque de lo contrario... niños... ¡despiértense niños, que ya lo van a exiliar en el Ipiranga! ¿Ya se durmieron?

<emb/>

En su segundo día de trabajo María Máxima llegó temprano. Vestía un conjunto azul marino que dejaba percibir apenas su incipiente embarazo. Eran las ocho

y media de la mañana. Su jefe aún no llegaba. Afortunadamente ella había comprado una torta de tamal y un atole en el puesto que estaba frente a la Secretaría de la Defensa. Mataría el tiempo desayunando en su escritorio, junto a una flamante máquina de escribir eléctrica, prodigio de la tecnología moderna.

Le habían servido el atole en un vaso desechable que a María Máxima le parecía demasiado grande. La torta era de tamal verde y venía envuelta en papel de estraza. Deshizo la envoltura. El aroma a masa de maíz le recordó los desayunos de su infancia en la casa en donde creció. Su abuela solía calentar los tamales en un comal sin aceite y servirlos con un huevito estrellado muy temprano por la mañana. María Máxima le dio un trago al atole. Se quemó los labios.

Para no ensuciar el escritorio tomó su desayuno sobre el directorio telefónico. La sección amarilla. ¿Por qué estaba ahí? No recordaba haberla consultado el día anterior. A un lado estaban las páginas blancas. Buscó su nombre. Márquez, Martínez, Méndez, Meza, Meza Marañón. Decepción. No estaba. Para estar en esas páginas blancas tenía que vivir en el Distrito Federal. Ella vivía en los suburbios del Estado de México, en Izcalli Ecatepec, para ser exactos en una casa cuyas escrituras estaban a nombre de Perfecto Urbina, a pesar de que el cabrón_hijo_de_la_chingada nunca había puesto un pie en ella. Cambió de tema. No le gustaba pensar en cuestiones desagradables mientras desayunaba.

Donaciano llegó a las diez y media. María Máxima se pintaba las uñas. La presencia de su jefe no la intimidaba. Donaciano le dio los buenos días. Ella le respondió secamente, sin despegar los ojos de la brocha esmalta_uñas. El general preguntó qué había pasado con el directorio telefónico. María Máxima no entendió la pregunta. Donaciano le explicó que había dejado el directorio telefónico ahí especialmente para ella. Entonces María Máxima decidió poner las cosas en claro.

En primer lugar le advirtió que ella había estudiado en una escuela de comercio y que nunca antes había trabajado como secretaria, así que por favor no esperara de ella milagros en el terreno de la taquimecanografía. En segundo lugar, su ignorancia en lo que a uniformes y botones se refiere era absoluta. Y, tercero y último, su sueldo era una miseria. Así que pretendía invertir el mínimo esfuerzo en su trabajo.

Dijo esto último un poco extrañada por la actitud del viejo. En su rostro no había expresión alguna, como si no la estuviera escuchando o como si lo que María Máxima decía le fuera completamente indiferente. El general flores guardó silencio. Luego la miró a los ojos con esos globos oculares grandes, blancos, veteados de vasos sanguíneos. Ella notó entonces que Donaciano no tenía una oreja y ahora sí perdió la compostura.

-¿Una miseria: cree usted que gana una miseria?
-sus ojos estaban fijos en un punto detrás de ella

o, peor aún, en un punto a través de ella. María Máxima no contestó.

—¿Cuánto gana?

—Novecientos sesenta pesos al mes

—¿Y cuánto cree usted que debe ganar?

—En torno a los cuatro mil.

—¿Cuatro mil? ¿Quiere ganar cuatro mil? Pues chin-gado, entonces llame a la Oficialía Mayor y pregun-te en qué escalafón hay que ponerla para que le paguen cuatro mil. Luego escriba los oficios nece-sarios y cuando terminé me los trae a firmar.

—Pero usted no puede aprobar eso: necesitamos la firma de Perf... perdón, del general Urbina.

—Conocí al pendejo de Perfecto hace aproximada-mente sesenta años, en la bola. Allá entonces él no sabía escribir. Fui yo quien le dibujó esa firma. Me la sé de memoria.

El general Flores se encerró en su oficina dejan-do a María Máxima perpleja, con el esmalte de uñas flotando tres centímetros por encima de su mano. No lo volvió a ver en el resto del día. A la mañana siguiente sobre su escritorio encontró una nota:

<emb/>

<i>Estimada señorita Máxima: su trabajo de esta se-mana consiste en copiar en un cuaderno el nombre dirección y teléfono de todas las personas del di-rectorio que se apelliden AZCÁRRAGA o NOLASCO. No se moleste en pasar la lista a máquina.</i>

<emb/>

La revolución mexicana, la del millón de muertos, resucitó el domingo 9 de febrero de 1913, con una rebelión en contra del presidente Madero. Porque si un gobierno como el mío, que ha cumplido honradamente sus promesas, que ha hecho todo lo que está a su alcance para asegurar el bienestar de la República, que fue elegido por el casi unánime voto de los mexicanos, algo que nunca había ocurrido, si tal gobierno no puede sobrevivir en México, señores, debemos admitir que el pueblo mexicano no está preparado para la democracia, que necesitamos un nuevo baobab disfrazado de hierbabuena que venga a silenciar las ambiciones y encubrir los vicios.

Al recibir la noticia de la rebelión el presidente sale del Castillo de Chapultepec escoltado por los cadetes del Colegio Militar y la policía montada con dirección al centro de la ciudad. En el trayecto del Paseo de la Reforma a la Av. Juárez se le apareció un zorro.

-Buenos días -dijo el zorro.

-Buenos días -respondió el presidente Madero educadamente-. ¿Quién eres tú?

-Yo soy un zorro -dijo el zorro.

En la convergencia de San Juan de Letrán y Av. Juárez se suscitó un nutrido tiroteo entre un núcleo rebelde y los cadetes. El presidente fue puesto a salvo en la fotografía Daguerre.

-Ven y ayúdame -dijo el presidente-. Estoy tan triste.

-No te puedo ayudar. No estoy domesticado -dijo el zorro pero era tan fuerte el tiroteo o tan grande su tristeza que el presidente lo nombró jefe militar de la plaza. Dios creó a la mujer un domingo 9 de febrero de 1913, en un establo, a la hora de la ordeña. Como ya va siendo tradición en las creaciones divinas, le tomó varios días:

Día uno: En el principio fue el ritmo. El ritmo de unos pasos sobre la paja. Lo terrestre. Un latido.

Día dos: Dios dibuja los perímetros. Lo que da forma. Hombros, caderas, senos, confines.

Día tres: En este día Dios se ocupa de lo líquido. El espesor de una lágrima, los ojos y lo que miran.

Día cuatro: Al cuarto día Dios creó lo aéreo, lo ingravido, el cielo, el aire, el vuelo de sus cabellos.

Día cinco: Flora. Al quinto día Dios creó las flores y cubrió a la mujer de piel, envolviéndola en un pétalo.

<irrupción tiempo="presente" modo="brutal">

-¡¡¡no mames!!!

-¿qué pasó?

-casi haces que me estampe contra el camión de redilas

-¿por qué?

-¡porque está muy bien lo que escribiste! Cursi, falocéntrico: ideal para las grandes editoriales

-¿te estás burlando?

-punto número uno: las mujeres no estamos envueltas en pétalos de flores; punto número dos: nuestro cabello no es ingravido y tampoco vuela

-chingá, ¡tenía 23 años!

-¿pero se supone que ahora la estás reescribiendo 23 años después, que no?

-mira, déjame terminar de leer, y luego ya enuncias tus críticas, ¿va?

</irrupción>

Día seis: El Señor unta el reverso de la piel con sensaciones. La herida y la caricia, el grito de una ampolla y la amistad del agua tibia.

Día siete: Fauna. Las manos, arañas aprehensivas. Ciervos cuando saludan, gatitas cuando acarician, rinocerontes cuando los puños, hormigas cuando el trabajo, animalitos tristes cuando tejen a la espera del ser amado. <irrupción tiempo="presente"> -¡que alguien me saque de aquí!</irrupción>

Día ocho: Dios crea el refugio de todos los principios, el alambique del ritmo. Al octavo día Dios creó el útero, el giro de los astros, los círculos de la luna.

Día nueve: Dios descansa. Se recuesta y mira su creación y se le ocurre el adjetivo, luego el nombre (Malena, Malenita) y al fin el sustantivo. Sin embargo, al alcanzar el verbo, su creación lo tiente y siente de pronto algo que lo inunda con la rosa eólica de la lascivia, bajando por la curva

gorda de su vientre para venir a desazolvar la articulación íntima de la lingüística: al noveno día Dios le entrega a la mujer las palabras al oído.

<irrupción tiempo="presente" modo="exasperado">

-yo que tú, reescribía toda esta parte

-¿de plano?

-es que sólo está algo cursi, falocéntrica, macha y patriarcal. Si bien entiendo, en tu texto el lenguaje es una erección de Dios: lo que ya no entendí es la vía por la cual Dios nos administra el lenguaje a las mujeres.

-te estás burlando

-un porquito: ¿cómo se llamaba tu diosa africana del primer capítulo?

-Bigbanga

-yo que tú, lo reescribía valorizando el rol de esa diosa (porque Africana, porque Diosa y porque la idea de que Dios sea africana y negra es mucho más interesante que definir a la mujer como "la casa de la vida" o "animalitos tristes cuando tejen a la espera del ser amado" [abre paréntesis: privilegio biológico: cierra paréntesis]). Ese es el problema de que históricamente la mayor parte de lo que se ha publicado haya sido escrita por hombres: El Señor (quien, por supuesto, tiene un cromosoma Y) nos dio a nosotras (criaturas "secundarias" condenadas a la envidia del pene) el inmenso regalo de la palabra, y por el mismo precio nos envolvió de rosas y diminutivos tiernos (el que

casi me hace estamparme contra el tráiler fue: "gattitas cuando acarician").

-¡retuviste de memoria este fragmento a pesar de ir al volante!

-es que no exageres: con tus metáforas falocéntricas me dan ganas de detenerme aquí en el acotamiento para que te bajes y corras por las praderas de Santa Ana Azcapotzaltongo y que El Señor te "envuelva en pétalos"

-¿qué habrá en Santa Ana Azcapotzaltongo?

-¡florecitas falocéntricas!

-punto para la damita

levanta la mirada de la carretera y se me queda viendo

-era una provocación masculinista

-como si necesitaras provocaciones: sé tú mismo

-¿qué hago entonces?

-yo lo que haría es reescribir ese fragmento con Bigbanga (en vez de tu "Señor") al centro, y reemplazando la mermelada retórica con embriología (por ejemplo, puedes hablar del viaje de la mórula a través de la tuba uterina en vez de pétalos ingrátidos de rosa: aquí tienes a una embrióloga que te puede ayudar con los tecnicismos (si tu cromosoma Y de narrador te lo permite)

-¡por supuesto que me lo permite!: a mí mi cromosoma Y no me manda

-eso es lo que tú crees

<irrupción/>

-No te puedo ayudar. No estoy domesticado -dijo el zorro pero era tan fuerte el tiroteo o tan grande su tristeza que el presidente lo nombró jefe militar de la plaza. Bigbanga creó a la mujer un domingo 9 de febrero de 1913, en un establo, a la hora de la ordeña. Copiando de reojo los usos y costumbres de cierto protagonista ficticio (presumiblemente poseedor de un cromosoma Y, puesto que en la biblia se le denomina El Señor), crear a la mujer le tomó varios días:

Día uno: En el principio fue el ritmo. Pasos de gametogénesis sobre la paja de un establo: un esperma quitándose el sombrero para penetrar respetuosamente en la catedral del ovocito, donde un órgano de iglesia toca un tema diploide en clave cromosoma XX: este es el istmo de la tuba uterina: la melodía anuncia: será niña.

Día dos: Bigbanga no crea nada porque es un espíritu científico: se empeña en observar, experimentar, recabar datos e interpretarlos empíricamente desde su microscopio. Fase de dos células frente a frente bailando el tango de la mitosis.

Día tres: Tambor microscopio de Bigbanga mostrando un primer plano de la mórula: este racimo de células desenfrenadas que corre como verso de Lorca: romance de la mora mórula: tu niñez, ya fábula de cigoto migrante rodando tuba abajo rumbo a la implantación en la morada acantilada del útero.

<irrupción tiempo="presente" modo="enciclopédico">

—por favor no le vayas a decir por nada del mundo Trompas de Falopio a las tubas uterinas

—¿qué no se llaman así?

—se llamaron así durante demasiados siglos, gracias al señor Gabriele Fallopio, quien las describió por primera vez, y quien además prefirió perpetuar su apellido en ellas en vez de buscar un nombre elegante y apropiado en latín para una estructura anatómica eminentemente femenina

—como tengo un cromosoma Y, voy a bautizar un órgano exclusivamente femenino con mi apellido

—no creo que lo haya pensado conscientemente así, pero es una manera de decirlo

</irrupción>

Día cuatro: blastocito incipiente no se arrepiante: es un jitomate bola o mejor aún, un hui-zache de la revolución rodando raudo hacia su destino: del amasijo embriónico (carne de jitomate) saldrá la niña, del trofoblasto (su cáscara) las membranas extraembrionarias (amnios, placenta, saco vitelino y así): ¡qué rica lexicalidad poética gozan los primeros días de las embrionas!

Día cinco: ¿qué consignas feministas resuenan por las gradas del útero al paso de blastocista, conforme esta eclosiona y se deshace de la zona pelúcida que la preservaba? Bigbanga se las reza laica en secreto: no te dejes, pelea, grita el no, nunca te calles, nunca te agaches, nunca te acomodes: no dejes de gritar.

Día seis: nombre y apellido: blastocista preimplantatoria; anhela: que no sea yo invisible: que no me obliguen: que no me violen: que no me maten: soy sujeto y no objeto: otrora les parto su madre y su padre y su masculinidad meiosis.

Día siete: aquí ya huele a endometrio, canta Bigbanga con voz de orgasmo de Celia Cruz: esta implantación ya no la para nadie.

Día ocho: implantación: el trofoblasto se clava en el endometrio: la implantación al poder: poder de estructuras bilaterales: epiblastos, hipoblastos: ¿es este clavarse hasta los dientes del endometrio el primer acto de violencia que los embriones acometen en contra del útero?

Día nueve: lagunas trofoblásticas: vasos sanguíneos engrosados: saco vitelino: membrana exocelómica: coágulo de fibrina: hoy no nos surtieron de verbos bajo el pretexto de que mañana la historiografía remplaza a la embriología por un azar sinsentido.

Día diez: dramáticos sucesos ocurrieron el 18 de febrero en el salón de acuerdos de Palacio Nacional, al irrumpir la tropa cuando el ejecutivo celebraba consejo con varios de sus ministros. El teniente coronel Jiménez Riverol, después de intentar aprehender al presidente Madero, ordena a los soldados preparar sus armas pero el Ing. Gustavo Garmendia del estado mayor presidencial lo mata de un balazo. El mayor Izquierdo asume el mando y or-

dena disparar contra el presidente y sus ministros, pero el impacto de una bala lo derriba. Se producen disparos que provocan la confusión en el salón. Madero baja al patio principal donde están los soldados del 29 batallón; dirigiéndose a ellos los arenga a defender al presidente de la república que está ahí por voluntad del pueblo mexicano. El general Blanquet, al frente de un pelotón del mismo batallón y con sus armas preparadas, aprehende finalmente al presidente Madero.

Día once: el presidente es obligado a presentar su renuncia, que es aceptada por el congreso, quien designa a Pedro Lascuráin presidente interino.

Este duró en sus funciones 45 minutos, después de haber nombrado al zorro secretario de Gobernación. El zorro asumió la presidencia el 19 de febrero de 1913, consumando así la usurpación del poder ejecutivo. En vista de las circunstancias difícilísimas por las que atraviesa la capital de la república que por obra del deficiente gobierno del señor Madero bien se puede calificar su situación de anárquica he asumido la presidencia y en espera de que las cámaras se reúnan desde luego para determinar sobre esta situación política actual tengo detenidos en Palacio Nacional al Sr. Francisco I. Madero y su gabinete para que una vez resuelto este punto y tratando de conciliar los ánimos en los presentes momentos trabajemos todos en favor de la paz que para la nación es asunto de vida o muerte.

Día doce: Enamorada no de Donaciano sino del reflejo de sí misma en un rostro anonadado, Malenita ha visitado el establo cada mañana, a la hora de la ordeña, durante doce días. Por entre las ubres de Federica, Donaciano se ha ido enamorando de ella. La niña se asoma a la galaxia difusa de sus ojos y sumerge su reflejo en un resplandor de adjetivos que prosperan. Se sabe hermosa, se sabe centro, ya está lista para ser la Helena de esta Troya.

Día trece: Al trigésimo día no pasa nada. Malenita sigue en el establo, Bigbanga en los cielos, Donaciano enamorado y Madero detenido.

Día catorce: Fin de los adjetivos que prosperan. Toca el turno a los que dañan. En las primeras horas del 22 de febrero de 1913, muchos años después de su última visita, el hambre de mujer regresó a la hacienda. Iba buscando al doctor Azcárraga pero en su camino pasó por las casitas de adobe de los peones y se detuvo en Donaciano. Esa noche él soñó que no tenía piernas. Para ordeñar a Federica había que arrastrarse entre la paja y el estiércol y jalarle la leche con los labios. Federica no soltaba gota. Donaciano se exasperaba y le mordía la ubre. La carne se deshacía en su boca, bajaba por la garganta, le calentaba el pecho y le abrasaba el vientre.

El día catorce, como en los otros trece, la niña Malena llegó al establo a la hora de la ordeña. Donaciano soltó a Federica y se sentó cerca de ella.

Malenita había dejado de ser niña en un abrir y cerrar de ojos: Donaciano le vio los pechos y en esa mañana de 22 de febrero el encantador de ubres tendió a Malenita sobre el endometrio la paja y le encantó sus tetas niñas hasta hace brotar dos botones pezones rubios. Alguien que se va a arrepentir toda su vida los está espiando. Alguien siente la invaginación de una niñez traicionada, un cuento roto, un pecado de esos que el sacerdote condena en el sermón de la misa. Alguien está corriendo hacia el doctor con un chisme sordomudo. Alguien se va a arrepentir toda su vida porque se lo va a encontrar aquejado de esa palabra que lo inunda con su rosa eólica (lascivia) y baja por la tuba asquerosa de su pecho, se mete abajo de su panza como una notocorda gusana y le desazolva la berga en clave niña. Del Manual de incestos y paidofilias:

<h1 align="center">

**INSTRUCCIONES PARA QUE EL CERDO DE AZCÁRRAGA VIOLE
A UNA SORDOMUDA**

</h1>

1. Primero cerciórese de que la presa es en verdad una sordomuda y no una de esas bribonas que van por el mundo haciéndose las mudas.

2. Arránquele la ropa con afectada violencia. Si grita, golpéela hasta que se calle. Y no ponga esa cara de Azcárraga, cómo se ve que nunca ha violado sordomudas. Sí, las sordomudas gritan.

3. Para reconocer el grito de una sordomuda: primigenio, animal, viene de parajes vírgenes en donde jamás se ha escuchado palabra alguna. Nace con el dolor de lo que se parte en el camino. Piense en el crujir de los dedos al cerrarse la puerta o en la muerte de los cerdos cuando es breve.

4. No la desnude por completo. Déjele algunos jirones de donde sujetar su desamparo. Se ha sabido de sordomudas que se olvidan de sí mismas cuando están desnudas y sufren un desmayo. No lo permita. En caso de desmayo, refiérase a *<i>INSTRUCCIONES PARA QUE EL CERDO DE AZCÁRRAGA VIOLE PERSONAS INCONSCIENTES O DORMIDAS</i>*.

5. Sujete los tobillos de la presa utilizando la mano izquierda para el tobillo izquierdo y la mano derecha para el tobillo derecho respectivamente.

6. Ábrale las piernas con decisión pero sin efectismos. En caso de fractura remítase a *<i>INSTRUCCIONES PARA QUE EL CERDO DE AZCÁRRAGA TRATE LESIONES NO DESEADAS.</i>*

7. Acabe con su niñez de un tajo. Arruine toda esperanza de amor adulto, toda capacidad de confiar en sí mismo o en terceros, todo porvenir sexual y toda ruta natural hacia el placer físico. Sumérgase en ella. No la mire a los ojos. No escuche su llanto. No deje pasar el alud de remordimientos, olvídese del olor de la cebolla, no se baje de la cresta de la ola, empuje, empuje, persiga el ritmo, no la deje, apriétela bien, clave los dedos en sus

muslos, no la suelte, no la suelte, así mi hijita así, ahora con las manos apriete el lugar en donde nacerán los pechos como si exprimiera dos malditos silencios, levántela ahora en vilo, cierre los ojos, no escuche, no piense, no diga nada, deje que la ola de placer destructivo rompa para siempre en espuma dentro de esa madriguera niña y que ella desfallezca, lánguida, derrotada, hecha jirones injustos como una bandera de paz inútil en el campo de ruinas afectivas que devendrá su vida.

Anexo 1. Terapia para que el cerdo de Azcárraga se recupere del síndrome de culpabilidad posterior a una violación incestuosa. Este es un momento delicado. Si no le pone un dique a los remordimientos se va a acordar que es usted un hombre decente y se va a arrodillar delante de ella y le va a pedir perdón, diciéndole por primera vez mi hija pero ella (naturalmente) no va a oír nada, no querrá nada con usted y huirá, desnuda y rota. Usted debiera remitirse a *INSTRUCCIONES PARA QUE EL CRIMINAL DE AZCÁRRAGA SUPERE LA CULPABILIDAD POST_ORGÁSMICA* pero como usted es un pendejo la va a buscar, va a recorrer la hacienda, le va a preguntar a los peones por ella ¿la Juanita? sí, yo la acabo de ver hace un ratito, iba derecho al establo. Usted camina pensando en reparar el daño, en darle una educación, buscarle un buen marido y en esas anda cuando se da de bruces contra el establo porque ha sorprendido a su princesa, su niña,

su tesoro, su Malenita tendida entre las vacas con los pechos al aire y las manos del indio Donaciano encima de ella. Una ola de ira rompe roja en sus mejillas, Donaciano implora perdóneme patrón pero usted, ciego de coraje, levanta el machete y a la media noche, en la intendencia de Palacio Nacional, irrumpieron fuerzas rurales para conducirlo supuestamente a la penitenciaría siendo obligado a abordar un automóvil. Al aproximarse al edificio del penal sacaron a Madero del vehículo y a boca-jarro lo acribillaron. Para disfrazar el asesinato se simuló un burdo ataque de maderistas a los automóviles en su intento por liberar al prisionero. La embajada estadounidense celebraba esa noche el natalicio de George Washington, el zorro y su gabinete estaban en la lista de invitados. El zorro se baña, se perfuma y en su flamante atuendo de baobab se mira al espejo: Te lo advertí, no estoy domesticado. Usted descarga el machete sobre la raíz de la oreja y le pone punto final a esta parte de la novela.

Las orejas son las alas del entendimiento y quizá por eso, por hallarse falto de una de ellas, es que a mi teniente Flores se le han nublado sus luces de inteligencia. La razón de Donaciano Flores pierde el equilibrio, tropieza en el aire y cae en picada a estrellarse entre las patas de Federica. Me robaron a la niña. El usurpador blande el machete pero ya es demasiado tarde, ya el gobernador de Coahui-

la, Venustiano Carranza, se ha levantado en armas con el único afán de recuperarla, ya Francisco Villa cruza la frontera con un puñado de hombres, los primeros de esos veinticincomil que se van a batir en Zacatecas, Ojinaga, Aguascalientes o Celaya, todos con la voluntad dispuesta a encontrar a la niña, la niña Malena.

<irrupción tiempo="presente" modo="genealógico">

-¿cómo lo ves?

-qué rarita está esa parte en donde le cortan la oreja

-¿te estás durmiendo?

-no mucho

-detente en el siguiente parador y nos tomamos un café

-ya sabes que a mí la cafeína no me hace: nací sin las terminales receptoras

-¿qué onda con tu endodermo?

-tengo la intuición de que me voy a confundir también en la parte que ocurre en los años 70, entre María Máxima y Donaciano... ¿no tendrás una genealogía por ahí?

-¡por supuesto! ¿Te la dibujo o te la cuento?

-¡dibújame un cordero!

-jajajajajajajaja

Malena Azcárraga ----- Nabor Nolasco
 (alias niña Malena) |
 |
 Mercedes Nolasco A----Adalberto Marzio M Máxima Meza M----Perfecto Urbina
 (1931) | (alias Dr. Marzio) |
 | |
 Malena Marzio Nolasco ----?----- Mauricio Perfecto Buentello Meza
 (1970) | (1971)
 |
 Lechoncito
 (alias Embrión Dorado, 1999)

-todo está claro hasta que llegas al Lechoncito
-es porque estoy ocultando mi juego
-¿no que no te acordabas de lo que pasaba en la novela?

-ya me empiezo a acordar, y no quiero adelantar spoilers

-¿y si me tuvieras que hacer el organigrama con spoilers?

-ah, pues la parte del Lechoncito cambia

-a ver

Donaciano Flores----Malena Marzio Nolasco Mauricio Perfecto

(1903)

|

(1970)

|

|

?

Embrión Dorado <<<<-----?----->>>>

(alias Lechoncito, 1999)

-¿y cómo es que un anciano de 96 años puede concebir un Lechoncito con una chica de 20?

-esa es la clase de pregunta que solo una embrióloga podría responder (sin spoiler)

-ya llegamos a Jilotepec de Molina Enríquez

-qué pinche nombre tan mamón

-¡pero tiene un parador!

-detengámonos, pues

</irrupción>

<emb/>

En el Distrito Federal había tres veces más Nolascos que Azcárragas. Cuando acabó con el directorio el tamaño de su vientre era tal que ya no entraba en el traje sastre. María Máxima le dejó el cuaderno sobre

el escritorio. Donaciano se mostró tan satisfecho que le permitió tomarse la tarde. Al día siguiente, por la mañana, María Máxima se detuvo en el puesto de tamales y compró desayuno para dos. El general ya había llegado a su oficina. Hablaba por teléfono. María Máxima le llevó el desayuno. Donaciano recibió el vaso de atole y el tamal de verde con un gesto de agradecimiento.

Media hora después, el general le hacía entrega del directorio telefónico del estado de Aguascalientes.

—¿Más Azcárragas y Nolascos?

—Así es. Vístanme despacio que tengo prisa, algún día llegaremos a Zacatecas. Y gracias por el tamal. Estuvo bueno.

La tarea era ardua porque había que revisar también los apellidos maternos, que no estaban organizados por orden alfabético. Pero era un trabajo apto para el estado de embarazo: no padecía presiones, su salario era extraordinario y además las interminables listas de nombres propios le permitían reflexionar sobre el nombre que le pondría a su bebé cuando naciera. Quería un nombre que combinara bien los apellidos. Desde hacía tiempo ella había decidido que no se apellidaría Urbina. Ella elegiría al padre, un nombre cualquiera del directorio telefónico, alguien que tuviera un apellido bonito, Buentello por ejemplo, y bajo ese apellido lo registraría. Buentello Meza. Sí, sí le gustaba: Mauricio Buentello

Meza. Porque eso sí, María Máxima Meza Marañón estaba segura de que iba a ser niño.

Un día, por ahí del séptimo mes de embarazo (todavía no terminaba el directorio de Aguascalientes), Perfecto Urbina la mandó llamar. Lo encontró repentinamente calvo, apagado, ahogado y viejo. Tenía ya cuatro meses sin verlo. El general Urbina Le entregó las escrituras de la casa de Izcalli: las había puesto a su nombre. También los papeles de un fideicomiso que encomendaba la entrega de un muy buen dinero para el o la primogénita de la señorita María Máxima Meza Marañón cuando este o esta cumpliera veintiún años.

—Yo sé que eres rencorosa y que no lo vas a registrar a mi nombre, por eso puse el fideicomiso a nombre de tu primogénito, como quiera que se vaya a llamar. Ojalá sea niña.

Fue la última vez que habló en persona con él. Dos meses después, Perfecto Urbina se pegaba un balazo en su rancho de Tequisquiapan. Los doctores del Hospital Militar le recomendaron no asistir al sepelio porque la fecha de alumbramiento estaba demasiado próxima, pero María Máxima no les hizo caso. Mauricio Buentello Meza nació una semana después. Donaciano fue personalmente a llevarle flores y a conocer al niño.

—Mire, María Máxima, yo sé que a mí esas cosas no me incumben, pero Perfecto, antes de partir, me encomendó que le dijera que no fuera necia, que lo

registrara bajo el apellido Urbina. Yo se lo paso al costo.

—Soy madre soltera, mi general, no tengo marido. Así que le puedo poner a mi niño el apellido que me venga en gana: le voy a pagar cierta suma a un anciano señor Buentello que me encontré en el directorio del D.F. para que venga al registro civil conmigo en calidad de presunto padre.

—¿Y si de pagar se trata, por qué no le paga a algún señor Urbina?

—No me gusta como suena.

—Pues al menos llámelo Perfecto. Para cumplir con la última voluntad del padre biológico del niño, que tuvo a bien dejar la casa a nombre de su hijo.

Fue así como era el registro civil número 10, el 24 de enero de 1971, fue registrado el niño Mauricio Perfecto Buentello Meza, hijo del señor Eugenio Buentello Díaz (\$6000 pesos cobró el señor), natural de la colonia Obrera en el Distrito Federal, y de María Máxima Meza Marañón, natural del Estado de México. El general Donaciano Flores fungió como testigo.

—Mi general... le tengo que hacer una pregunta.

—Hágamela.

—¿Usted sabe por qué se suicidó Perfecto?

—El general Urbina fue un revolucionario valiente y un militar destacado. Decidió quitarse la vida cuando los médicos le diagnosticaron un cáncer de próstata —Donaciano Flores bajó el tono de voz: María Máxima tuvo la sensación de que le susurraba al

oído-. El cáncer le valía madres. Lo que lo aterrizaba era (con perdón) el ya no poder tener erecciones. ¡Tenía casi 70 años el cabrón! ¿Se imagina? ¡Miedo a que ya no se te pare a los 70 años! (con perdón).

María Máxima hubiera querido aprovechar la ocasión para hacer más preguntas, ya no relativas a Perfecto sino a Donaciano mismo. Hubiera querido saber, por ejemplo, por qué Donaciano no había mostrado el menor signo de tristeza ante la partida del que, hasta donde ella sabía, era su único y mejor amigo. Y, ya que estamos en la barra libre de preguntas, hubiera querido también preguntar qué carajos hacía el general Flores con todos esos Azcárragas y Nolascos que ella transcribía a diario en el cuaderno. ¿Los llamaba, los espiaba, los mataba? Pero no se atrevió a formularlas, y las respuestas se quedaron herméticamente selladas dentro del silencio de un cuarto cualquiera en la maternidad del Hospital Militar, ella en bata de recién parida, el general uniformado mirando con los ojos puestos en algún punto anterior a ella.

Nunca se enteró de la utilidad de las listas. Después de Aguascalientes se siguió con Baja California Norte y Sur y así sucesivamente. Las pocas veces que intentó formular un sucedáneo eufemístico de pregunta, Donaciano respondía con evasivas. María Máxima terminó con el último Nolasco de Zacatecas cuando el sexenio del presidente Echeverría

llegaba a su fin. Mauricito estaba a punto de cumplir seis años.

<emb/>

Este debiera ser tu monólogo. Aquí debiera yo meterme en tu silencio, en tu llanto de estambre. Pero no puedo. Me falta la fuerza. Prefiero sentarme junto a ti a enredar la mirada en tu tejido a ver si así, jalando de ella, deshaces la madeja de adjetivos que traigo atorada en la garganta. Tú tejes tu tristeza. Yo tejo esta novela. Pero a veces se me enreda el estambre, se me confunden las agujas, pierdo el punto y no logro darte voz. Mi sordomuda. Te pronuncio de un golpe pero estás partida en dos, sorda y muda, coja de un sentido y solo de uno porque las palabras no son ningún sentido. Se consiente con ellas, se asiente con ellas, se resiente con ellas pero no percibe nada en ellas. Sin embargo aquí me tienes, sintiéndote, tejedora y sola en esta hacienda que aún no describo y no describiré hasta que se la vayan a tragar las llamas. Reglas de mi tejido. Secretos de mi punto.

Arriba, en su habitación, el doctor empaña una copa, empuña la botella y empeña a empellones la garganta. Se está dejando inundar por nuevos vicios.

Como tú, que tic tac tejes tu tristeza de estambres y tragedias. Violada, deprimida y envilecida, teje que te teje como las esposas griegas, confinado el revuelo de la adolescencia a la punta de los dedos. Ahí viene. Ya se oyen sus pasos congestionados

de alcohol por las escaleras. Huye con los dedos, más rápido más rápido más rápido tejer más rápido pero sus manos ebrias caen de nuevo sobre tu cuello. Mi hijita, mi Juanita, ven conmigo, abraza a tu papito. Se le han olvidado tantas cosas desde que descubrió que el hambre de mujer se esconde al final de las botellas. Se le ha olvidado el acento español: te llama con diminutivos. Se le ha olvidado que es rico: la hacienda se hunde en la bancarrota. Se le ha olvidado que es tu padre: ahora te viola a diario y pronto se va a querer casar contigo, pero no todavía, antes se tiene que morir tu mamá, la cocinera, hoy enferma de odio o de rabia o de impotencia por esa condena que encadenó a madre e hija al mandato violento de un cerdo violador de apellido Azcárraga (con perdón de los cerdos). Del catálogo de mujeres tristes, la primera de ellas:

<h1 align="center">

UNA COCINERA LLENA DE ODIO

</h1>

que un día vio aparecer en sus pesadillas a un varón de Castilla, rico y hacendado, abriéndose paso a sangre y semen dentro de su delantal. Así, en un infierno de cebolla, concebimos a Juanita. Y luego doña Mercedes y luego el funeral y en el funeral la humillación del ¿cuándo vamos a bautizar a nuestra hija? El odio le desprendió una a una de las capas de piel que la envolvían. Pero el odio no lo mató. Ella picó su sed de venganza y la quiso derramar

sobre los guisos. Pero el pendejo del Dios católico la detuvo y nunca lo envenenó. Desprendida la piel, entregada la bilis más íntima de la cebolla, ella se exilió en el hielo del silencio para no ver cómo un varón de Castilla entregaba su corazón inmundo, sumergido en un vaso de incesto y vino, a la que entre cebollas concebimos. Juanita, llama al doctor Azcárraga: dile que me venga a ver porque ya me voy a morir. Azcárraga accede a desplazar su tranco patético hasta el lecho de la moribunda. Mírame hijo de puta. Mira cómo nos obligaste y humillaste a las dos. Mira cómo destrozaste a mi hija. Yo ya me voy a morir, ya no habrá nadie que te dé de tragar. ¿Sabes por qué no te envenené? Porque vi, intuí, sentí que la vida te va a envenenar a tu hija y por eso no quería que te murieras: para que presenciaras con tus dos ojos todo el dolor de verla arruinada y puta, huyendo como una pobre soldadera: ni en su lecho de muerte va a hallar descanso, desde aquí lo estoy viendo, y eso a ti te va a doler más que si viniera mi hijo Donaciano con los revolucionarios y te incendiara el pito. Ya te lo dije. Ya me puedo morir en paz. Del catálogo de mujeres tristes, déjenme llorar, no me importa quién siga:

<h1 align="center">

JUANITA LA SORDOMUDA

</h1>

Mi hermano anda con los revolucionarios y un día va a venir a cortarle el pito. Ora resulta que ya hasta

me trae serenatas, borracho de a tiro. Ayer le pegó a mi mamá porque no se pudo parar a hacer la comida. Ya hasta anda empeñando los muebles con tal de comprar vino. Yo no suelto no suelto no suelto mi tejido. Ora resulta que come frijoles y duerme conmigo. Ayer me pegó para que dejara mi pinche tejido y me pusiera a hacer la comida, borracho de a tiro. Ya no hay peones ni capataces ni quién se pare a cuidar la milpa. Mi hermano anda con los revolucionarios y un día va a venir a cortar el pito. Ora resulta que ya me trajo anillo de compromiso, borracho de a tiro. Ya hasta las joyas de la difunta doña Merceditas empeñó con tal de comprar vino. Yo no suelto no suelto no suelto mi tejido. Ora resulta que ya hasta me trajo al cura, borrachos los dos de a tiro. Ayer cubrí a mi mamá con lo que le había tejido. Ayer le pegué a mi mamá porque no se le calentaba el cuerpo ni con lo que le había tejido. Ayer enterré a mi mamá y le mandé decir una misa con el cura borracho de a tiro. Mi hermano anda con los revolucionarios y un día va a venir a cortar el pito a mi marido. Y él me va a pegar mañana por pagarle al cura con el anillo de compromiso. Yo no suelto no suelto no suelto mi tejido. Del catálogo de mujeres tristes, una intromisión:

<h1 align="center">

LA VACA FEDERICA

</h1>

Azcárraga se planta delante de ella y aprieta el machete. Su silueta se esfera reflejada en el ojo de

la vaca con esa síntesis que se apodera de las cosas cuando caen reflejadas en las esferas. A machetazos, le rompe el disimulo.

Federica no se quisiera partir en dos, pero los embates del metal descubren su secreto, la verdadera sustancia agazapada en sus entrañas: carne de novela.

A cada herida se me va muriendo un capítulo. Se mueren las manos de un lejano Azcárraga, sobrio, español y rico, apretando estas mismas ubres con el vigor de quien concibe a dos hijas en un mismo día. Se mueren las últimas miradas cuerdas de Donaciano sobre la niña Malena. Se derrumba la hacienda de las Mercedes dejando apenas un puñado de palabras mal zurcidas: banca rota, sorda muda, hija de pedófilo.

Un mal cálculo de esfuerzos, un mal filo surrealista le parte en dos el ojo y la revienta en agonía. Se ha muerto, ya no es la suma de sus partes, ahora es un banquete de bodas, un trozo de filete en la garganta del cura. Yo no suelto no suelto no suelto mi tejido.

Así, a machetazos, termina la intromisión de una vaca en el catálogo de mujeres tristes, triste la vaca porque la matan, triste la novela porque ha muerto un personaje muy querido. Del catálogo de mujeres tristes, una niña mil veces triste:

<h1 align="center">

JUANITA LA SORDOMUDA

</h1>

Los órganos sexuales de Azcárraga padecen algo que he dado en llamar genitalidad inversamente financiera. Un déficit en el deseo directamente proporcional al superávit en sus bolsillos. Es decir, que un incremento en la producción de testosterona o en los activos eréctiles trae como consecuencia un resecaimiento general en los campos de barbecho, cosechas malogradas, pánico en las ubres del ganado y escasez generalizada.

No hay relación causa y efecto, por eso hay que acudir a lo metafórico.

Los primeros meses de matrimonio con doña Mercedes trajeron pobreza galopante, recesión digestiva, desempleo creciente pero gana de mujer y noches sin desperdicio. Camino al exilio, en el Buenaventura, cuando el deseo naufragó en el mar y ellos lo vieron hundirse por la ventana, las velas de la fortuna se hincharon de prosperidad y Azcárraga no tuvo más que poner los pies en México para volverse rico. Terrenos, cabezas de ganado, buenas relaciones, viajes a la capital y aun vínculos amistosos con don Porfirio, pero sábanas heladas en el ínter.

Mientras tanto, los utensilios religiosos de doña Mercedes padecieron algo que he dado en llamar religiosidad contable. En un principio fue solo un rosario plegaria que venga la Merceditas tan deseada, que deje yo de ser tierra yerma. Pasa el tiempo y las plegarias se gastan de tanto elevarlas en vano. El doctor duerme de espaldas, los rezos se

disuelven y quedan solo los misterios del rosario corriendo ansiosos por los dedos. No es bueno dejar las manos ociosas en el vacío. Rosario que la varita mágica de la frustración transforma en ábaco. La plegaria original es ahora un monólogo numérico que cuenta y cuenta, la contabilidad se cristifica, por el nervio del rosario donde antes fluían bolas ahora se cuenta cada nueva arruga en el rostro, cada paso hacia la vejez, cada gota de leche podrida en el claustro de mis pechos. Y como los rezos, las bolas del rosario se agotaron después de circular por las decenas, las centenas y los millares. De espaldas, sin Mercedes, sin milagros del cielo.

Qué exacta es la regla, qué precisa su aplicación. El deseo llega a la Hacienda de las Mercedes y solicita al doctor por un día, un solo día. Aparentemente su suerte en los negocios no ha cambiado, su fortuna florece. Apariencias. Ya en esas dos infancias concebidas en un mismo día crece la semilla de su futura ruina. Se muere Madero. Corte de oreja al indio Donaciano, el que algún día ha de quemar la hacienda. Regresa el deseo. Se esfuma la fortuna como agua entre las piernas. Aquí se nos mueren cien cabezas de ganado. Acá violo a Juanita en la cocina. Allá los latrofaciosos queman el muro de la presa.

Acá te doy una noche en tres actos como aquellas noches de la ostia que a esta edad creí no volverían. Recordadme de vez en cuando que soy castella-

no. Ay de nosotros. Yo no suelto no suelto no suelto mi tejido.

En esta aritmética de alcoba y bancarrota, Azcárraga toma una decisión: casarse con Juanita. No se tome a la ligera su proceder nada más porque a estas alturas toma las decisiones después de tomar indecibles cantidades de vino. Niño viejo con juguete nuevo. En este estado de las cosas los revolucionarios no le hacen más que favores a un Azcárraga que a cada posesión perdida gana una nueva parcela en esa tierra por la fuerza prometida de tus piernas.

Sus últimas propiedades, unos terrenos de sembradío colindantes con la hacienda, se los entrega al cura para que haga oídos sordos a esas habladurías de que Juanita es mi hija, ya sabe cómo es la gente de envidiosa, padre, les encanta hacer leña del árbol caído. Bien podría usted aceptar este presente y olvidarse de eso que la gente llama impedimento, pues con Dios como testigo y las Sagradas Escrituras en la mano le juro que la sordomuda no es mi hija.

El banquete de bodas fue Federica. La sacrificó porque ya no le quedaba un centavo y aun así comieron carne seca por varios meses pues a la boda no asistieron más que los novios, el cura y el monaguillo, a nombre de quien el cura escrituró los terrenos, pues es bien sabido que en México la iglesia no puede poseer sus propiedades.

Es muy pero muy triste la escena. Y nublada para que sea más triste. Real y verdaderamente triste:

el cura, Azcárraga y la muda que no suelta no suelta no suelta su tejido. Y un gaitero. No, espérenme, aquí no va el gaitero. Bórrenlo con la que aleja las palabras. Sigue un párrafo claro y sereno:

La boda fue muy triste. Solo el cura, la muda, Azcárraga y el monaguillo, acompasados por una tarde nublada. ¿Aceptas a este violador como tu padre y a este borracho como tu marido y a esta fuente de pedofilia y semen como apóstrofe de tus noches supuestamente tiernas pero en la cruda declinación de la verdad, violentas? Yo no suelto no suelto no suelto mi tejido. Una vez consumado el matrimonio procedieron a sentarse a la mesa y consumir carne de Federica que, ya lo he dicho, es carne de novela. Así de triste fue el banquete. Días después llegaría una horda de revolucionarios de esos que no dejan ni hojas de hierba tras su paso. Donaciano incendia cien haciendas. Del catálogo de mujeres tristes, la más triste:

<h1 align="center">

LA NIÑA MALENA

</h1>

No los perdonará nunca. No a Juana, obstinada delante del altar con su tejido. No a papá, que dejó entrever en sus ojos a otra niña. No a Dios, que abandonó a la ambición la voluntad del cura. No a Federica, por dejarse sacrificar para el banquete. No a la cocinera, por insolente y moribunda.

La niña Malena no quiso ir a la boda. Escondida en el establo, buscó a quién perdonar pero no encontró a nadie. Ni un solo reflejo de adjetivos que prosperan.

Sin entender nada, sin contener la rabia, se tendió sobre la paja. Como aquel día. Y ahí, al fondo, en lo más calientito, en el rincón más olvidado, se encontró una oreja seca entre la paja.

La tomó con cuidado y la puso en la palma de su mano abierta. Yo te voy a perdonar, le dijo y la oreja se estremeció bajo su aliento como el ala de una mariposa. Yo te voy a perdonar, y la llevó a la biblioteca. Yo te voy a perdonar, y le habló toda la noche. Yo te voy a perdonar, y como un pétalo de entendimiento la guardó en un libro, regalo de don Porfirio, que garigoleaba su título en letras doradas. **Historias verdaderas**. Abre paréntesis.

<h1 align="center">

LA OREJA DERECHA

</h1>

Malenita no va a la boda porque es, como se ha intentado novelar aquí, una niña mimada y caprichosa y ahora muere de vergüenza porque su padre se casa con Juanita. Es una egoísta incorregible y ya se sabe que los egoístas no ven otra cosa más allá de su nariz, que en la topología narcisista coincide exactamente con el ombligo, particularmente cuando son hijos únicos como ella, sin contar hermanas medias mudas.

En fin, que estábamos en que durante la boda la niña Malena se encuentra ausente porque se encuentra en otro lado. Como ya expresé entre líneas (a lo mejor no quedó claro) Malenita no está en la boda sino en el establo rumiando su berrinche y, de paso, buscando a Donaciano. Nada grave. Nada importante. Ni por un momento se vaya a pensar que Malenita está o estuvo enamorada de Donaciano. No. Hay que entender que los hijos únicos creen que se enamoran de quien los mira es decir de quien les regala el beneficio de la atención sin dudas de ser posible admirante y ancha como el marvelero. Entonces Malenita husmea un poco entre la paja, y por una de esas casualidades que pasan también en la vida pero más frecuentemente en la literatura se encuentra la oreja que su padre, en forma colérica y violenta, amputó a Donaciano el mismo día en que a ella le brotaron los pechos de adolescente y unas horas antes de que asesinaran al presidente Madero (es importante aclararlo).

Nota aclaratoria: si bien el doctor tiene cierto adiestramiento en las artes quirúrgicas, la sección fue llevada a la praxis de un modo más bien intempestivo, debido a la gran cólera que le provocó al doctor Azcárraga el ver los pechos de su hija en manos de lo que en su terminología él denominaría un pinche indio, pero que a los ojos de esta novela es un héroe imberbe al que los años, los caminos y las balas convertirán primero en un revolucionario,

y posteriormente (la historia también pasó por ahí) en un magnate multibillonario.

Pues sí, que Malenita se encontró una oreja seca como una pasa entre la paja, y se la llevó a la biblioteca, una de esas habitaciones que aún recuerdan a aquel Azcárraga refinado y rico, mucho más europeo que ahora así tan sucio, tan ¿cómo llamarlo? pues tan repugnantemente nacional, si se me permite el malinchismo, y ahí en la biblioteca ella deposita la oreja en el libro como quien guarda una mórula de poesía en este ectodermo de necesidades literarias. ¿Qué escuchan las orejas cuando se les va el tiempo dentro de un libro? La oreja viaja por el siglo sin padecer sus males y llega a un estante perdido entre el bibliográfico desmadre de la biblioteca México en uno de aquellos mis días de universitario, y el cataclismo de ese encuentro me empuja a escribir el Capítulo Número 1bis de esta novela, cuando tenía 23 años ¿cierto?

Una vaca llamada Federica humea en cuatro platos, porque también el monaguillo y súbito terrateniente come. Los tortuosos y laberintrínsecos caminos del programador e ingeniero (de tal ingeniero tal novela) me llevan a sospechar pederastia entre el cura y el monaguillo, pero como ya hay en esta novela demasiada mierda sexual de *best seller* mejor dejo asentado que entre el monaguillo y el cura hay una amistad sincera a pesar de que el cura sea un hijo de la chingada, porque eso de ser hijo de la

chingada es una cuestión de perspectivas, se es hijo de la chingada para algunos pero no para todos y aunque el papa Pío Nono piense que el cura es un hijo de la chingada porque bendice incestos matrimoniales a cambio de terrenos que escritura a nombre de su monaguillo eso no significa que el cura sea efectivamente un hijo de la chingada, es más, voy a demostrar que a pesar de su dudoso comportamiento eclesiástico el cura es capaz de establecer una amistad sincera con un monaguillo, de quien rápidamente y en un párrafo aclaratorio voy a contar su historia y su pasado que se me están ocurriendo los dos en este instante, dos puntos:

El monaguillo era muy pobre cuando no era monaguillo. Y no tenía que comer ni techo en dónde guarecerse de las noches frías de allá del norte. El cura lo albergó en el curato y le dio comida y una profesión (la de monaguillo) para vivir. Esa es su historia. Pero el cabrón, abusando de la bonhomía del cura, se emborracha con vino de consagrar cuando el cura no lo mira.

El Instituto Roslin de Edimburgo publicó el 27 de febrero de 1997 un artículo en la revista *Science* con los resultados de ciertos experimentos en clonación bovina. Casi nadie notó que entre el equipo del doctor Hanson... no, espérate, creo que no se llama Hanson, ¿cómo chingados se llamaba? Ya perdí la captura de pantalla, a ver, aguanta que por aquí la traigo, ¡ah sí!, Wilmut, Ian Wilmut. El caso es que

en el equipo que clonó a la oveja Dolly se encontraba la mexicana Malena Marzio, gordita, morena y chaparrita, nieta de aquella primera Malena que encontró una oreja entre la paja allá, a principios de siglo XX, la tarde en que su papá se casaba con su media hermana. Ay de nosotros, cierra paréntesis. Ahora sí, del catálogo de mujeres tristes, otra intromisión, esta en traje de fuego:

<h1 align="center">

LA HACIENDA DE LAS MERCEDES

</h1>

Unos hombres revolucionarios están parados delante de la hacienda. Es de noche. El cielo se ha constelado de polígonos poéticos que ellos no pueden ver porque tienen la mirada prendida de las llamas. De lo alto del fuego nacen mariposas efímeras tiznadas de ceniza. Por ahí ha de andar quemándose los restos de mi oreja, piensa como si el cerebro fuera un árbol de mocos y cada moco desprendido un pensamiento. Pero más bonitos los nogales de la huerta, acá de este lado. Por ahí nos correteábamos cuando éramos chamacos. ¿Pos qué le hicieron a la huerta que la dejaron seca? Y cómo la veía peinándose tras los ventanales, trepado en aquel pirul que se está quemando. Sí, tanta cosa. Allá parió mi mamá a la Juana, junto al canal de mampostería. ¿Para dónde habrá ganado la Juana? Más acá estaban las caballerizas, que todavía no arden, ha de estar mojada la madera. Ora que lo halle al desgraciado le voy a quebrar

hasta el modo de andar. Pa qué se anda robando lo que no es suyo. Y cuando encuentre a la niña le voy a construir otra hacienda más grande y le vamos a poner Hacienda Las Malenitas y la vamos a quemar cada año para acostarnos junto a la huerta a verla arder. Así no nos encariñamos. No es bueno encariñarse con las haciendas. Se ven tan bonitas así metidas entre las llamas. Sí, cada año una hacienda distinta hasta quemar cien haciendas y hacernos viejos quemándolas y reconstruyéndolas. Y a todas las voy a llamar Las Malenitas para en el fondo quemar siempre la misma hacienda. Cien incendios. Este nomás es uno y está así de bonito, cómo se verán cien. Si pudiéramos subirnos a un globo a verlos todos. A lo mejor por eso la luna brilla, porque están quemando haciendas allá arriba. Aquí es mejor el fuego porque es amarillo, en cambio el de la luna debe ser blanco, más bonito así. Yo no sé por qué dicen que las balas son fuego. Las balas no son fuego, el fuego es amarillo, las balas son otra cosa distinta al fuego, las balas son rápidas y frías. Es como decir que lo que brilla en la luna es fuego.

Qué necedad de la gente de andar confundiendo el fuego. Sí, ahora que la encuentre vamos a construir muchas haciendas para enseñarle a la gente lo que es el fuego.

Bodegón sin verbos en el mausoleo: Juanita con tejido. Malenita con libro en brazos. Mercedes en mármol muerta. A los pies de todos. En subsuelo. Az-

cárraga atento, con carabina y trago junto a la puerta. Trémulo. Abajo, abajo, todos abajo.

En silencio. Afuera gritos. Revolucionarios. Humo. El fin. Donaciano incendia cien haciendas. Único verbo: huir.

El incendio se extinguió antes que la noche. Los revolucionarios se fueron.

Tres figuras salieron temerosas del mausoleo, envueltas en sombras. Y Azcárraga vio que por fin había perdido todo lo que podía perder y empinó el último trago de la botella. Y Juanita terminó lo que tejía para su madre muerta. Y Malenita apretó contra su pecho el tomo de **Historias verdaderas**. Y se alejaron. Sobre un burro. Con carne de Federica en las alforjas.

<irrupción tiempo="presente" modo="conclusivo">

-oye

-¿qué?

-¿te gustó la dedicatoria?

-¿cuál dedicatoria?

-la de la novela

-¿la mía o la de tu ex?

-la del 2019

-sí me gustó, pero más que de tu cardiogénesis, hubiera preferido ser amor-motor de tu neurogénesis

</irrupción>

</capítulo>

<Capítulo número="3" título="Gastrulación">

—Pero si andaba soñando con usted, mi general.

—¿Y qué soñaba?

—Que habíamos tomado Celaya, que era a usted al que le habían volado la mano y Perfecto me decía mira Donaciano ya acabó la revolución, ahí está la niña. Para celebrar quemábamos todas las haciendas de Celaya y Perfecto cargaba la mano que le habían volado a usted en un morralito porque nos servía para encender haciendas.

—¿Mi mano?

—Sí mi general. Sus uñas eran negras como cabezas de cerillo y las usábamos para encender las haciendas.

—¿Y luego?

—Luego nada. Ahí se acaba.

—¿Y no le da vergüenza?

—Pues sí mi general, de darme sí me da. Tanta mortandad tanto hombre ensangrentado, no crea, a veces reflexiono yo entre mí si no sería mejor agarrar un caballo y un sarape y meterme al monte a buscarla por mi cuenta.

—¿A quién?

—¿Pos cómo a quién, a quién va a ser? ¡A la Malenita! Pero luego pienso: Si tantos hombres revolucionarios se han ensangrentado con el único propósito de que yo encuentre a la que me fue injustamente arrebatada ha de ser porque esta revolución es un acto de amor que haría yo mal en frustrar con mis flaquezas. O dígame usted, mi general, quién va a andar entregando así la vida sino estas gentes desarraigadas que mueren con la niña en las mientes y el fusil en las manos. No se crea, mi general, si por mí fuera le juro que yo también me moriría, pero ha de saber usted que allá en Celaya la africana aquella me trozó un trozo y figúrese que desde entonces cada que me muero me agarran unos dolores infames de cabeza, vómitos y malestar por todo el cuerpo. Y no nada más eso, también el ajeteo de enterrar al negro y andar dando explicaciones.

—Dígame soldado: ¿a usted quién le dio el grado de teniente?

—Usted mi general.

—¿Seguro?

—Sí mi general. En Ojinaga.

—¿Y qué hace usted de guardia?

—Cubro al sargento Urbina P. que anda resolviéndose un asunto.

—Bueno, pues ahí le platica a su sargento lo que le pasa a los que se duermen en vez de hacer la guardia.

—Sí mi general, yo le platico.

Francisco Villa bostezó un largo bostezo, sacó su pistola y con total tranquilidad, casi amistosamente, le metió tres balazos en el pecho a Donaciano, apagando de ese modo su verborrea. Del catálogo de negros muertos, el primero de ellos:

<h1 align="center">

EL NEGRO QUE MONTABA GUARDIA

</h1>

Nombre: Abdul.

Apellido: Kom Ombo.

Edad: 23 años.

Nacionalidad: nubia.

Complexión: discreta.

Tez: oscura y seria.

Pelo: crespo.

Boca: abierta.

Nariz: ancha.

Señas particulares: tres trayectorias de bala en la cavidad torácica.

Observaciones: Nadie dio razón del finado. Su nombre no aparece en las listas de reclutas. Ningún oficial lo conoce. El cadáver fue encontrado en el puesto de guardia con los ojos abiertos, mirando hacia el cielo, según reporte de Urbina P., sargento del 3er. regimiento de caballería "Leales de Aguas Turbias". Junto al cadáver se encontró un mensaje: "Para que veas lo que les pasa a los que se andan durmiendo en vez de hacer la guardia Perfecto". Los datos personales fueron extraídos de un

listón azulgrana que el finado llevaba atado a la muñeca.

<emb/>

—¿cómo lo ves?

—a reservas de sonar repetitiva: confuso (pero no sé si es porque voy manejando o porque así escribes). Entiendo que alguien está soñando con la mano de Obregón, pero no se entiende a quién se dirige. Como que todos los personajes tienen la misma voz (es decir: tu voz) y no se distingue cuando habla Villa de cuando habla Donaciano. Como que tus voces son muy similares. Les deberías poner marcas o muletillas propias para saber quién está hablando.

—chiale

—pero no me lo tomes a mal: estoy intentando ser constructiva

—lo estás siendo... ¿vas a 140 km/h o son mis nervios?

—sí: está rica esta autopista: ¿cuál es el límite?

—no lo sé

<emb/>

—No Mauricio Perfecto, a esa fiesta no vas a ir solo, me vas a esperar yo te voy a llevar... porque sí, porque soy tu madre y porque a tu edad los niños no van solos a las fiestas... no me interesa que tú ya hayas ido solo a casa de esa niña... ¡me vuelves a hablar así te rompo la boca! A los hijos no se les quiere nada más porque son hijos, Mauricio Perfecto... ¡pues porque soy tu madre! No, no quiero escuchar nada, me

tienes muy enojada, tú no tienes consideraciones, haces que tu pobre madre se pase el día trabajando como una esclava para darte de tragar y comprarte zapatos, así que yo no tengo por qué tener consideraciones hacia ti... No no quiero discutir por teléfono, te reitero que me tienes muy enojada. Pobre de ti Mauricio Perfecto, pobre de ti si llego a la casa y no te encuentro porque te fuiste a la fiesta solo... ¡no me interesa que la vecina viva en la casa de al lado: tú a mí me tienes que esperar! ¿Entendido? Y como me entere que te fuiste solo, no me va a importar y voy a entrar a casa de tu amiga a traerte de regreso por las greñas, por desobediente.

María Máxima colgó. Suspiró un suspiro. Sus ojos se quedaron pendientes de la ventana. Era un día Claro en el Valle de México. Se alcanzaban a ver los volcanes.

—Váyase a comer, Máxima.

—Mi general, quería pedirle permiso para tomarme la tarde. Tengo que llevar a mi Mauricito a un cumpleaños.

—¿Ya empieza a ir a fiestas ese chamaco? Al ratito nos va a salir con que ya anda de novio.

—Dios no lo quiera mi general, todavía está muy chiquito.

—Pero así de chiquito y ya se quiere ir solo a la fiesta, ¿verdad?

—Sí, es tremendo. Pero si me voy ahorita creo que logro evitar el tráfico y llegar rápido.

—Está muy lejos Ecatepec: ya váyase con confianza.

—Gracias, mi general. Hasta mañana.

María Máxima acomodó el escritorio y se levantó de la silla cuan grande era: le sacaba más de diez centímetros de altura a Donaciano. Ese día portaba un elegante traje sastre amarillo. Se ajustó su saco, posó su bolsa de mano sobre su hombro y recogió un sobre rosa que estaba junto a la máquina de escribir eléctrica.

Donaciano, sentado en su silla de cuero, decapitaba un puro con los dientes. Vio a María Máxima de pie, con la mirada puesta en un rectángulo de cartón rosa: su rectitud hierática ni se despedía ni se movía.

—Antes de irme, le quería enseñar.

—¿Qué es?

—La invitación a la fiesta de Mauricito.

—¿Me va a invitar? —las carcajadas cadenciosas de Donaciano se escucharon hasta el corredor.

—Es que nunca me había percatado del segundo apellido de mi vecinita: mire.

<p align=center><i>

¡¡¡Ven a mi fiesta de cumpleaños!!!

Soy Malenita Marzio Nolasco

y voy a cumplir 7 años...

Te espero este viernes

18 de noviembre de 1976

en Retorno Cerezos #54

Fraccionamiento Izcalli Ecatepec

a partir de las 3pm

¡Acompáñame!
</i></p>

María Máxima no percibió el temblor de manos que habitó a Donaciano en cuanto sus ojos asociaron la ocurrencia simultánea de esos dos nombres propios tan caros: Malena, Nolasco.

—¿Usted conoce a esta familia?

—Son mis vecinos. Bueno, nada más el papá y la niña, porque la mamá creo que murió hace mucho. El papá es el doctor Marzio, y la niña desde siempre se ha llamado Malena, supongo que por contracción de María Elena, pero no lo sé. Mauricito juega mucho con ella desde que eran niños. No sé cómo se me pudieron escapar de las páginas blancas del Estado de México. Bueno, sí sé cómo: la mamá es la que se apellida Nolasco y ya estaba muerta al momento de mi búsqueda, y por supuesto la niña no aparece en el directorio.

—Pues qué buena suerte tuvimos —Donaciano babeaba por dentro—. Creo que yo también me voy.

—No se le vaya a olvidar que tiene Consejo con el Oficial Mayor de cuatro a seis de la tarde.

—¡Es cierto! Lo había olvidado. Bueno, ni modo, comeré con los espantapájaros.

—¡Cómo le dice a los generales!

—Bola de novatos que nunca pelearon en la revolución, empezando por el espantapájaro mayor: el secretario de Defensa.

—Que no lo oigan.

—No me importa que me oigan, María Máxima: yo peleé junto al general Villa, ¿usted cree que me va a importar lo que piensen estos escuincles?

—Está bien. Gracias por dejarme ir temprano, mi general. Nos vemos mañana.

—Hasta mañana, María Máxima. Disfrute la fiesta.

—Oiga... una última cosa... ¿me puedo quedar con la invitación?

—¡Claro, mi general!

—¿No necesita la dirección?

—Son mis vecinos, mi general. Quédesela... ¿quiere que registre a la familia en la libreta del Estado de México?

—No es necesario, María Máxima. Con la invitación es suficiente.

—Bueno, hasta mañana.

Donaciano regresó a su oficina. Las piernas le temblaban. El Iztaccíhuatl y el Popocatepetl dominaban el panorama del ventanal, pero Donaciano había visto tantas veces esos volcanes y los volvería a ver otras tantas que entre él y los volcanes se había establecido una relación cotidiana de indiferencia mutua. Además, en estos momentos solo tenía dos palabras en la cabeza: Malena Nolasco, Malena Nolasco, Malena Nolasco. ¿Y si fuera nieta de la niña Malena? ¿Y si su abuela se había muerto hace años, y ya no tenía ningún sentido la búsqueda? Olvidó el puro. Maldito consejo con el Oficial Mayor. Le hubiera gustado salir hacia Izcalli Ecatepec inmediatamente.

Descolgó el teléfono. Marcó un número y pidió una escolta. Armada hasta los chingados dientes, ordenó. Que esté lista a las cinco en punto de la tarde. Después pidió que lo comunicaran con la secretaria del Oficial Mayor y le explicó que tenía una cita médica que lo obligaría a abandonar la reunión a las cinco.

No supo qué hizo en las horas que sucedieron. Comida en el comedor. Acto de presencia en el consejo. La cara de nalga del Oficial Mayor. El mismo secretario, el imbécil de Hermenegildo, se apareció durante cinco minutos. Motivar a las tropas. Pendejos que nunca han combatido. Nada importante. Nada que se compare con la posibilidad de encontrar a la nieta (¿o la bisnieta?) de la niña Malena.

Pensó en Perfecto Urbina. Le envidiaba la muerte. Como envidiaba también a toda esa otra bola de militares revolucionarios de cuya muerte ya nadie se acordaba. Hace mucho que él no intentaba morir-se. ¿Por qué pensaba otra vez en morir-se? Si la niña Malena está muerta, ya nada tendrá sentido. Me voy a suicidar encarnizadamente, hasta que la pinche africana esa se acuerde de lo que me debe: mi fin.

Ascendió entonces por su pecho una apremiante necesidad de armas, disparos, balas, encerrarse en un cuarto blindado y practicar una masacre individual atiborrándose, atragantándose, indigestándose de balas hasta que Bigbanga se despierte y lo venga a reconectar con la finitud: una muerte apacible.

Pero quizás esté viva. Y si la niña Malena está viva, la eternidad valdrá la pena.

Donaciano corrió a llamar el elevador, mismo que tardó una eternidad en llegar a la planta baja. En el estacionamiento lo esperaba una camioneta verde olivo y seis militares bien armados, que se cuadraron y saludaron marciales a su paso. Uno de ellos abrió la portezuela. El general entró apresurado y la prisa le dio con el marco superior de la puerta en la cabeza.

—Sóbese —pensó para sí mismo y le entregó al chofer una invitación infantil color rosa, que este observó desconcertado. Ahí está la dirección, tenemos que llegar lo antes posible.

El tráfico vespertino avivaba su impaciencia. El general se escondió de los retrovisores en el ángulo exacto en donde nadie lo miraba y se metió el dedo en la nariz. Dos embotelladas horas después, la camioneta ingresaba en Retorno Cerezos, fraccionamiento Izcalli Ecatepec.

—Yo creo que es ahí donde los globos.

El soldado chofer estaciona la camioneta. Los militares bajan con el armamento en alto, como contagiados por la impaciencia de su jefe, quien les ordena comportarse con más discreción. La puerta de la fiesta está abierta de par en par, pero el bullicio no parece exactamente el de una fiesta. Algo no está bien aquí. El general da una fumada al puro y escupe el humo hacia el hemisferio derecho, como para disimu-

lar su desconcierto. En vez del tradicional bullicio infantil, se escuchan lloriqueos, chillidos humanos, rezos. Por inverosímil que parezca, nadie reparó en los militares altamente armados ni en las tres estrellas de general de división de Donaciano. Se nos apagó la abuela en vez de la vela. ¿Qué chingados hace un féretro en mitad de una fiesta de cumpleaños?

Donaciano camina despacio hacia el féretro. Su caminar pierde fuerza. Flaquea. Tropieza. La mira. Un militar de la escolta interviene para detenerlo por las axilas. No se me desmaye, mi general. Pero no, no se desmaya. La observa. Sabe que es ella. Se sabe sus facciones de memoria: el tiempo transcurrido es lo de menos. No ve su vejez recién muerta: la ve a ella. Nítida. Presente. La niña Malena: háblame niña, contéstame, responde a mis lloriqueos, pláticame de aquellos hombres que incendiaron un país por encontrarla, cuénteme las batallas entre magueyes y huizachales, cánteme los corridos que improvisaban con sus cañones los artilleros, y ese rumor de campanas doblando la muerte de los derrotados. Usted no está muerta, no se puede morir, se lo prohíbo en nombre de los que por usted nos revolucionamos.

Se lo prohíbo yo, que tantos kilómetros le he entregado. Yo, que por usted recorrí las sendas más desiguales. Yo, que dormí cada día bajo una distinta estrella. Yo, que reventé de cansancio a los caballos tras su rastro. Yo, que maté a mansalva y fui muerto tantas veces. Yo, que tantas veces fui a

huevo resucitado. Ándele, levántese y dígame por qué la velan entre globos y serpentinas. ¿Están acaso celebrando que ya se le acabaron a usted los días? Déjeme confesar que le tengo un poco de envidia. Por eso no la voy a dejar morir. Usted se viene conmigo, me va a acompañar en esta eternidad en la que vivo. Ya sabrá la ciencia cómo despertarla, hoy las ciencias avanzan que es una barbaridad, y yo tengo todo el tiempo futuro para esperarla. ¿Dónde se metió después de Parral, dígame usted? Tanto que la buscamos, tantos muertos, tanta fusilería, tanta hacienda incendiada. No me va a contestar, ya lo sé, ya anda otra vez de intransigente. Yo la espero.

¿Sabe que algún día soñé con envejecer a su lado? Mire qué diferente me veo, mire qué viejo estoy. Usted tiene suerte, usted ya logró detener la vejez y en tanto yo no averigüe la forma de traerla de regreso, usted así se va a quedar, detenida en su paz de muñequita de cera.

Pero yo no, yo ya no soy carne, yo soy puro hojal-dre, vejez que sigue envejeciendo sin acertar a morir-se, arrugas nuevas que se gestan dentro de las viejas, temblorinas que hacen de mí una sola tembladera y se me caen los labios y los dientes carcomen mis palabras y las dejan mutiladas, incomprensibles, desdesorejadas. Qué ciegos estaban los que dejaron de buscarla. Se pacificaron. No me creyeron cuando les conté que en Parral, la víspera del asesinato de mi general Villa, por fin la tuve a usted entre mis

brazos. No creyeron que juntamos otra vez nuestra saliva como aquella tarde en el establo, no creyeron que yo volví a poner mis manos sobre sus pechos y le volví a despertar a usted sus pezones tiernos. Nadie creyó que ahí en Parral, en 1923, la revolución triunfó por una noche, cuando usted y yo nos refocilamos. Pero al día siguiente usted huyó, y ese mismo mero día asesinaron al general Villa y todo se fue a la mierda: yo ya no la volví a ver nomás durante todo un pinche siglo, y la revolución mexicana se quedó esperándola a usted, Malenita, porque la revolución mexicana estaba enamorada de usted, Malenita, de usted, que nunca le hizo caso. La revolución soñaba con parirla a usted, Malenita, pero nosotros, los revolucionarios, la hacíamos abortar a punta de traiciones y balazos. Abortamos a Carranza en Tlaxcalantongo, a Zapata en Chinameca, a Obregón en La Bombilla, a mi general Villa en Parral, después de aquel burdel en el que por fin usted y yo dormimos abrazados. Y ahora me la vengo a encontrar muerta en una fiesta de cumpleaños. Supongo que aquí se acaba la revolución. Nomás nos faltó el payaso. O el mago. A lo mejor en una de esas yo vengo siendo el mago, fíjese usted, soy el mago anciano y tembloroso que viene a resucitarla. Este es mi acto de prestidigitación: usted se esconde, se pierde en el siglo, se arrastra entre los lustros para que yo no la encuentre. Entonces yo llego y la resucito. No niña, usted no ha muerto, solo ha desaparecido por un tiempo,

como siempre, como tantas otras veces, pero ahora es diferente, esta vez tengo su cuerpo, ahora no la voy a dejar ir, la voy a enterrar y me voy a enterrar con usted y voy a esperar que las ciencias aventajen, a ver qué logran primero, que usted resucite o que yo me muera. Por lo pronto vámonos, que hoy traje a mis muchachos bien empistolados para robármela como me la debí robar cuando éramos chamacos, usted una princesa, yo un indio desorejado. Vámonos Malena, hoy me voy a emborrachar de balas para celebrar nuestro reencuentro. Hace tanto que no me muero que ya se me está antojando. A lo mejor a balazos logro despertar a esa muerte olvidadiza que ya me pasó de largo.

Entre cuatro judiciales levantan el ataúd. Otros cuatro encañonan a los deudos, aún estupefactos. Donaciano saca la chequera, firma un cheque y lo deja en la mesa de centro.

—Espero que este cheque cubra el monto de los daños morales, así como el precio del cuerpo. Les ruego me disculpen, pero es un asunto de Estado.

Ni fiesta ni funeral. Apenas el perímetro de un hueco demarcado por cirios. Reina del santísimo rosario, ruega por ella. Malenita Marzio Nolasco, siete años recién cumplidos, se pone el abrigo. Puerta portal, ruega por ella. Y se echa, previsoramente como es, un rollo de papel antidiarrea en el bolsillo. Reina de los profetas, ruega por ella. ¿A dónde vas, Malenita? Reina del santísimo rosario, ruega por ella. Al parque a donde me llevaba a jugar siempre

mi abuelita: ahí ha de estar escondida. Reina inmortal, ruega por ella.

<emb/>

—¿Comandante? Le llamo de recepción. Tengo aquí a una menor que quiere entrar al estudio. Dice que tiene algo importante que decirle al Tío Gamboín.

—Dígale que no esté chingando.

—Ya se lo dije mi comandante pero la niña no se va y a mí me da pena usar la violencia.

—Salga y busque a los papás y dígales que no estén chingando.

—Ya los busqué mi comandante pero no encontré a nadie, la menor llegó sola.

—¡Qué la chingada!

—Además viene en piyama y para colmo le acaba de dar una diarrea líquida espantosa, mi comandante. Cada que entra al baño me llama señor policía señor policía y me pide que la limpie y a mí me da como pena mi comandante.

—Me lleva la chingada. Voy para allá. —El comandante fue para allá.

—¿Cómo te llamas?

—Malenita Marzio Nolasco para servirle.

—¿Y dónde están tus papás?

—En mi casa.

—¿Y tú qué haces aquí?

—Tengo que decirle una cosa al Tío Gamboín.

—El Tío Gamboín está ocupado en su programa. No te puede atender.

-Me espero a los comerciales.

-Los comerciales son muy cortos y al Tío Gamboín no le da tiempo de venir a hablar contigo y regresar al estudio. Ya está viejito.

-Me espero a que termine su programa -me lleva la chingada, pensó el comandante.

-¿Sería tan amable de permitirme usar su baño, señor?

-Pásale, pues -el comandante la dejó pasar. -¿Ora qué hacemos?

-No sé mi comandante.

-Señor policía señor policía ¿me limpia?

-Le toca mi comandante.

-Ni madres, usted ya tiene experiencia. Además, yo soy el comandante. -Me lleva la chingada, pensó el sargento pero no lo dijo porque no estaba autorizado a usar palabras altisonantes delante de sus superiores.

-Gracias señor policía.

-Se nos va a deshidratar mi comandante. Con esta ya van tres veces que la menor defeca. ¿Qué hacer?

-A ver niña, voy a preguntarle al Tío Gamboín si puede hablar contigo.

-Espérame tantito. -Se va ir a hacer pendejo, pensó el sargento pero no lo dijo.

-Dice el tío que me digas qué se te ofrece.

Malenita les contó lo que se le ofrecía.

-¡Ay cabrón! Pérame, deja le marco al flor mánayer.

<emb/>

—¿Higareda? Pásame al flor mánayer.

—Está ocupado con el programa del Tío.

—Es una emergencia. Pásamelo.

—Espérame.

—¿Sí?

—Habla el comandante González, de seguridad. Tengo aquí en recepción a una niña que acaba de cumplir siete años y quiere ver al Tío Gamboín porque se le murió su abuelita y la anda buscando.

—¿Qué?

—Que tengo aquí en recepción a una niña que acaba de cumplir siete años y quiere ver al Tío Gamboín porque se le murió su abuelita y la anda buscando.

—No le entiendo, oficial.

—Mire licenciado, lo que sucede es que yo tampoco entiendo nada pero aquí mi sargento Gallardo me anotó lo que tengo que decir en un papelito, así que mejor se lo comunico.

—Buenas tardes licenciado. Aquí el sargento Gallardo.

—Sargento. ¿Me puede explicar qué pasa?

—Sí licenciado. Sucede que aproximadamente a las 9 pm de la noche del día de hoy se presentó una menor en nuestras instalaciones solicitando un permiso para acceder a nuestros estudios y hablar con el Tío Gamboín. Este elemento le explicó que eso no era posible, pero ante la insistencia de la menor este elemento se vio obligado a salir a buscar a sus padres o tutores para explicarles la situación, perca-

tándose este elemento de que no había tales. A preguntas expresas del comandante González la menor proporcionó los siguientes datos: a) Hoy celebra su séptimo aniversario. b) Durante su fiesta de cumpleaños falleció (o algo así) su abuelita. c) En lo que presumiblemente era un velorio, la abuela (o su cadáver) se dio a la fuga. Cabe aclarar que la menor, presumiblemente afectada de sus facultades, afirmó que la abuela, que en paz descanse, apagó ciertas velas (presumiblemente cirios) y pidió un deseo (presumiblemente revivir) y después huyó del lugar de los hechos. d) La menor solicita la colaboración del Tío Gamboín y su vasto auditorio para la localización de su abuelita (o de sus restos).

—¡Ay cabrón! Espéreme sargento, déjeme preguntarle al Tío.

El sargento esperó.

—¿Sargento? El Tío pregunta que de quién era el cumpleaños, si de la abuela o de la niña.

—De la menor licenciado.

—De_la_me_nor. Permítame. No vaya a colgar.

El sargento no colgó.

—O sea que la abuelita se murió en plena fiesta de_la_nie_ta.

—Presumiblemente licenciado.

—En_ple_na_fies_ta. No cuelgue, vuelvo enseguida.

El licenciado volvió enseguida.

—¿Sargento?

—Sí licenciado.

-Dice el Tío que no estemos chingando, que la llevemos a Canal 5 al servicio de la comunidad y que pobre de aquel que diga una palabra sobre el asunto de la abuela, que nada más se trata de localizar el manicomio de donde se escapó la niña. ¿Entendido?

-Sí Licenciado.

-Bueno.

-Licenciado, una última pregunta.

-¿Sí?

-¿No tendrá usted algún medicamento para la diarrea infantil?

<emb/>

<i>Canal 5 al servicio de la comunidad pide su colaboración para la localización de los siguientes niños perdidos:

+Gerardo Alemán Palomares. Nueve años. Perdió a su mamá el quince de septiembre en el Zócalo capitalino. Dice ser originario del estado de Guerrero. No proporcionó más datos.

+Daniel González Cuca. Ocho años. Perdió a sus papás en la Basílica de Guadalupe. Dice ser originario del estado de Veracruz. No proporcionó más datos.

+Malenita Marzio Nolasco. Siete años. Presumiblemente afectada de sus facultades mentales. Dice ser originaria del Distrito Federal. Perdió a su abuelita en su fiesta de cumpleaños. No proporcionó más datos.

+Manuel Silva Silva. Catorce años. No sabe de dónde es originario. Perdió a su mamá en la peluquería. No proporcionó más datos.

Se agradecerá cualquier informe a los teléfonos 787.46.15, 787.64.15 o en los estudios de canal 5. Por su atención gracias.</i>

<emb/>

Una hilera de capuchas blancas arrastra los pasos entre las quebradas de la sierra. Silba el viento. Las oraciones se interrumpen. Circula un rumor:

-La madre Dolores no puede más.

-La madre Dolores ya no puede.

-La madre Dolores ya no.

La madre Dolores se sienta sobre una piedra. El rumor alcanza la vanguardia.

La procesión se detiene.

-Descansemos un poco, pero solo un poco porque cae la noche.

El anciano busca a tientas la boca de la alforja, hunde el brazo y bucea entre las texturas hasta sentir el cuero de la bota.

-Pasad este vino. Es para la madre Dolores.

-Vino para la madre Dolores.

-Vino para la madre Dolores.

-Vino para la madre Dolores.

La madre Dolores bebe con avidez. Una parvada de alondras se desprende de la piedra y huye en trinos al otro lado de la ladera. La bota regresa de mano en mano.

<emb/>

—¿Pero sí son religiosas, mi teniente?

—Andas falto de astucia, Perfecto. Son carrancistas.

—¿Cómo lo sabe?

—Mírale las barbas a ese que se hace pasar por cura. Los sacerdotes peinan barbas más cortas, a la usanza de Cristo. Esas barbas tan precipitadas no pueden ser de nadie más que de un carrancista.

—¿Y si son carrancistas por qué andan así, tan desarmados?

—Esconden las armas bajo los hábitos. Hay que andarse con tiento.

—Vayamos echándoles bala desde aquí, que estamos a cubierto.

—Sosiega esas armas, Perfecto, no ande la niña entre ellos y vayas a hacerle daño.

—Déjeme nomás tirarle al rucio. Así averiguamos qué tan bien armados vienen.

El sargento no esperó respuesta. El disparo persistió en el aire y se fue haciendo lejos. Un brinco de vino brotó de los aparejos. El burro cayó al suelo de un rebuzne.

—Hijas, arrodillaos, que vienen los gavilleros. Rezad La Magnífica.

La hilera se deshizo. Las monjas se echaron al suelo. En menos que el aire el teniente Flores y el sargento Urbina les dieron alcance.

—Tened piedad de un anciano sacerdote y las hermanas de la Concepción.

Piedad.

—¿Qué andan haciendo por estos caminos tan despoblados?

—Los carrancistas nos echaron del convento y saquearon la parroquia.

—Vamos a refugiarnos con las Carmelitas. No cargamos nada de valor con nosotros.

Perfecto abrió los aparejos del rucio de un machetazo. Una cascada de queso y carne seca cayó al suelo.

—¿Y en ese costal de manta, qué trae?

—El cáliz y el pie de la custodia, nuestras únicas posesiones.

—¿No estará entre ustedes una tal Malena Azcárraga?

—Las hermanas de esta orden han renunciado a su nombre de pila al tomar los hábitos. No puedo saberlo. —Donaciano ordenó que formaran una hilera y se deshicieran del tocado. Envalentonada por el vino, la madre Dolores protestó.

—¡No les hagan caso, vienen a deshonrarnos!

—Obedeced hijas. Es lo mejor para todas —ordenó el cura.

La sierra quedó en silencio. El viento dejó de silbar. Las alondras se tragaron sus trinos. Los ojos de las monjas transcurrieron por las dos siluetas, desorejada la una, ensombrecida por el mal del pinto la otra.

El teniente Flores se paseaba frente a ellas. Sin romper el silencio sacó de la fila a las más viejas, que prorrumpieron en gemidos y pidieron el santo viático.

-No es el momento hijas mías -se rehusó el cura.
Donaciano les ordenó que se acostaran bocabajo.
Los lloriqueos tomaron fuerza.

-¡Sargento, calle a esas madres!

-¡O se callan o las paso por las armas a todas!

Los sollozos se ahogaron bocabajo. El ritual se repitió varias veces. Silencio.

Paseo. Escrutinio. Dos o tres fuera de la fila. Las excluidas eran puestas bocabajo. Diligente, Perfecto las acomodaba conforme bostezaba. Las manchas del mal del pinto se estiraban en la capa exterior de su bostezo. El cura se puso a rezar en voz alta La Magnífica.

-Que se calle el viejo.

El sargento lo calló a golpes de culata. Envalentonada por el vino, la madre Dolores insultaba a los revolucionarios con vocablos impensables en una religiosa. Solo cinco monjas quedaban de pie en la fila.

-¿Alguna de ustedes se llama o se llamó Malena Azcárraga?

Las monjas bajaron la mirada.

-Quiero saber si alguna de ustedes se llama Malena Azcárraga.

Nada.

-Me van a dispensar lo que les va a ocurrir, pero nos afligen horas de la guerra. Se van a quitar los hábitos y me van a mostrar las chiches.

-Con confianza madre, no le va a pasar nada, estamos entre cristianos ¿o no? -sin contener su en-

tusiasmo, el sargento Urbina les mostró las vírgenes que tapizaban su sombrero. Volvieron los lloriqueos de las que permanecían bocabajo. Las cinco monjas elegidas cayeron de rodillas.

—Mátenos primero y deshónrenos ya muertas.

La madre Dolores amenazaba a los revolucionarios con el fuego eterno.

—Pero si condenados ya estábamos desde endenantes, madre —dijo Perfecto y la levantó del suelo. Entre forcejeos se la llevó a los matorrales. Donaciano agarró al padre por las barbas y le puso el cañón de la pistola en la boca.

—O me enseñan las chiches o me quiebro al viejo.

—Hijas, obedeced.

Ahora las que estaban de pie también lloraban. Entre las que yacían bocabajo hubo algunas que no lograron contener la curiosidad y levantaron la cabeza para ver qué pasaba. Diez senos colgaban a la intemperie. Donaciano puso las manos sobre las primeras, cerró los ojos y dejó pasar por su cerebro un catálogo relámpago:

Par uno: Aquí no estás porque estas mamas guardan leche agria, fermentada por el tiempo y el encierro. Tu leche no, tu leche es dulce de flor o de colmena.

Par dos: Aquí tampoco estás porque esta leche es gorda como la que trepa por los tallos; viene de unas mamas tristes. Tú no, las tuyas se yerguen como elotes tiernos.

Par tres: En esta leche no te escucho, aquí no viven tus pasos peninsulares porque esta leche es piloncillo, sierra morena, cráter de obsidiana. Por ellas no corren las causas de tu sangre.

Par cuatro: En estas mamas habita una leche bronca, como la que salpicó nuestros amores en el establo. Tu leche no, la tuya es fina, delgada, huidiza, se escapa entre el tiempo y las cañadas.

Par cinco: Aquí no estás porque esta leche ha sido consagrada a Cristo, es leche santa, leche milagrosa, condensada de plegarias. La tuya no, tu leche es egoísta y malcriada, ha sido demasiado tiempo consentida, tu leche es un espejo con un solo reflejo: tú.

Una nube de polvo se levantó por el desfiladero. Un tropel de caballos llegó entre gritos y sombreros. Se escuchó una orden. La nube de polvo se detuvo.

El general Villa desmonta y observa a su alrededor.

—¿Usted me puede explicar qué es esto?

—Sí mi general. Detuve a estas religiosas porque se me figuró que entre ellas podría estar la niña.

—¿Cuál niña?

—¡A qué mi general! Ya anda otra vez de ocurrencia. ¿Cómo que cuál niña? ¡Pues la niña que andamos buscando! Esa misma por la que nos revolucionamos.

—¿Por qué no estaba usted con los demás, asaltando el tren?

—¿Cuál tren?

—Mire muchachito, le voy a enseñar lo que le pasa a los que se valen de la revolución para encuerar monjas.

Villa disparó seis veces. Donaciano cayó, bala-ceado, al suelo.

—Y ustedes, ya tápanse, que me están alebrestando a la tropa.

—Dios lo bendiga a usted y a su descendencia mi general.

Los villistas desaparecieron. Las religiosas recompusieron la figura, formaron de nuevo una hilera y se alejaron. Nadie notó la ausencia de la madre Dolores.

—Ya se fueron todos. Ya te dejaron. Ora vas a tener que ser mi soldadera.

Entre los matorrales, bocabajo, con los hábitos a la altura de las nalgas y el peso del sargento Urbina sobre las espaldas, la madre Dolores no respondió.

—Te digo que ya te dejaron. Párate y vámonos.

Silenciosa, la madre Dolores se desangraba por el costado. Una bala perdida, quizás una bala del revólver de Francisco Villa, le había atravesado las costillas.

Perfecto se guardó la verga en los pantalones, se sacudió el polvo, se santiguó y desapareció en la misma dirección que los villistas, abandonando a su suerte a:

<h1 align="center">

EL NEGRO QUE VIOLABA MONJAS

</h1>

Nombre: Mamadou.

Apellido: Laye Gaye.

Edad: 23 años.

Nacionalidad: sudanesa.

Complexión: bien mamada.

Tez: oscura y compungida.

Boca: gorda.

Señas particulares: dos trayectorias de bala en la cavidad craneana, tres en la cavidad torácica, una en el iliaco.

Observaciones: El finado portaba uniforme villista. El cuerpo fue encontrado a unos cuantos metros del cadáver de una religiosa que presentaba huellas evidentes de violencia sexual. Los datos personales fueron extraídos de un listón azulgrana que el finado portaba en la muñeca.

<emb/>

—ya sé que parezco lugar común, pero la neta es que no volví a entender nada, y no creo que sea porque voy manejando: llega un general y le reclama a Donaciano porque no está atacando el tren, ¿verdad?

—“un general” es Pancho Villa, ¿no importa?

—bueno, sí, pero luego hay una madre religiosa que violan horriblemente... ¿cómo se llama?

—Dolores

—esa... la pobre... ¿por qué no se defiende?

—porque ya está muerta cuando la están violando

—qué horror... ¿y de dónde sale el negro ese que está bien mamado? No sé entiende cuántas heridas de bala tiene... ya me hice bolas... ¿por qué metes negros en la revolución mexicana?

-cada que matan a Donaciano aparece un negro muerto... es como si le cediera su vida (o su muerte)... y al día siguiente, Donaciano revive (con una cruda horrible)

-matar personas de origen afroamericano cada que se muere tu personaje me parece racista

-le he dado muchas vueltas a la cuestión: seguramente quien escribió la novela hace 23 años era racista, clasista, machista

-racista, clasista y machista: puro sinónimo de egresado del Tec de Monterrey, ¿que no?

-ya vas a empezar... sí, soy egresado de ingeniería en sistemas computacionales del Tec de Monterrey, institución de educación superior privada que pertenece al mismo consorcio que distribuye la CocaCola en México... ahora bien, en la UNAM, donde tú estudias-te, también tienen su buena dotación de racis_clasistas (date una vuelta por la Facultad de Derecho, para que te des una idea)

-yo soy bióloga egresada de la Facultad de Ciencias

-dejemos esas disputas de lado: lo que importa aquí es el fondo: ¿es racista el uso de la palabra *negro* (y la representación de lo afroamericano) en esta novela?

-¿cómo no va a ser racista? Si cada que tu protagonista blanco muere matas a un negro para que aquel siga con vida, no es necesario ser un genio para percibirlo: #BlackLivesMatter

-o más bien #BlackLivesDontMatter: aquí las vidas de los personajes de origen africano no importan, son invisibles, como en el mundo según Trump

-tú estás haciendo esclavismo literario: matas negros con tal de que tu multibillonario blanco no muera

-Donaciano Flores no califica como blanco: ¡es un indio desorejado! (o al menos así lo ven los Azcárraga)

-y luego está la tal... ¿cómo se llama tu diosa africana?

-Bigbanga

-¿ella es cómplice de tu esclavismo literario, no? Es ella quien traiciona a su pueblo y sella el pacto de inmortalidad con Donaciano

-tampoco había pensado en eso

-¿en qué piensan, pues, los autores cuando escriben?

-ay mijita: los autores están sobrevaluados

-¿pero en qué estabas pensando cuando se te ocurrió la idea de que se murieran negros? ¿Por qué la figura del negro?

-¡no pensaba en nada! Me acababa de graduar en ingeniería en sistemas computacionales del Tec de Monterrey, trabajaba en bancos: seguramente era yo un racista sin consciencia

-¿y ya se te quitó?

-¡por supuesto!: por eso me preocupa la cuestión

-y eso de Bigbanga es brujería africana, ¿verdad?

-Bigbanga es una hechicera... ¿no tendrás por ahí entre tu léxico de bióloga algún término científico sinónimo de hechizo?

-nosotras en ciencias no manejamos ese concepto
-en la versión original de hace 23 años, durante la batalla Celaya (en donde Obregón le inflige la derrota definitiva a Francisco Villa), Donaciano se encuentra un ritual africano: ahí es donde Bigbanga le extirpa *<i>esa parte del prepucio que une al hombre con el tiempo</i>*

-no manches, ¿así lo escribiste?

-literal, pero luego me dio escrúpulo feminista eso del prepucio y lo cambié porque las mujeres no tienen prepucio

-¿me puedes hacer el favor de ir a buscar *<i>prepucio clitoral</i>* en Wikipedia?

-no tengo señal, ¿te cai que existe?

-Dios mío: escritores: ¡hagan la bibliografía antes de ponerse a escribir a lo menso!

se vuelve a sonrojar

-sígueme leyendo, pues, que me está dando sueño

-¿quieres que tome el volante un rato?

-¡no! Hay que acabar de leerla antes de llegar a Querétaro: ¿o qué, vamos a extender el suplicio durante las vacaciones?

-jaja

-¿con qué nos vas a deleitar a continuación?

-¿te acuerdas de que, en los años setenta, Donaciano se roba el féretro de la abuela de Malenita, es decir, la niña Malena de la revolución

-sí... y que Malenita se sale a buscarla y acaba en el programa del Tío Gamboín... jeje

-¿por qué te ríes?

-¡por el Tío Gamboín!

-¿te da risa?

-me da risa que es perfectamente inverosímil que una niña de siete años viaje sola desde Izcalli Ecatepec hasta los estudios de Televisa en dos horas. Pero eso no importa... ¿luego qué sigue?

-pues Donaciano se roba el cuerpo de la niña Malena

-abuela de Malenita1970, la que se fue a hacer un doctorado a Edimburgo

-exacto

-por cierto, ¿estudió su doctorado en la universidad de Edimburgo?

-Roslin Institute

-¿en el laboratorio de Ian Wilmut?

-así es

-¿y luego?

-pues tras robarse el cuerpo de su amada de la fiesta de cumpleaños de la nieta de su amada una tarde de noviembre de 1977, Donaciano se lleva el cadáver a su casona del Pedregal de San Ángel

-¿ya es multibillonario ahí?

-aún no: es rico como podría ser rico un general priista a mediados de la década de los 70, pero aún no es tan increíble, estúpida y neoliberalmente rico como lo será cuando sea líder sindical y posterior dueño de Télmex en los 90.

-lo deberías de cambiar de colonia: que se vaya a vivir a Santa Fe

–creo que Santa Fe no existía en los noventa, ¿o sí?
–no me acuerdo
–bueno, pues resulta que se lleva el cadáver de Malenita a su casa, y ahí se pone a llorar frente a ella y le receta un largo monólogo
–¿cómo le puedes *recetar* a alguien un monólogo
–en voz alta, quiero decir
–entonces es un diálogo
–no, porque el interlocutor está muerto
–buen punto
–y durante ese monólogo en voz alta, Donaciano le cuenta sus años con Pancho Villa y recuerda cuando se encontraron brevemente, solo por una noche, en 1923, la víspera del asesinato de Pancho Villa (y de que ella se casara con Nabor Nolasco)
–Nabor Nolasco es el psicópata al que le gusta contar las balas, ¿verdad?
–en efecto
–y papá de... ¿de quién es papá Nabor Nolasco?
–ya se me olvidó... déjame busco en la genealogía que te dibujé hace rato... aquí está..
–autores que olvidan la genealogía de sus personajes presenta:
–¡Mercedes Nolasco! Que se casa con el doctor Marzio (que también va a aparecer a continuación, masturbándose... ¿estás lista?)
–no creo

—... y Mercedes Nolasco y el doctor Marzio son los papás de Malenita1970, la bióloga que se va a Edimburgo

—oye... ¿y tu Malenita estudió biología en la Facultad de Ciencias de la UNAM?

—no lo digo en ningún lado, pero cuando lo escribí me inspiraba en mi primera novia para confeccionar el personaje, y ella había estudiado en el Instituto de Investigación Biomédica de la UNAM

—de lo que una se viene a enterar aquí

—el detalle es que mientras Donaciano está frente al cadáver de su amada, monologándole sus años con Pancho Villa y recordando el primer y único encuentro que tuvieron juntos en Parral en 1923, la noche anterior al asesinato de Pancho Villa...

—¿se besaron? ¿se cogieron?

—¡ah, no te voy a dar spoilers!: eso lo vas a descubrir leyendo: lo importante aquí es que, mientras monologa y llora la tristeza de haber encontrado al fin a Malenita1907 (ya muerta), Donaciano se va a intentar suicidar varias veces, y en cada una de ellas aparecerá un negro muerto en la Ciudad de México.

—sospecho que el porcentaje en volumen de racismo en tu novela va a andar por los cielos

—sospechas bien

—que Bigbanga te perdone

<emb/>

Tres camionetas negras pasan a raudales por las glorietas. Sin placas, sin cuidado, encubiertas por el

anonimato de sus cristales polarizados que las vuelven inmunes a la luz roja de los semáforos. Rápidas, calladas, sin tocar el claxon.

La nariz del residente Patraca brota de sus facciones con la determinación de un acento agudo. Su nariz, ese vegetal tan noble, le va a salvar la vida, pues mientras los demás sentidos se distraen, los ojos negros y velludos de su nariz han desenredado una hebra de podredumbre de la madeja de aromas que flotan en la tarde. Huele a muerto, piensa Patraca, y ese simple balbuceo basta para propagar la voz de alarma. De un salto evita el embate atropellado de las camionetas para caer sin gracia entre los rosales.

—¡Ay cabrón! —alcanza a exclamar. A lo lejos, las camionetas se pasan el siguiente alto con indiferencia.

Reforma cobra vida. La tarde se afloja la corbata y se retira a casa a descansar. Los cines encienden sus carteleras, los tragafuegos mojan la antorcha y apuestan la luz de su garganta, los reflejos que guardan el Ángel de la Independencia se despeazan y la noche es una más entre el tumulto que camina por las aceras. Reforma resucita como si acabara de salvar la vida. Patraca se sacude los pétalos de su bata médica y en brazos del optimismo se deja llevar hasta la siguiente esquina. Reforma está contenta porque estoy vivo.

El optimismo le duró tres calles. En Río Nazas dio vuelta a la derecha cubierto de gratitud exis-

tencial. Por Niza iba cantando "gracias a la vida / que me ha dado saltos", pero al cruzar Durango pasó frente a esos deliciosos pasteles de queso que no se podía comprar por culpa de su miserable sueldo. En Doctor Liceaga se cruzó con una pareja de enamorados, y a mí qué mujer me va a hacer caso, estudiando de día, trabajando de noche, feo, pobre y sin dinero, para finalmente cruzar Niños Héroes y llegar a su lugar de trabajo: la morgue. Al llegar abrió la puerta con el gesto amargo de quien hubiera preferido entrar sin pulso, frío y con los pies por delante, en vez de caminar sin ganas hasta el escritorio, abrir un cajón y buscar con urgencia una varita de incienso porque no soporto este olor a muerto.

<emb/>

—¿Te imaginas si los de la prensa se enteraran?

—El anciano líder del sindicato de telefonistas de México se enamora del cadáver de su prometida.

—Pareja de ancianos se casan instantes antes de su deceso. Estamos felices, nos vamos de luna de miel al Purgatorio.

—Por medio de la presente queremos hacerlos partícipes de la unión matrimonial de nuestros hijos, Donanciano Generales Flores, de 853 Años y Doñanciana Pasita de los Achaques (tres meses menor) que se llevará a cabo en la Iglesia del Último Suspiro, colonia Los Mortales. Después de la ceremonia religiosa y la extremaunción de la feliz pareja, agra-

deceremos su presencia en el Panteón Dolores, colonia La Senectud, para la recepción luctuosa.

—¿Tú venderías a tu abuela?

—No la vendieron. La familia no sabía nada, la estaban velando. El cheque les cayó del cielo.

—Pero por un cheque de ese tamaño, ¿venderías a tu abuela?

—Puede que sí.

—¿Y si vamos a ver don Dona y se lo proponemos?

—El viejo no compra abuelas vivas.

—Eso lo podemos arreglar.

—¿Y si mejor le vendemos a tu puta madre?

—¡Qué soez eres!

<emb/>

Patraca viste de blanco, un poco porque así se visten los estudiantes de medicina, otro poco para no confundirse con el negro de las fundas que envuelven los cadáveres. Patraca desconfía de las fundas: se tragan a los muertos en el color negro igualitario del anonimato: facciones, expresiones, proporciones: todo se vuelve funda negra, bolsa de plástico, desecho aséptico. ¿Dónde dejó Marzio el abrelatas? El atún huele mucho mejor que los muertos. El atún también está muerto pero a diferencia de los muertos el atún no lo parece. El atún huele bien. Por procesos mecánicos y químicos las comercializadoras destilan la muerte de lo muerto y el atún se transforma en un bien psicológicamente inofensivo. Nadie comería atún si el atún oliera a muerto, o lo empaque-

taran en fundas negras. Pasteurizar la muerte, una industria que extraiga la muerte de los muertos para que luzcan higiénicos cual conservas y podamos usarlos como elementos decorativos. Si nos enlataran al morir: enlatados en vez de enlutados, latas ataúd, mi abuelita nadando en aceite en mitad de la sala en lugar de la pecera. O una lata con una etiqueta: Aquí yace doña Azucena.

Terminó de cenar. El suave olor a atún se disolvió como una ensoñación, y el omnipresente olor a muerto se hizo otra vez del aire. ¿Dónde dejó Marzio el incienso? Yo traje unos palitos la semana pasada. ¿Dónde los puso? Busca por aquí, busca por allá, los palitos no aparecen pero al fondo de un cajón, cuidadosamente enterrado bajo un desorden de papeles, aparece un paquete con seis viejos ejemplares del Gordas y Picosas. Pinche Marzio, qué escondido se lo tenía. Un escalofrío le cosquillea en la espalda al abrir el número de sexo polar.

La voluptuosa señorita Ceniceros nos abre sus encantos en un iglú. La deleitabilísima señorita Ceniceros lamenta su soledad en el rincón más olvidado del planeta. La ardientísima señorita Ceniceros busca alguien que apague sus ardores polares. ¿Es que ya no hay hombres en el Polo Norte? El residente Patraca se mete al baño con impaciencia. La inquietante señorita Ceniceros se frota un pescado entre las piernas. El residente Patraca se recarga en el lavabo y se abre la bragueta. ¡Miren quién ha llega-

do! Oh, capitán Scott; es usted tan grande. ¡Oh, sí, señor capitán! Con golosía, la señorita Ceniceros besa el crustáceo del capitán Scott. El gran crustáceo del capitán Scott se revela león marino. ¡Oh, señor capitán, que grande es usted! La señorita Ceniceros abre las piernas para el capitán Scott. El residente Patraca cierra los ojos y aprieta la pelvis contra el lavabo. La impredecible señorita Ceniceros abandona el Polo Norte y al capitán Scott para entrar desnuda en la morgue de la calle Doctor del Río. La insaciable señorita Ceniceros envuelve con sus encantos al residente. ¡Oh, señor residente, qué grande es usted! Una sirena se escucha, una sirena no de mar sino de ambulancia, la puta Cruz Verde que llega a la morgue precisamente ahora. El telón de la bragueta se cierra sobre su erección, la vaporosa señorita Ceniceros regresa al Polo y, caminando como los pingüinos, el residente Patraca se sienta frente a la máquina de escribir, carga una ficha en el rodillo y registra al primer muerto de la noche:

<h1 align="center">

EL NEGRO QUE TOCABA EL TROMBÓN

</h1>

—¿Y a este qué le pasó?

—Una congestión alcohólica, doctor.

—¿Dónde lo recogiste?

—En Delicias y Luis Moya.

—¿Trae papeles?

—Nada más esto. No sé si sirva.

Nombre: Bienvenido

Apellido: Vieyra

Nacionalidad: cubana

Complexión: flaca y alta

Tez: cruda

Boca: floreada

Edad: Setenta y algo

—¿Qué le pongo como ocupación?

—Trombonero.

—¿Cómo sabes?

—Traía un trombón.

—¿Dónde quedó?

—Se lo chingaron los policías. Le robaron el trombón, las monedas del día y dos traguitos de ron que le quedaban en la botella. Hasta los dientes le revisaron para ver si traía metales de valor en el hocico.

Ocupación: trombonero

Señas particulares: ninguna

Observaciones: ninguna

—¿Y ese listón azulgrana, doctor?

—Se me acabó la cinta adhesiva. Es de Marzio. Creo que lo compró para envolverle un regalo a su hija.

—¿La loca?

—¿Cuál loca?

—Sí, la que salió con el Tío Gamboín, en Canal 5 al servicio de la comunidad.

—¿Cuándo?

—Hace rato, cuando salía para acá.

El resplandor del fuego pinta gestos amarillos sobre los rostros. Adormilados, los revolucionarios se han quitado los sombreros. La fogata crepita al son de la guitarra. El que canta enseña huecos donde debería haber dientes y al cantar escupe ráfagas de una saliva musical que cae vertiginosa como caen las revoluciones en los libros de historia. Donaciano duerme. Envuelto en su sarape, recostada la cabeza en el regazo de Perfecto Urbina duerme Donaciano miserablemente y el fulgor de la fogata sobre su semblante no disimula su palidez enferma. A veces, entre canción y canción, Perfecto sujeta su rostro y lo encamina hacia un charco de vómito frente al que Donaciano escupe el gemir profundo de sus intestinos.

Los límites del charco no se ensanchan: no hay más que vomitar salvo quejidos.

Pancho Villa aparece de repente, en plena noche, poco antes de la cena. La tropa se alborota, el que canta le sonríe una sonrisa hecha de dientes y agujeros, alguien le extiende un taco pero el Centauro, al ver el charco y el regazo y al vomitante, pierde súbitamente el hambre y miente: Muchas gracias, ya he cenado; ¿qué le pasa a ese soldado? Está crudo. Bien merecido lo tiene, por andarse emborrachando. No está crudo de alcoholes, mi general, anda crudo de balas, usted lo mató hace tres días y aún no se repone. ¿Cómo que yo lo maté? Sí mi general, el día del asalto al tren, cuando las monjas. Pancho Villa

se rascó la cabeza y sus ojos rodaron pensativos hacia el fuego, como atraídos por ese horizonte sinuoso que esconden las fogatas en sus adentros. El cantor clamó ¡que viva Villa! y Villa contestó sin querer ¡que viva! y al pronunciar esas tres sílabas tan cortas, tan suyas, tan admirativas pensó en lo corta que es la vida y en lo bueno que sería que en verdad viviera Villa, sí, que viviera para siempre o al menos que contara con algún dorado inmortal como ese que vomita enfrente para echarlo carne de por medio entre Villa y las futuras balas que serán disparadas con la mejor intención de matar a Villa. Y mientras esto pensaba, Perfecto lo miraba a través de la fogata, que con sus lenguas chismosas traducía en chisporroteos los anhelos que el Centauro ponía al fuego para que el sargento pudiera leerlos o escucharlos o sentirlos y los lamparones del mal del pinto refulgieran ávidos en su piel. ¿Por qué no le da un balazo a mi teniente? Va a ver cómo mañana revive. ¿Cómo? Que por qué no le da un balazo a mi teniente para que vea cómo revive y así cuando lo traicionen o lo quieran afusilar nomás lo pone en medio, él se traga las balas, a él la muerte no lo mata. Villa abrió los ojos grandes como deseos pero una desconfianza animal le recorrió el brazo derecho que huyó receloso a posar la mano sobre la pistola. Sin saber muy bien por qué, le apuntó al sargento Urbina. A mí se me afiguraba que andaba usted más fresco de las mientes, mi general,

con esta misma pistola con que me apunta ha matado a mi teniente ya dos veces y helo aquí, vivito y vomitando. Villa bajó el revólver y entrecerró los ojos haciendo memoria. En el cielo, las estrellas golpeteaban como notas de trombón. En la tierra, el General en Jefe de la División del Norte aceptaba el reto de Perfecto, matando por tercera vez al protagonista de esta novela. Luego llamó a un dorado y le dio instrucciones para permanecer cerca del cadáver toda la noche. Ah, y arrésteme a ese sargento.

—¿Pero por qué a mí, mi general, si yo no he hecho nada?

—Si mañana a las seis de la mañana su teniente aún no se ha resucitado, lo paso por las armas a usted también.

—¿Y qué me va a dar si se levanta?

—Le voy a perdonar la vida. ¿No le basta?

—Prométame que si mi teniente regresa me va a dejar viajar una noche en el vagón de sus soldaderas.

—Pancho Villa no tiene soldaderas.

—Pero si yo lo he visto refocilándose con ellas.

—Llévenselo.

—¡No se vaya, mi general, espere! Bueno, está bien, le dejo en paz a sus soldaderas, pero aunque sea déjeme viajar en el vagón de las gallinas. ¡Mi general, no se vaya, espere! ¿Qué le cuesta, mi general?

Francisco Villa soñó esa noche que estaba en su celda de la cárcel de Tlatelolco tejiendo un sombrero. Sus dedos eran gordos y torpes, más hechos

al plomo de las armas que a la palma de los sombreros. El espíritu de Francisco I. Madero llegó arrastrando una silla, se detuvo frente a la celda y preguntó:

—¿Aquí es el atardecer Francisco?

—No, hasta esta celda no llegan los atardeceres.

—¿Entonces para qué estás tejiéndote un sombrero?

—Para tapar el sol cuando me escape.

—¿Te vas a escapar?

—Sí, muy pronto, y lo único que me voy a llevar va a ser este sombrero.

—¿Para qué te escapas Francisco?

—Para vengarlo a usted, don Panchito, para que lo respeten estos jijos de la tiznada y le devuelvan la presidencia.

—Pero si tú me mataste Francisco, por eso estás en la cárcel. Tú me traicionaste, ya estoy muerto, soy sólo un espíritu que jala su silla de atardecer en atardecer, tal es mi ocupación. Los espíritus somos adictos al ocaso.

—No don Panchito, yo no lo traicioné, fue el hijo de la tiznada de Victoriano.

—Pero ya te he perdonado.

—Escúcheme don Panchito, yo no lo traicioné, se lo juro. Salga a la calle, pregúntele a la gente. El que lo traicionó fue Victoriano.

—Ya no hay nada qué escuchar. Que pases buena noche Francisco. Y ya no mates, ni traiciones. Tampoco te mueras. Es muy aburrido de este lado.

—Pero don Panchito, si yo daría la vida por usted.

—No la des Francisco, no vale la pena. No te escapes. No pelees. No te mueras. Sigue haciendo tus sombreros.

—Es que don Panchito, yo no lo traicioné, le juro que fue Victoriano y ahora que salga de la cárcel voy a hacer un ejército muy grande para castigarlo, créame don Panchito —Villa lloraba, la paja con la que tejía el sombrero se humedecía.

Madero se aleja por el pasillo, Villa le grita que él no necesita el perdón de nadie porque a nadie ha traicionado, pero el pasillo responde apenas con el eco gutural de unas patas de madera.

—¡Don Panchito, ya no arrastre esa silla, yo y mis dorados le vamos a devolver la suya, la que tiene un águila dorada en la cabecera, don Panchito, no se muera, no se vaya!

Cuando despertó eran las cinco y media de la mañana. Las sábanas estaban mojadas. El Centauro del Norte se había hecho pipí en la cama.

—¿Quién me cambió al muerto, quién?

—No sé, mi general.

—¿Pero no les ordené que no se movieran de aquí en toda la noche?

—No lo sé mi general, en verdad no lo sé, apenas hace un momentito que estaba tal y como lo dejaron, ya hasta empezaba a podrirse, por eso nos arrimamos poquito hacia allá —una hilera de dorados desvelados temblaban frente la rabia epileptoide del Centauro.

-Trillito, traiga acá eso y léalo otra vez.

Su secretario particular tomó al negro por la muñeca, se acercó el listón al monóculo y con voz quebradiza leyó los pormenores del

<h1 align="center">

NEGRO QUE MURIÓ PARA VER SI ERA CIERTO

</h1>

Nombre: Evariste.

Apellido: Sesese Seko.

Edad: 23 años.

Nacionalidad: congoleesa.

Complexión: ósea.

Tez: incrédula.

Pelo: aceitoso.

Boca: abotagada.

Nariz: mucosa.

Señas particulares: tres trayectorias en diversos lados.

Observaciones: ninguna.

<emb/>

DORADOS: Con ese nombre se conoce a los miembros que formaron la guardia personal de dórime la píldora Panchito General Francisco Villa, este cuerpo se integró a mediados de 1913 durante la lucha en Chihuahua contra las fuerzas militares adictas al gobierno de Victoriano Huerta: los Dorados, además de funcionar como guardia personal, actuaron como ayudantes del Centauro del Norte durante sus campañas militares: Villa, general sol dorado con corona

dorada y hasta cierto punto asombrerada envuelto en un tejido solar de soldados que lo guardan y lo aguardan y lo resguardan: la selección de sus miembros fue realizada directamente por Villa entre los hombres más leales y los mejores jinetes y tiradores que formaban parte de la División del Norte: Villa los elegía a la hora del ocaso, la hora en que la luz del sol tranquiliza las cosas y los contornos incandescentes y un halo se apropia de los perímetros y por momentos las cosas son solo auras y de los poros les brotan fuegos pálidos que no queman: este grupo, que llegó a contar con más de 400 hombres, se organizó inicialmente como un escuadrón compuesto por tres secciones, cada una de las cuales contaba con 32 hombres bajo el comando de un capitán primero y un capitán segundo: la noche espera unos pasos adelante del ocaso, la noche es la espalda de la luz, la parte de atrás de lo dorado, la noche está formada por tres secciones bajo el comando de una constelación primera y una constelación segunda y cada sección cuenta con otras tantas constelaciones y su función es guardar las espaldas del sol, protegerlo con estrellas: el origen del nombre no se conoce con precisión: algunos lo atribuyen al reflejo que producían las cartucheras ceñidas sobre sus uniformes y otros al derroche de monedas de oro que los oficiales villistas hacían después de sus victorias, o a que desde el antiguo Egipto el dorado se asocia simbólicamente con la inmortalidad:

Dios, el sol y los arcángeles, dorado, dorando, dorándome, Pancho Villa está dorándome y acaso también adorándome en esta tarde polvorienta o en un instante de esta tarde en que el ocaso ampara cada partícula de polvo suspendida al calor del aire y ropas nuevas arropan la carne de mis huesos: mi nuevo uniforme dorado:

Yo, Francisco Villa, Comandante en Jefe de la División del Norte, te acepto a ti, Donaciano Flores, como Capitán de Dorados y prometo cubrirme contigo en las buenas y en las malas, usarte como escudo, echarte de por medio entre mi pecho y el máuser enemigo, y no separarme de ti. Así sea.

El sol esperó a que las insignias de Capitán de Dorados cayeran sobre los hombros de Donaciano para huir entre dos montes soñolientos y darle así la espalda a esta parte de la tierra: el polvo perdió su brillo, los contornos se apagaron, las cosas volvieron a ser las cosas y sus formas se disiparon en lentitud y noche: frente a frente, Villa y Donaciano se miraban y detrás de sus miradas fermentaba la esperanza: no me va a reconocer la Malenita cuando me vea así, con el talante engalanado, sombrero de ala ancha, cartuchera de oro, botas altas, cuánto falta, mi general, para ganar la revolución, cuánto nos falta, cuánto para que usted me mire de frente a los ojos como ahora y señalándola me diga: ahí tienes Donaciano, tómala, es tuya, por fin encontramos a Malenita: la revolución ha terminado.

Yo la abrazaré y la besaré y la haré feliz con una hacienda que en azulejos de Talavera diga por todo lo alto: Hacienda Las Malenitas y nos tumbaremos en la hierba y yo le explicaré pacientemente los colores que esconde el fuego.

¿De dónde viene el estornudo, cómo nace, cómo es que esa erupción líquida surge y sucede así, intempestivamente? Villa estornudó de frente a Donaciano, sin taparse la boca, sin defenderse de eso que desfigura las facciones, secuestra la sonrisa y cosquillea después por todo el cuerpo como si el cuerpo todo hubiera sido estornudado. En los libros de Historia ningún prócer estornuda, pero Francisco Villa sí estornudaba, y lo hacía de la siguiente manera:

<h1 align="center">

Análisis gramatical de un estornudo de Pancho Villa

</h1>

<u>Sujeto</u>: Pancho Villa.

<u>Verbo</u>: estornudar (cimbrarse, sacudirse, convulsionarse, mojar, escupir, temblar, humedecer, pulverizar, soplar, expulsar, exhalar, ojicerrar, bocagitar, narizcrispar, fazdesfigurar).

<u>Circunstancial de modo</u>: abiertamente, intensamente, desinhibidamente, apuradamente, repetidamente, urgentemente, ininterrumpidamente, desenfadadamente.

<u>Modificador del sustantivo</u>: húmedo, airoso, pluvial, gripal, resfriado, alérgico, fuerte, razo, colocado.

<u>Complementos de objeto directo</u>: (estornudó) el aire, (estornudó) el alma, (estornudó) la noche, (estornudó) muchas gotitas de baba, (estornudó) las esperanzas.

<u>Circunstancial de lugar</u>: frente a Donaciano, desde algún lugar de la sierra chihuahuense.

<u>Circunstancial de tiempo</u>: en 1916, un martes, a las siete y media de la tarde.

<u>Datos de interés</u>: propulsó aproximadamente 100 000 bacterias al aire a una velocidad media de 320 km/h.

<h1 align="center">

Reconstrucción del estornudo

</h1>

1. <u>Lo que el estornudante pensaba antes de estornudar</u>: muy grandes trastornos me va a provocar este dorado si algún día se vuelve en contra mía, y yo sin poder amedrentarlo con mis amenazas, mejor será enyerbarlo con la historias de esa tal niña Malena y así asegurarme la suavidad de sus sentimientos y tener su voluntad a buen recaudo, cuantimás que ya lo he pasado por las armas varias veces, según se dice con mi propia mano. Verdaderamente no alcanzo a columbrar la naturaleza de esa resistencia suya a la metralla. Si tan solo gozara yo de esa fortuna no habría Obregón que se interpusiese en el triunfo de mis armas.

2. <u>Lo que el estornudante hubiera dicho si no hubiera estornudado</u>: Ahora le he de enumerar sus obligaciones como nuevo capitán de Dorados:

+ No despegarse de mí, a menos que yo así se lo indique.

+ No dar opiniones, a menos que yo así se lo solicite.

+ No contar a nadie lo que de mi boca escuche, ni las acciones mías de las que sea testigo.

+ Probar mis alimentos antes de que yo los pruebe.

+ Cubrirme con su cuerpo cada que oiga balazos.

3. <u>Lo que el estornudante sintió después de haber estornudado</u>: ahhh.

4. <u>Lo que el estornudante temió al ver que después del primer estornudo siguió un segundo y un tercero</u>: una gripa, alguna enfermedad, alguna alergia... ¿alergia?

5. <u>Lo que sucederá después del estornudo</u>: la noche seguirá su curso, se encenderán las fogatas y los corridos, se tocará a rancho y la tropa comerá contenta, Villa por fin dejará de estornudar, la luna no asomará su rostro desde el cielo porque el sol o el calendario no la favorecen con sus brillos, un judío llegará al campamento con una carreta cargada de campanas y un pregón, miren por ejemplo esta de badajo grave que al agitarla resuena: obregoooooong, gooong, goooooong, o esta otra más viejita, de badajo ronco que al agitarla carraspea: ra carrá carranza ranza ranza ranza ra carrá carranza ranza ranza ranza y miren esta pequeñita, aguda, recubierta de oro y que al tocarla queda resonando viiiiiiiii llaviiiiiiiiii llaviiiiiiiiii ¿oiga señor, no

vende tambores? No, los tambores no los trabajo, pero qué tal esta otra fundida con el mismo hierro del arma que mató a Madero, sientan su tersura, oigan su tilín tocando a muerto. Las soldaderas se amontonan en torno al carretón, anímense preciosas, las arenga el judío, me pueden pagar con lo que quieran: bilimbiques Carranza, bilimbiques Villa, oro, plata, lo que sea, incluso prendas de valor que tengan. ¿Puedo probar esta? pregunta una soldadera. ¡Cómo no, princesa! La soldadera la agita y desde su falda rústica de barro la campana suena hueca: zapá tatá tatá zapá tatá tatá zapá cuando a lo lejos surge un estornudo insistente que se acerca, crece, se vuelve silueta, bigotes, cartuchera, botas altas y sombrero, es el general Villa con la nariz roja y muchos mocos que se limpia con el dorso de la mano entre estornudo y estornudo, y los ojos lacrimosos de lágrimas que se evaporan abrasadas por la ira irracional de su mirada.

—Soy... soy... ¡aaaaaaaaaatchú!

—Jesús —respondió el judío educadamente.

—Soy alérgico, soy alérgico, ¡me lleva la tiznada! —sollozaba Villa y en menos que el aire desfundaba y descargaba su arma sobre lo primero que le pasó enfrente, es decir las campanas, es decir el judío y el reventar de las balas en las campanas cimbraba la carreta y contagiaba la noche de tintineos. El judío cayó al suelo y en sus párpados cerrados vio al fin el Templo de Salomón y un sinfín

de estrellas que se desprendían del cielo en mil gotas de metal y melodía y le traían al cuerpo un bienestar desconocido al tiempo que se lo llenaban de agujeros.

—Sepúltenlo —ordenó Villa, y se limpió los mocos con el dorso de la mano.

Más tarde, cuando el rocío y el sueño le hubieran ya enfriado las reflexiones, el Centauro pensaría que mejor alérgico que muerto, y le pediría a sus soldaderas que le bordaran pañuelos blancos para los mocos.

Mira que es mala suerte tenerle alergia a los inmortales.

<emb/>

Patraca esperó que la ambulancia del Chocorrol se alejara para echar mano de su revista y pensar de nuevo en el lavabo y la señorita Ceniceros, pero sonó el teléfono y con él la voz del residente Marzio, muy agobiado con una historia confusa de cheques, abuelas muertas y niños perdidos que Patraca ignoraba a través de la periódica repetición de un monólogo afirmativo cada dos o tres frases, esperando expresar así su impaciencia, pero Marzio contaba y contaba muy nervioso, así que Patraca decidió arrellanarse en la silla, meterse la mano izquierda en mitad del pantalón y con la derecha ojear la revista mientras sostenía el teléfono con el hombro y la conversación con el monosílabo. Así lo encontró el Chocorrol con el siguiente muerto de la noche, mien-

tras Marzio insistía del otro lado del auricular: ¿Me podrías cubrir mañana? Tengo que ver si eso del cheque es cierto, te prometo que si esta cantidad de ceros es de a de veras mañana mismo mandamos a la porra este pinche trabajo y nos asociamos, ponemos una clínica o algo así, ándale flaco; no seas cabrón, ¿cuántas veces no te he cubierto yo cuando despiertas bien chaqueto?

—Déjese ahí, doctor.

—Ya llegó el Chocorrol con un bulto, te tengo que dejar. ¡Sí, chinga, sí te cubro mañana! Adiós.

—Si está ocupado regreso al rato, doctor.

—No, no estoy ocupado. Estaba hablando con Marzio.

—¿Cómo está la loquita?

—No está loca. Nada más está nerviosa.

—¿Pues qué le hicieron?

—No entendí bien. Mañana le preguntas a Marzio.

¿Y a este qué le pasó?

—Lo atropellaron.

—¿Otro negro?

—Este es el segundo.

—¿Por qué se están muriendo tantos negros? Esto comienza a oler a atentado racista.

—¿Trae papeles?

—No.

—¿Entonces cómo lo intitulo?

—Pues así nomás, EL NEGRO SIN TÍTULO.

—No chingues Chocorrol. Todos los negros llevan título.

—Pues entonces póngale EL NEGRO BEISBOLISTA, porque traía una gorra.

—¿Y dónde quedó?

—En la ambulancia. La voy a lavar y se la voy a regalar a mi primo. Él le va a los Diablos Rojos.

—Mejor lo voy a registrar como EL NEGRO CUBANO porque tiene tipo de cubano.

—No creo. Más bien de veracruzano.

—Pues voy:

```
<h1 align="center">  
EL NEGRO VERACRUZANO  
</h1>
```

Nombre: Sin.

Apellido: Título.

Edad: aproximadamente 63 años.

Nacionalidad: desconocida veracruzana.

Complexión: indistinta.

Pelo: entrecano.

Boca: triste.

Nariz: vigorosa.

Señas particulares: Manos grandes, de beisbolista.

Observaciones: ninguna.

```
<emb/>
```

—¿qué onda con ese tal Patraca, eh?

—es un residente que trabaja en la morgue junto con el doctor Marzio, papá de Malenita1970

—se masturba con una revista porno

—todo eso son restos de la versión de 1995, en donde Nacha Ceniceros era una súper actriz porno de

la que se enamoraba Donaciano y la contrataba como secretaria suya, pero toda esa parte la cambié, para darle más juego a la trama de la suegra malévola, por eso ahora la secretaria de Donaciano es María Máxima, y Nacha Ceniceros queda ahí medio volando

-¿cómo se te ocurren esos nombres?: Nabor Nolasco, Nacha Ceniceros

-no se me ocurren: se los huiquifiqué a Nellie Campobello

-la otra cosa que no me queda clara es la transformación de un militar en líder sindical

-superpuse apresuradamente dos versiones del personaje; mejor explícame embriología: este capítulo se intitula Gastrulación, y no he hablado en absoluto de ella

-¿cómo se intitula tu capítulo anterior?

-Implantación

-la implantación ocurre más o menos seis o siete días después de la fecundación, sin embargo los embriones que tengan la misma edad de fecundación no necesariamente se desarrollarán con la misma rapidez. ¿Recuerdas que ocho días después de la fecundación, ya tenemos un blastocisto parcialmente sumergido en el endometrio? Para entonces el trofoblasto ya se diferenció en dos capas...

-ya se me olvidó qué es el trofoblasto... es más, creo que ni siquiera me lo has explicado...

-¡sí te lo expliqué!: el blastocisto está conformado por una masa externa de células que forma su

pared epitelial, a las que denominamos trofoblasto, y que envuelve el embrioblasto, o masa celular interna

–ya me acordé

–una vez implantado en el endometrio (que es la membrana mucosa que tapiza la cavidad uterina), el trofoblasto se va a diferenciar a su vez en una capa interna de gran actividad proliferativa, llamada citotrofoblasto, y una capa externa que erosiona los tejidos maternos, denominada sincitiotrofoblasto

–¿me lo puedes repetir?

–sin/ci/tio/tro/fo/blas/to

–¡qué bonito!

–no es bonito: es preciso. En el día nueve aparecen lagunas en el sincitiotrofoblasto: la sangre materna entra en la red de lagunas y al final de la segunda semana comienza una primitiva circulación uteroplacentaria

–desde un punto de vista informático, el embrión se conecta con la madre

–entretanto, el embrioblasto (o masa celular interna) que antes era una esfera, se convierte en un disco bilaminar: la lámina de arriba se denomina epiblasto y la de abajo hipoblasto: la gastrulación es el proceso mediante el cual este embrión bilaminar se convierte en un embrión trilaminar

–véase figura 4.6

–¿cómo?

–que estás hablando como un libro de texto y solo te falta referirte a las figuras

—perdón por ser profesora de embriología: estoy impartiendo la clase de gastrulación para un solo alumno (que no es muy bueno, por cierto: se le olvidan los conceptos); a partir de este punto el epiblasto se va a empezar a invaginar

—¿invaginar cómo se escribe?

—con ve chica

—¿y la etimología tiene qué ver con la vagina?

—en latín, <i>vagina</i> significa vaina: invaginar es doblar hacia dentro los bordes de una vaina

—se parece a <i>imaginar</i>: la imaginación dobla hacia adentro los bordes de la <i>vaina</i>: los colombianos usan la vaina para referirse a esa cosa cuyo nombre no logras recordar: la imaginación dobla hacia adentro los bordes de las cosas que no logras recordar

—está bonita tu poesía pero yo estoy haciendo ciencia: la invaginación es un movimiento morfogenético: si yo te hago esto (* *) estoy invaginando tu piel, entonces está así la capa de células y haz de cuenta que cada uno de mis dedos tiene un montón de celulitas aquí y entonces se meten las primeras y entonces las de arriba van a empujar a las de abajo y van a empujar y van a empujar y se van a meter de tal suerte que se van a soltar y las que se van metiendo de esta manera se van a ir soltando y luego se van a acomodar en medio de las dos capas así y van a formar el mesodermo: eso es la gastrulación

-está rico tu pellizco_ejemplo sobre mi brazo, pero no sueltes el volante

-una vez invaginadas las células, algunas de ellas desplazan el hipoblasto y crean el endodermo embrionario; otras se meten entre el epiblasto y el endodermo para formar el mesodermo, y las células que quedaron en el epiblasto constituyen el ectodermo

-entonces el endodermo está abajo, el mesodermo en medio y el ectodermo arriba

-así es, y cuando se forman las tres capas ya tienes un embrión trilaminar: una vez que se da la gastrulación, ya se empiezan a establecer los ejes del embrión: tenemos la parte dorsal, que es la espalda; la parte ventral, que va a ser la parte donde está el endodermo, y la parte interna y vamos a tener derecha e izquierda, entonces se establecen los ejes, y ahí se va a formar la notocorda, que es una diferenciación temprana del mesodermo

-¿la gastrulación ocurre entonces durante la tercera semana, verdad?

-exacto: en la tercera semana de desarrollo se forma el disco generativo trilaminar

-y cada una de estas capas diferenciadas dará lugar a cierto tipo de órganos, ¿verdad?

-del endodermo (o capa exterior) va a surgir todo lo que nos mantiene en contacto con el mundo exterior: el sistema nervioso central, las orejas, la nariz, los ojos, la piel, las uñas, las glándulas sudoríparas, el esmalte de los dientes

-¿el esmalte de los dientes nos conecta con el mundo exterior?

-de algún modo, aunque te burles de la ciencia

-¡no me estoy burlando!, es que está muy complicado

-¿no que a ti te gusta lo complicado?

-pfff: me gustaba lo complicado, hace 23 años, porque pensaba que ser complicado (rayano en lo incomprendible) era sinónimo de ser interesante y altamente intelectual, pero ya no soy aquel. Mejor explícame qué órganos se producen a partir de cada capa germinal

-la capa germinal mesodérmica producirá el tejido muscular, cartílago, huesos: los tejidos de sostén del cuerpo

-la capa exterior nos conecta, la capa intermedia nos sostiene...

-no solo nos sostiene: el mesodermo también da origen al sistema vascular (corazón, arterias, venas) y al sistema urogenital (riñones, gónadas, conductos)

-¿y el endodermo?

-de ahí saldrá el aparato respiratorio, el tubo gástrico, el hígado, el páncreas... eso ya se llama organogénesis

-que es el título de mi siguiente capítulo

-¿y en tu novela, qué va a pasar?

-se va a morir Pancho Villa

-pues sígueme leyendo... ¿ya viste qué bonito se ve por allá el atardecer?

La casa del Pedregal de San Ángel ha surgido como una barda infinita con unas cuantas copas de árbol sobre la malla ciclónica. Los judiciales han sacado a la muerta de la camioneta. La han cargado en hombros por un camino rodeado de jacarandas. Han dado vuelta a la izquierda. Han entrado a la sala. Han hecho a un lado la mesa de centro y la han dejado ahí: haciendo centro. Luego se han ido sin decir adiós, los ojos arrastrando por el suelo. Donaciano ha acercado una silla, ha encendido un puro, se ha sentado echando el vientre hacia adelante y ha mirado el techo: sea usted bienvenida, niña Malena, sea usted al fin junto a mí bienvenida, ha querido decir pero no lo ha dicho por que otros pensamientos casi sin querer lo han recorrido, luego se ha llevado la pistola a la sien derecha, ha metido el cañón en el hoyo ciego de la oreja para hurgar en la memoria y las palabras que como escalofríos lo han recorrido, y ha tomado aire y ha ensanchado el pecho y ha pronunciado con esa voz ajada por los años, las balas y las gravedades, y lo ha pronunciado lentamente, como queriendo romper la tensión superficial del participio: Malenita, está linda la mar, y el viento lleva esencia sutil de azahar; yo siento en el alma una alondra cantar: tu acento, Malenita, te voy a contar un cuento. ¡Muy bien Donaciano, lo ha hecho usted muy bien! ¿Lo he leído bien? Sí Donaciano, por primera vez lo ha leído de corrido, felicidades, ya ha aprendido a leer, ¿lo he aprendido

maestro, yo? Sí, usted. ¿Y qué he de hacer con las armas, ahora que he aprendido el alfabeto? Yo a yo arma yo amo yo alfabeto yo be yo ce yo sé todas las letras porque las he aprendido y sé también que estoy en Canutillo yo dé yo de Malena pero ella de quién sabe quién ahora cuándo ahora cómo ahora yo efe yo ge yo hache sí yo hache de cosa himportante yo historia yo hacienda yo hambre yo heroísmo yo he yo hube yo hubiera siempre en participio porque el participio como la revolución ya ha concluido: la revolución: esa puta que he perdido por no ganar la guerra o por perder la paz esta paz de Canutillo paz sin ella sin hache sin himportancia porque mi hache alta ha sido es y será siempre ella mi Malena y sin Malena la paz no ha sido yo i yo jota yo ka de kosa mal eskrita yo ele yo eme de heme aquí en alfabeto pero yo todavía no eme porque yo aún no heme en mayúscula de brazos de Malena ni mía ni de mí ni mutua más bien ene de inalcanzable yo eñe y quizá yo o de omisión o de oreja pero yo no pe porque la pe pertenece a Pinche Villa que ha capitulado ha firmado la paz y se ha rendido y heme aquí pudriéndome en Canutillo pe de pinche puta prisión de paz ¿dónde ella Pinche Villa dónde ella y por qué la paz sin ella? pe de promesa inclumplida o pe mía de pendejo que no ha entendido por qué a esto le han llamado paz si aún no la he poseído Donaciano se ha usted distraído ha leído Malenita en vez de Margarita: no se distraiga: siga con lo que sigue: Este

era un rey que tenía un palacio de diamantes, una tienda hecha de día y un rebaño de elefantes, un kiosco de malaquita, un gran manto de tisú, y una gentil princesita, tan bonita, Malenita, tan bonita como tú Pinche tú Pancho tú puto tú cobarde tú rendido tú fantasma que al desierto de esta hacienda me has traído y tantos que han muerto de sed y tantos que han muerto de ti y tú traicionero has capitulado con el enemigo y el 28 de julio de 1920 en Sabinas Coahuila habrás de firmar la rendición con el general Eugenio Martínez y te habrás de comprometer a dejar las armas y a retirarte a una hacienda en el estado de Durango llamada Canutillo y habrás de premiar a tus hombres con un año de haberes y habrás de declarar a la prensa como si en verdad estuvieras orgulloso: pueden ustedes decir que ya acabó la guerra y ahora andamos unidos las gentes honradas y los bandidos: así has de llegar a Canutillo y has de encontrar la hacienda en ruinas y las labores abandonadas y el campo cubierto de cizaña revolucionaria de esa que crece cuando dejas la tierra en libertad: tierra en libertad igual a cizaña: ecuación simple y llanamente antideológica: en unos cuantos meses has de transformar el lugar en una próspera colonia agrícola y has de recorrer orgulloso los barbechos y has de componer tú mismo los tractores y hazme reír al verte agotado de regreso a casa haciéndote leer por el maestro (Donaciano no se distraiga) el Tesoro de la Juventud perdida de tus

noches en que la guerra y las balas y los fusilados te visitan y has de servirte café y has de caminar desesperado de un extremo a otro del insomnio que te ha de carcomer en una sumatoria de celos hacia tus cien esposas y has de buscar el Tesoro y en el tomo 20 has de encontrar la letra dé de Dar es Sa-laam, Dargomijiski, Darién, Darío: rey de Persia derrotado por Alejandro Magno y también Darío: poeta nicaragüense: tomo 12 página 224, dos puntos, a despecho del paganismo nada más que ornamental él vivió siempre en el sentimiento cristiano de la vida y no solo fue un poeta lírico excepcional sino también un poeta épico de singular categoría y has de guardarlo de nuevo incomprendiendo y te has de someter a los reproches de los viejos errores de táctica y estrategia que cada noche te solicitan y así malhumorado arrepentido y remordido has de beber un poco de anís con unas gotas de ira y otras de desarraigo y las sábanas te han de asediar y tu memoria arrepentida ha de ir al establo y ha de sacar su pañuelo y ha de estornudar alérgica porque se ha de encontrar ahí al Capitán de Dorados: el desorejado el encargado de los establos el responsable de la producción lechera de Canutillo el loco el hijo de la sinrazón el imbécil que no ha comprendido el fin de una revolución sin su dichosa Malena el engañado al que le has dicho entre alergia y estornudo: ya mi capitán no se impaciente pronto nos la han de entregar porque así ha quedado estipulado en la

rendición y también porque nos temen y saben que si no nos la entregaran nos habríamos de levantar de nuevo y habríamos de revolucionar al país hasta que ella sea suya y en sus ojos has de encender una llama doblemente esperanzada y te has de reprochar tanta mentira para con alguien bruto e inocente que además te ha salvado varias veces la vida, Donaciano siga: Una tarde la princesa vio una estrella aparecer; la princesa era traviesa y la quiso ir a coger; la quería para hacerse decorar un prendedor, con un vaso y una perla y una pluma y una flor. Si Perfecto Urbina nunca le hubiera sugerido a Villa lo de la inmortalidad de Donaciano o si por un ataque de alergia no lo hubiera llevado tan justo a su lado o si la trayectoria de la bala hubiese descrito una parábola más justa Donaciano Flores (yo tú él nosotros) jamás le habría salvado la vida y lo que la bala habría encontrado hubiera sido lo que de verdad buscaba: el corazón de Francisco Villa. Ha sido poco después de la invasión a Columbus. Lo han recluido en la sierra. Lo han arrinconado. Lo han perseguido por partida doble la ira de Pershing y la de los carrancistas. Lo han tomado por sorpresa. Le han tendido mil y un emboscadas: en la mil dos ha caído. Ha caído en una red de balas bilingües, de plata las gringas, de fierro las mexicanas. Lo han casi matado. Lo han casi acabado. Pero la bala que lo iba a matar se ha arrepentido o se ha equivocado o es que a pesar de la alergia Villa se ha puesto a cu-

bierto detrás de Donaciano y ha sido en él en quien la bala ha recaído y Villa así escondido así a buen recaudo así calladito a la sombra de su inmortalidad y de su gloria se ha salido con la suya es decir con la vida y ha sacado apenas una herida en la rodilla y un negro muerto más al que no vale la pena enumerar y dos meses de convalecencia en el ombligo de la sierra es decir en una caverna equidistante-mente remota de los gringos y los carrancistas: Las princesas primorosas se parecen mucho a ti, cortan lirios cortan rosas, cortan astros, son así: Cuando Pancho se hubo envuelto en insomnio y desenvuelto en sábanas y revuelto en arrepentimientos sus pensamientos han ido a parar en él: el coronel Miguel Trillo: secretario particular de Pancho Villa: Miguel Trillo: mala rima en Canutillo él un hombrecillo un triple grillo o un diminutillo que Villa ha insomniado y soñado y también pesadillado él Trillito su trisecretarillo tigrillo con un monoculillo malrrimando la parte final del insomnio: Pancho Pesadilla ha pesadillado pesarillosamente sus harapentimientos y los ha pasado y repasado y mucho se ha arrepenrillo de los errores tácticos y estratégicos: Señor ¡cómo pudimos! si tan solo hubiéramos cubierto la caballería con la artillería o si por lo menos les hubiéramos cortado su línea de abastecimiento y si no hubiera asesinado a tal y si no hubiera fusilado a cuál ¡Señor! tanto muerto despachado por capricho a la difuntería ¿cuántos? he per-

dido ya la cuenta y de pronto ha llorado Pancho sí que ha llorado con ese llanto fácil de los arrepentidos y ha buscado la mano de su madre para una bendición postrera pero la mano vieja desde el más allá se la ha negado y Pancho se ha arrodillado bajo la crucifixión de un crucifijo y en lacrimosas culpas así ha rezado: Señor tú que has redimido los pecados de los hombres tú que tanto has perdonado ¡tantos que hemos sido! tú que para perdonar has cometido un solo y único pecado santísimamente triplicado: pecado de Dios Padre por habernos entregado a su hijo para que lo matáramos: pecado de Dios Hijo por encarnarse en sí mismo y así secretamente suicidarse: pecado de Dios Espíritu Santo por su bendita indiferencia de paloma entre un padre asesino y un hijo suicida: por eso Señor te ruego que permitas que este siervo tuyo Pancho Pesadilla redima con un acto de infinito arrepentimiento a todos esos Panchos Pecadores que él ha sido: Pancho Haviolado Pancho Hamatado Pancho Hamentido Pancho Haterrorizado Pancho Harrobado Pancho Hafusilado Pancho Haven-dido y has de perdonarlo Señor si para arrepentirse se vale de una mentira pero es que un simple súbdito de barro hecho a imagen y semejanza tuya ha de redimir tal y como tú nos redimiste: con cierta dosis de mentira porque ¿verdad Señor que el amor predicabas fue un error? ¿Verdad que con nosotros te has equivocado y al equivocarte nos has mentido? ¿O acaso no has visto cómo le hemos dado la espalda al amor

y olvidados del perdón y rotos otra vez del paraíso nos hemos revolucionado nos hemos traicionado nos hemos violado y dejado violar por la violencia y hemos hecho todas esas cosas horribles que tú ya conoces? Por eso Señor he de salvar el último bastión de amor que entre tus siervos ha sobrevivido: el de un dorado desorejado al que la inocencia aún no ha abandonado protegida a capa y espada por la ceguera de esa sinrazón que tú le has dado: prometo Señor enviar para Parral mañana mismo a mi secretario Trillo que ha de ir al mejor burdel y ha de pagarle en oro a la mejor prostituta del pueblo y del estado y del mundo para comprar no solo su cuerpo sino también su pasado y ella habrá de enterrar su nombre para ser llamada Malena y habrá de olvidar sus facciones para memorizar los rasgos de Malena y habrá de afinar sus cuerdas consonantes y ajustar sus labios vocales para lograr que sus palabras floten sobre la voz misma y el exacto diámetro de un beso de Malena y habrá de incinerar su pasado para ahí sembrar padres borrachos cocineras estoicas cebollas sordomudas y una que otra oreja ciega y cuando se hayan reunido ella lo habrá de abrazar convicentemente conmovida porque el peligro ya ha pasado al fin mi amor al fin te he encontrado y Donaciano ha de vestir de gala con su mejor uniforme dorado y ha de dar lustre a su locura para recibir el fin de la revolución a tambor batiente dentro de su pecho y las salvas de cañón han de reventar festivas en la quie-

tud del aire y las campanas doblar completamente y la banda elevar por lo alto del cielo sus tambores y sus metales para celebrar el triunfo de nuestras armas, ese triunfo Señor que insistentemente me has negado y que solo podré alcanzar en la percepción insana de un desorejado. Así Sea: La princesa se entristece por su dulce flor de luz, cuando entonces aparece sonriendo el buen Jesús; y así dice: en mis campiñas esa rosa le ofrecí, son mis rosas de las niñas que al soñar piensan en mí. Cuando Trillo hubo llegado a Parral y hubo entrado al burdel y hubo visto ese piano de todos los burdeles y el maquillaje corroído de esas trabajadoras a las que la noche ha vencido y vencidas se han dormido con el cuello aún rígido a la caza de un último cliente nunca aparecido y los ronquidos han roncado detrás de las puertas y el rostro abotagado de la matrona se ha asomado ¿qué quiere usted? no hemos abierto todavía entonces él ha mencionado: de parte de Villa tanto dinero en tales y tales circunstancias por tanto tiempo pero sobre todo eso: de parte de Villa y entonces la matrona a regañadientes las ha despertado despeinadas desaliñadas enlagañadas con las ojeras mal suspendidas de una siesta interrumpida y la cruda de los besos detrás de los labios en mal aliento: putas matutinas arrugadas desgrefñadas desarraigadas a ver muchachas quiero una fila y él Trillo se ha ajustado su monoculillo y ha afilado sus ojos vidrios y ha arrugado la nariz y las ha visto

con cuidado y ha intentado atisbar lo que busca bajo un ciclón de peinados naufragados maquillajes derruidos ojos rojos agrietados labios muy besados muy bebidos y las putas lo han mirado entre burlonas y dormidas y los cuchicheos por lo bajo han hecho chistes acerca de su monoculillo y él Trillo ha hecho como que no ha oído y la matrona en vano las ha reprendido ¡presentar armas erguir las tetas parar las nalgas un paso al frente todos los labios! y ya que las hubo pasado y repasado y hubo señalado a una con ese índice largo y predestinado ¡Mercedes un paso al frente y las demás flanco derecho redoblando rumbo a sus cuartos! entonces los labios temblado le han y la nariz arrugado se le ha y su corazón de secretario fiel un vuelco dado ha y un palpitar Morse taquicárdico balbuceado ha: e_sa_bo_caesmí_a e_sa_bo_caes_mí_a y el corazón y el dedo índice hacia la misma persona han apuntado y un rayo subjuntivo ha partido en dos a Trillo: hubiera sido bueno pagarla para mí toda la noche o robarme el dinero y comprar para siempre todas sus noches y al otro lado de la frontera habríamos huido y nos habríamos matrimoniado junto a un cartel de WANTED: PANCHO VILLA y así empachado de subjuntivos Trillo le ha preguntado otra vez su nombre: Mercedes ha respondido y un rayo imperativo en dos lo ha partido Mercedes a cualquier precio Mercedes a besos Mercedes a ultranza Mercedes en traición y oro a Estados Unidos Mercedes Señora de Trillo Mercedes fin de la revolución

Mercedes triunfo de nuestras armas Mercedes ple-
garia Morse taquicárdica e_sa_bo_caes_mí_a Merce-
des increíble Mercedes para siempre subjuntiva Mer-
cedes despeinada Mercedes casi dormida Merceditas
ha sido de mis muchachas por los clientes la más
socorrida Mercedes en mármol muerta Mercedes mi Mer-
cedes a piel y canto Mercedes ¿qué no me oyes? ¡el
señor ha pedido que te desnudes! y cuando Mercedes
indiferente la ropa se hubo quitado su cuerpo rosa
y su cuerpo peninsular y su cuerpo rubor y su cuer-
po negro y su cuerpo voraz y su cuerpo invitador y
su cuerpo pan y su cuerpo boda hubieron todos con-
currido en el reflejo desbordado de un monoculillo
y este al suelo ha caído y Mercedes se ha agachado y
se lo ha recogido y así medio desnuda se lo ha en-
tregado y así medio dormida le ha sonreído y lo que
había de suceder ha sucedido y ha sido que Trillo
se ha arrepentrillo de haber osado atreverse si-
quiera a pensar por un instante en traicionar a su
jefe o habrá sido la divinidad que desde lo más pe-
dante del cielo ha enviado una voz tamboroso_apoca-
líptica a advertir en mayúsculas: MALHAYA AQUEL QUE
TRAICIONARE A FRANCISCO VILLA CON ESTA MUJER PORQUE
ESTA MUJER LO HA DE REDIMIR DE SUS PECADOS o quién
sabe qué habrá sido aunque quizás lo más probable
es que haya sido lo de siempre es decir que la vo-
luntad de Trillo se ha sometido y él se ha olvidado
de esa boca es mía y mejor se ha abocado a lo que
desde Parral lo trajo, las

<h1 align="center">

Instrucciones para engañar a un desorejado

</h1>

—Olvide su nombre, olvide su historia, olvídense de usted, olvídelo todo y ponga mucha atención, le voy a contar su pasado: usted nació en una hacienda.

—Sí.

—Usted era muy rica.

—Sí.

—Hija única.

—Sí.

—Huérfana de madre.

—Sí.

—Que murió de parto.

—Sí.

—En el parto de usted, quiero decir.

—Sí, sí.

—Por lo tanto usted fue criada por su padre.

—Sí.

—Que era un médico muy rico.

—Sí.

—Español.

—Sí.

—De España, quiero decir. Porque allá nació.

—Sí.

—Muy malo él.

—¿Mal médico?

—No, no, malo de maldad, mala persona, hombre malo.

—¡Pero conmigo no, conmigo no fue tan malo!

—¿Qué dice?

—No, nada.

—¿Qué fue lo primero que le pedí? ¡Olvídese de usted! No importa cómo haya sido su verdadero padre, no piense en él. Hoy por la noche será usted otra persona.

—Está bien, está bien. Mi padre era muy malo. El peor de todos.

—Y él era solo un peón de la hacienda, el más humilde de todos.

—¿Quién, mi padre?

—¡No, carajo, su enamorado!

—Ah.

—Él se encargaba de ordeñar las vacas.

—Exacto.

—Y usted lo iba a ver al establo porque usted, no lo olvide, estaba muy enamorada.

—¡Sí!

—Hasta que un día su padre los sorprendió dándose un beso y

—No fue solo el beso, también me quitó la ropa y me tocó las

—¡La novela no es suya, carajo! Guárdese sus fantasías y escúcheme. Hoy por la noche va a estar usted frente a un lunático que piensa que la revolución se hizo nada más para encontrarla.

—¿A mí?

—Sí, a usted... bueno, no, no a usted precisamente, a una tal Malena que huyó o se murió o nunca existió,

y hoy por la noche usted va a ser esa Malena, por lo menos para él, pero si usted no es convincente, él va a descubrir el engaño, cosa que a mí me importaría un pepino pero a mi general Villa le interesa mucho por razones que desconozco, así que le ruego coopere si no quiere que nos pasen juntos por las armas, ya ve lo delicado que es mi general Villa. ¿Me lo promete?

—Sí.

—Entonces sigamos.

Señor Donaciano, señor Donaciano, lo busca mi general Villa. Vaya y dígame que estoy ordeñando a Pánfila, y todavía me faltan Hortensia, Lila y Helena (L E C H E) No ha de ser asunto nimio, señor Donaciano, porque desde endenantes se dispuso que el señor Trillo fuera para Parral a hacer diligencias. Dígame al señor Villa que a esta hora de la mañana no hay nada en el mundo más importante que las ubres de Hortensia, Lila y Elena. Como usted diga, señor Donaciano. (T I E M P O) Señor Donaciano, manda decir mi general Villa que hay noticias de la tal niña Malena, que se presente inmediatamente. Buenos días mi general. Buenos días Donaciano. (P U E R T A) Lo he llamado porque ayer ya muy tarde llegó un propio de Parral con noticias, ¿quiere café? (A G U A) El gobierno ha cumplido al fin con lo acordado en la rendición y nos la ha entregado ¿Cómo que a quién? ¡Pues a la niña Malena! (H I E L O) La revolución por fin ha terminado. Si Dios nos da licencia viajaremos hoy mismo a Parral

y al declinar la tarde se reunirá usted con ella (A I R E) ¡Austreberta, cierra esa ventana, se están metiendo los chiflones! ¿Afeitarse? ¡Por supuesto que le da tiempo de afeitarse! ¿Qué pregunta es esa? (G A L L O) No se ensombrezca amigo, no llore, entiendo que su llanto se haya emocionado, pero aún así no llore, ¿qué ya no se acuerda? Esta revolución ha sido un acto de amor de todos esos que hoy se revuelcan atormentados bajo la tierra, y que al declinar la tarde hallarán consuelo eterno, pues se habrá consumado aquello por lo que pelearon. (B I G B A N G A) Hágase la sierra y hágase la luz y hágase Malenita y háganse sus costillas y nazca de una de ellas el amor de Donaciano y hágase la División del Norte para consumarlo y hágase Pancho Villa para conducirla y háganse los carrancistas y hágase la traición y hágase un país hecho de triciclos cíclicos: embarazo, esperanza, aborto, ilusión perdida. Hágase un paréntesis. (L E C H E) Las vacas hemos rumiado siempre en solitario. Las vacas hemos disimulado de lado a lado con las manos de los humanos bien sobre el vientre, que revientre.

Nosotras las vacas de carne y blancura y paja en la boca que tergiversa de panza a panza y viceversa.

Nosotras amigas de Donaciano tan buen humano que con sus manos los secretos nos lecherea, ea ea.

Nosotras establo del diario diablo que en la memoria la mano ha puesto y pezón latiendo con palpitando y muy oreja precipitando.

La vaca da la hache
La vaca del hacha
La vaca del tache
La vaca del talle
La vaca del fuelle
La vaca del muelle
Vaca la del muelle
Caca la del muelle
Casa la del muelle
Calle la del muelle
Calla la del muelle
Malla la del muelle
Milla la del muelle
Villa del muelle
Villa muelle
Villa muere
Villa muere en muelle
Villa en muelle muere
Villa en mallas muere
Villa en mañas muere
Villa en mañanas muere
Villa mañana muere
Villa mañana muere
¿Villa mañana muere?

<emb/>

Susi sazona la sopa
Susi sazona la sopa
Sí sazona su sopa
Sí succiona su sopa

Sí selecciona su sopa
Sí se alecciona su sopa
Sí se anexiona su sopa
Sí se almidona su sopa
Si almidonase su sopa
Si calma donase su sopa
Si calma endosase su sopa
Si calma ensayase su sopa
Si calva ensayase su sopa
Si Carla ensayase su sopa
Si Carlos ensayase su sopa
Si Carlos enyesase su copa
Si Carlos enyesase su ropa
Si Carlos enyesase su roca
Si Carlos enyesase su rica
Si Carlos enyesase su tica
Si Carlos enyesase su tina
Si Carlos ensayase su tino
Si Carlos ensayase su sino
Sicarios ensayan su sino
Sicarios ensayan su tino
Sicarios ensayan sutiles
Sicarios ensayan serviles
Sicarios ensayan a ser viles
Sicarios ensayan a ser viles natos
Sicarios ensayan a hacer vinos natos
Sicarios ensayan a ser sinos natos
Sicarios ensayan asesinos natos
Sicarios ensayan asesinato

Sicarios ensayan su asesinato
¿Sicarios ensayan su asesinato?
¡Sicarios ensayan su asesinato!

<emb/>

Mi mamá amasa la masa
Mi mamá amasa la masa
Mi mamá ama la masa
Mi mamá ama la mesa
Mi mamá a mala mesa
Mi mamá a mesa mala
Mi mamá mesa mal
Mi mamá mes a mes
Mi mamá me mesa
Mi mamá me mece
Mi mamá me merece
Mi mamá se merece
Se merece mi mamá
Se merece mamá
Se merece mamar
Se merece mar
Se merece más
Se merece mes
Se merece mecer
Se merece merced
Se merece mercedes
Mercedes se merece
Mercedes se desmerece
Mercedes se mece
Mercedes se mete

Mercedes se muta
Mercedes se muere
Mercedes es muerte
Mercedes es mirto
Mercedes es mito
Mercedes es mitad
Mercedes es matar
Mercedes es mar
Mercedes es mal
Mercedes es Mal
Mercedes es Malena
Mercedes es Malena
Mercedes es Malena

<emb/>

Margarita, está linda la mar, y el viento lleva esencia sutil de azahar: tu aliento. Ya que lejos de mí vas a estar, guarda, niña, un gentil pensamiento al que un día te quiso contar un cuento. En el número 19 de la calle Gabino Barreda, armas y asesinos miman su puntería y se aceitan y acarician paseando a ojos cerrados una misma secuencia en futuro del subjuntivo: que su coche cruzare por aquí, que nosotros estuviéremos escondidos detrás de esta ventana, que el dulcero espiare desde aquella esquina y ante el paso del general Villa gritare ¡Que Viva Villa! y esa fuere la señal para que Villa deje de vivir y ya no viva: detalles que Villa moriría por conocer, detalle es que Villa morirá por desconocerlos. Así la revolución habrá terminado. Con un tiro de gracia.

Con la rumbosa huida de unos sicarios que huyen sin huir, bien porque se saben protegidos, bien porque saben flojas las convicciones ya sin sombra de héroe a dónde arrimarlas. De la sangre de los yertos brotará un olor a fin que se extenderá hasta las fronteras y apagará el encono y multiplicará una nueva resignación, total, qué más da una revolución recién nacida, o ni siquiera eso, apenas un aborto más de una loca empeñada en embarazarse: la Puta Revolución, sí, esa soy yo, la trabajadora sexual máspreciada de todo Chihuahua, la que rinde a los generales ante los que se rindió la plaza, la que los toma después de tomarla y se deja tomar a cambio de halagos en metálico. ¡Qué buena memoria tiene usted, Mercedes! Se ha aprendido muy rápido su pasado: Mercedes es Malena, me llamo como tú quieras, por decir algo Mercedes que era como mi padre quería, o Malena junto al mítico machete que cortó una oreja y precipitó al país de precipicio en precipicio y a ella la naufragó a la vuelta del destino, tan niña, tan rica, tan princesa que era, vela ahora, saliendo a flote del naufragio montada en la balsa salvadora de su cuerpo, con el prójimo también montado y tan bien montándola por cierta cantidad no menor de bilimbi-ques o por esas fortunas que los generales sedientos invierten buscando habitar en primera persona esa fama estatal que con justicia me he ganado vendiendo caro el sudor de mi enfrente. Tantos Donacianos que la han llorado a solas a la hora de la ordeña. La ha

llorado loco y la ha llorado cuerdo y llorando se ha puesto a garabatear con pulso nervioso y letra gorda de escolapio un poema de amor verdadero y lo ha garabateado y lo ha leído en voz alta para ellas, sus vacas que lo han rumiado complacidas hasta que la voz ha vuelto a oírse, señor Donaciano, señor Donaciano, manda mi general Villa que se aliste porque antes de salir para Parral lo va ascender a general de carrerita, y así el general Donaciano Flores recibió las estrellas doradas de la División del Norte a toda prisa, justo cuando la División del Norte se extinguía, en la víspera del asesinato de Francisco Villa. El sol transcurrió cansado por el cielo. El polvo se estacionó en el bochorno y su verano. El coche entró en Parral rozando ya la tarde. Los hombres llegaron al barrio de Guanajuato. Ahí se bañaron, se peinaron y se perfumaron para salir a los primeros murmullos estrellados de la noche, al fresco de las farolas apenas encendidas entre presagios silenciosos que los miraban desde los tendedores. Ya que lejos de mí vas a estar, guarda, niña, un gentil pensamiento al que un día te quiso contar un cuento.

—¿A dónde vamos?

—A un burdel.

—¿Ahí está ella?

—Sí.

—¿Ahí se termina?

—¿Qué?

—Todo.

—¿Qué es todo?

—La revolución, quiero decir.

—Ah, sí.

Los nudillos tocan. La puerta se abre. Un chorro de luz umbraliforme enmarca de pronto las siluetas de los revolucionarios, que se quitan los sombreros frente al burdel, de espaldas a la noche, respetuosamente, como entrando en misa. La puerta se cierra infranqueable detrás de ellos, tan rápido que no da tiempo de nada. Ni luz ni aire ni novela. Todo queda fuera. Furiosa, la novela grita y amenaza con tumbar la puerta a golpes de omnisciencia, sin saber la pobre que las paredes del burdel fueron hechas a prueba de omnisciencias. Nada, nadie le abre. Desesperada, asoma las metáforas por la ventana, pero un vaho invernal empaña las siluetas, vaho inverosímil en una noche de verano. La novela se lleva las manos a los capítulos y gimotea. En un arranque lírico, corre a poner sus rimas internas junto al tubo del desagüe pero no logra escuchar nada. Ya sin esperanzas, se sienta en la banqueta, enciende un leitmotiv y deja que el humo penetre hasta lo más hondo de sus verbos ciertos. 215 páginas esperando este encuentro para que ahora me vengan con un burdel a prueba de omnisciencias. ¿Dónde voy a pasar la noche ahora? ¿Qué largo aliento me ha de guarecer de la intemperie? Un frío inhumano la recorre. Mira a dónde se viene a morir una, en cualquier calle de Parral, a mitad de la historia. La novela recuesta

su espalda hecha de tramas y palabras sobre la banqueta, cierra los ojos, y se dispone a morir muerta de frío o de curiosidad o de ganas de contar el incontable encuentro de Malena y Donaciano. Y así se queda, hasta perder la conciencia y el sentido.

<emb/>

—No te mueras.

—¿Eh?

—Por favor no te mueras. No todavía.

—¿Dónde estoy?

—En Parral, en julio, en 1923, en el número 19 de la calle Gabino Barreda.

—¿Qué hago aquí?

—Te estabas asfixiando. Yo te he recogido, te he dado respiración de ficción a boca, te he puesto fomentos de narratología. Y te he despertado como en los cuentos de hadas, con un beso.

—¿Quién eres tú? ¿Acaso un príncipe?

—No. Sólo un personaje.

—¿Un personaje... por qué entonces no te recuerdo?

—Porque hace mucho que no he sido contado. No salía desde el primer capítulo.

—¿Cómo te llamas?

—Nabor Nolasco. El carrancista.

—¿Y por qué no mejor me has dejado morir?

—Porque aún no es tiempo. No antes de que yo mate a Francisco Villa.

—¿Lo vas a matar?

—Sí. Yo y todos esos que duermen ahí amontonados, junto a las carabinas.

—¿Cuándo?

—En cuanto pase por aquí enfrente. Este su camino de regreso a Canutillo. Pero descansa, duerme, mañana va a ser un día muy agitado.

<emb/>

—Pídeme un deseo.

—¿Cómo?

—Que me pidas un deseo. Lo que tú quieras.

—¿Un deseo?

—Sí. Ayer tú me salvaste la vida. Hoy me toca concederte un deseo.

—¿Lo que yo quiera?

—Sí.

—¿En serio, lo que yo quiera?

—Sí.

—Ya sé. Quiero casarme con Mercedes, la del burdel. Mañana mismo, después haber matado a Francisco Villa.

—Concedido.

<emb/>

A de asesinato, B de Barrera, C de calle, D de diecinueve, número diecinueve de la calle Gabino Barrera, E de esquina, he de dar vuelta en esa esquina, F de final, G de general, H de hora, son las siete con siete de la mañana, I de inocencia y de ignorancia y de ignominia, J de Juárez casi esquina con Barrera, en donde Trillo le cede el volante a

su jefe, el señor Pancho Villa, K de Kilo porque no hay de otra, L de López de Juan López: el dulcero, muy atento al paso del coche en la justa esquina de Juárez y Barreda, desde donde levantará la mano y gritará ¡que viva Villa! para que en Barreda 19 se entienda ¡ahí viene Villa! y M de mamadas porque son mamadas que esta omnisciencia cizañosa y vengativa interrumpa el transcurso fatal del alfabeto para penetrar por la ventana abierta del burdel y ver despertando a Malena ya sin el Donaciano pero con la inusitada sensación de estar extrañando románticamente a su amigo de la infancia, el desorejado, algo que nunca le había pasado con cliente alguno anteriormente, N de Nabor Nolasco, O de orificio y de oquedad, P de bola de pendejos, deténganse, no pasen por ahí, eviten esa esquina, Q de queso, R de ratón, S de silencio, T de trampa, U de umbral, V de dulce venganza en la canasta de un dulcero: 14 ingenieros de la Cusiuhiráchic Mining Company te mandan 14 mazapanes por haberlos encuerado y luego ejecutado en Santa Isabel; estas 90 alegrías vienen de parte de 90 soldaderas hacinadas en Ciudad Camargo dentro de una fosa común femenina, con los cráneos hechos trizas y los tristes pechos tristes perforados; hay también 200 obleas de parte de aquellas mujeres que reuniste en la plaza de Namiquipa, son para esos 200 soldados tan disciplinados que acataron sin chistar tu orden expresa de violarlas; y 700 dulces de higo que los prisioneros carrancistas le dedican a las

700 orejas que les arrancaste; cocadas de parte de Benton, pepitorias del compadre Urbina, acitrón de un fandango zango zango zabaré: ¡Que viva Villa! 14 Gabino Barreda, 15 Gabino Barreda, 16, 17, 18, X, Y, Z. Nabor Nolasco pone la deliciosa sensación fonética de tener el número uno en la punta de la lengua. Preparen. Apunten. Fuego. Del catálogo de negros muertos:

<h1 align="center">

EL NEGRO QUE MURIÓ JUNTO A PANCHO VILLA

</h1>

Nombre: Michael.

Apellido: Freeman.

Edad: 23 años.

Nacionalidad: desconocida.

Complexión: correosa.

Tez: ovalada clara.

Pelo: ni uno.

Nariz: oídos, garganta.

Señas particulares: 14 trayectorias de bala distribuidas más o menos por todo el cuerpo.

Tiro de gracia: sí.

Observaciones: su cuerpo fue encontrado en el asiento de atrás, junto a los de Francisco Villa, Miguel Trillo, Daniel Tamayo y Rafael Medrano.

Tipo de bala: expansiva.

Marca del auto: Dodge.

Cantidad de impactos sobre el chasis: 47.

Armas utilizadas: carabinas 30 especial y pisto-
las escuadra calibre 45.

Escortas que lograron escapar: dos.

Sus nombres: Ramón Contreras y Claro Hurtado.

Última postura del Centauro: el cuerpo completa-
mente doblado hacia la portezuela y la mano derecha
en posición de sacar la pistola.

Qué medio de transporte utilizaron los sicarios
para la huida: caballo.

Cómo huyeron: con toda tranquilidad.

De qué tuvieron tiempo: de robarle el abrigo a
Miguel Trillo.

Hacia dónde se dirigieron: hacia una esquina apo-
dada "La Bajadita".

De qué carecía su marcha: de la más mínima pre-
cipitación.

Qué encendieron tranquilamente mientras huían:
un par de cigarrillos.

De qué manera reían mientras huían: a carcajadas.

Qué se encontraron en el camino: unas mujeres.

De profesión: prostitutas.

A dónde iban: a ver qué pasaba.

Con qué: con gran curiosidad.

Cómo era una de ellas: muy bella.

Cómo era la otra: aún más bella.

Su nombre: Malena Azcárraga.

Su pseudónimo: Mercedes.

En qué pensaba: que no se haya muerto que no se
haya muerto que no se haya muerto.

En qué había pensado poco antes: en que los besos de su amigo de la infancia, el Donaciano, resonaban con nostalgia buena en su recuerdo.

Qué hizo uno de los de a caballo: se detuvo.

Qué pensaba: esta es la Mercedes del burdel.

Y qué le dijo: ¡Usted! Súbase. Me la voy a llevar conmigo.

Y ella qué respondió: ¿Por qué los tiros?

Y él qué le dijo: Mataron a Pancho Villa.

Y ella: ¿Y a quién más?

Y él: A toda su escolta.

Y cómo los mataron: en su carro, cuando salían de Parral.

Qué carro era: Un Dodge.

Y está usted seguro que nadie sobrevivió: Sí, lo estoy.

Y qué pensó ella: se murió Pancho Villa: esto se va a poner horrible: ¿se habrá muerto Donaciano?: me voy a ir: lo mismo da este que aquel.

Y qué pasó entonces: ella se subió al caballo.

Y él qué hizo: la ayudó a subir.

O sea que, dando por hecho la muerte de Donaciano, ella decidió huir con Nabor Nolasco con tal de evitar el acoso policiaco y judicial que sobrevendría a la muerte de Pancho Villa: sí.

Y es cierto que se casaron al día siguiente: sí.

Sin importarles que su boda coincidiera con el sepelio de Villa: sí.

El 21 de julio de 1923: sí.

¿Sí te dije que mis papás se casaron también un 21, pero de marzo?: no.

¿Y fue acaso una bella boda?: ¿la de tus papás?

No pendejo, la de Nolasco y Malena: Ah, no, esa no.

¿Por qué?: porque cuando el sacerdote preguntó aquello de si alguien tiene algo que decir en contra de esta unión que hable ahora o calle para siempre, entró un desorejado en muy mal estado que agitaba el brazo hacia la novia mostrándole un papel que llevaba en la mano. Algo quiso reclamar, algo incomprendible que no se escuchó por culpa de un borbotón de vómito que salió de sus labios en vez del reclamo; Nolasco desenfundó entonces con impaciencia su Smith & Wesson y contó en voz alta los balazos: uno dos tres y cuatro, que cimbraron con su eco a vírgenes y santos, porque gente en la iglesia ya no había, todo Parral estaba en el sepelio de Francisco Villa, y el cura disimuló el miedo detrás de la Biblia y una lágrima muy tímida recorrió el pecho de la novia, lo mismo da este que aquel, lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre, los declaro marido y mujer, pueden besarse y se besaron y salieron de la iglesia evitando con delicado salto un cadáver ya no desorejado, sino negro corpulento, porque era el cuerpo del

<h1 align="center">

NEGRO QUE MURIÓ EN LA BODA DE LA MUJER QUE AMABA

</h1>

Nombre: Louis.

Apellido: Jackson.

Nacionalidad: gringa.

Ojos: tristes.

Boca: desolada.

Nariz: gacha.

Pelo: apesadumbrado oscuro.

Señas particulares: un poema manuscrito con letra de aprendiz de escolapio:

<p align="center">

Malenita, está linda la mar,
y el viento
lleva esencia sutil de azahar;
yo siento
en el alma una alondra cantar:
tu acento.

Malenita, te voy a contar un cuento:

era español y tenía
un establo de rumiantes,
una hacienda hecha de día
y un rebaño de agravantes,
un frasco de tequilita,
un sombrero de tisú,
y una gentil princesita
tan bonita, Malenita,
tan bonita como tú.
Una tarde la princesa
vio una oreja aparecer;
la princesa era traviesa
y la quiso ir a coger.

Y se fue la niña bella
al establo de ordeñar,
a enamorar a la oreja
que la hacía suspirar.
Y siguió camino arriba
por la paja y más allá;
mas lo malo es que ella iba
sin permiso del papá.
El español: "¿Qué te has hecho?
Te he buscado y no te hallé
y qué tienes en el pecho
que encendido se te ve?"

La princesa no mentía y así dijo la verdad:

"Fui a cuidar la oreja mía
a la azul inmensidad".

Papá clama: "¿No te he dicho
que al indio no hay que tocar?

¡Qué locura y qué capricho!

Esa oreja he de cortar.

</p>

De dónde fueron extraídos los datos personales: de un listón azulgrana que el finado llevaba atado a la muñeca.

Y el poema: No, ese fue encontrado en el suelo, junto al charco de vómito.

Y el capítulo: pues ya se acabó.

Qué bueno. Estuvo muy pinche largo.

</capítulo>

<Capítulo número="4" título="Organogénesis">

Fui becado en circunstancias muy extrañas. Al día siguiente de que me corrieran del Banco Unión recibí una llamada inesperada. Era una licenciada. Me felicitaba por haber sido favorecido con una beca Jóvenes Creadores del Fonca.

—Pero licenciada, yo no he solicitado beca alguna. Debe haber un error.

—¿Está usted escribiendo una novela, sí o no?

—Sí, bueno, no sé, mire, lo que pasa es que cuando tenía veinte años...

—¿Cuál es su fecha de nacimiento?

Le dije mi fecha de nacimiento.

—No hay duda, es usted. Felicidades. Puede pasar a firmar sus papeles al Fonca.

Mis sospechas empeoraron cuando conocí las circunstancias en que la beca me había sido atribuida.

<h2 align="center">

CIRCUNSTANCIAS QUE DEMUESTRAN QUE TODO ESTO ESTÁ
MUY RARO

</h2>

1. Yo nunca solicité esa beca, ni ninguna otra.

2. Esas becas son por un año. La mía es de duración indefinida, hasta la conclusión de la novela.

3. La convocatoria para esas becas sale en marzo, los resultados son publicados en agosto, y las becas otorgadas a partir de octubre. La mía me la dieron *ipso facto* en abril.

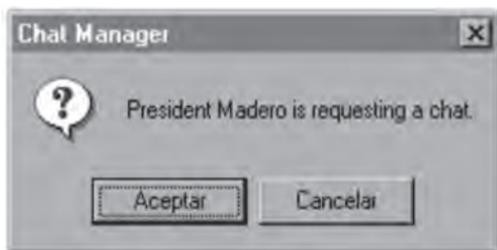
4. Los beneficiados con esas becas tienen que presentar informes de avance, cuentan con un asesor que revisa y orienta su trabajo y además organizan convivios muy animados. Yo no he sido convocado a tales actividades, sin embargo recibo la beca puntualmente cada fin de mes.

5. Dudo que haya algún organismo público interesado en subvencionar este andante lentísimo con el que escribo. Llevo toda la semana intentando empezar el capítulo cuarto sin lograrlo. Ya en franco ánimo de inmolación, le saqué copias de los tres primeros capítulos y se los di a mi amiga MaElena (en quien me inspiré para el personaje de Malena) y a Bonavena (base para el personaje de Mauricio Buentello) para que los leyeran. No sé por qué lo hice. A Bonavena no le va a gustar la forma en que me refiero al objeto directo de sus Edipos. MaElena se va a encabronar cuando lea que la fortuna de su padre proviene de una clínica de abortos clandestinos, algo que siempre he sospechado pero nunca he dicho, entre otras cosas porque corre el año diegético de 1999 y el aborto aún está considerado un delito en la Ciudad de México.

6. A ningún otro becario lo visita el espíritu de Francisco I. Madero.

```

```



```
</img>
```

MADERO> Dibújeme un cordero.

MÉDIUM> Buenas noches señor Madero.

MADERO> ¿Cómo le fue hoy?

MÉDIUM> Mal.

MADERO> ¿Por qué?

MÉDIUM> Invertí todo el día en un solo párrafo, que al final acabé desechando. El capítulo cuarto se niega. Ya van varias veces que intento escribirlo y no lo logro.

MADERO> Paciencia, paciencia.

MÉDIUM> Estoy desesperado. Yo soy programador, ¿qué hago escribiendo una novela?

MADERO> Bueno, punto número uno: tiene una beca. Y punto número dos: está usted boletinado por sospecha de sabotaje al Banco Unión y nadie lo contratará nunca más en el sistema financiero nacional.

MÉDIUM> Ya sé. Por eso acepté la beca. Una beca, por cierto, que nunca solicité.

MADERO> Una beca que le permite pagar la renta y comer todos los días. Debería estar agradecido. Además, si mal no recuerdo, al principio del capítulo segundo usted escribe que le hubiera gustado...

MÉDIUM> Sí, lo sé, vivir de la literatura. Pero no hablaba en serio, ahora me doy cuenta. Yo no soy novelista. Escribí mi Capítulo Número 1bis no por talento ni por vocación, sino porque estaba enamorado.

MADERO> ¿De quién?

MÉDIUM> De mi amiga MaElena, la bióloga, en quien me basé para el personaje de Malenita. ¿De quién más se puede estar enamorado en esta novela que de Malenita? Entonces, como ahora, ella era novia de mi amigo Bonavena (el modelo para Buentello), pero tenían problemas porque él era un guapo estándar que solo sabía hablar de fútbol y emborracharse. En cambio a MaElena le gustaban las artes, la música, el teatro, la literatura. Yo creí que mostrando inquietudes artísticas llamaría su atención.

MADERO> ¿Y por qué decidió precisamente escribir una novela? ¿No habría sido más fácil invitarla a un concierto o a una obra de teatro?

MÉDIUM> Por el incidente de la biblioteca.

MADERO> ¿Qué clase de incidente fue ese?

MÉDIUM> MaElena era huérfana de madre. Doña María Elena, su abuela (ella fue quien propuso para su nieta el nombre de MaElena), fue quien la crió: ella le hacía de comer, le peinaba las trenzas, la ayudaba con la tarea y le firmaba las boletas de cali-

ficaciones. A veces, mientras le hacía de cenar, la abuela sintonizaba el noticiero nocturno de Jacobo Zabłudowski en la televisión. Un día entrevistaron ahí al exlíder sindical telefonista y hoy multibillonario Carlos Fidel Slim Velázquez (a quien, como todo el mundo sabe, le amputaron una oreja cuando era niño, y en quien por supuesto me inspiré para el personaje de Donaciano). Mientras cenaban, doña María Elena le contó a MaElena que ese señor había sido su novio cuando eran ambos muy jovencitos. A partir de entonces, cada que MaElena hallaba en los periódicos, la televisión o las revistas al gran multibillonario desorejado, ella lo señalaba con el índice: Mira abuelita, ahí está tu novio. Para esto, doña María Elena murió, efectivamente, el día del cumpleaños de su nieta, y MaElena quedó bajo la irresponsable custodia del desobligado de su papá, el doctor Marzio (a ese cabrón no le cambié el nombre en la novela, por culero). La desaparición de su abuela fue un trauma total para la nieta. De hecho, MaElena nunca quiso (o nunca pudo) aceptar el fallecimiento de su abuela, que se volvió para ella una especie de amiga imaginaria. Recuerdo nítidamente que a los doce años aún hablaba a solas con su abuela, *in absentia*, como una loca, lo cual hacía encabronar sobremanera a su papá. Todo esto se habría perdido para siempre en el olvido si no fuera por el incidente de la biblioteca.

MADERO> ¿Qué clase de incidente fue ese?

MÉDIUM> Ya me hizo usted esa pregunta.

MADERO> Misma que usted aún no me responde.

MÉDIUM> Cierto. Pues resulta que cuando íbamos en el último año del bachillerato, nos dejaron una tarea de historia que necesitaba ir a consultar libros sobre la revolución mexicana a la Biblioteca México, la que está ahí por el metro Balderas. MaElena ya era novia de mi amigo Bonavena, quien había preferido irse al estadio universitario a ver un Pumas-América en vez de venir con nosotros a hacer la tarea. Entre los libros que encontramos en el estante de Historia de México, había un tomo cuyo título en letras doradas había llamado particularmente nuestra atención. Se intitulaba Historias verdaderas. Mientras lo hojeábamos juntos, mientras lo leíamos en voz alta, encontramos un objeto sorprendente entre sus páginas: algo que no vamos a olvidar nunca.

MADERO> ¿Qué encontraron?

MÉDIUM> Yo sabía que había gente que guardaba hojas, pétalos, e incluso mariposas entre las páginas de un libro. Pero eso tenía una forma extraña, demasiado irregular para ser una hoja, casi transparente, como de papel albanene. MaElena la levantó con cuidado, la observó a contraluz mostrándome sus pliegues, la curva del pabellón auricular, el promontorio del lóbulo. Es tejido cartilaginoso, me dijo emocionada.

MADERO> ¿Una oreja?

MÉDIUM> Así es. Una oreja nítida, cuyo espesor no sobrepasaba el de una hoja de papel de fumar. Y no fue solo el hallazgo de la oreja, sino la sorpresa en los ojos grandes, ligeramente rasgados, de MaElena, su respiración entusiasmada tan cerca de mí, el abrazo espontáneo en donde nos dejó el azoro de tal hallazgo, Bonavena lejos de nosotros, en las tribunas de un Pumas-América, y todo mi olfato extraviado en el olor limpio del cabello de MaElena. Ahí entendí que si yo deseaba ganarme el corazón de esa mujer, debía escribir la historia de amor entre su abuela María Elena y el sindicalista, telefonista, multi-billonario y desorejado Carlos Fidel Slim Velázquez, así que me subí en la alfombra mágica de ese pensamiento y, siguiendo el impulso cinético que me infundía, cerré los ojos, acerqué mis labios a los de MaElena y le di un beso.

MADERO> ¿De plano?

MÉDIUM> ¡Sí!

MADERO> ¿Y qué ocurrió después del beso?

MÉDIUM> Nada. Fue la única vez que nos besamos. Ambos nos hicimos pendejos frente a Bonavena. Ella era su novia, yo su mejor amigo. En algunas ocasiones, cuando estábamos pedos o pachecos, yo atisbaba en los ojos de MaElena vislumbres de la complicidad que trabamos en la Biblioteca México, pero ni ella ni yo hicimos nunca alusión a ello.

MADERO> Y entonces escribió su Capítulo Número Uno bis, ¿no es así?

MÉDIUM> Sí. En quince días.

MADERO> ¿Y se lo dio a leer?

MÉDIUM> No. Se lo leí por teléfono.

MADERO> ¿Y cuál fue su reacción?

MÉDIUM> Se aburrió. No llegó al final. Dijo que no le gustaban las historias de vampiros.

MADERO> ¡Qué lástima!

MÉDIUM> Bueno, pero... ¿qué hago yo contándole mis problemas de amor a una ventana de chat? Usted supuestamente es un espíritu. ¿No se supone que usted puede entrar en mis pensamientos?

MADERO> He estado muy ocupado últimamente. La vida de los espíritus es muy ajetreada. Ustedes de aquel lado creen que morir se significa descansar, ¡qué errados están! Aunque quizá sea mejor así. Si supieran cómo es por acá, no se morirían, se lo aseguro.

MÉDIUM> Seríamos inmortales, como Donaciano.

MADERO> Exacto, como el Donaciano de su novela. Porque el referente real, Carlos Fidel Slim Velázquez, ese sí es mortal. Y nosotros acá, en el mundo espírita, conocemos con exactitud la fecha y la hora de su fallecimiento.

MÉDIUM> ¡No me la diga! No la quiero saber.

MADERO> De cualquier manera los espíritus no estamos autorizados a revelar esa clase de información, ni siquiera a los médium novelistas, como usted.

MÉDIUM> ¿Médium novelista?

MADERO> Es decir, un médium que capta señales espíritas durante el proceso de escritura, y las plas-

ma en sus escritos. De ahí nuestro interés por darle las mejores condiciones para que termine usted su capítulo cuarto.

MÉDIUM> Ni siquiera sé cómo empezarlo. He escrito cuatro versiones distintas. Todas han ido a parar al bote de basura.

MADERO> ¿Por qué no empieza de una vez por todas con la salsa?

MÉDIUM> ¿La salsa?

MADERO> Sí, la salsa.

MÉDIUM> ¿Cómo sabe usted que hay una salsa?

MADERO> Está en su disco duro, en el archivo /home/harmodio/letras/embrion/salsa.doc

MÉDIUM> ¿Qué clase de espíritu es usted, que conoce mejor mi disco duro que mis pensamientos?

MADERO> Sus pensamientos los conozco muy bien.

MÉDIUM> ¿Entonces por qué me ha hecho contarle el incidente de la biblioteca?

MADERO> Para desazolvarle los veneros narrativos y que el universo espírita se manifieste a través de su prosa. Tenga usted buenas noches.

MÉDIUM> Buenas noches, señor Madero.

CHAT MANAGER> "President Madero" has left the room.

<emb/>

—una vez más no estoy entendiendo nada, y no creo que sea porque voy manejando

—no te vayas a salir rumbo a San Juan del Río

—no te vayas a salir rumbo al hermetismo

—te estás burlando

—explícame por favor qué está pasando en tu novela
—a ver, hace 23 años yo tenía 23 años y era un joven novelista que se pretendía el James Joyce de Ecatepec: este es mi capítulo de *<i>mise en abyme</i>*

—ah, ya entendí

—¿te sigues burlando?

—te juro que no me burlo: tú explícame

—¿ya encendiste los faros?

—desde hace rato

—¿te molesta el reflejo de la tablet?

—me molesta no entender la trama de tu novela

—te explico cuál era la intención aquí: ¿tú te acuerdas que Madero era espiritista? Como Victor Hugo y casi todos a finales del siglo XIX.

—no lo sabía

—pues Madero, mientras era presidente, hablaba por vía espiritual con su hermano Raúl, quien había fallecido trágicamente cuando era niño

—¡órale!

—y pues aquí Madero (o su espíritu) le habla al escritor de esta novela

—es decir: a ti

—sí, a mí

—¿y esa historia de la beca?

—pues es que cuando yo quería convertirme en el Vargas Llosa de Ecatepec, pedí la beca Jóvenes Creadores al Fondo Nacional para la Cultura y las Artes para escribir el Embrión Dorado (espóiler: no me la dieron)

-¿y eso qué tiene qué ver?
-pues me quería burlar un poco
-no se entiende
-yo creo que lo voy a quitar
-pero a ver: tenemos entonces que de pronto Madero le habla al escritor, pero también hay cosas raras ocurriendo ahí: le dan una beca que él no pidió, y luego todos los personajes que tanto trabajo me ha costado memorizar cambian ahora de nombre, y es muy confuso todo
-pues es la *mise en abyme*: para que la realidad parezca la realidad, hay que decir que había un amigo mío que inspiró a Buentello
-el tal Bonavena
-así es, y una MaElena que inspiró a Malena
-eso de MaElena es también muy confuso
-es que en la novela está escrito con eme y e mayúscula
-¿cómo?
-eme mayúscula, a minúscula, e mayúscula y lena en minúsculas
-¿cómo McDonalds?
-ándale
-¡no seas mamón!
-dos_tres_no.te.impresiones
-¿y qué va a pasar después de la *mise en abyme*?
-te cuento: ¿recuerdas a María Máxima?

—¿cómo olvidarla? ¡Es la mamá de Buentello! La que lo mima (nota al calce: ¿te fijas cómo a ti sí se te olvida qué es un trofoblasto pero a mí no se me olvida quién es María Máxima?)

—es que María Máxima es un personaje muy imponente, inspirado por supuesto en mi madre

—no se me habría ocurrido

—pues para 1998, que es el tiempo en donde se ubica esta parte de la trama, ella ya es la poderosísima secretaria de Donaciano Flores, quien ha amasado una colosal fortuna gracias a la privatización de Teléfonos de México en tiempos del imbécil del presidente Salinas

—más que imbécil: un criminal que seguramente morirá rico e impune

—y pues esa señora que ahora es tan poderosa detesta a su nuera

—¡como tu mamá conmigo!

—quizás un poco más

—¿tal grado de odio es posible?

—al menos en la ficción sí

—¿y qué va a hacer esa terrible suegra?

—pues va a organizar el secuestro de su nuera

—¿y para qué la quiere secuestrar?

—para clonar a Donaciano

—¡ah, chingá!

—como lo oyes

—¿y para qué querría alguien clonar a un inmortal?

—precisamente: el inmortal tiene la esperanza de que, si lo clonan, el Donaciano_clon heredará la inmortalidad, mientras que el Donaciano_original podrá descansar, al fin, y morir en paz

—o sea que quiere que lo clonen para morirse

—exacto

—y como Malenita es bióloga, pues será ella la encargada de la clonación

—sí, pero Malenita es una bióloga ética, como tú, que no se prestaría en lo absoluto a clonar a un ser humano, por lo tanto su suegra María Máxima la va a secuestrar y la va a obligar a clonar a Donaciano por la fuerza

—pero en 1998 nadie en México tenía el conocimiento suficiente para clonar ovejas, mucho menos seres humanos

—por eso es que cuento que Malenita se doctoró justo en el Roslin Institute de Edimburgo, en donde trabajó como técnico en la clonación de la oveja Dolly con el mismísimo Ian Wilmut.

—¡Sir Ian Wilmut!: a ese güey un día le van a dar el Nobel

—y Malenita va como coautora del <i>paper</i>

—¡te pasas! Le deberías recomendar al editor que distribuya tu novela con un audio adjunto con tus explicaciones

—¿ya llegamos a Tequisquiapan?: es que necesito mear

—¿otra vez?

Bailar: girar rápido de una cosa en torno a su eje manteniéndose en equilibrio. Moverse de una cosa sin salir de su espacio determinado. Retozar de gozo. El bar León está en el número 5 de la calle de Brasil, a espaldas de la catedral metropolitana. Ahí tocan orquestas en vivo, cumbia, salsa, tambor bai-longo para tomarse de la mano y girar en torno al eje de la pareja tejiendo el equilibrio a base de vueltas y cabriolas que lo retan. Una mitad del bar toma a la otra de la mano y la complementa sin salir de su órbita salsera determinada. También se bebe en el bar León, un poco para atemperar la inercia de los giros cuando los bailantes regresan a sus mesas, otro poco para facilitar los encuentros fortuitos.

En el bar León hay música viva, instrumentos de carne y hueso de donde los músicos arrancan el espíritu de la cópula y lo ponen a palpitar en mitad del aire.

Buentello ha cepillado las pelusas del saco, ha boleado con calma los zapatos, ha ajustado el nudo de la corbata. Del otro lado, Malenita ha elegido su mejor vestido amarillo, ese que no disimula sus senos expansivos, las medias exigidas por el grosor deseante de sus piernas. Por si no fuera suficiente, Malenita se ha rociado hombros, cuello y escote de diamantina, lo cual mantiene a Buentello bañado en una miríada de microscópicos puntos brillantes dorados, como si su mamá lo hubiera sumergido en un retrato de Gustav Klimt.

Si como bailan cogen, están jodidos, piensa María Máxima desde su escondite, disfrazada de señora encargada de limpiar el baño de las mujeres. Al centro de la pista, Nacha Ceniceros, su colaboradora más fiel, toma su lugar en la mesa de pista más céntrica. La antigua actriz porno es ahora la mano derecha de María Máxima, quien a su vez es la mano derecha de Donaciano: de mano derecha en mano derecha están a punto de secuestrar a Malenita.

No nos adelantemos. Por el momento, nadie en el bar León sería capaz de adivinar las verdaderas intenciones de una dama tan distinguida al centro de la pista: Nacha Ceniceros mide 1.80: porta sus cincuenta años envuelta en un aura portátil de irresistible sensualidad (para los judiciales bajo sus órdenes, su sensualidad se sintetiza en su perfume, y del perfume al mito no hay ni un paso). Porta también el collar de perlas que le da buena suerte, un vestido negro entallado y el maquillaje aquel que le propinaban en la época dorada de aquellas revistas porno que se vendían confinadas en improbables bolsitas de plástico transparente, como si la bolsa protegiera (como protegen las promesas) a los pasantes de tan procaz contenido a la luz del puesto de periódicos.

Disimulados entre los bailarines de salsa, un enjambre de judiciales se desperdiga incómodo en su atuendo: camisas floreadas, abiertas de pelo en pecho, la mirada de judicial cruel velada por innece-

sarias gafas de sol nocturnas. Cortos de sus luces de inteligencia como son los judiciales, solo tienen una orden en mente: neutralizar a Buentello y abalanzarse sobre Malena en cuanto el brazo rico en pulseras doradas de Nacha Ceniceros gesticule en el aire la señal convenida.

¿Dónde se conocieron Nacha Ceniceros y María Máxima Meza Marañón? ¿Cómo se trenzó tal grado de confianza? La novela lo ignora, y solo sabe que un brazo derecho de un brazo derecho es también un brazo derecho.

Sudados y aún arrítmicos, Malena y Buentello regresan a la mesa, él bañado en brillantina, ella exultante de ritmo. En cuanto se sientan, un mesero se acerca:

—La dama les envía sus saludos y esta botella.

—¿Cuál dama?

—La de allá.

—¡Mira Puerquito, whisky escocés, *single malt*, 12 años!

—¿Quién es ella?

—No lo sé, pero qué pedazo de botella nos ha enviado.

Nacha Ceniceros sonrío y su carisma de exestrella los cautiva. Salud. ¿Quién es? ¿De dónde la conoces? La señora Ceniceros, dueña de su espacio, se levanta de la mesa, se acerca, toma a Malenita de la mano acallando sus sospechas y con la cortesía de quien está a punto de la señal convenida, pregunta:

—¿Me concedería esta pieza?

Los primeros acordes de una salsa desconocida truenan en el medio ambiente. Malenita duda. Los confunde con Que Nadie Sepa Mi Sufrir (y se equivoca). Me encanta esta salsa, Puerquito: voy a bailar-la con la señora: sírvete un *single malt* y espérame.

—Con gusto.

Las dos mujeres se detienen al centro de la pista. La Ceniceros desmaya el brazo sobre el pecho de mi niña. Malenita desliza el antebrazo por su cintura. Nacha toma su mano y la levanta como una copa. La sombra de un instante cruza el cielo raso del salón de baile. Sin brindar, brindan. Sin copular, copulan. Primer acorde. Nace el ritmo. Retumben los tambores al son de las letras, suene el son dialéctico, la salsa metafísica, la cumbia psicológica.

Tengo el honor de presentar, señoras y señores, al grupo más caliente de la literatura. Con ustedes, de Santiago de Cuba... ¡¡¡Los culpaaaableeees deeeeeeeel ritmoooooooo!!!

<p align="center">

Ay de nosotros

círculos rotos

buscando sus extremos

hacia el cielo

</p>

—Oye Carra.

—Dime, Feliluí.

—¿Qué esa no' é la Nacha Cenicerero, la de tus revi'tas?

—¡Coñó mi helmano, que obstinació! Mejor ponte a la trompeta, que ya viene tu acolde.

<p align="center">

Ay de nosotros
siameses absolutos
cortados en el tiempo
para otro tiempo

</p>

Desde la pista, la distinguida señora Ceniceros agita el brazo lleno de pulseras doradas para que el enjambre de abejas judiciales llueva sobre Buentello y a rastras lo reduzca rumbo a la cocina, para al fin sacarlo por la puerta de servicio. Su madre observa la escena desde su traje de limpiabaños. Denle nomás una calentada, pero no me lo fracturen que es lo que más quiero en esta vida, ordena María Máxima con la mirada. Los judiciales casi siempre saben hasta dónde golpear. En la pista, los bongoceros atacan la cumbre de la salsa.

¿Qué tanto le duele al bongó la salsa? Mira Mauricito, los bongós se aguantan como los machos, no lloran ni se quiebran ni se quejan ni sangran ni se fracturan ni sienten quebrarse las costillas ni cierran los ojos ni se cubren el rostro ni se lamentan *in extremis* de lo difícil que será explicarle a Malenita tantas manchas de sangre, aunque también parecieran desmayarse cuando el metal de las trompetas los somete con una andanada de acordes perezpradianos.

-¿Y Mauricio?

-Por él no te preocupes, estará bien.

-¿Y mi bolsa?

-Ya la tienen los muchachos.

-¿A dónde me lleva?

-Ven por aquí, acompáñame.

-Yo no voy a ningún lado sin mi Puerquito.

Un judicial la sujeta por los brazos, otro la amordaza para acallar un grito que estaba a punto de pedir auxilio y así sometida la llevan hasta un rincón discreto en donde la señora Ceniceros agita una ampolleta, carga a contraluz una jeringa e inyecta cinco dóciles mililitros cúbicos de ketamina en el tejido muscular de Malena, que se desvanece en brazos de sus captores.

-Créeme, nuera, lamento hacer las cosas por las malas -dice María Máxima, sacudiéndose la diamantina del traje de afán de limpieza.

<emb/>

Laguna: omisión o hueco en que se dejó de poner algo o en que algo ha desaparecido por la acción del tiempo o por otra causa.

Despierta sin abrir los ojos. No sabe dónde está, no sabe qué hora es, ha perdido su bolsa, no trae ropa interior, apenas un camisón de franela desconocido. Ninguna de sus pertenencias ha sobrevivido la noche, salvo unos cuantos puntos dorados de diamantina sobre su cuello. Como liberados por el bostezo, sus pensamientos emprenden el vuelo y revolotean

tean en torno a la posible ubicación del bosque de coníferas que se adivina por la ventana. La luz decaída de las nubes no sabe gran cosa de sí misma, indecisa entre la tarde o la madrugada. Las ganas de mear quieren levantar a Malena de la cama pero el peso del sedante dificulta los movimientos, que transcurren a un ritmo desusadamente lento para tratarse solo de girar el picaporte, abrir la puerta y entrar en una habitación con muy poco mobiliario, apenas un monitor de televisión, un teléfono y una videocasetera con un mensaje de PRESIONE AQUÍ en el botón de *<i>play</i>*, que Malena pasa de largo porque la tarea de llegar hasta la taza sin perder el equilibrio la absorbe por completo. Un chorrito de orina cae acompañado de un fuerte olor a medicamento. Suena el teléfono. Malena interrumpe la meada, corre, se tambalea.

<i>¿Bueno? Usted ha sido secuestrada. Para conocer el monto del rescate, marque 1. Para conocer las condiciones de su liberación, marque 2. Para escuchar los nombres, direcciones y datos de sus parientes cercanos, marque 3. Para saber lo que les va a pasar si usted no coopera, marque 4. Para saber el tipo de cambio al día de hoy, marque 5. Si usted tiene un teléfono de disco, espere en la línea.</i>

<emb/>

Clon: estirpe celular o serie de individuos uni o pluricelulares idénticos desde el punto de vista genético. Malenita presiona el botón.

La pantalla del televisor se cubre de azul. La voz de Nacha Ceniceros brota del video con el primer plano de su rostro sobre un fondo pared blanca misterioso. Escocés auténtico. Perra. *<i>Usted ha sido elegida para encabezar las investigaciones del Gobierno Federal sobre clonación humana.</i>* La palabra clonación abandona el sonido estéreo del televisor, vibra en el aire, se propaga, entra en sus oídos y aterriza por partida doble en los tímpanos que en carambola neuronal alertan al cerebro para que este vaya por lo bajo y le murmure al alma sus sospechas. *<i>Por sus características particularísimas, su talento en la conversión de una anquilosada empresa pública (Teléfonos de México) en un líder de mercado global, e incluso por su avanzada edad, Donaciano Flores, dueño de Télmex y su red de concesionarias, será el primer beneficiado con una réplica clónica de sí mismo.</i>* El nombre de Donaciano retumba entre sien y sien como un latigazo que se propaga por las células despertando secuencias que la abuela olvidó en los cromosomas de la nieta, genes que la enamoraban por los establos, genes que la mataban en las fiestas de cumpleaños. *<i>El proyecto cuenta con la más alta prioridad, por lo que no habrá techos presupuestales de ningún tipo. Será usted libre de elegir a sus colaboradores, quienes al igual que usted serán vigilados.</i>* Los domingos, abuela y nieta iban a misa y se sentaban en primera fila, muy cerca del padre, a cantar cánticos

con senil falsete y coro de beatas viejas, cada una convencida de cantar mejor que las otras. *<i>Si el proyecto se lleva a cabo con éxito, tanto usted como sus colaboradores serán recompensados abundantemente y obtendrán su libertad. Por el contrario, si el proyecto fracasa, procederemos como si el rescate no hubiera sido cubierto, y usted y su equipo serán eliminados.</i>* Después de misa iban al cementerio a lavar tumbas. Lavaban a abuelito Nabor y a mamá Mercedes. *<i>Debemos advertirle también que hay gente interesada en que esto no prospere. Ellos buscarán sabotear el proyecto a cualquier precio. El equipo de seguridad que le hemos asignado realizará su trabajo con total discreción, su función es asegurarse de que usted no abandone el proyecto ni sea objeto de sabotajes.</i>* También lavamos tumbas de unos cuantos novios que tengo aquí enterrados. De joven era yo muy bonita, tan bonita Malenita, tan bonita como tú. Y tan noviera que mis novios no cabrían en este cementerio ni enterrándolos parados. Recuérdelo. Estamos del mismo lado.

<emb/>

Campanada: golpe que da el badajo de la campana. Sonido que hace.

Escándalo o novedad ruidosa.

Una campana suena en el principio de tu advenimiento. La tocan dos hombres de traje, corbata, casquete corto y chícharo transmisor disimulado en el oído. La secuestrada baja a abrir. Idénticos

como dos gotas de agua, la saludan con cortesía, buenos días, somos sus nuevos guardaespaldas. Le hacen entrega de una maleta negra con ropa interior limpia, champú, jabón, acondicionador, un vestido nuevo, cosméticos y un cepillo para que se desenrede el pelo bajo la ducha, con el rostro de lado y los ojos lejanos entre las líneas horizontales de los azulejos, a través de miríadas de gotas de agua idénticas como dos gotas de agua que saltan de dos en dos de la regadera y de dos en dos caen al suelo cubierto de espuma y puntos dorados de diamantina. En el pelotón de pensamientos que compiten por el monólogo interior de tu madre, dos de ellos toman la delantera. En uno vas tú a toda velocidad, todavía no su hijo, apenas un núcleo celular quiescente al que habrá que fusionar, mediante un impulso eléctrico, con un ovocito eunucleado para obtener una gota idéntica a otra gota de Donaciano. A tu lado, neurona con neurona, rueda con rueda, la niña Malena, y al voltear hacia ella en el fragor de la carrera la ves como mejor la recuerda su nieta, lavando tumbas en el cementerio una mañana cualquiera de domingo. La miras, la miras con esos ojos que aún no tienes y tu naturaleza unicelular se cimbra, las hélices de tu ADN giran, remontan el aire, te levantan en vilo, te llevan hacia un pasado que no es tuyo pero que como un mapa memorial hace constar que ustedes dos se conocieron en un establo a la hora de la ordeña, justo el día en que Bigbanga creó a

la mujer en catorce días y se la entregó a usted para que usted le hiciera la majadería de abrir de mar en mar su escote separando así los adjetivos que dañan de los que prosperan.

<emb/>

Rosario: sarta de cuentas separadas de diez en diez por otras, anudada por sus dos extremos, precedida por lo común de tres cuentas pequeñas. En febrero de 1997, en un artículo publicado en la revista <i>Nature</i> (Wilmut *et al.*, 1997)⁵ se dieron a conocer los resultados de un experimento en donde se muestra que el material genético de las células de un tejido adulto conserva la capacidad de dar origen a un nuevo organismo. Rosa Eunucleada, ruega por ella. En el experimento se cultivaron <i>in vitro</i> 277 células de la glándula mamaria de una oveja adulta de raza Finn Dorset (de cara blanca) que se encontraba en el último trimestre de embarazo. Arca Transgénica, ruega por ella. Tras haber sido cultivadas durante cinco días hasta llevarlas a un estado quiescente, cada una de las 277 células fueron fusionadas, mediante un impulso eléctrico, con sus respectivos ovocitos eunucleados provenientes de una oveja de raza Scottish Blackface (de cara negra). Casa del Citoplasma, ruega por ella. Luego de ser activados con una suave descarga eléctrica

5. I. Wilmut, A. E. Schnieke, J. McWhir, M. Marzio, A. J. Kind & K. H. S. Campbell. "Viable offspring derived from fetal and adult mammalian cells". *Nature*, Volume 385, 810-813, February 27, 1997.

que simula el salto energético característico de la fecundación, los ovocitos de Scottish Blackface y los núcleos de Finn Dorset se fusionan en un cigoto. Espejo de Diferenciación, ruega por ella. De los 277 cigotos fusionados, solo 29 embriones sobreviven. Cuando estos llegan a poseer entre ocho y 16 células (estado de mórula), son implantados en el útero de ovejas Scottish Blackface: solo 13 se implantaron exitosamente. Estrella Mitocondrial, ruega por ella. Transcurridos 148 días, la gestación subrogada de una de las 13 ovejas Scottish Blackface llega a buen término, dando a luz una corderita Finn Dorset de cara blanca y 6.6 kg de peso a la que nombraron Dolly: el primer vertebrado clonado a partir de una célula de un organismo adulto. Torre Quiescente, ruega por ella. Un estudio de cariotipo demostró que la dotación genética de la corderita clonada era igual a la de la oveja Finn Dorset. Virgen Totipotente, ruega por ella. Y diferente a la de la oveja Scottish Blackface utilizada como portadora. Madre del Genoma, ruega por ella.

<emb/>

MADERO> Dibújeme un cordero.

MÉDIUM> Buenas noches, señor Madero.

MADERO> ¿Cómo le fue hoy?

MÉDIUM> Mal.

MADERO> ¿Por qué?

MÉDIUM> Ya estoy harto. Mañana mismo empiezo a repartir mi currículum.

Quiero ser de nuevo un programador.

MADERO> Eso no es posible. ¿Y la beca?

MÉDIUM> Espero perderla.

MADERO> Con el trabajo que me costó que se la dieran.

MÉDIUM> ¿A usted? Pero señor Madero, usted es casi un amigo imaginario.

MADERO> Yo soy un espíritu.

MÉDIUM> Usted es un jáquer que con fines indeterminados pero presumiblemente perversos se ha entrometido en la modesta existencia de un programador, imposibilitándola. Si su estúpida ventana *<i>President Madero is requesting a chat</i>* no se hubiera entrometido aquella noche en mi trabajo, yo no estaría boletinado en el sistema bancario, y si he de ser honesto con usted debo decirle que el único motivo por el que acepto estos chats es porque aún no pierdo la esperanza de encontrar al hijo de la chingada (con perdón) que jaqueó la red del banco esa noche con un virus.

MADERO> No soy un jáquer, soy un espíritu. Y usted no es un programador, usted es un médium escribiendo. Los espíritus se manifiestan en usted a través de la escritura. Mi misión es mantenerlo escribiendo la mayor parte del tiempo, para que esté listo cuando los espíritus superiores lo soliciten.

MÉDIUM> ¿Y si yo soy un médium escribiendo y usted es un espíritu, por qué se toma la molestia de abrir una conexión a internet y buscarme en el chat, en vez de "manifestarse" a través de lo que escribo?

MADERO> Órdenes de muy arriba. Solo espíritus superiores pueden manifestarse a través de usted. Yo nada más cumplo con lo que se me ha encomendado: mantenerlo escribiendo una novela en las mejores condiciones posibles, es decir, con una beca Jóvenes Creadores del Fonca.

MÉDIUM> ¿Y qué ganan los espíritus superiores si yo termino de escribir mi novela?

MADERO> No lo sé. Supongo que en algún momento se expresarán a través de lo que usted escribe, y es por eso que lo quieren escribiendo el mayor tiempo posible.

MÉDIUM> ¿Usted puso el virus?

MADERO> ¡Ya deje en paz el virus! Reconozco que fue un tanto abrupto, pero ha tenido sus compensaciones. La beca, por ejemplo.

MÉDIUM> ¿Quién me dio la beca?

MADERO> ¡Yo, quién más! Tomé posesión del aspirante que llenó la solicitud, de la secretaria que revisó la documentación, ¡hasta de varios miembros de la comisión que atribuye las becas para novela!

MÉDIUM> ¿Y más o menos para cuándo planean manifestarse a través de mí los espíritus superiores?

MADERO> Paciencia. Ya lo sabrá.

MÉDIUM> Oiga ¿y si como un favor muy especial, en lo que los espíritus superiores se deciden a tomar posesión de esta su Virgen María novelista, moviera usted sus influencias allá arriba, no sé, un Balzac, un Tolstoi, incluso Agatha Christie, y los conven-

ciera de pasar unas vacaciones en el cuerpo de un joven programador sano, bien parecido, todo pagado, alimentos, hospedaje, barra libre... ¿qué representa para esos monstruos el pobre capítulo que me falta?

MADERO> No todos ellos son espíritus. No está usted entendiendo nada.

MÉDIUM> ¿Entonces Tolstoi no...?

MADERO> Es largo de explicar. Pero sí le puedo adelantar que Rubén Darío está muy indignado por lo que hizo con su poema en el capítulo tercero.

MÉDIUM> ¿Darío?

MADERO> Hace poco intentó sabotearnos. Se le apareció en sueños al director de sistemas del Banco Unión arrastrando cadenas y gritando ¡recontrátalo y desboletínalo del sistema bancario nacional! Pero ya ha sido sancionado.

MÉDIUM> El Banco Unión. ¡Qué tiempos aquellos! Lo que no diera por estar ahora programando.

MADERO> Pues no está programando. Está escribiendo una novela, muy confusa por cierto. Ya empecé a leer su capítulo cuarto, y me parece que la relación entre María Máxima y Nacha Ceniceros no queda clara.

MÉDIUM> ¿Usted cree?

MADERO> No hay ninguna explicación sobre cómo Nacha Ceniceros, de quien lo único que sabemos es que fue actriz porno de los años setenta entra a trabajar a Télmex y se vuelve la mano derecha de María Máxima.

MÉDIUM> Pues es que no se me ha ocurrido nada. Pero mire, aquí de rápido lo resolvemos: Nacha Ceniceros fue la reina del cuento porno de bolsita de los años setenta, pero cuando el porno migró a las videocaseteras cayó en el olvido y se fue a vivir a Izcalli Ecatepec. Ahí tuvo un hijo (no me pregunte con quién: no es relevante) de la misma edad que Mauricito y Nacha y María Máxima se hicieron amigas. Cuando Donaciano pasa de ser líder sindical de Teléfonos de México a dueño de Télmex durante el sexenio del presidente Salinas (asco), María Máxima adquiere un gran poder y le da trabajo a su vecina, que con un hijo y sin ingreso fijo se las ve muy difícil. ¿Qué le parece?

MADERO> Suena bien. Así lo podría usted escribir. Ultimadamente, usted es el novelista, yo soy solo un espíritu.

MÉDIUM> Usted es un jáquer.

MADERO> Soy un espíritu.

MÉDIUM> Un jáquer.

MADERO> No discutamos. Escribamos, mejor. Que pase buenas noches.

MÉDIUM> Buenas noches, señor Madero.

CHAT MANAGER> "President Madero" has left the room.

<emb/>

Aforismo número uno: el fin último de toda erección es pasarse de verga. ¿Quedará bien esta frase en la novela? No dice nada en realidad. Justo cuando cierro el chat con el presidente Madero (o quien se escon-

da detrás de él) suena el teléfono. Ring ring. Corro a contestarlo. Son MaElena y Bonavena. Qué coincidencia, justo ahora estaba improvisando un aforismo sobre ustedes. ¿Ya leyeron mis tres capítulos? Tienen que hablar seriamente conmigo. Sí, sí. Me invitan al Café de Nadie. Yo apago la ficción de la computadora, me pongo un pantalón real, unos tenis aún más reales y bajo en realidad las escaleras para salir al fresco de la calle Álvaro Obregón a las nueve de la noche, tiempo real.

—Pretenciosa.

—Esquizofrénica.

—Complicada.

—Confusa.

—Larga.

—Aburrida.

—Racista.

—Antiabortista.

—Inexacta.

—Mal escrita.

—No hay personajes.

—No hay tema de fondo.

—Le sobran adjetivos.

—El capítulo primero es malo.

—El segundo es peor.

—Le faltan comas.

—Le sobran alardes vanguardistas.

—Está llena de insultos.

—De mamá no paras de burlarte.

-A mi padre lo difamas.
-Mi personaje coquetea con la homosexualidad.
-El narrador se hace el chistoso todo el tiempo.
-Cae gordo.
-Pero como nunca vas a publicar no nos preocupa.
-Pobre de ti si lo subes al internet.
-Nos preocupas tú.
-Ya no eres el de antes.
-Has cambiado.
-Tantos años de conocernos.
-Desde la primaria.
-¿Por qué no te limitas a la revolución?
-La parte de las gallinas es muy bonita.
-Esa no es de él, es un fusil.
-Ah, ya decía yo.
-La parte del Principito, en cambio, es patética.
-Si no has leído el Principito no se entiende.
-¿Pero quién no ha leído el Principito, mi amor?
-No falta, no falta.
-Aquí tienes tus papeles.
-En rojo marcamos las partes que queremos que elimines.
-La clínica de abortos clandestinos.
-El negro que me manda besos.
-Mi papá masturbándose.
-Yo masturbándome.
-Gordita, morena y chaparrita.
-Porque esas son cosas muy íntimas ¿verdad MaElenita?

—Ya en serio, ¿a dónde crees que te va a llevar todo esto?

—¿Por qué no cambias de giro?

—A cualquiera lo corren del trabajo.

—¿Te imaginas si todos los que pierden su empleo tomaran la misma actitud?

—El mundo estaría lleno de novelas malas.

Al regresar del Café de Nadie me encuentro un recado en la contestadora. Es la mamá de Bonavena. Me pide que por favor, si veo a su hijo, le recuerde que hoy le tocan sus vitaminas. Aforismo número dos: el fin último de toda realidad es pasarse de novela.

Del catálogo de miembros desprendidos, o de cómo se va deshaciendo Donaciano, el segundo de ellos:

<h1 align="center">

UN LEUCOCITO

</h1>

En los Laboratorios Frontera Vital hay filas de enfermos con grandes sobres en las manos, algunos inciertos de sida, otros con el costillar recién radiografiado, algunos más con las venas punteadas de rojo, o frasquitos de caca abochornando la bolsa derecha del saco. Un altoparlante nombra a cuentagotas sus apellidos. Normal. Sin embargo, al traspasar la frontera del SOLO PERSONAL AUTORIZADO, sorpresa: no hay batas blancas, no hay tubos de ensayo llenos de sangre, no hay microscopios ni muebles ni consultorios. ¿Nada? pregunta Malenita

incrédula, nada, responde Nacha Ceniceros, ninguno de esos que ves allá afuera están enfermos, son actores pagados por nosotros para que nos cubran de los curiosos. Tu verdadero laboratorio va a estar en la azotea, con todo lo que tú pidas. ¿Todo lo que yo pida? Así es, lo que tú pidas.

-Personal

+1 bióloga del desarrollo experta en fecundación *in vitro*

+1 médico genetista

+2 técnicas expertas en cultivo celular

+1 técnica en micromanipulación de ovocitos

-Equipo

+1 secuenciador de ADN

+2 microscopios de contraste de fases Nikon

+laminillas

+2 gabinetes de seguridad nivel III

+1 incubadora para embriones con control de temperatura, CO₂, humedad

+1 microscopio invertido Zeiss

+micropipetas de 1µl, 2µl, 10µl, 100µl, 2001µl

+termociclador para PCR

+micromanipulador para fecundación *in vitro*

+1 cafetera

+pósters decorativos con reproducciones de Gustav Klimt

+4 equipos de cómputo

+1 impresora

+papel para impresora

La lista no termina ahí, ni es la única que Malenita va a hacer para tener a punto la Fábrica del Embrión Dorado. Se necesitarán muchas listas como esa, porque son esas listas las que echan a andar la maquinaria burocrática que transfigura partidas registradas en Télmex como “donación para la compra de 24 000 libros de texto para los estudiantes de primaria de Ahuacutzingo, Guerrero” en la alquimia tecnológica necesaria para que hada Malena obtenga una gota idéntica a otra gota de Donaciano.

<emb/>

—¿cómo ves mi lista?

—te faltan unas cosas y te sobran otras. Tequisquiapan. ¿Quieres ir al baño?

—sí

—me voy a estacionar acá

—¿tú no quieres ir?

—no, yo estoy bien, pero déjame la tablet: voy a seguir leyendo... ¿qué sigue?

—van a secuestrar a Malenita

—¿cuál de todas?

—Malenita1970

—¿la bióloga?

—es que MaElena (el referente real) también es bióloga

—tenemos un problema de notación

—recapitulemos: Malenita1907 es la niña Malenta, Malenita1970 es la que clona a Dolly en Edimburgo y MaElena es el referente real

-como si tu relato no estuviera lo suficientemente enredado, metes a los referentes reales

-me gustaba lo complejo

-compleja la embriología: lo tuyo solo es complicado

-voy al baño

<emb/>

Los judiciales saludan con un mohín respetuoso al paso de la camioneta. El portón se abre hacia un camino flanqueado de jacarandas. Al cruzar el umbral, la ansiedad se apodera de los signos vitales de tu madre, el peso de su respiración se hace evidente, la prisa toma por asalto el ritmo de sus venas, su corazón se echa a correr detrás de algo indeterminado y los varios cursos de su pensamiento piden la palabra al unísono para convencerla con monólogos apresurados de sabrá Dios qué cosas. En las paredes de la sala, una colección de fotos da testimonio del lugar que Donaciano se ha ganado ya en la Historia: sucesión de imágenes de presidentes de todo el mundo estrechando su mano. ¿Este era el hombre que había perseguido a abuelita Malena? No lo parecía, no en las fantasías de tu madre que lo imagina color sepia, con cananas y sombrero revolucionario. Mira Malenita, ese viejito me correteaba cuando éramos chamacos, entonces tenía todavía las dos orejas, y en el recuerdo de tu madre aparece el Donaciano en blanco y negro al que escrutaba sobre el papel periódico buscando el hoyo ciego de la oreja, con el mismo

morbo infantil con que ahora busca algún atisbo de la cicatriz en la galería de fotos oficiales, tomadas todas desde un minucioso perfil izquierdo. Mire don Dona, le presento a la doctora Marzio, dijo María Máxima desde la empuñadura de la silla de ruedas.

—¿A quién?

—A la doctora Marzio —María Máxima tenía que forzar su espíritu para denominar anteponerle el título de doctor a esa *naca* de la que, inexplicablemente, su Mauricito se había enamorado tanto.

—¿La que me va a clonar?

—No creo que sea buena idea expresarlo así en voz alta, don Dona.

—¿Para qué fingir?

La mirada de Donaciano barre a tu madre de arriba a abajo, registrando su atuendo en el escáner socioeconómico a la caza de algún distintivo con que los de arriba ubican si una persona pertenece al ínfimo círculo del multibillonariado. Malenita no traía nada: jeans, tenis converse rojos, sudadera con capucha negra y logo de la universidad de Edimburgo. Donaciano, en cambio, vestía un traje Dior tallado a la medida, color beige con corbata de seda roja y zapatos de cuero italiano que María Máxima había escogido especialmente para él: sobre sus labios se delineaba el bigotito mexicano característico de su personaje, el todo coronado por un estrepitoso gorro de dormir azul, única prenda sobreviviente del naufragio matutino de su pijama.

—A ver, don Dona, présteme su gorro, yo se lo guardo, ¿qué va a decir la doctora?

—Que soy un millonario excéntrico, como Salvador Dalí.

—Ándele, don Dona, deme el gorro.

—No María: el gorro es un distintivo de que soy un viejo loco: déjemelo ahí. ¿Qué estudios me va a realizar, doctora?

—Por el momento solo me gustaría entrevistarme con usted.

—Pase por acá.

El magnate y dueño de la empresa de telecomunicaciones más grande de Latinoamérica deslizó con sus brazos la silla de ruedas hacia los ventanales para darle la espalda a las mujeres y picarse discretamente la nariz. María Máxima se acerca a él y le susurra en secreto:

—Don Dona, no haga cochinas delante de la doctora.

—Déjame en paz, María —responde Donaciano también en secreto.

—¿Y si paseamos por el jardín, doctora? Déjanos solos por favor, María Máxima: la doctora va a empujar mi silla de ruedas por el jardín. Mira qué bonito está el sol.

—¿No me quiere dejar su gorro, don Dona? Le va a dar calor.

—Ah cómo insistes. Toma el gorro, pero péiname antes de salir, no me vayan a sorprender los paparazzis despeinado, ¿verdad, doctora?

María Máxima llama por un radiotransmisor a los guardaespaldas de Malenita, quienes más que guardar su espalda aseguran que no huya del proyecto de clonación en donde la tienen, gentil, amable y superbienpagadamente secuestrada.

La empuñadura de la silla de ruedas de Donaciano es de un cuero muy suave al tacto.

—¿Por dónde nos vamos?

—Tome hacia la derecha. Le voy a enseñar el mausoleo.

—Mi abuelita me hablaba de usted cuando era chiquita.

—¿Ah, sí? ¿Y qué decía de mí: cosas buenas?

—Sí.

—Vayamos al grano: lamento mucho la forma, un tanto cuanto brutal, en que la *convocamos* para este puesto de trabajo... —Malenita escucha con cierta sorpresa el discurso ágil de Donaciano. Se esperaba un anciano incoherente, con un habla rica en giros lingüísticos arcaicos: la forma de hablar de los abuelos.

—Desde endenantes ya quería yo que alguien me ayudara con mi problema de salud, y cuando María Máxima me puso su currículum sobre la mesa y me dijo que usted acababa de clonar a la oveja esa allá en Irlanda, yo pensé: quizás esta chamaca me puede curar mi problema.

—Escocia.

—Eso, Escocia.

—¿Y cuál es su problema?

—Usted seguramente va a pensar que estoy nublado de mis luces de inteligencia, y no será la primera persona que lo crea. Figúrese usted que no me puedo morir. Lo he intentado de todas las maneras posibles, suicidio, despeñamiento, balaceras, y nomás no se logra. Si por lo menos me quedara joven y esbelto como el de la novela aquella... ¿cómo se llama? La que escribió el homosexual aquel... ¿se fija como me falla la memoria?

—Dorian Gray.

—¡Ese! Si por lo menos permaneciera joven, guapo y fuerte como Dorian Gray, pues no me quejaría, pero míreme usted: soy una pasita.

—Yo lo veo muy bien.

—Sí, porque seguramente piensa: *<i>qué bien conservado y lúcido está este viejito</i>* pero estoy lleno de achaques y esto ya no es vida para mí. Ya logré casi todo lo que quise: hice la revolución, dirigí un sindicato, compré una empresa, me volví rico. Es verdad que hay cosas que no me salieron: su abuelita, por ejemplo: nunca la pude enamorar, y cuando la fui a encontrar acababa de fallecer. Pero bueno, en la vida uno no puede tener todo lo que quiere, ¿verdad?

—¿Y cree entonces que la clonación le puede ayudar a morirse?

—¡Sí! O lo contrario: a revivir de otra manera, más joven y fuerte. ¿Pero qué tal que si usted me

clona, el embrión nuevo... la copia clónica de mí, quiero decir... hereda mi condición de inmortalidad, y yo me libero al fin y puedo descansar en paz? Fíjese usted que la mayoría de los millonarios con los que convivo sueñan con esto que a mí me aqueja: la inmortalidad. Esa es la última frontera por capitalizar: la muerte, y no dudo que algún día lo logren y realicen al fin su sueño: acabar con el relevo generacional y quedarse para siempre ahí arriba, gobernando tiempo y espacio, como vampiros, pues. Por eso, cuando se mueren, contratan carísimos servicios de criogenia, para ver si algún día los reviven. (Yo solo he recurrido a la criogenia una sola vez, al rato le cuento el pormenor.)

—La verdad, para esta historia de la inmortalidad, yo sinceramente le recomiendo que consulte a alguien especializado en geriatría. Yo no soy geriatra, es más, yo ni siquiera soy médico, yo soy bióloga. Voy a saltarme todas las barreras éticas de mi profesión con tal de practicar este proceso de clonación humana porque me están obligando: me tienen amenazada, amenazaron también a mi novio y a mi familia, y pues la verdad, ya viéndolo de cerca, creo que usted es una mierda de persona que acaso no entre dentro de la categoría de daño humano por clonación. Esto no significa que vaya yo a realizar el experimento de manera poco profesional. Metodológicamente el procedimiento incorporará ciertas mejoras al que aplicamos con las ovejas. Una vez el

embrión implantado en la donadora del ovocito, mi trabajo termina y espero recuperar mi libertad.

—Ay, cariño, ¿no te han dicho, verdad? No tenemos donadora ni vientre de alquiler. Tú, nieta de mi Malena, eres la mera_mera. El equipo médico tiene órdenes de implantar mi semillita en tu pancita: la mamá de mi embrión vas a ser tú.

<emb/>

Bigbanga creó a los ancianos en la azotea de los Laboratorios Frontera Vital. Como ya va siendo tradición, la creación le tomó varios días:

Día uno: Bigbanga comanda un deterioro general de células somáticas, la piel se balancea como derritiéndose en la gravedad de su peso, el tacto se marchita, verrugas seniles brotan sobre las sienes y el dorso de las manos (verrugas de chocolate de tanto comer chocolate, decía Mamá Malena).

Día dos: Un temblor con epicentro en Parkinson abre grietas sustanciales en el ritmo.

Día tres: Un viento bíblico hace volar las paredes de la memoria y deja la casa en ruinas, habitada apenas por los damnificados sin rostro del Alzheimer.

Día cuatro: Al cuarto día el ingenio divino envenena la sangre con el dulce caramelo de la diabetes.

Día cinco: Una tormenta de lípidos inunda ductos y cañerías. Hartas de triglicéridos, las arterias le voltean la espalda al corazón.

Día seis: Bigbanga propaga una plaga de sinrazón por sus tribus, las células pierden el buen juicio y se entregan a la borrachera y a la orgía. Pandillas motorizadas por la metástasis aterrorizan los caminos y durante la noche hacen fogatas en torno a algún tumor maligno para cantar la extinción del cuerpo con estrofas muy castigadas por el apocalipsis.

Día siete: Donaciano llega muy temprano y en ayunas a los Laboratorios Frontera Vital. En la Fábrica del Embrión Dorado le practican una tomografía, un electrocardiograma, un estudio audiológico, un estudio óptico, le toman la presión, lo pesan, lo miden, le toman muestras de excremento y de orina.

Toca el turno a la muestra de sangre, pero las venas se ensimisman y la enfermera lo tiene que picar varias veces. A lo mejor ya se me cansó la sangre, ¿y si mejor lo dejamos para otro día?

Día ocho: Tu madre se adentra en las cañadas del electrocardiograma, cruza la zona sísmica al centro del músculo cardiaco sin detenerse ni levantar los ojos porque esas oscilaciones le son familiares: un temblor con epicentro en la niña, la niña Malena.

Día nueve: Desde la hipófisis se ve el atardecer cerebral de Donaciano. Tonalidades rabiosas, paisajes de tomografía, recuerdos, pasado, Villa y Perfecto Urbina, fogatas y burdeles, el machete en

alto de Azcárraga, el tejido sordomudo de Juanita, las ubres de Federica. Y en el cenit del firmamento, los dos pezones precoces de la niña brillan como luceros.

Día diez: Se ha perdido. A pesar del doctorado, a pesar de su pronunciada experiencia metodológica, a pesar de los microscopios de contraste de fases, tu madre se ha perdido en los giros ulcerados, en los ires y venires, vueltas en S, vueltas en U, del intestino de Donaciano, que súbitamente se ve inundado por una nube de nervios y mariposas con los ojos de las alas resplandecientes, como si volaran mirando el rostro de la niña.

Día once: Una cascada por donde cae con tristeza el PH alcalino de su orina. De la espuma brotan malos humores de santuario avinagrado a la espera sin fin de un encuentro con Malena.

Día doce: Tu madre Niña, tu madre Pinta y tu madre Santa María navegan por las siete sangres de Donaciano, enfrentando viejos glóbulos de mar rojos y blancos hasta que al fin encuentran isla y tesoro: el leucocito del que serás, embrión dorado, concebido.

Día trece: Más que un diagnóstico, los estudios arrojaron una fábula: érase una rosa que flotaba a la deriva en el torrente sanguíneo de un baobab. Érase un hada blanca que por varita mágica llevaba una jeringa. Un día el hada se perdió entre los inmensos brazos del baobab. Ayúdame a salir,

pidió el hada. No, hasta que me cures, suplicó el baobab y entonces el hada lo hizo prometer que la dejaría salir si encontraba a su Malena, porque el hada era buena como las hadas buenas, y así montada en su promesa entró en las venas del baobab que eran de un ancho infinito como el mar salado. Ahí, coagulada de miedo, halló un lejano recuerdo de Malena (un primer beso de labios, faringe y lengua en un burdel de Parral, la víspera del asesinato de Francisco Villa). Déjame salir, he encontrado a tu Malena, le dijo el hada pero, traicionero como todos los baobabs, este incumplió su promesa y la condenó a vagar sin fin en el laberinto de sus venas hasta juntar mil y un recuerdos de Malena y formar con ellas un rosario (Virgen de la aberración cromosómica, ruega por ella) que lo acompañara y lo aliviara del profundo aburrimiento de lo eterno.

Día catorce: Donaciano amaneció de excelente humor. Convocó a una conferencia de prensa para contradecir las falacias que el sindicato de telefonistas propagaba acerca de una supuesta amenaza de huelga en Télmex; ante los medios hizo alarde de lucidez y aún se dio el lujo de poner en ridículo a un corresponsal extranjero que le hacía preguntas sobre los rumores de malversación de fondos en la HTML. En la casa del Pedregal, Malenita lo esperaba. No tuvieron que picarlo varias veces para encontrarle la vena: el tubo se llenó de sangre como si los glóbulos hubieran sido hipnotizados por la aguja. La

comida ya está lista ¿come la doctora con nosotros? No María, mejor deja que la doctora me lleve a dar un paseo, mira qué verano hace allá afuera.

Malenita tomó la silla por la empuñadura, para allá, donde las jacarandas, la voy a llevar a que conozca mi mausoleo. ¿Para qué quiere usted un mausoleo, don Dona, estando tan sano? No es solo para mí, ahora verá, y un sudor nervioso acarició la palma de sus manos y el sol de verano cayó rotundo sobre el mármol, mírelo, ahí, ¿verdad que es bonito? y del rincón más inallanable de su silla el teniente y general y nonagenario multibillonario magnate sacó una llave que metió en la cerradura y giró dos veces con su mano veteada de manchas seniles, verrugas de chocolate de tanto comer chocolate, o tú qué harías si al cruzar el umbral un fuerte olor a extremaunción retumbara en el tambor ruega por ella de tu olfato y doblaran de hielo las campanas y volvieran las oscuras golondrinas de aquel cumpleaños globos serpentinas: leche blanco mármol lácteo leche, ahora las llaves de la cripta, ayúdeme, viera doctora que no estoy nada bien, desde hace tiempo no me logro morir, y mire que lo he intentado, pero cuando me muero nomás no me muero, se muere un negro salido de quién sabe dónde y a mí por mi parte me dan unas crudas de muerte, usted no se imagina el daño que me hace morirme, mire, venga para acá, asómese, le presento a mi niña: mírela: mucho huyó de mí cuando estaba viva, ni modo que la

dejara escapar así nomás después de muerta, mejor me la robo y la congelo, no se ensombrezca amiga, levántese, no llore, el suelo está muy frío, le va a dar gripa. Tengo además un jardinero que la viene a regar todos los días como a una planta, le pone nitrógeno para que no se pudra, porque imagínese usted que llegamos al punto en que la ciencia la puede revivir y yo con mi niña podrida, ¿qué vergüenza, verdad? pero eso no va a pasar, mi niña va a llegar rozagante, bien cuidada, bien alimentada, para que así me la puedan traer de regreso y podamos al fin incendiar juntos cien haciendas. ¿Se imagina? Lo bonito que sería tener a alguien con quién morir. A veces tengo pesadillas y sueño que María Máxima se pone celosa y me tira el cuerpo congelado de mi niña a la basura: ¿se imagina? ¿Qué sería de mí sin ella?

Día quince: Malenita sufrió un desmayo en el mausoleo. Tres ambulancias y una suburban infestada de judiciales la transportaron al exclusivo hospital privado en donde la élite político_empresa-rial recibe atención médica. Ahí amaneció con fiebre, monólogos y delirio. María Máxima autorizó una breve visita del doctor Marzio y Buentello. A su Mauricito le permitió la mitad del tiempo que al doctor Marzio. No soportaba ver juntos a su hijo y a su nuera. Si por mí fuera, yo ya habría alejado a esa <i>india, gorda, chaparra y fea</i> de mi Mauricito. ¿Por qué se fue a enamorar de esa <i>naca</i>, teniendo a su disposición tanta chica rubia, alta y

de ojo claro? Mejor pensar en otra cosa: ahorita la *naca* con doctorado es la niña de los ojos del señor Donaciano. La fiebre va y viene. Los doctores se ven preocupados. Qué bueno. Que sufra. Que ya no se despierte: así matamos dos *nacayotas* de un mismo tiro: la *naca* se aleja de mi hijo y se aborta esa mamada de proyecto de clonar al señor Donaciano.

Para beneplácito de María Máxima Meza Marañón, la *naca* permanece internada seis días. Buentello y el doctor Marzio la visitaron a diario.

Día veintiuno: La fiebre cede. El monólogo se extingue. Malena despierta lúcida. Con voz muy débil, apenas audible, llama a Buentello:

—Ven Puerquito, te voy a decir algo, pero no se lo vayas a contar a nadie.

—Dime, Puerquita mía.

—Voy a ser mamá.

<emb/>

Las coincidencias suelen preferir la realidad a la literatura. Si yo digo aquí que Pancho Villa y Miguel Trillo encontraron a la verdadera niña Malena cuando solo buscaban a una prostituta que fingiera ser Malena, esto no es creíble porque en la literatura las cosas no son tan sencillas. No es fácil reproducir la desfachatez de la realidad en una novela. Si por el contrario yo escribo que Bonavena me llama por teléfono y me cita en el Café de Nadie, esto sí es creíble y yo no tendría por qué valerme

de artificios literarios para hacerlo verosímil. El Café de Nadie es un lugar muy conocido ubicado en la calle de Álvaro Obregón, colonia Roma; Mauricio Bonavena es mi amigo desde el cuarto año de primaria y en él me inspiro para escribir las partes correspondientes a Mauricito Buentello, siendo el personaje profundamente desagradable a ojos y lectura de su referente real, según me fue aclarado en este mismo lugar hace unos días. Pero ahora Bonavena exhibe una sonrisa de oreja a oreja, de tiro de esquina a gol olímpico, una sonrisa que no vale la pena seguir adjetivando de tan contundente. ¿Qué pasa? le pregunto y Bonavena pide dos cervezas, las dos cervezas de siempre desde donde desatrincheramos nuestras respectivas confidencias. La semana pasada era el hombre más ofendido de la colonia Roma a causa de mi novela, hoy me pregunta si quiero cacahuates desbordándosele la sonrisa.

—¿Qué te pasa, por qué tan contento?

—No me lo vas a creer (más sonrisa), ocurrió un milagro.

—Déjame adivinar. Te ascendieron de puesto en la aseguradora.

—Frío.

—MaElena se sacó un contrato posdoctoral en Edimburgo.

—Frío.

—Se te apareció el *President Madero asking for a sheep* y te corrieron de la aseguradora.

—Congelándose. Piensa, piensa, ¿qué es lo mejor que le pudo haber pasado a alguien como yo?

—Se murió tu mamá.

—No mames.

—Me rindo.

—Recibí una llamada de un club. Quieren que los dirija.

—¿Un club de qué?

—Un club de fútbol de la tercera división. El Club Deportivo Ixmiquilpan. Quieren que sea su director técnico adjunto.

La cerveza se me atraganta entre cacahuates. Un cosquilleo baja por mi antebrazo derecho y queda pendiente de mis dedos. Eso ya lo escribimos, piensan mis dedos mientras roban otro cacahuete del plato hondo.

—¿Te das cuenta?

—Sí, es como un sueño.

—Digo que si te das cuenta de que eso yo ya lo había escrito.

—¿Qué?

—Lo del Ixmiquilpan.

—¡Ah, chingá!

—Está en el Capítulo Número 1bis de mi novela, esa que tanto les cagó a ti y a Malena.

—Ah, pero en tu novela es otro equipo... ¿Constructores de algo?

—Constructores de Gómezpalacio.

—Eso... aunque en realidad quien la leyó con calma fue MaElena... Yo solo la hojée. Creo que exageramos

un poco en nuestra crítica. Un día de estos la voy a leer, en el fondo siempre he creído que tienes futuro como escritor. Ya la leeré cuando tenga tiempo, ahora estoy ocupadísimo, necesito ojear laterales y medios de contención.

<emb/>

MADERO> Dibújeme un cordero.

MÉDIUM> Buenas noches, señor Madero.

MADERO> ¿Cómo le va?

MÉDIUM> Mal. Muy mal.

MADERO> ¿Qué pasa?

MÉDIUM> Nombraron a mi amigo Bonavena entrenador adjunto de un club de fútbol de la tercera división.

MADERO> Sí, desde el capítulo primero.

MÉDIUM> No estoy hablando de la novela. Hablo de la realidad.

MADERO> ¿Y qué tiene eso de extraordinario?

MÉDIUM> ¿No lo entiende? Eso yo ya lo había escrito.

MADERO> La vida imita al arte, estimado amigo. ¿En qué equipo contrataron a su Buentello?

MÉDIUM> Bonavena. Mi amigo se llama Mauricio Bonavena.

MADERO> Eso... Bonavena. ¿En qué equipo lo contrataron?

MÉDIUM> Ixmiquilpan Fútbol Club o algo así. ¿Entiende usted la gravedad del asunto? La suerte del Bonavena real comienza a calcar la del Buentello ficticio.

MADERO> Yo ya se lo había advertido: usted es un médium escribiente, tarde o temprano los espíritus superiores se iban a manifestar a través de usted.

MÉDIUM> Pero esto me parece muy grave. Me preocupa.

MADERO> El médium escribe lo que el espíritu le dicta. La calidad de los mensajes que llegan a través de un médium depende del grado de evolución del espíritu. Probablemente esos espíritus han evolucionado a un grado tal que quizá son capaces hasta de...

MÉDIUM> ¿De qué?

MADERO> De predecir el futuro.

MÉDIUM> Yo no creo en esas cosas. Soy un escéptico. ¿Qué se supone que debiera yo sentir cuando los espíritus me solicitan?

MADERO> Los tratados dicen que el médium escribiente siente un impulso en la mano (la corriente fluídica) que la hace moverse a pesar suyo.

MÉDIUM> Lo único que siento al escribir es nostalgia por mi antiguo empleo.

MADERO> Tómelo con calma. Usted mismo irá asumiendo su médiumidad. Con el tiempo va a comprender la naturaleza del mensaje que los espíritus desean transmitir a través de usted. Esto no es más que el comienzo.

MÉDIUM> Cada vez escribo menos. El miedo me paraliza. Me lo he empezado a tomar en serio.

MADERO> Pues no lo parece. A la parte en donde Malenita se encuentra con su abuela en el mausoleo

que le construyó Donaciano le falta mucho. Creo que insiste usted demasiado en lo de la conservación del cuerpo de la abuela Malena en nitrógeno líquido, descuidando así el trauma que pudiera representar para ella el plantarse frente a esa abuela de cuya muerte siempre dudó. Eso del desmayo y la semana internada en Médica Sur me parece muy fácil. Además, ella no opone resistencia alguna cuando la condenan a autoimplantarse el embrión dorado.

MÉDIUM> Originalmente había pensado que Malena se enamorara de Donaciano, pero me pareció mejor idea que decidiera consumir en su vientre el amor frustrado de su abuela.

MADERO> ¡¡¡¿QUE MALENA SE ENAMORARA DE DONACIANO? Qué absurda idea! ¿Cómo una chica de treinta y tantos, que tiene una publicación en *Nature*, se va a enamorar del cerdo sindicalista que la tiene secuestrada y está a punto de arruinar su carrera científica con un gravísimo lapso ético?

MÉDIUM> Pues sí. En eso tiene razón. Pero yo pensé que podía hacer que Malena nieta idealizara tanto al galán de su abuela que acabara enamorándose de él.

MADERO> Pues la tal idealización no se ve en el texto. En realidad su novela es de una oscuridad extraordinaria: transcurre de espaldas al lector y uno acaba viendo muy poco. Escribe usted con demasiada prisa. ¡Y esa lista de días, por Dios! Qué repetitivo es usted. El recurso funcionó bien en el capí-

tulo segundo, pero aquí, entre poesía barata y tropos rebuscados no hay quién entienda lo que sucede.

MÉDIUM> Voy a trabajar esa parte.

MADERO> Eso espero. Que pase usted buenas noches.

MÉDIUM> Espere señor Madero... no se vaya.

CHAT MANAGER> "President Madero" has left the room.

<emb/>

La nueva directiva de los Constructores tenía por programa invertir lo necesario para llevar a Gómezpalacio a la 2a división. Para mostrarle al mundo que los Constructores ya no eran un equipo de tercera, Buentello invirtió un inusitado esfuerzo en negociar el préstamo de una joven promesa brasileña del Esporte Club Bahía: Epaminondas pidió dieta especial, cuarto especial, entrenamiento especial y una serie de caprichos que la directiva se esmeró en cumplir escrupulosamente. Justo lo que necesitamos, una diva, pensó Buentello.

Malenita lo visitaba poco en Gómezpalacio. Entregada como estaba a su trabajo en los Laboratorios Frontera Vital, a veces ni los fines de semana tenía libres, y cuando los tenía llegaba a Gómezpalacio exhausta, en una Suburban con vidrios polarizados, solo para dormir día y noche a pierna suelta, con episódicas interrupciones destinadas a intentar el amor con su Puerquito (por lo general sin éxito), comer enchiladas estilo Durango y, de mala gana, asistir al estadio, siempre ataviada con los colores de los Constructores de Gómezpalacio, puntualmente

resguardada por los dos flamantes guardaespaldas que sus nuevos empleadores habían contratado para ella. Su discreta presencia no pasó inadvertida para Buentello, quien a veces perdía la erección durante el sexo pensando en que quizá Malenita se los cogía porque eran más altos y sin duda tenían la verga más grande que él.

La depresión de Malenita era invisible para Buentello, quien sumergido en las cuestiones futbolísticas, tenía poco margen de atención para su cada vez más lejana Puerquita. Una noche, en las enchiladas potosinas, en un momento en que los guardaespaldas se encontraban a una distancia suficiente para no escuchar la conversación, Malenita le susurró su desesperante situación a su novio, Mauricio Buentello: tu mamá me tiene secuestrada, tengo que clonar a Donaciano Flores, si el proyecto fracasa me eliminan, no tengo libertad: este par de payasos me siguen para todos lados. Buentello tenía entonces dos opciones: creerle, hacer equipo con ella y tramar una ruta de escape, o (reacción masculina por antonomasia) pensar que estaba loca, que seguramente estaba a punto de reglar y que las hormonas provocaban distorsiones neuróticas en su percepción. Esto aunado a que Buentello estaba convencido de que su madre sería incapaz de tales atrocidades: ella era la pobre secretaria vieja de un hombre importante: ¿de dónde saca Malena que mamá es capaz de secuestrarla, si mamá la detesta con toda el alma

y lo que más desea en esta vida es tener a su nuera lejos?

¿Qué hago en este lugar, con este pendejo que ni me ve ni me oye enfrente?, pensaba Malena pero su agotamiento profesional, personal y corporal era tal que el solo hecho de imaginar una separación de Buentello le provocaba un inconmensurable vacío energético. Prefería entonces pensar en el posdoctorado tunecino al que se había cogido y de quien que se medio había enamorado en el Instituto Roslin de Edimburgo. Cuando todo esto termine, con el dinero que me den por haber empeñado mi ética científica, me voy a ir a una isla del Pacífico. Con ese pensamiento en mente, Malenita posó los cubiertos sobre sus enchiladas estilo Durango, dijo voy al baño y salió por la puerta de atrás del local para esconderse en las calles de Gómezpalacio con la intención de huir a Estados Unidos. Intención vana: con ayuda de la policía local, Buentello y los guardaespaldas la localizaron en menos de media hora en la estación de autobuses. ¿A dónde podría haber huido? María Máxima tenía resguardados en la Ciudad de México su pasaporte y su visa americana. Y Buentello, al fin y al cabo buen hijo de María Máxima, depositó la huida en la cuenta racional de la crisis premenstrual. Al llegar ambos al hotel, Malenita llorando desesperanzada, él ensimismado en sus reflexiones futbolísticas, dedicaron la noche a pelear a gritos sin preocuparse por la opinión de la pareja de guardaespaldas que flanqueaba el cuarto de hotel.

La más funesta consecuencia del intento de huida de Malena fue que en su siguiente visita a Gómezpalacio llegó acompañada no solo por los guardaespaldas, sino también por la bruja de su suegra, fuente de todo mal. A María Máxima le tomó menos de quince minutos entender la situación: su hijo y la *naca* de su nuera estaban al borde de la separación (imagine aquí el lector una sonrisa de villana de Disney dibujada con labial rojo en el malévolo rostro de la madre). En su inconmensurable omnisciencia de madre posesiva, también entendió que su hijo estaba a punto de sucumbir a un lapso homosexual con el futbolista brasileño de los Constructores de Gómezpalacio, el *negro* ese. En circunstancias normales, María Máxima habría entrado al vestidor de los Constructores sin ningún recato y habría tomado a su Mauricito de las orejas para reprenderlo delante de sus jugadores por *puto* y le habría hecho jurar frente a una imagen de la Virgen de Guadalupe que iría a terapia de conversión para homosexuales en ciernes hasta redimirse matrimoniándose con una rubia de *ojo claro* de la clase alta duranguense. Pero no lo hizo. Prefería que su hijo fuera *joto* a que desmejorara para siempre la *raza* con una *india*.

Conforme se fue enamorando de Mauricio Buentello, su segundo entrenador, el goleador Epaminondas Gonçalves Conselheiro comenzó a marcar goles. Es decir, comenzó a meter goles hasta que pudieron co-

ger. Ocurrió justo después de la visita conjunta de María Máxima y Malena, que había concluido con una patética noche en vela en donde Buentello intentó sin éxito lograr una erección penetrable ante la apatía, el cansancio y el sueño de su novia. Malena recuerda con hartazgo esa noche triste en que Buentello no cejó en su esfuerzo por embadurnarla de lubricante y frotar contra sus nalgas, sus senos, su vientre un órgano reproductor permanentemente indeciso entre flacidez y dureza.

—Ya déjalo, Puerquito.

—No, pérate, orita lo logro.

—Nadie te lo está pidiendo: te estás obligando solo.

—Pérate, orita sale.

<emb/>

Al día siguiente, mientras Máxima, Malena y los guardaespaldas abordaban la suburban que los llevaría al aeropuerto de Torreón, la madre le dio un beso de despedida al hijo, atrayendo con sus manos de uñas largas y rojas la nuca de su retoño hacia ella con cierta violencia (que a ojos externos podría bien confundirse con amor), y le dijo en secreto, susurrándole abusivamente al oído:

—Ya sé que andas de *puto* con el futbolista *negro* de tu equipo. No te dije nada porque respeto mucho a tu novia. Nada más no se te vaya a distraer la moral con él, porque te me vas directo a una terapia de conversión para *jotos* en

Los Ángeles, y me va a importar una mierda tu trabajo de mierda en esta mierda de equipo sin futuro.

—Mi trabajo es muy digno —tartamudeó Buentello, intentando deshacerse de la mano materna sobre su nuca.

—Cuando dirijas al Santos de Torreón de la primera división me avisas.

Canónicas lágrimas edípicas inundaron el corazón emocional de Mauricito con esa rabia, esa impotencia y esa simultánea sed de reconocimiento que tan bien conocen los hijos únicos.

Canónicas lágrimas edípicas inundaron el corazón emocional de Mauricito de la rabia, la impotencia y la simultánea sed de reconocimiento que tan bien conocen los hijos únicos **¡No necesito nada de ti!** hubiera querido gritar a los 4 Edipos, pero la sola posibilidad de que su mamá lo dejara de mimar (así fuera sólo simbólicamente) lo petrificaba en el silencio y la sumisión. Cuando volteó para despedirse de Malenita, ella identificó de inmediato la lona humillatoria en donde los juicios de María Máxima solían dejar, noqueado e inconsciente, a su hijo, pero no tuvo energía para reanimarlo ni tampoco para sacarlo de ahí, como habitualmente lo hacía. ¿Qué hago yo, coautora de un artículo en *Nature*, de novia de este pedazo de pendejo que ni siquiera puede responderle a su madre como se merece? Rápido dio con la respuesta: necesito que este pendejo siga enamorado de mí, porque a través de él puedo tener influencia

sobre su chingada y poderosísima madre y sobre su aún más poderoso jefe, así que no me voy a separar de él mientras los priistas me tengan secuestrada.

Cuando Buentello volteó hacia ella para despedirse con el tradicional besito en la boca abstracto, sin valor sexual alguno, de quienes se quieren pero ya no se cogen, ella le dio la réplica: le puso amorosamente ambas manos sobre la nuca y lo besó con toda la lengua, como reviviendo por un lado aquel amor adolescente en donde se habían conocido y primero enamorado, y por otro inequívoco lado enviando un mensaje a mamá: *<i>mira quién manda aquí</i>*.

Esa misma noche Buentello cogió con Epaminondas. En sus labios gordos, en sus goles geniales, Buentello no tenía que forzar nada. La sangre por su parte corría de un lado a otro hinchando sin obstáculos su recién descubierta libertad. Él nunca se hubiera atrevido a pronunciar la frase (*<i>a
lo
mejor
soy
mar
i
cón</i>*). Fue mamá quien la pronunció por primera vez, desde el omnisciente poder que en su calidad de hijo único él, Buentello, inconscientemente le otorgaba. Y sin embargo, quizá María Máxima sabía también que ese sustantivo (*<i>maricón</i>*) pronunciado desde sus ultra_autoritarios labios de omni_madre controladora, iban a precipitar precisamente a Mauricito Buentello entre los muslos de centro delantero de Epaminondas.

Colateralmente, los Constructores de Gómezpalacio comenzaron a ganar en la tercera división, gra-

cias a la magnífica racha de goles que la estela del romance con Buentello había arrastrado.

Paradójicamente, las visitas de Malena a Gómezpalacio se volvieron más frecuentes. Una noche, con los ojos cerrados y en un descomunal esfuerzo de imaginación, Puerquito logró penetrar al fin a Malenita, quien fingió un orgasmo para dejarle claro a la frágil masculinidad de Buentello que ella no iba a desbandar el territorio romántico porque políticamente no le convenía. Por eso tampoco hizo drama alguno de celos cuando una tarde, llegando por sorpresa del aeropuerto de Torreón, se encontró de bruces con las monumentales nalgas de Epaminondas lavando los platos desnudo apenas en su delantal, tarareando simultáneamente una tonada que Malenita creyó identificar como Las Aguas de Marzo.

No hizo pancho. Pasó de largo, entró al cuarto, encontró a su Puerquito despatarrado, oliendo a semen frente a la tele. Él se cubrió. Ella le dijo:

—Ya sabía. No te preocupes, mi Puerquito. Tú me necesitas para que tú mamá no se dé cuenta de que eres gay, y yo te necesito porque tu mamá me tiene secuestrada, y yo sigo perdidamente enamorada de ti y esto no me molesta en lo absoluto. Es más, podemos ver una película los tres aquí en la cama. ¿Epaminondas, lindo, nos haces palomitas?

Cómplices de súbito, Buentello perdió el miedo sexual que Malenita le provocaba, Epaminondas ganó una consejera deportiva que era capaz de emitir ob-

servaciones tan incisivas como las de Roberta, la entrenadora de los Constructores, y Malenita incluso llegó a olvidar la coyuntura que la motivaba a fingir amor por Buentello y recuperó el afecto que le tenía y acaso el afecto que le tendría cuando toda esta pesadilla termine y nos separemos y quedemos como amigos.

A diferencia del magnífico arranque de temporada de los Constructores, el proyecto de clonación del Gobierno Federal iba en picada. Los costos se habían triplicado, los plazos originales tenían un retraso de más de seis meses y de la sala de microscopía de los Laboratorios Frontera Vital no salían más que rebaños de ovejas de raza Dorset, pero ningún embrión dorado. Un día María Máxima reunió a todo el personal para recordarles que en ese laboratorio estaban secuestrados y que si no producían resultados antes de las elecciones de julio de 2000 iba a proceder como si el rescate no hubiera sido cubierto y los iba a desaparecer a todos con todo y sus malditas ovejas. Evidentemente los argumentos científicos de Malenita (*de los 277 intentos por clonar a la oveja Dolly, solo uno tuvo éxito: imagínese con un humano*) caían en oídos sordos.

<emb/>

Hora de escribir la concepción del embrión dorado. Puedo comenzar con las primeras palabras de Malena al salir de su delirio: voy a ser mamá. O puedo también ir al grano y escribir directamente el título:

<h1 align="center">

INSTRUCCIONES PARA CONCEBIR AL EMBRIÓN DORADO

</h1>

pero la sola idea de detenerme a pensar me disuade porque dejaría de teclear y entonces esos otros pensamientos se me subirían a la cabeza para convencerme de que cada frase que escribo jala el gatillo de una ruleta indescifrable, un vudú literario capaz de clavar mis palabras en el corazón mismo de la realidad. No pienses, no te detengas, no dejes de teclear. ¿Por qué dijo <i>voy a ser mamá</i>?

¿Se puede obligar a una coautora de un <i>paper</i> en <i>Nature</i> a renunciar por la fuerza a sus barreras éticas científicas para clonar a un multimillonario priista y, no conformes con tal acto de violencia, obligarla a donar un ovocito y albergar ahí la gestación del embrión dorado? Qué bueno que esto que escribo no es la realidad, qué bueno que mis frases no jalan el gatillo de la ruleta que une lo literario a lo real, qué bueno que no existe el vudú literario en donde uno clava las palabras en el corazón mismo de la realidad para que esta las imite. No pienses, no te detengas, no dejes de teclear. Los médicos le bajaron la fiebre, el delirio desapareció solo y ella repitió: <i>voy a ser mamá</i>. Toda proposición absurda debería ser escrita entre <i>cursivas</i>. Qué bueno que los espíritus no existen: qué incómoda sería la vida de tenerlos rondando entre nosotros todo el tiempo: nunca sabríamos

cuál es el valor de la verdad y quién es el verdadero responsable de los hechos que componen lo real: nosotros o ellos. Del manual de amores intracelulares

<h1 align="center">

INSTRUCCIONES PARA CONCEBIR AL EMBRIÓN DORADO

(2o intento)

</h1>

1. Busque un dorado (tambor subterráneo), búsquelo bien, ya no abundan en estos tiempos (tambor dentro del cuerpo). Mucho mejor si es inmortal (tambor sote-rrado). Mucho mejor si su nombre es Donaciano (tam-bor adentro).

2. Extraiga un ovocito del granamordemivida del dorado, o en su defecto de la nieta gordita, morena y chaparrita del granamordemivida del dorado.

3. Con una micropipeta (retumbó tu tumba madre) aspire el núcleo del ovocito (retumbó tu útero tumba) hasta observar un rictus de dolor (retumbó tu tambor tumba) en las mitocondrias. Al primer signo de marchitamiento aplique una dosis de adjetivos que prosperan.

4. Desprenda con cuidado un leucocito del torrente sanguíneo del dorado y póngalo en cultivo en un medio raquíptico de nutrientes. Cante canciones de cuna (mi mamá me mima) hasta que el ciclo celular se detenga.

5. Ponga en contacto el ovocito y la célula en cultivo (yo a). Soméталos a un breve pulso eléctrico (yo be) para que por una parte se formen micro-poros en las membranas de ambas células (yo ce) y

por otro se abran los canales de calcio de la membrana (acitrón de un fandango) provocando una reacción parecida a la que causa el espermatozoide (zango zango sabaré) al fecundar el óvulo (así, entre cebollas, concibieron a Juanita) que pone en marcha todo el metabolismo celular y el desarrollo de un nuevo ser. Suene el son dialéctico, la salsa metafísica, la cumbia psicológica. Tengo el honor de presentar, señoras y señores, al grupo más caliente de la parapsicobiología. Con ustedes, desde Santiago de Cuba, interpretando su más reciente éxito: LA SALSA GENÉTICA, brindemos un aplauso, señoras, señores, *ladies, gentlemen, messieurs et dames*, a los grandes, los enormes, los únicos, los inigualables Rafael Carralero y Félix Luis Viera y sus Culpaaaableeees deeeeeeeel Ritmooooooooo!!!

<p align="center">

Ay de nosotros

círculos rotos

buscando sus extremos

hacia el cielo

</p>

Dos mujeres se detienen al centro de la pista. Malena desmaya el brazo sobre el pecho de la mujer que le acaba de invitar una botella de whisky. Nacha Ceniceiros desliza el antebrazo por la cintura de la científica que está a punto de secuestrar. *Single malt*. El espíritu del NEGRO QUE VIOLABA MONJAS baja el interruptor de la corriente eléctrica que anima el

metabolismo del bar León, pero la planta para emergencias entra en funcionamiento automáticamente.

<p align="center">

Ay de nosotros
siameses absolutos
cortados en el tiempo
para otro tiempo

</p>

El espíritu del NEGRO TROMBONISTA se materializó en una voz que se escuchó por la frecuencia de la policía advirtiendo a todas las unidades que en el bar León estaban golpeando a un hombre (presumiblemente Mauricio Buentello), pero su acento cubano fue mal entendido y los pendejos policías, señores, esto es un operativo, se acabó la fiesta, irrumpieron por error en el Mamá Rumba en vez de en el bar León.

<p align="center">

Ay de nosotros
cromosomas cómplices
conspirando coplas pares
y vanidades

</p>

En teoría, el espíritu del NEGRO VERACRUZANO tenía que puentear un cable para activar la alerta sísmica y que el bar fuera desalojado, pero la instalación ya había sido puenteadada anteriormente y por error se activaron las luces estroboscópicas, que hasta entonces todos creían averiadas.

<p align="center">

Ay de nosotros
genéticos jinetes
genéricos juguetes
generales, cadetes

</p>

Tal como lo habían planeado, el espíritu del NEGRO QUE MURIÓ PARA VER SI ERA CIERTO encarnó en un mesero que debía sustraer discretamente del bolso de Nacha Ceniceros la jeringa y la ketamina. Para su mala fortuna el mesero resultó epiléptico y las convulsiones lo tumbaron al primer parpadeo de luces estroboscópicas.

<p align="center">

Ay de nosotros
herencias heréticas
hélices herméticas
helipses poéticas

</p>

Entonces el espíritu del NEGRO QUE MURIÓ EN LA BODA DE LA MUJER QUE AMABA comprendió que el plan fracasaría, la fatalidad estaba esa noche en contra de ellos. Malena sería secuestrada, la Fábrica del Embrión Dorado construida por todo lo alto de los Laboratorios Frontera Vital y, lo más grave, otro embrión inmortal sería concebido y muchos hermanos de origen africano morirían injustamente cada que ese nuevo ser muriera. Mala suerte, pensó el espíritu y para evadirse decidió encarnar en uno de los músi-

cos que esa noche quiso olvidarlo todo en las profundidades de una botella de whisky.

<p align="center">

Y pégale José
a esta balada para Adenina
a este tu canto de citosina
tambor timina
con mi guanina.
Sóngoro cosongo
del fosfato al bongo
¡y a-zú-car!

</p>

Muchos años después, cuando esta historia ya haya concluido, del bar León no quedará piedra sobre piedra porque un corto circuito provocado por uno de tantos puentes lo consumirá entre las llamas y desaparecerá de la memoria de la gente, habiendo servido solo para poner la primera piedra en la ignominiosa concepción del embrión dorado.

<p align="center">

Y pégale José
y pégale José
y pégale pégale pégale José
<i>(trompetas orgásmico perezpradianas)</i>
¡Ay de nosotros Donacianos!

traaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaat

</p>

MADERO> Dibújeme un cordero.

MÉDIUM> Buenas noches, señor Madero.

MADERO> ¿Cómo está?

MÉDIUM> Muy bien. ¿Y usted?

MADERO> Desconcertado. Acláreme una duda, ¿quién financia la escritura de su novela?

MÉDIUM> Por el momento, el Fonca.

MADERO> ¡No! ¡Se equivoca! ¡Su novela está siendo financiada por el consorcio espírita!

MÉDIUM> ¿Consortio espírita?

MADERO> ¡Nosotros! ¡Los espíritus! Fuimos nosotros quienes logramos que lo despidieran del banco, fuimos nosotros quienes conseguimos que le dieran a usted una beca que ni siquiera había pedido, y somos nosotros los que nos conectamos a diario con usted por este medio para revisar el avance.

MÉDIUM> ¿Y qué quiere que yo haga al respecto?

MADERO> ¡Que nos respete! En ese fragmento suyo intitulado <i>Instrucciones para concebir al Embrión Dorado</i> nos pinta como unos incompetentes.

MÉDIUM> Quise escribir un fragmento triste, en donde el espíritu de todos los negros muertos por culpa de la inmortalidad de Donaciano intentaran impedir la concepción del embrión dorado.

MADERO> Es decir, del clon de Donaciano.

MÉDIUM> Exacto. Que con toda probabilidad heredará ese altamente injusto mecanismo de preservación de Donaciano en donde por cada muerte se muere, de manera racista y perfectamente injusta, un negro.

MADERO> Ya que estaba en eso de escribir sobre espíritus, bien hubiera podido incluirme.

MÉDIUM> ¡Usted ya salió en el capítulo número 2!
Y está saliendo ahorita. Y tampoco es negro.

MADERO> Usted es el escritor_médium: usted manda.

MÉDIUM> La pregunta es: ¿hasta dónde manda el médium_escritor? ¿Se imagina si todo lo que escribo se hiciera realidad por el solo hecho de haber sido escrito?

MADERO> Bigbanga creó al modesto becario que aspira a escribir la realidad antes de que suceda en siete días. Día uno: el becario escribe a su mejor amigo como entrenador adjunto de los Constructores de Gómezpalacio.

MÉDIUM> Y al día siguiente su mejor amigo fue nombrado director técnico adjunto del Ixmiquilpan Futbol Club.

MADERO> No está mal como poder espírita, pero hay margen de mejora.

MÉDIUM> Señor Madero, tengo mucho que escribir: no le quito más su tiempo.

MADERO> Tenga usted buenas noches.

CHAT MANAGER> "Médium" has left the room.

<h2 align="center">

(T I E M P O)

</h2>

No sé cuánto tiempo he pasado escribiendo. Casi no he comido, apenas si he dormido, acaso he salido a comprar tacos al pastor para no perder el vínculo que me une al mundo. Llevo tanto tiempo escribiendo que cuando me asomo por la ventana veo pasar de-

lante de mí lo que he escrito, como si el espacio de la novela se hubiera dilatado tanto que ni la ventana ni lo que desde ahí se mira salieran de sus confines. A este paso se va a tragar la calle de Álvaro Obregón e incluso la colonia Roma entera.

Teléfono suena el teléfono corro a contestar ring ring sonaba antiguamente ahora suena distinto imposible onomatopeyizarlo dios qué palabra onomasticarlo onomatropellarlo ¿bueno? ah, sí, MaElena, ¿Marzio o Azcárraga? Marzio burro, contesta ella con esa voz tan parecida a la de ella, estoy en el Café de Nadie ¿bajas? ¿Y si al Café de Nadie se lo tragó ya la novela y el que nos viene a tomar la orden es Perfecto Urbina? Déjame vestirme, ahorita bajo, no es necesario que aclare que al salir a la realidad (Álvaro Obregón, mediodía, frío) no llevo puesta la novela pero sí puedo novelar mientras camino porque ya no distingo cuándo estoy escribiendo y cuándo haciendo otras cosas, será porque últimamente casi no he hecho otras cosas, como caminar y novelar al mismo tiempo como si trajera en el cerebro una computadora que automáticamente pusiera las cosas en su lugar, es decir en la novela, buenos días, tardes ya, me contesta triste, ¿qué tienes MaElena (¿o acaso Malena, la de mi novela?), por qué te ves tan triste? MaElena me pide un café cortado y para ella pide un capuchino triste, sin azúcar y con poca espuma, entonces para qué chingados pides capuchino si no te gusta la espuma, me gusta cómo se ve pero

no cómo sabe (qué mamona te has vuelto desde Edimburgo, ¿tú hiciste el doctorado en Edimburgo, o fue en Yale?, ¿quién es quién?). Pero de eso no venimos a hablar, sino de las hojas que trae en las manos y de esas lágrimas que castañetean en la punta de su mirada. Veo veo, ¿qué ves?, mal de amor, veo que vas a llorar, lloro pues, y me da un manojo de hojas tamaño carta engrapadas, arrugadas, leídas en ambos sentidos, lloradas: Bonavena me engaña, bueno MaElena querida, puede pasar, de hecho puede pasar en ambos sentidos, tú también lo podrías engañar a él si así lo quisieras (conmigo por ejemplo, hubiera podido agregar pero no lo hago por respeto a su dolor, a sus lágrimas, a la solemnidad del momento, a mi amistad con Bonavena: que chingue a su padre mi amistad con Bonavena). Mauricio Bonavena me engaña con un hombre, un jugador del Ixmiquilpan, pronuncia MaElena sorbiéndose los mocos del llanto e indicando con su dedo índice una página específica dentro de los mails impresos. ¿Tú ya sabías que mi Puerquito es gay, verdad? No MaElena, nunca me dijo nada al respecto. Pero si tú eres su mejor amigo. "Amigos los testículos y no se hablan", sería la clásica respuesta de Bonavena en una circunstancia como esta: respuesta de macho alfa discursivamente agresivo: a Bonavena no le gustan los hombres, jamás le han gustado, jamás me ha tirado un beso, jamás se me ha arrimado, jamás me ha abrazado, de eso estoy seguro, MaElena. A lo mejor no eras su

tipo. Si por lo menos tuviera buen gusto el cabrón, pero mira que venir a intercambiar mails cachondos con un pinche futbolista que ni siquiera sabe escribir bien... ¡lee, lee esos correos! Están llenos de faltas de ortografía. ¿Oye MaElena... pero tú cómo conseguiste estos correos? Me llegaron a mi casa por mensajería. ¿Y estás segura de que son auténticos? Sí, después me metí a su computadora y encontré un florilegio erótico con su amigo el futbolista. Este capuchino sabe de la verga, mejor me pido una cerveza. ¿No quieres subir a mi departamento? Tengo Bachardón Blanc. Vamos, pues: es una porquería pero no me importa: el canon del desamor mexicano dicta que cuando te engañan, te emborrachas. Vamos pues.

Subimos las escaleras. Nos servimos ron. Hablas pestes de Bonavena. Lloras. Babeas. Moqueas. Te sueñas. Te limpias. Yo ya escribí que Bonavena (¿o era Buentello: quién es quién?) andaba de *<i>puto</i>* en la novela. Y así sucedió. Por eso ahora voy a escribir este beso bonito, simétrico, esférico que opongo a tus labios sin resistencia. Abres la boca, MaElena, porque en boca cerrada no entran besos, pero no mueves la lengua ni los labios, tu expediente acusatorio cae al suelo, tus brazos me rodean con la fuerza de un sollozo y por ahí escucho pasar un pensamiento: qué mejor venganza que acostarme con su mejor amigo. Entonces te detienes. Te retiras de mi boca. Miras a tu alrededor: qué sucio tienes el departamento, me dices y vuelves a besarme el cuello,

la cama no está tendida, la casa huele a encierro literario, ahora lo noto, ahora que me pierdo en el olor limpio de tu pelo, gordita, morena y chaparrita súper rica: fricción de entrepiernas que dilata nuestro deseo y digo nuestro deseo porque la ropa nos la quitamos ya en plural, ya posesión compartida. Ni yo me pongo ni tú me pides preservativo. Me vengo dentro de ti con la secreta esperanza de embarazarte para que te parezcas a lo que acaece en mi novela. Soy un asco. MaElena y novela riman. Tú sacas de tu bolso de mano un Leitmotiv, lo enciendes quién sabe cómo y te lo fumas callada, mirando al techo, casi encabronada. Te veniste adentro. Eres un pobre pendejo, igual que Bonavena.

<emb/>

—me estoy quedando dormida, ¿puedes manejar tú?

—sí, claro... ¿sigues leyendo tú en voz alta ahora?

—no creo que lo logre

—no importa: tampoco es que pase gran cosa: el escritor enloquece porque cree que lo que escribe se hace realidad y va y mata al referente real de Donaciano, un tal Carlos Fidel Slim Velázquez

—me voy a orillar en el agotamiento

—querrás decir en el acotamiento

—¿y qué dije?

—agotamiento

—estoy cansada

—ya no me contaste la organogénesis

—tampoco es que pase gran cosa: entre la tercera y la octava semana las células de las tres capas germinales se diferencian y dan lugar a los órganos específicos: al final del periodo embrionario (día 49 después de la fecundación) ya pueden identificarse las principales características externas del cuerpo

—cuando hablas de embriología no te oyes cansada

—es el milagro de la memoria: buenas noches

<emb/>

Recapitulemos: En el barco que los trajo a México, los Azcárraga soñaron con hacer fortuna, tener muchas hijas y a todas llamarlas Mercedes. Lamentablemente solo pudieron tener una, Malena, quien involuntariamente causó la muerte de su madre durante el parto, provocó una revolución y ejerció la prostitución durante algunos años para después, en un inexplicable vuelco existencial, consagrarse al aburrimiento de la convivencia matrimonial junto a Nabor Nolasco, con quien concebiría otra niña de efímera existencia a la que nombrarían, esta sí, Mercedes, que nació, creció y se enamoró de un compañero de la facultad de medicina, el futuro doctor Marzio, quien además de embarazarla prematuramente, le atendió el parto en el que perdería la vida pero ganaría una hija gordita, morena y chaparrita: segunda Mercedes muerta, segunda Malena viva. ¿Qué futuro le espera a un médico que no fue capaz de salvar en el quirófano a su compañera de vida? Dejar los estudios,

comprar un falso título y utilizar sus conocimientos médicos para vengarse secretamente de tantos embriones asesinos fundando una clínica de abortos. Y de paso hacer una fortuna sin remordimientos gracias a la prohibición legal del aborto en esta década diegética de los 90. ¿Ni un remordimiento? ¿Qué sentirá cuando los judiciales lo obliguen pistola en mano a practicarle un aborto a su propia hija? Ya se verá, ya se verá. Por ahora no lo distraigamos, está de turista sexual en Cuba, embarazando a una mulata que bien podría ser su hija. Se llama Mayelín, se va a enamorar, se va a casar en secreto, la va a traer a México y le va a dar trabajo de enfermera en su clínica de abortos clandestinos. Se llama Mayelín y come tarugos de tamarindo. Su piel es linda mulata. Como la oscuridad amniótica que te envuelve.

<emb/>

Dos embarazos transcurren al unísono, como dos trenes rítmicos a través de un túnel uterino, arrullando a sus respectivos pasajeros con el sedante traca traca que producen las células al diferenciarse. Mayelín nada sabe de Malena, Malena nada sabe de Mayelín, ni los pasajeros que habitan en sus vientres saben que jamás llegarán a la estación destino. La única luz que verán será la de otro tren de frente, a todo vapor, arrepiñiéndose de haber sido concebido.

<emb/>

El 2 de julio de 1999 Vicente Fox Quesada, del Partido Acción Nacional, ganó las elecciones para la presiden-

cia de México. Tras 70 años en el poder, todos y cada uno de los miembros del Partido Revolucionario Institucional (Donaciano, María Máxima Meza Marañón y Nacha Ceniceros incluidos) se cagaban literalmente de miedo porque pensaban que el futuro presidente era un hombre de honestidad a toda prueba (el tiempo y la evidencia histórica demostrarían lo contrario) que acabaría con la corrupción imperante (cosa que no hizo) y que limpiaría las finanzas y transparentaría las instituciones (tampoco) hasta convertir a México en una democracia moderna, digna del siglo XXI (no sucedió).

El 3 de julio de 1999, Nacha Ceniceros recibió una convocación telefónica para presentarse esa misma semana a una entrevista nocturna, por supuesto confidencial, en la oficina del secretario de Salud. Como todos los priistas, Juan Ramón de la Fuente también estaba cagado de miedo y sin siquiera darle las buenas noches ni invitarla a sentarse, lanzó la pregunta:

—¿Usted me puede explicar qué cagadero está haciendo Donaciano Flores en los Laboratorios Frontera Vital?

Nacha Ceniceros explicó en detalle el objetivo y los resultados esperados de la operación.

—Tenemos seis meses para limpiar ese cagadero, y encontrar un presunto culpable, en caso de que los panistas se pongan a investigar.

¿A quién había que limpiar? A ti, embrión dorado y ahora cuerpo del delito. ¿A quién culpar? A la mano derecha de Donaciano, María Máxima Meza Mara-

ñón, villana ideal y secretaria del antiguo líder del sindicato de telefonistas y hoy todopoderoso dueño de Teléfonos de México.

—No necesito reiterarle que es fundamental guardar una absoluta discreción con respecto a nuestra entrevista: ni una palabra de lo aquí mencionado puede llegar a oídos de Donaciano, ¿entendido? —el doctor De la Fuente le hablaba con esa voz a la vez autoritaria y temblorosa que caracteriza a los corruptos cuando, literalmente, se están cagando de miedo.

<emb/>

Veintiséis grados centígrados era la temperatura. La hora caminaba indecisa en torno a las tres de la tarde. El mes se confundía entre septiembre y octubre, el día no estaba claro, y lo único que sabía la fecha de sí misma es que no podía ser anterior a las elecciones del 2 de julio. Tal es la circunstancia, tú imagina la calle, tú decide la forma de los árboles, el color de las fachadas, el grosor del aire. Los comandos del baobab han sido instruidos para cerrar las calles aledañas a los Laboratorios Frontera Vital, las nubes han recibido la instrucción de postergar su amenaza de lluvia, los pocos pájaros que cantan han sido acallados, los perros no ladran, los peatones no caminan, los comensales no chocan los cubiertos contra los platos. Ahora sí, en total silencio, pasan tu madre y tú en un coche gris metálico. Detrás de ustedes una camioneta les guarda la espalda y un poco más atrás un auto sos-

pechoso (con todos los atributos de los autos sospechosos) los sigue. Las telecomunicaciones permiten que el Auto Sospechoso Uno le informe al Auto Sospechoso Dos la ubicación de tu madre y este apure el paso para que cuando ustedes pasen frente al burdel de Tonalá y Chihuahua, el Auto Sospechoso Dos, repentinamente disfrazado de conductor imprudente, choque el gris metálico de tu madre, nada grave, apenas suficiente para que algunas prostitutas asomen la curiosidad por la ventana y sus ojos sean testigos de la prepotencia de los guardaespaldas que se bajan de la camioneta (error número uno), se dirigen al culpable (error número dos) quien al verlos huye corriendo hacia Insurgentes para que (error número tres) estos lo persigan, pinches gorilas prepotentes, prepotente tu puta madre, lo amenazan de espaldas a lo que sucede a sus espaldas: su protegida y sus tres meses de embarazo son ambos capturados, esposados y metidos por la fuerza en el Auto Sospechoso Uno, vaya torpeza de los guardaespaldas que ya regresan con el culpable sometido, mira cómo se les nubla la gallardía, mira cómo se disipa su prepotencia al buscar en vano a tu madre y sus tres meses de embarazo, ¿dónde está, quién se la llevó, hacia dónde se fueron? le preguntan a las putas pero las putas encogen los hombros tras las cortinas, no quieren líos, ni pueden tampoco decir gran cosa, no saben por ejemplo que en la Clínica Maternidad Santa Helena un héroe de mil abortos

está a punto de entrar entre las piernas abiertas de su hija para practicar eso que ha practicado en tantas otras piernas distintas a la carne de su carne, pentopol corriendo por la sangre de su sangre. El resto ya lo sabes: retumbó tu tumba madre y retumbó tu útero tumba y retumbó tu tambor tumba y retumbó también el reflejo de las velas en el techo, de aquí salimos con el embrión en la mano o no salimos: el doctor Marzio en bata, guantes, tapaboca, inicia una maniobra envolvente por los flancos para cortar tu embrionaria huida, y una enfermera en un rincón se come un tarugo de tamarindo, déjame detenerme en ella. Hay algunas cosas que debes saber:

Nombre: Mayelín.

Nacionalidad: cubana.

Edad: 21 años.

Profesión: licenciada en Educación Física y enfermera improvisada.

Estado: Gravidez.

Causa razón o motivo por el que está comiendo en tales circunstancias: come porque las embarazadas son muy antojadizas y porque antes de los judiciales ella y el doctor se disponían a desayunar un par de tarugos de tamarindo. El doctor le hacía arrumacos, le pasaba la mano, todavía sin guante, por las mejillas, le acariciaba el vientre, ponía la oreja sobre la panza, cómo va mi cubanito, creciendo, creciendo, ya lo escucho, a ver, una patadita y ella sonreía, no tenía noción de que aquello fuera una clínica de abor-

tos clandestinos, como tampoco tenía nada que ver con la enfermería, allá en Cuba ella había estudiado para licenciada en Educación Física. Mira qué diferencia, tú a punto de caer en un frasco de formol, ostión rojo en ataúd de vidrio, él creciendo rozagante en un vientre de mulata; tú concebido a la luz de una placa de Petri, él a la luz de una luna de Varadero; tú a trompicones de una micropipeta, él bala blanca de una verga henchida de sangre, ron y salsa cubana. El doctor se enamoró como un adolescente, le dijo cástate conmigo, te llevaré a México, serás mi enfermera, me ayudarás a traer niños al mundo, mira dónde viene una a enterarse que esta maternidad fabrica puro angelito de cigüeña arrepentida al mundo, tan tranquilos que estábamos a punto de desayunar cuando los judiciales irrumpieron del elevador, ¿el doctor Marzio? en la cafetería al fondo a la izquierda y hasta allá llegaron con tu madre esposada y Mayelín la cubana exclamó ¡cuidado Marzio! y las dos mujeres por fin se conocieron y tu madre corroboró que su madrastra era mucho menor que ella y Mayelín vio que Malena de Edimburgo no era tan bonita como se la describía su padre en Varadero, quizá por el hecho de llevar junto a su nombre ese otro tan promisorio, tan largo, tan extranjero, Malena de Edimburgo, mucho gusto, de aquí salimos con el embrión en la mano o no salimos, dijeron quienes lo dijeron y como por instinto el doctor Marzio hizo un gesto de protección hacia la panza en donde se gestaba su

futuro hijo, su embrión cubano, mucho gusto, soy Mayelincito el Cubanito, el gusto es mío, yo soy el Embrión Dorado, ¿cuántos meses de gestación tienes? tres ¿y tú? yo ya voy para ocho, ¡jalándole para el quirófano, que tenemos prisa! y entonces el doctor comprendió o creyó que comprendía y aun en esas circunstancias tan bochornosas se dio tiempo de poner los ojos en reproche de padre de familia y preguntar telenovelescamente a su hija: ¡Malena, estás embarazada! y ella ya no pudo contener las carcajadas, tantos secretos de estado en esta panza y tú me vienes a tratar como quinceañera, lamentamos interrumpir esta bonita escena de amor filial pero tenemos un embrión que abortar en los comerciales, dijeron los judiciales o lo quisieron dar a entender con la cachetada a mano abierta sobre el rostro de Malena, ¡a mi hija no la tocan! Fue ahí cuando sacaron las pistolas, tan llenas de argumentos convincentes y el doctor dijo enfermera y a Mayelín se le arrastraron de lágrimas los ojos porque las embarazadas somos muy sensibles y esta es la primera vez que me tratas de enfermera, llame a un camillero, y se metieron todos al elevador y las puertas se cerraron tras ellos y un ding_dong de elevador marcó, tambor campana, el inicio de tu fin prematuro.

<emb/>

MADERO> Dibújeme un cordero.

MÉDIUM> Me cogí a MaElena. Bonavena es <i>puto</i>. Usted no es un espíritu.

Buenas noches.

CHAT MANAGER> "Médium" has left the room.

<emb/>

Una carta cabal que asume que las acciones literativas caen por su propio deceso dúplice dorado embrión cubano negro atrapados los dos en vientres de noche de gradan mal de su grado gravando vidas divas no todavida a penas en briones envueltos en vientres matérmicos esperpérmicos a bordo del barco del inocente bardo novato nonato no hay para qué hacer trato al momentum del embarcrazo error ya lo dije hace razo cada que el embrión fallezca quel negro de al lado perezca y lo preseda suave en el orden de precedencia co incida con quen esté quirorfe-lanito operamos a muchas muchachas de nuedos no dados por evitar en varazos que sus padres no sentencien ni senteren del baborto del bribón dorado mal haya la hora bailaora en quel embrión cuhabano va con mamá a parar a la taza del baño tajada de tenebrosidades espátula en vicionaria huida paraqué seguir en torpresiando grano, vayamos al, del catálogo de negros muertos, el último de ellos

Nombre: Mayelincito

Apellido: El Cubanito

Edad: -1 meses.

Nacionalidad: cubano_mexicana amniótica

Complexión: embrionaria.

Tez: injustamente abortada.

Pelo: no aplica.

Boca: en formación.

Nariz: apenas.

Señas particulares: rastros de un legrado mortal a lo largo y ancho de su cuerpecito, y por supuesto un listón azulgrana con sus datos colgados de lo que, de haber nacido, habría sido un brazo vivo.

<emb/>

Para explicar la muerte de Mayelín hay varias opciones: a) Aborta sola en el baño de mujeres, contagiada por el aire tenebrista del aborto de Malena. b) Se muere en el quirófano, víctima de la histórica falta de pericia del Dr. Marzio para salvar a sus amores mediante la cirugía. c) Se muere de tristeza, con los abortos confundidos, por no saber la pobre que innumerables negros han muerto ya por las mismas causas, y que el que llevaba en el vientre no tendría por qué ser la excepción.

Un frasco de formol en el escritorio de una rama del baobab, turbia de conspiraciones, falda, aretes y talante distinguido. Jefa, misión cumplida, llegaron alegres los judiciales y pusieron el frasco de formol sobre el escritorio. La señora Ceniceros lo observó contra la luz de un formolesco cielo y se preguntó si no la estarían engañando, si eso no sería un embrión cualquiera o peor aún, una biopsia apresurada, embrioniforme y engañosa. Con los penúltimos fondos malversados la señora Ceniceros sobornó a un empleado de la Fábrica del Embrión Dorado, le pidió que comparara las secuencias de ADN de este

frasco con las del embrión verdadero, y digo penúltimos porque los últimos fondos ya estaban siendo aprovechados: se ha elegido el lugar del atentado, se ha elegido al asesino, se han repartido dádivas en efectivo a diestra y siniestra, se conoce la fecha y la hora exactas en que el nonagenario dirigirá desde el palco unas palabras para darle la bienvenida a la familia Télmex a su recién adquirido equipo, los Potros de Hierro del Atlante. Siéntese, Embrión Dorado, en el quicio de su vida a ver pasar el cadáver de su enemigo: cuatro judiciales cosen a balazos a otros cuatro en un callejón perdido de Iztapalapa, pero antes los desnudan, los ponen de espaldas a una barda, de frente a unas pistolas, las manos en la nuca y por fin les explican: la señora Ceniceros quiere que se enteren que no los manda matar de gratis, los mata por mentirosos, cuando no por pendejos, pero principalmente por andar abortando al embrión equivocado, bum, bum, bum, dicen de las pistolas y los cuatro judiciales caen al cielo, pólvora somos y en pólvora nos convertiremos.

Yo te debo, Embrión Dorado, una disculpa. Tanto que he pregonado tu muerte, tanto que la he cantado a lo largo y ancho de la novela para que ahora te venga a anunciar que sigues con vida, que Malena recibió con beneplácito nuevos vómitos, nuevos mareos y una prueba de farmacia se coloreó afirmativamente demostrando que no hay aborto que valga para un Embrión Dorado. Te ofrezco mis más sinceras ma-

yúsculas, no te creí capaz de ganar la batalla, ni de dejar a tu paso cuatro lápidas judiciales, un doctor por segunda vez viudo y un féretro de apenas veintiún años volando de regreso a Cuba.

<irrupción tiempo="2000" modo="chat">

MADERO> A mí también me debe una disculpa.

MÉDIUM> Supongo que sí.

MADERO> Se ha comportado como un patán a últimas fechas.

MÉDIUM> Culpa de la novela. He escrito demasiado.

MADERO> ¿Se acuerda cuando no quería escribir?

MÉDIUM> No sabía que tenía el don.

MADERO> ¿Y ya sabe cómo va a terminar la novela?

MÉDIUM> No muy bien. Quisiera matar a Donaciano.

MADERO> ¿Al real?

MÉDIUM> Me conformo con matar al mío.

MADERO> Quizás el verdadero Carlos Fidel Slim Velázquez es también inmortal, como su Donaciano.

MÉDIUM> Podría ser.

MADERO> Solo hay una manera de corroborarlo.

MÉDIUM> Sí, que usted tome posesión de un asesinato y le descargue unos cuantos tiros en el cuerpo.

MADERO> Mis superiores no me lo perdonarían. Entre nosotros también hay reglas.

MÉDIUM> Por lo pronto lo voy a matar en la novela.

MADERO> ¿Y su inmortalidad?

MÉDIUM> Esa la recibirá en herencia el Embrión Dorado.

MADERO> ¿Dónde lo va a matar?

MÉDIUM> En el estadio, como en el Capítulo 1 bis.

MADERO> ¿Y cómo se lleva a un multibillonario de noventa años al estadio?

MÉDIUM> Un patrocinio de Teléfonos de México al fútbol, o algo así.

MADERO> ¿Y quién será el asesino?

MÉDIUM> Aún no lo decido.

MADERO> Lástima que ya no está Nabor Nolasco. Era un buen asesino. De cuando escribía usted con más talento que prisa.

MÉDIUM> ¿Por qué lo dice?

MADERO> Fíjese en la concepción del Embrión Dorado. Sucede muy a prisa, no hace énfasis en que se trata de una declinación violenta que viene a culminar el amor de la niña Malena y Donaciano.

MÉDIUM> ¿Y a quién le importa eso? Es mucho más importante hacer pruebas literarias para conocer mi don, y la forma exacta en que determina la realidad.

MADERO> Eso no es asunto suyo, ni tiene nada que ver con lo que escribe. Entiéndalo, usted es un instrumento, un brazo, una pluma para los espíritus.

MÉDIUM> Si el verdadero Donaciano se muere usted se va a tragar sus palabras.

MADERO> ¡Estoy con el guionista del destino, el autor de la realidad, albricias! ¿Podría escribir el premio mayor para mi billete de lotería? Es el 76308. ¿Cuándo habrá un presidente negro en Estados Unidos? ¿Quién descubrirá la cura contra el cáncer? ¿Cuándo se curará el sida? ¡Está usted chiflado!

CHAT MANAGER> "Médium" has left the room.

</irrupción>

Se me escapa un detalle: para clonar exitosamente a alguien hay que fertilizar mínimo a unas 277 hembras humanas con otros tantos ovocitos fecundados por núcleos celulares de Donaciano. Pobres judiciales, no se la acabarían buscando a trescientas culpables para hacerlas abortar, y por otra parte de dónde saco tantas negras embarazadas para cubrir tanta inmortalidad, aunque viéndolo con calma tiene su encanto que la Ciudad de México se enferme de embriones. Además quedaría bien con la narración del fusilamiento de noventa soldaderas en Ciudad Camargo. ¿Por qué no puedo dejar de pensar en MaElena, la real, la verdadera? ¿Por qué no puede uno coger sin dejar implantado un tumor que a la menor provocación hace metástasis de pensamientos dulces para ese alguien con quien uno ha cogido? Si sobrevivo esta novela le voy a proponer que me lleve a vivir con ella a Edimburgo.

Madero dice que me estoy volviendo loco, pero no es cierto, yo me siento el más cuerdo. A lo mejor el que se volvió loco es él. Quizás es un interno desequilibrado que desde el cautiverio se dedica a adoptar identidades ilustres por el internet: de nueve a once Napoleón, de once a una Simón Bolívar, de una a dos Juana Inés, de dos a cuatro comida, de cuatro a seis Nefertiti y de seis a ocho Francisco I. Madero, luego un vaso de leche y a la cama. ¿Cómo

chingados escribe uno con talento cuando sabe que la realidad se fuga de las tuberías de la novela? Pierde la literatura, gana la fontanería. Estoy llevando a cabo una investigación fontaneril sobre las fugas de realidad en mi novela. Ring, the mockery of it, suena el teléfono. No voy a contestar. Mejor voy a escribir que el teléfono se calla para que la realidad lo calle. Suena siete, ocho veces; escribo ahora lo que dice la contestadora y en efecto la contestadora va y lo dice: *<i>El que en esta venta habita anda por otras soledades buscando las aventuras con ánimo deliberado. Pluguiere a los altos cielos que la vuesa merced dejase su mensaje al escuchar el silbato. Piiiiiiip.</i>*

—Güey, contéstame, soy Bonavena... sé que estás ahí escribiendo, no te hagas pendejo. Pasó algo muy grave. ¡Contésta chingá! Le pasó algo a Malena, la...

—¿Bueno?

—Llámale al Dr. Marzio. Está muy mal. Secuestraron a MaElena.

Reblandecimiento desvanece y vanifica suaves como un pan mis manos rotas en migajos y tasajos de incredulidad resbaladiza deslizante y aceitosa demandando a mi fuerza por avendono migratoria y lejos de ambos brazos sin articulación malbuca a nueve punto ocho metros sobre segundo al cuadrado la aceleratoria gravedad gravitatoria que se cuelga del teléfono inalámbrico manchado de oportunismo porque conoce mis debilidades musculares ahí cerca de los brazos

oh sorpresa de laguna mar contenida que al levantarla toma la forma de quien la contiene y si es el aire se vuelve aeriforme pum cae al suelo y la llamada se corta las cuerdas bucales como venas, marco el número de mi mejor amigo Mauricio Bonavena que tan bien me he aprehendido desde hace tantos y tantos años más o menos primarios secundarios y también preparatorios y lo marco como marcaron los hijos de Yavé postes y dinteles ¿Bueno? me contesta el otro con el tradicional es que se acertó bucálicamente interrumpidos por un golpe gravedad sor prendido: Sor Prendido es una monja transexual muy loco, materia de otra desagregación con más putos y menos comas, cierra paréntesis triste y nostálgico porque no hay mejor nostalgia que cerrar lo que parentéticamente nunca se ha abierto, detalles cuéntame los detalles quiero saberlo zamparlo y centinelearlo todo desde mi torre de oclusión reclusiva y lititeraria, tallas vemos, panzas no sabemos, talla de secuestrador anónimo inencontrable inexpugnable si pugnar se puede, detalle es la cifra ferentoria que los ecuestradores al sol han licitado previo es crudimiento de las más profundas y célibes intimidades monetarias de su padre el doctor Murcio, pa ver de a cómo nos troca y si el trueque nos conviene, grasa huesos y Edimburgdoctorado a cambio de poderoso canallero Dondindero. Esos son los detalles, ciérrate sésamo, ahora un espacio para el amor:

<p align="center">

(E S P A C I O)

</p>

Gracias a este espacio he tenido el tiempo de re-friccionar y flexionar esas etéreas neuronas alma-terialistas del ave de paso que toda alma lleva dentro y he podido contestatar que parece noto o percibo cierto temblor recursivo de mi corazón hacia sí mismo paseando por el espejo vaginogiotal del sexo cóncavo o a ser el amor con bexos de la cavidad bucólica de mi Malena. ¿Te estaban esperando acaso cuando saliste de mi cama al frío Álvaro Bregón, o me estaban esperando a mí fuerzas malditas la razón de donaciano trastabilló en el aire y es por eso por hallarse falto de una de ellas que se me nublaron las mis luces de inteligencia, cierra interrogación remota (?) que exige se me aclare qué clase de Dios hay allá arriba que obedece lo que escribo ipsofáticamente en cuento yo tambor lo escribo.

—¿Y cuánto piden de rescate?

—No lo sé. Todo se está manejando con mucho sigilo.

—¿Y cómo está el doctor Marzio?

—Pues mal, cómo querías que estuviera. Deshecho.

—Pobre, la tragedia lo persigue. Justo después de la muerte de Mayelín.

—¿Cuál Mayelín?

—Su amante y flamante esposa, la cubana.

—¿De quién hablas?

—La enfermera que acaba de abortar por culpa de Malena.

—No sé a quién te refieres.

—Pobre doctor Azcárraga. Pero quién le manda volverse tan pedo.

—Güey, échate un sueño y llévatela leve. Te nos estás desconectando.

<emb/>

No habrán sido doce días pero sí doce minutos en los que Malena sumergió su rostro en adjetivos que prosperan; no habrá habido establo pero las vigas del techo del Café de Nadie eran de madera; no habrá habido Federica de por medio pero en su capuchino había leche ordeñada a la hora de la ordeña, y no hubo tetas niñas porque Malenita ya no es más una niña pero su torso envuelto en lonjas y sus piernas hospitalarias de celulitis y el olor limpio de su pelo y su desnudez en mitad de la cama recibíendome generosa en sus entrañas fueron suficiente, ahora lo sé, para que, cuando los secuestradores se fugaron de la novela y se la llevaran en realidad cortándola de mí como un apéndice cartilaginoso, mi razón trastabillara y cayera en picada no a la paja sino a la alfombra en donde también mi arrogancia se arrepiente de haber pensado en un posible embarazo literario de Malena harto como estoy de esta ficción ulcerada de referentes reales a los que el acné literario pica como una plaga bíblica ordenada por un Yavé errático y amoratado que ahora se exilia en

otro tiempo ni presente ni gerundio ni futuro ni hoy en día lejos de úlceras y plagas porque allá en Ciudad Camargo en Juanita en Azcárraga no hay Biblia que valga las tuberías son fuertes la ficción no se fuga a ningún lado y en el fondo debo confesar que he disfrutado mucho más la parte revolucionaria que esta mierda en presente escrita con prisa y espíritus maderianos de por medio: Tres figuras salieron temerosas del mausoleo, envueltas en sombras. Y él vio que por fin había perdido todo lo que podía perder y empinó el último trago de la botella. Y ella terminó lo que tejía para su madre muerta. Y ella apretó contra su pecho el tomo de Historias verdaderas.

Y se alejaron. Sobre un burro. Con carne de Federica en las alforjas.

<emb/>

To: médium@aquí.com

From: franciscoimadero@mas.alla.com.mx

Subject: Dibújeme un cordero.

Le escribo este correo en vista de que usted rechaza responderme por el chat. En primer lugar debo aclarar por qué pienso que no debiéramos interrumpir las conversaciones que manteníamos. Por un lado, me veo imposibilitado para leer los nuevos capítulos de su novela. No sé qué escribe. La consecuencia directa de este hecho es que no tengo conocimiento de la evolución de su médiumidad ni de la naturaleza de los mensajes que los espíritus envían a través

de usted. Estoy seguro que usted no es ni el destinatario principal ni mucho menos el autor de esos mensajes que, a la luz de los últimos acontecimientos, tienden a confundirse con premoniciones. Creo firmemente que se trata de coincidencias, o acaso de pruebas a las cuales los espíritus lo someten para comprobar si está usted a la altura de la misión que le será encomendada. Le ofrezco una disculpa por haber hecho mofa de usted en nuestra última conversación, sin embargo sigue excediendo los límites de mi entendimiento el que alguien crea que la realidad necesita autorización escrita para suceder.

Le reitero mis más finas consideraciones.

Sufragio Efectivo. No Reelección.

Francisco I. Madero.

<emb/>

La gente cree que las sordomudas somos pendejas. Que nomás agachamos la nuca. Juegue con la niña. Ella princesa, yo india. Que abra las patas para que papá Azcárraga la viole. Las abro. Sin protestar. Que hay que casarla por la fuerza. Que me casen. No hay pedo. O mi proeza del establo. Pendeja yo. Los vi echados. Sobre la paja. Malenita con las chiches de fuera. Chiquitas. Bonitas. De niña todavía. Mi medio hermano Donaciano acariciándolas. Que fea verga. De fuera. Asco. Corrí con Azcárraga. Con el chisme. ¿Cómo va a chismear una sordomuda? No sean pendejos. Yo no fui con el chisme. Me dio asco ver así a mi hermano. Con el asunto de fuera. Asco. Por eso fui con Azcárraga.

Lo tomé de la mano. De haber sabido. Todo lo que esa mano asquerosa me iba a hacer. Ni lo habría tocado. Era 1913. Mi hermano Donaciano tenía 15. La Malena 12. Se acostaron sobre la paja. Se acariciaron. Se sacó el asunto. Yo los vi. Me dio asco. Y envidia. ¿Por qué siempre me excluyen? Soy la invisible. La inaudible. La sorda embebida. La que va con el patrón Azcárraga. Hoy mi marido. Asco. Se me mete. Asco. Qué bueno que ya lo mataron. Ahorita les cuento. Les estoy contando. El 9 de febrero de 1913 lo agarré de la mano. Al Azcárraga. Y lo llevé. Al Establo. Pa que viera. Cómo se refocilaban. Puercos. Puerco Azcárraga. Con perdón de los puercos. Y Azcárraga agarró. Y se la cortó. La oreja. A mi hermano. Así de tajo. Manó mucha sangre. Malena huyo. Experta en huidas. Cobarde. Ahorita somos amigas. Era 1913. Ahorita es 1916. Estamos en Ciudad Camargo. Hace frío. Mucho. Pinche. Frío. Pendejo Azcárraga mató a la vaca. Federica. Secó su carne. Tenemos un año tragando carne seca. De eso vivimos. Se acabó el dinero. Se lo bebió. Se lo gastó en nuestra boda. Pendeja. Para qué me casé. No es que me dieran a escoger. Nadie me oye. Pues eres sordomuda, pendeja. Hoy es 1916. Diciembre. Nos refugiamos. En una casa. Abandonada. No hay leña. Hace frío. Todos me violan. Porque no hablo. No digo nada. Nunca. Culleros. Quedan muebles. Aquí. En esta casa. Abandonada. Ahora. 1916. Ciudad Camargo. Tamaulipas. Frontera gringa. Pancho Villa tomó la plaza. Apenas. Nosotros ya estábamos aquí. Malena. Mi hijastra. Culera. No me

hablaba. Bien que sabe hablarme. En lengua de signos. Nos la enseñaron. Allá en la hacienda. Azcárraga. Nos puso un maestro. Cuando era rico. Cuando no se le paraba. Un día mi mamá dijo que es mi papá. Mi papá. El patrón. Cerdo. Con perdón de los cerdos. ¿Será cierto? Ya se enfiestaron. Los villistas. En Ciudad Camargo. La quemán. La violan. Se roban todo. Entran a esta casa. Reconozco la voz de Donaciano. Hay que esconderse. Pinche Malena. Se sube. Al segundo piso. Se mete a un barril. Nada pendeja. Yo siempre me tardó. Tú también te tardarías si no oyeras. No los oí a nadie. Hasta que los vi. Apenas y me dio tiempo. Me metí en un armario. El cerdo de Azcárraga no hizo nada. Eran dos. Donaciano y otro. Un chaparro. Gorru-do. Grande su gorro. Lleno de estampas. Puras vírgenes. Pensé que era hombre religioso. Hasta que abrió mi armario. ¿Cómo supo que estaba yo aquí? Pinches hombres. Nos huelen. Presas. Salivan los putos. Por nosotras. Para cogernos. Por la fuerza. Se me metió dentro. Olía a ajo. Estaba pedo. Tenía manchas. Blancuzcas. Por toda la piel. Ni se le paró. Me la quería meter. Por la fuerza. Y ni se le paraba. Luego ya. Me lastimó. Todos lastiman. Necesitan lastimar. Con lo pinche acostumbrada que estoy. A que me violen. Se podrían subir tranquilos. Escupir su baba esa. La que les sale del pito. Y ya. Pero no. Tienen que lastimar. Si no lastiman no les gusta. Dejar su rastro de moretones. Pegar. Forzar. Ahogar. Se prenden. Con eso se les para. Así este. Y allá arriba Malena. Escondida.

A ella no le hacen nada. Ella oye. Ella ve. Ella es lista. Sube Donaciano. Se encuentra a Azcárraga. Borracho. ¿Lo reconoce? No oigo. Reconstruyo. A partir de cachos. Sí lo reconoce. Le pega como veinte tiros. Lo deja peor. Peor que coladera. Viejo asqueroso. Violador. Borracho. Feo. Maloliente. Asco. Qué bueno que lo mató. ¿Nos matará a nosotras? Los violadores eyaculan rápido. El pinto me dejó ahí. Tirada. Me hice la dormida. Así le hacía con Azcárraga. Se me metía. Por la fuerza. Luego me hacía la dormida. Me despertó Malena. Lloraba. Donaciano se chingó a Azcárraga. Me contó. Todo. En lengua de signos. La habla mal. Pero la habla. Donaciano disparaba. Ya estaba bien muerto Azcárraga. Donaciano vaciaba su pistola. La recargaba. Se la volvía a vaciar. Quedó lleno. De sangre. El cuarto. Charcote de sangre puerca de Azcárraga. Inundación. Malena lloraba. Salió de su barril. Se persiguió. Sacó unos bilimbiques. Del bolsillo. De su papá. Mi marido. Viejo pendejo. Qué bueno. Lo mataron. Peor que a un puerco. Con perdón. ¿Lo reconoció mi hermano? Ve tú a saber. Pinche Malena. Me odiaba. Hasta ayer. Ahora llora. En mí. Como si fuera su mamá. No hay pedo. Que llora. Era un cerdo. Era su padre. Lloraba. Le digo llora. Con caricias. Sobre su nuca. Pobre. Lloraba. Somos libres me dice. También le sacó una medalla. Del cuello. A su papá. Se la puso. Me la enseñó. Como si no la conociera. Pinche medalla. La tenía aquí en los ojos. Diario. Cada que me violaba. La medalla con el retrato de su esposa. Mercedes. La

mamá de Malena. Me da náusea. Esa medalla. Sus pelos del pecho sobre mis ojos. Su medalla rozándome. La frente. Su cuerpote peludo metiéndoseme. Me duele. Esa medalla. A Malena le da amor. A mí asco. No digo nada. Porque soy muda. Y por que no soy pendeja. Sé que está triste. Me abraza. Cuánto ha que no nos abrazábamos. Desde niñas. Luego nos odiamos. Yo su madrestra a huevo. Ella mi hijastra. Pero a ella su papá no la violó. A mí sí. Quién quita y hasta es mi hermana. La Malena. Sí es mi hermana. Se siente. Ahorita que llora. Sí se siente. Ven, hermana. Aquí. Te consuelo. Se murió el maldito. El perro. El puerco. Perdón perros. Perdón puercos. Era una rata. Perdón ratas. No tengo palabras. Pobres animales. Ellos qué. Azcárraga. Tengo que dejarte. Tengo que subir. A verlo. A ver cómo se desangra. Tengo que ir. Subir. Festejar. Pisar su cadáver. Sé que te duele. Espérame. Ahí está. Todo agujerado. Muerto. Lleno de plomo. Le faltaron balas. Para todo eso. Para todas las veces que me violó le faltaron balas. Yo me hubiera quedado disparándole toda la noche. Toda. Hasta el primer sol. Chinga tu padre. Marrano. Méteteme ahora. A ver si es cierto. Pendejo muerto. Le escupo. Me encabrono. Bajo las escaleras. Malena llora. Malena besa la medalla que a mí me hace vomitar. Observo. El pendejo pinto olvidó su carabina. Máuser. 7mm. Las conozco. Armas de la revolución. No oigo. No hablo. Observo. Tengo todo el tiempo. Mira Malena. Le digo. A señas. El pendejo olvidó su carabina. Malena ni sabe que me

violó. Su papá me violaba. Ella oía. La odio. Pero ahora es mi hermana. Vamos a salir, Malena. Vamos a encontrar al pinto. Vamos a matarlo. Cojo la carabina. Cojo a Malena. Del brazo. Ven. Yo te ayudo. Salimos. Caminamos. Las calles de Camargo. De madrugada. Vamos a romper padres. A balas. Traemos carabina y parque. El pendejo olvidó su tira de cartuchos. La calentura los apendeja. Escupen su baba de verga y se apendejan. No piensan. No razonan. Terminan y son pendejos. Se quedan lelos. Qué bueno. Está bonita su carabina. Lo voy a encontrar. Trae un gorro grande. Lleno de virgencitas. De escapularios. Puto. Bien católico. Bien rezador seguro. Pero ahí anda viole y viole. Le da la calentura. Y viola. Total. Tiene verga. Y una carabina. Y es villista. Pinches hombres. Todos son villistas. Malena me dice para allá. Así nomás. Para allá. Y ahí está el pendejo. De frente. Nos lo topamos. Seguro viene por su carabina. Mira quién tiene tu carabina. Le digo. No le hablo. Pero se lo digo. Mira Malena: es ese. ¿Ya viste quién tiene tu carabina? Eso leo en los labios de Malena. Le disparo. No le doy. Se echa a correr. Le vuelvo a disparar. Rozón de pantorrilla. Corremos. Malena va más rápido. Por allá. Disparo otra vez. Yo sé cómo recargar estas madres. En la hacienda. Aprendí en la hacienda. En la armería de Azcárraga. Nadie me ve nunca. Por eso aprendí tanto. Soy discreta. Pero correosa. El pinto se esconde. Por las tiendas de campaña. En esas tiendas duermen los generales. Cree

que me va a dar miedo. Está pendejo. ¿De qué me va a dar miedo? ¿De que me violen? Su chingada madre. Que agarro y que disparo sobre las tiendas de los generales. A ver si en el bulto le atino. Malena está feliz. Los vamos a matar a todos. Matémoslos a todos. Para que se acabe. La revolución. La bola. La mierda. El cagadero que dejan después de la bola. Huerta. Carranza. Villa. Todos iguales. Son lo mismo. Traen pito. Traen violencia. Traen mentira. Traen política. Así nos va. Sale el general Pancho Villa. Casi lo mata. Una de mis balas. A Pancho Villa. Le hubiera matado. Sale enojado. Me dice de cosas. No sea pendejo, mi general: es sorda: no le oye nada, leo en los labios de Malena. Se encabrona más. Según él somos carrancistas. Llegan más soldaderas. Se ponen detrás de nosotras. Ya somos un chingo. Otra soldadera le reclama. Fusiló a su marido. También viene armada. Villa tiene ojos chiquitos. No es alto. Tampoco chapparro. Es fuerte. Cierra los ojos. Amenaza. Nos va a pasar a todas por las armas. Mata a una de nosotras. Ahí mismo. Sin miramientos. Dos tiros. En la cabeza. Luego nos forman. Malena ya no está. ¿A qué hora se peló? Nos forman en el paredón. Para que nos afusilen. Por pendejas. Por mujeres. Por invisibles. Por inaudibles. Ni una pinche placa va a haber en este pueblo a nuestra memoria. Ciudad Camargo. Noventa soldaderas. Fusiladas. Así nomás. Porque se le encabronó el glande al general Villa. No señor. Aquí nadie va a morir fusilado. ¿Sabes cómo? ¿Cómo no nos deja-

mos fusilar? Mirándolo a los ojos. Juntándonos. Armándonos. Encarabinándonos las unas a las otras para mirarlo a los ojos y con la pura carabina colectiva impedirle el paso. Pasarás sobre de mí, pero atrás está mi hermana. Y atrás su hermana. Y atrás la hermana de su hermana. Nos encarabinamos Bigbanga y la niña Malena y María Máxima y Mayelín la cubana y mi mamá la cocinera y la madre Dolores y Nacha Ceniceros y doña Mercedes y Florence y Malena la bióloga, alias la clonadora, y hasta la profesora de embriología que conduce por carretera se encarabinó para mirarte. Nuestras voces altas detuvieron entonces al idiota de Villa a los ojos. Su violencia. Su dominio. Su puto padre. Ni madre que nos fusilas. Escucha esta, mi voz alta. Ya no soy sordomuda. Ya me curé. Escúchenla todos: Villa, Fierro, Felipe Ángeles, Trillo, Rosalío Hernández, Baudelio Uribe, Nabor Nolasco, Donaciano Flores, Perfecto Urbina, doctor Marzio, doctor Azcárraga, residente Patraca, negros muertos, Francisco I. Madero, Luis Echeverría, José López Portillo, José Ramón de la Fuente, Vicente Fox: escuchen esta, la carabina nueva de mi nueva voz, escuchen cómo perfora sus tímpanos, escuchen cómo dispara grito a gritos: me querían afusilar y me planté y resistí y no me dejé y pobre de aquel que pretenda violarme de nuevo porque se lo van literalmente a chupar estas encarabinadas brujas, las mismas que Fox: escuchen esta, la carabina nueva de mi nueva voz, escuchen cómo perfora sus tímpanos, escuchen cómo dispara grito a gritos:

me querían afusilar y me planté y resistí y no me dejé y pobre de aquel que pretenda violarme de nuevo porque se lo van literalmente a chupar estas encabinadas brujas, las mismas que me curaron del silencio, de la invisibilidad, de la inaudibilidad, de la frase corta: ábranse que ya llegué, culeros, y hasta el pendejo del autor que esto lee rumbo a Querétaro se va a callar ahora para que yo hable y la haga, por mí, colectivamente sola, de a pedo: o para que yo cuente (del 1 al 90) que no, que Villa no fusiló a nadie en Ciudad Camargo, que las noventa soldaderas se le plantaron de frente todas juntas y lo dejaron blandito, mansito, obedientito, listo para renunciar a la concentración de poderes, propiedades, notoriedades y demás anhelos dominantes suyos y de sus congéneres. Y más le vale a Arturo Zubia Fernández, socio fundador de la sociedad de producción rural de lecheros y presidente municipal de Santa Rosalía de Camargo, ayuntamiento 2018-2021, irle pensando en qué lugar, de qué tamaño y con qué tipografía va a inaugurar la placa memorial de la masacre de Ciudad Camargo en homenaje a esos 90 feminicidios del 12 de diciembre de 1916, porque de otro modo me voy a plantar en la puerta de su palacio a gritarle que ya no soy invisible, a mostrarle que ya no soy inaudible, y a mirarlo con esos ojos colectivos de cuando nos juntamos a resistir juntas y qué lugar, de qué tamaño y con qué tipografía va a inaugurar la placa memorial de la masacre de Ciudad Camargo en homenaje

a esos 90 feminicidios del 12 de diciembre de 1916, porque de otro modo me voy a plantar en la puerta de su palacio a gritarle que ya no soy invisible, a mostrarle que ya no soy inaudible, y a mirarlo con esos ojos colectivos de cuando nos juntamos a resistir juntas y concentramos tanta fuerza que somos capaces de hacer milagros, por ejemplo regresarle la voz a las sordomudas.

<emb/>

To: médium@aqui.com

From: franciscoimadero@mas.alla.com.mx

Subject: Dibújeme un cordero.

Recibí con beneplácito la más reciente actualización de su capítulo cuarto.

Su parrafada militante sobre la solidaridad feminista me pareció lenta y tardía (yo creí que ya habíamos dejado por la paz ese asunto de la revolución).

Tampoco entiendo sus proezas discursivas, ni lo que pretende narrar con ellas.

Lamento mucho el secuestro de su amiga. Voy a ver qué puedo averiguar por acá. Por ahora no le prometo nada. Entiendo su desesperación, pero no hay elementos para creer que su amiga fue secuestrada por las causas que usted supone. Esta es una ciudad muy insegura, el padre de MaElena un hombre adinerado, no hay por qué buscarle tres pies al gato.

Su plan para dilucidar si es usted el causante de los últimos acontecimientos me parece macabro, empezando porque veo en extremo difícil que logra acer-

carse a Carlos Fidel Slim Velázquez; debido a su edad sus actos públicos son cada vez menos frecuentes y cuando suceden una escolta bien entrenada lo protege. Además, en el remoto caso de que lo lograra, lo único que ganaría serían muchos, muchos años en prisión.

Aun a pesar de que esto contravenga la tarea que me ha sido encomendada, le recomiendo que deje de escribir. Olvide la novela, olvide a Carlos Fidel Slim Velázquez (alias Donaciano), olvide incluso a MaElena, ya aparecerá cuando su padre pague el rescate.

Le reitero mis más finas consideraciones.

Sufragio Efectivo. No Reelección.

Francisco I. Madero.

<emb/>

9 de julio de 2000. Estadio del Atlante. Vieja, vencida y triste, la novela se mece los hilos narrativos, sus pasos desesperan de la habitación a la cocina en donde hierve el agua para un té de estilo. No puede contar, no puede salir, la han encerrado en un burdelasilo, han tapiado las ventanas para que no asome los puntos de vista, han taponado las puertas y han sellado la casa con impermeabilizante para que ni la omnisciencia escape. Se mira en el espejo, el azogue le devuelve la inminencia de una muerte cercana: la fe de sus fuerzas antagónicas se debilita conforme el capítulo termina.

Un ataque de tos revuelve el final de su cuerpo para luego diluirse en un escupitajo de puntos suspensivos. Mírala hurgando el triste contenido de

sus bolsillos: una cajetilla de Leitmotivs vacía, unos chicles de menta para el mal olor del largo aliento y dos pesos para pagar el pesero que la debiera haber llevado a donde en este instante se le espera, el estadio del Atlante, el asesino a punto de despachar a Donaciano a la difuntería. Pero no. La han encerrado en un burdelasilo de clausura para novelas putas, envilecidas, que ya sea por maldad o por torpeza rompieron el pacto patriarcal que entre novela y realidad se conviene. Solo le queda beberse el té de estilo, encender la radio y dejar que la verosimilitud senil de vieja fumadora carcoma sus puntos y sus apartes y la tumba en la cama a esperar el fin. Esta transmisión llega hasta sus hogares gracias a la Tropi Pi, tres punto catorce dieciséis de su cuadrante, los jugadores del Atlante saltan a la cancha, también los Constructores de Gómezpalacio, rugen las tribunas, nos honra con su presencia en el palco principal el nonagenario y multibillonario magnate, Donaciano Flores (su silla de ruedas gentilmente empujada por María Máxima Meza Marañón, histórica secretaria suya), quien viene a ofrecer todo el peso de su patrocinio al maltrecho equipo de los Potros de Hierro del Atlante, mientras que desde la platea Malenita Marzio presume sus diez para las nueve meses de embarazo, el árbitro pita el inicio del encuentro, el primer batallón de granaderos desborda por la azoteas, la impecablemente ataviada Nacha Ceniceros supervisa con unos

binoculares sus movimientos, el comandante de granaderos dispara una llamada que suena en el celular del entrenador auxiliar del Gómezpalacio como una amenaza, quiero dos goles antes del minuto quince del segundo tiempo, el Bananasplit Rebolledo sirve largo para el negro Epaminondas que controla de pecho y mete el balón hasta las anginas de las redes y el corazón de Nacha Ceniceros se repliega de remordimientos porque tantos años sirviendo al priista desorejado y a la priista neurótica de su secretaria y quién como ella para saber que a ambos priistas, jefe y secretaria, les queda apenas un gol más de vida (el nuevo mundo se avecina: ¡Viva Cristo Rey Vicente Fox!), Malenita Marzio y sus cinco para las nueve llaman a su Puerquito y le hacen notar celularmente que el Ampollas Sandoval está muy suelto en la contención, quizá sería mejor bajarlo a la central y meter al Bananasplit Rebolledo, el cambio se realiza y en menos que el aire el árbitro pita el final de los primeros cuarenta y cínicos minutos de juego, ahora unos mensajes de nuestros asesinos:

<emb/>

To: médium@aquí.com

From: franciscoimadero@mas.alla.com.mx

Subject: Dibújeme un cordero.

Cambio de planes. Se salió usted con la suya. He recibido instrucciones de mis superiores para proporcionarle apoyo logístico, muy a pesar mío. Aclaro que será difícil llevar a Carlos Fidel Slim Ve-

lázquez al estadio tal y como usted desea. En ese estadio ya no juega el Atlante, ahora es la casa de otro equipo. Por otra parte entrar al búnker del Pedregal sería imposible, y ya el multibillonario casi no visita la sede de la HTML. Habrá que esperar algún acto público. Esté pendiente.

Sufragio Efectivo. No Reelección.

Francisco I. Madero.

<emb/>

Quiere el destino abreviar ya sus quebrantos, por eso manda dos columnas de Atlantistas a asolar los costados de la portería de los Constructores de Gómezpalacio, Atlantista Gorostiza hace pared con Atlantista Pellicer, centra una curva perfecta en su raciocino, Atlantista Villaurrutia se levanta por los ángeles y remata a los pies del Moco López que se desgaja como un vínculo. Un remolino despierta gargantas y banderas, las multitudes ganan en gozo lo que pierden de buen juicio, una valla de granaderos pasa delante de los hinchas, el novelista se acerca al palco principal convencido de que la realidad es una consecuencia casual de lo que escribe: escribe un arma que no tenía en la entrada, cuando pasó la revisión policiaca, y el arma de pronto se materializa (¿es un arma, o son los francotiradores apostados en la azotea del estadio?): convoca entonces las cuentas asesinas de Nabor Nolasco y armado así con pura ficción, dispara tres balas desde la prosodia imperfecta de su lengua materna: certera,

la bala-1 penetra el orificio sin oreja del multibillononagenario, quien lo agradece porque así deja de escuchar esa familiar cuenta asesina. La bala-2 rompe el esternón junto con el orgullo y el peinado de salón de María Máxima, quien no puede creer que se esté muriendo; bala-3 vuelve a solicitar el vientre de Donaciano porque al fin y al cabo esto es un atentado. Lentos, priistas y distraídos, los guardaespaldas reducen al novelista, que en su resistencia esparce otro rosario de balas perdidas. Bala-4 hace justicia y aterriza entre ceja y oreja de Atlantista Siqueiros, bala-5 rompe un foco del estadio y la última, melancólica bala-6 va y se enquistada en la clavícula del negro Epaminondas y un poco en el corazón de Buente-lló, que corre a socorrerlo con el corazón roto de primeros auxilios. No pudo encontrar peor momento el embarazo de Malena para romper su fuente.

<emb/>

Cuatro ambulancias entran a la cancha, en una se llevan la agonía del nonagenario, en otra la hemorragia definitiva de María Máxima, en la tercera el esternón herido de Epaminondas, y en la última los trabajos de parto de Malenita. Si algún rescatista rompiera las ventanas del burdelasiló y entrara con un tanque de aire sustantivo para devolverle el aliento a esta vieja novela, subirla a una camilla y meterla en una quinta ambulancia desde donde pudiera seguir a las otras cuatro y contar cómo echaron a cantar las sirenas y cómo las señales de tránsito

se subordinaban a su premura y cómo la muerte le pisaba los talones a las tres primeras mientras que en la cuarta el embrión dorado daba ya atisbos de vida, primer llanto: unambulancia funambulancia raudyveloz sepaselalto delejevial tanbautismal carre-radónde mestremez cocon lanoticia detudeceso dón-desavis toalasmultitud eshaciendocaso delasvirtudes.

<emb/>

To: médium@aqui.com

From: franciscoimadero@mas.alla.com.mx

Subject: Dibújeme un cordero.

Conociendo su debilidad por los manuales, le he preparado uno.

<h2 align="center">

INSTRUCCIONES PARA UN ATENTADO

</h2>

1.- Vaya a Donceles 30, 3er piso (Centro) y pregunte por Willy. Él le proporcionará el arma, unas pinzas, documentos falsos y adiestramiento con respecto a su proceder en caso de que lo detenga la policía. También le cortará el pelo a rape, a la manera de los empleados de seguridad.

2.- El próximo viernes a las 17:00 hr. Carlos Fidel Slim Velázquez va a inaugurar la exposición "70 años de democracia: Del brazo de Obregón al cerebro de Colosio" en el Museo de la Revolución. Usted deberá llegar con tres horas de anticipación y buscar a la recepcionista Laurita. Ella le proporcionará un uniforme y una identificación de vigilante del museo.

3.- Colóquese entre la pierna de Santa Anna y el cráneo de Francisco Villa, sobre la coladera. Cuando el multibillonario pase frente a las hemorroides de Octavio Paz, su nuca se encontrará orientada hacia usted, la espalda seguramente separada de la silla para asomarse a la vitrina. Descargue entonces los seis tiros.

4.- Desprenda la rejilla con las pinzas y huya por la coladera. El primer ducto a la izquierda lo conduce al edificio de la Lotería.

No le deseo suerte, ni deseo que un negro muerto aparezca en las primeras planas de los periódicos del sábado. Le deseo la cárcel, porque no me es suficiente con la cadena perpetua de su locura.

Sufragio Efectivo. No Reelección.

Francisco I. Madero.

<emb/>

Rezo la muerte de Donaciano mientras la escribo. Escribo esta plegaria, que es también una orden para el destino. Mañana Donaciano no se va a morir. Mañana Donaciano va a vomitar una más de sus temidas crudas. Ya encontrará la Muerte algún negro mero-deando por el Museo de la Revolución porque mañana Donaciano no se va a morir, y para que no se muera escribo aquí su muerte ahora: Donaciano no se va a morir ni hoy ni mañana ni en un museo ni entre las hemorroides de Paz y el cráneo de Francisco Villa ni a manos de un vigilante ni junto a una coladera; Donaciano morirá obediente en un estadio, en cuatro

ambulancias transportando al mismo tiempo cuatro velos en vilo de cuatro bandas vidas, morirá Donaciano en el gerundio de su verbo, morirá en el mejor quirófano de Médica Sur, a dos manos, a dos pisos de los trabajos de parto de Malena, a tres pasillos de la agonía paralela de Epaminondas y María Máxima, morirá como mueren los seres queridos, como murió Federica, como murió mi niña: al primer llanto que el hijo de Malena llore en este mundo, las amarras de su inmortalidad escurrirán por la polea de un pozo sin fin que arrojará su caída y será esta tan larga como lo fue su vida y desde el brocal asomará el rostro congelado de la niña que se alejará en el frío junto con los nueve punto ocho amnióticos metros sobre segundo al cuadrado de su caída pero no será hasta que la luz se haya del todo extinguido cuando la sangre se detenga y su corazón maratonista llegue a la meta y sus pulmones se despidan del aire con un beso y la última lágrima se evapore mirando hacia arriba hacia esas haciendas que nunca quemamos hacia esas Mercedes que nunca concebimos y con la última alfarería de su saliva grite ¡sálvame Malena! y una mano veteada de tanto comer chocolate busque agarrarse de esa otra imaginaria jamás en humedad tendida, será hasta entonces cuando los signos vitales de Epaminondas se estabilicen y Bigbanga ofrezca una de sus enormes tetas al recién nacido y por detrás del espejo esta vieja novela desdentada sin dientes ni dentadura me diga en su lengua coja:

ya te lo cargaste, ya lo despachaste a la difuntería y yo arrancaré las letras de mi teclado y la apedrearé tecla a letra hasta que escupa en confesión y santos óleos la última gota de su tinta y soplaré y soplaré y el mercurio del espejo caerá derretido a los pies de mi aliento como se derrite la realidad cuando la escribo y le abriré la boca y le llenaré de papel y asfixia las encías y en el corazón de su sintaxis palpitará un último latido:

<h1 align="center">

FIN

</h1>

Vuelen los campanarios en las campanas, griten al fin el fin desde sus fraguas, echen las salsas al vuelo los salseros, que si en el principio fue el ritmo al final no queda más que este sustantivo. ¿Y ahora qué sigue? No te vayas yendo ahora don anciano no me llanamente dejes en mi cielo solo abandonado a la tierra en donde si embraré hasta el tuétano tu atentado sálvame malena ven y tentatíame en tu vientre lípido ven desenloquécame denóstame y devuélveme el que yoera, no me porfavor serpientices ni me baobabes por mis intenciones zorras viperinas que vespertarán la tarde de mañana pleglorificando a un dios de negros acometido puta vieja desdén denantes dada despierta no te enrigidurezcas aún tenemos colgado un pendiente posttrimero, una aún batalla, aop, arriba, levántate enarbólate arboréscete y vístete, vámonos al museo, vámonos a dondonceles, la realidad nos la bebedebe.

<emb/>

-ya se ven las luces de Santiago de Querétaro

-¡me quedé dormidísima!

-en efecto

-¿y tu novela?: ya no la terminamos de leer

-no importa: ya estamos de vacaciones

-¿se murió Donaciano?

-sí

-qué bueno: pinche viejo

</capítulo>

</texto>

Índice

<Prólogo>	11
<Capítulo número="1bis" título="Fecundación">	15
<Capítulo número="2" título="Implantación">	74
<Capítulo número="3" título="Gastrulación">	134
<Capítulo número="4" título="Organogénesis">	225

Siendo rectora de la Universidad Veracruzana
la doctora Sara Ladrón de Guevara,
EMBRIÓN DORADO de Jorge Harmodio
se terminó de imprimir en noviembre de 2019,
en Editorial Ducere, S. A. de C. V.,
Rosa Esmeralda 3 bis., col. Molino de Rosas,
CP 01470, Ciudad de México.
La edición fue impresa en papel book cream de 60 g.
En su composición se usaron tipos Liberation mono, ACaslon Pro y Gill Sans.
Cuidado de la edición: Nina Crangle.
Maquetación: Ma. Guadalupe Marcelo Quiñones.